

**FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA
SELECCION DE TEXTOS DEL P. JOSE KENTENICH**

CAPITULO 1

LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA EN GENERAL

1.1. Contenido de la fe en la Providencia Divina

Textos 1 a 6

1.2. Fundamentos de la fe en la Divina Providencia

Texto 7

1.3. Importancia en general

Textos 8 a 10

1.4. Dificultades en general para su comprensión

Textos 11 a 16

CAPITULO 2

LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA, EN ESPECIAL PARA EL HOMBRE DE HOY

2.1. La fe en la Divina Providencia en relación al hombre actual

Textos 17 a 19

Los cambios de formas en la Iglesia y en la mentalidad del hombre de hoy

Textos 20 a 27

2.2. La fe en la Divina Providencia frente a los problemas particulares del hombre de hoy

2.2.1. La situación de la Iglesia posconciliar

Texto 28

2.2.2. Relación con el pensar mecanicista

Textos 29 al 31

2.2.3. El mal en el mundo y el sufrimiento

El problema de Dostoievski

La fe de Kierkegaard en la Divina Providencia

Texto 32

El Dios oculto

Texto 33

La ley del sufrimiento

Texto 34

Asemejarse a Cristo doliente

Texto 35

Dios tiene el rol protagónico

Textos 36 a 38

CAPITULO 3

LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA, ENCARNADA EN LA VIDA

3.1. Fe en la Divina Providencia y vida

3.1.1. Respuesta a la vida diaria

Textos 39 y 40

Niño ante Dios

Textos 41 y 42

Dios tiene una imagen de mí

Texto 43

3.1.2. Fuentes de conocimiento de la voluntad del Padre

Escudriñar los planes de Dios

3.1.2.1. Camino ordinario sobrenatural.

Textos 44 a 46

La buena nueva de Cristo

Texto 47

Ejemplos de la solicitud de Cristo hacia las personas

Textos 48 a 51

El ejemplo de Cristo

Textos 52 a 54

3.1.2.2. Camino natural

Texto 55

El ser y el tiempo

Textos 56 a 62

3.1.3. Aplicación de este conocimiento

Textos 63 a 65

3.1.4. Rol activo del hombre

Texto 66

Ni activista ni pasivista

Textos 67 a 71

3.1.5. Fe en la Divina Providencia e historia

Textos 72 a 74

3.2. El Dios de la vida

Textos 75 a 78

Seguridad de la conducción divina

La gran ley fundamental del mundo

Textos 79 a 88

CAPITULO 4

FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA Y SCHOENSTATT

4.1. La fe en la Divina Providencia en la historia de Schoenstatt

Textos 89 a 98

4.2. La fe en la Divina Providencia en la espiritualidad de Schoenstatt

Textos 99 a 106

4.3. La fe en la Divina Providencia en relación a la Alianza de Amor

Texto 107

Dar a Dios poder en blanco

Texto 108

Una apropiación perfecta

Texto 109

4.4. Fe en la Divina Providencia como tarea de Schoenstatt

Textos 110 a 114

Consecuencias prácticas

Texto 115

CAPITULO 5

METODO PARA APLICAR LA FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA

- Observar

- Comparar - discernir

- Formular la clave - Reducir a últimos principios

- Evaluar

Texto 116

CAPITULO 6

LA FE PRACTICA EN LA VIDA DE LA VIRGEN

Textos 117 a 124

FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA SELECCION DE TEXTOS DEL P. JOSE KENTENICH

La doctrina de la existencia de una Divina Providencia es fundamental en el cristianismo. En cierto modo, representa el núcleo de la doctrina cristiana, porque cada religión se caracteriza, en último término, por el tipo de la relación especial que afirma entre Dios y el hombre. Lo típico de la religión cristiana consiste en que ve esta relación fundamental entre Dios y el hombre como la relación de hijo y Padre. Dios es el Padre bueno de todos los hombres, que está preocupado por el bien de todos y de cada uno. Y el hombre es un hijo de Dios que en la fe, confianza y amor, está llamado a entregarse al Padre celestial y a su conducción.

El cristianismo se distingue de todas las demás religiones del mundo por esta relación fundamental. Por la relación de Padre-hijo sobrepasó también la piedad del Antiguo Testamento. Por esto también se distingue de manera radical de todas las formas de ateísmo y de incredulidad de nuestro tiempo, ya que para éstas no hay ni Dios ni gobierno de Dios en el mundo, ni tampoco es el hombre creatura e hijo de Dios.

El profesor Karl Hermann Schelkle se refiere a esta relación de hijo y padre en su *Teología del Nuevo Testamento*, diciendo que cuando el credo bíblico cristiano llama a Dios 'el Señor', no se está refiriendo a un poderío despótico y violento. Según la comprensión de los antiguos, señor es aquel que tiene el deber de cuidar con fidelidad a sus súbditos. Según el Evangelio, sin embargo, el ser de Dios no se describe suficientemente cuando se le llama Señor y Rey. En el Nuevo Testamento, es más importante su nombre de Padre. Con ningún otro nombre se refiere Jesús a Dios tan frecuentemente como con el nombre de Padre. El enseña a sus discípulos a rezar así: "Padre nuestro" (Mt 6,9). En todo el Nuevo Testamento, Dios, en su preocupación, es simplemente el Padre y es más bondadoso que cualquier padre de la tierra (Mt.6,32; 7,11).

El P. José Kentenich quiere mostrar al hombre de hoy, enfrentado a una crisis de cambio de los tiempos, que la fe en la Divina Providencia es para él algo fundamental, porque sólo en Dios tendrá un punto de apoyo que le permita encarar y solucionar todos los problemas a los que está expuesto. Por eso la fe en la Divina Providencia ocupa un lugar central en la doctrina kentenijiana. El P. Kentenich constantemente está volviendo, desde distintos puntos de vista, a la necesidad de esta fe sencilla.

Para estudiar la fe práctica en la Divina Providencia en el pensamiento del P. Kentenich, hemos seleccionado una serie de textos en los que él habla claramente sobre este tema. Lo hemos organizado en seis capítulos. Veremos primero la fe práctica en la Divina Providencia en general y, luego, en particular, en relación con la vida, mirándola desde el punto de vista del hombre y, después, desde el ángulo de Dios. Luego, agruparemos algunos textos en los cuales la fe práctica en la Divina Providencia es presentada directamente en relación al Movimiento Apostólico de Schoenstatt, para luego traer a colación algunos textos sobre el método de aplicación de estos principios, y terminar en el sexto capítulo con María como modelo de fe práctica en la Divina Providencia.

CAPITULO I

LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA, EN GENERAL

En este capítulo, trataremos la fe práctica en la Divina Providencia en general, considerando qué es lo que abarca esta doctrina, cuál es su significado, cuál es su contenido; en otras palabras, qué hay detrás de esa afirmación que dice: "Yo creo que Dios es un Padre que cuida de mí", y la importancia que esto tiene para nuestra vida. Es necesario complementar esto, viendo las dificultades que esta actitud creyente trae consigo.

Trataremos cada aspecto por separado.

1.1 Contenido de la fe en la Divina Providencia

Empezaremos con un texto correspondiente al retiro dado por el P. José Kentenich a los Padres de Schoenstatt, en los últimos años de su vida. En él nos muestra que Dios es un Padre que cuida con amor de nosotros, que está preocupado hasta de los más mínimos detalles y que tiene un plan de amor para con nosotros.

A continuación, veremos un texto que nos aclara estos conceptos mediante imágenes, y estudiaremos qué significa para el hombre tener fe en la Divina Providencia. Finalmente, consideraremos un texto en el cual se analiza esta fe desde un punto de vista más filosófico.

Texto 1

"Vuestro Padre sabe lo que necesitáis, antes de pedírselo" (Mt 6,8). ¿Qué debemos presuponer al escuchar estas palabras? Toda la doctrina de la Divina Providencia. Dicho de modo más exacto, se trata de la doctrina que nos dice que el Padre Dios ha proyectado un plan -expresado en forma humana- que lo ha sopesado todo en forma cuidadosa... ¿De qué modo he sido creado? ¿Cómo son los distintos caminos del destino en mi vida? Todo esto está previsto. Si yo digo: "predeterminado", entonces, de todos modos, debo decir "predeterminado en un recto sentido". Todo previamente planeado, todo previsto, todo predeterminado; pero también, y al mismo tiempo, predeterminadas las gracias que se ponen a mi disposición para tener la capacidad de descubrir este plan en detalle. Pero no sólo para descubrirlo, sino también para realizarlo. Entonces, escuchen nuevamente: "El Padre sabe..." Y es así porque él lo planeó todo por sí mismo, porque todo lo previó y porque tiene en su mano la realización hasta en el menor detalle. El conduce mi vida. Pienso que deberíamos grabarnos la frase: "conducción de mi vida". El la conduce y la ha conducido. Y por eso -cuando esto así sucede, como consta teológicamente- podemos comprender la frase: "El Padre sabe lo que ustedes necesitan". El lo sabe, él ha establecido que yo necesito tal cosa y él está dispuesto a dármelo todo. Es por eso que agrega: "sin que se lo pidan"... Por lo tanto, yo no necesito decirle que me falta algo; no debo hacerle ver que ahora lo necesito. Esto es algo evidente en sí mismo...

Otras formulaciones van aún más lejos. Ponen en primer plano, más intensamente, algo que a los oyentes de aquel entonces también les era extraño: Dios no se preocupa sólo del pueblo elegido. Sus oyentes, por el contrario, estaban convencidos de este pensamiento:

Israel es el pueblo elegido. Esta fe iba tan lejos que los israelitas pensaban que los demás pueblos no eran objeto de su Providencia y de su amor. ¡Pueblo elegido! Pero el pueblo en su conjunto, no cada uno en particular. Esto deben tenerlo presente como telón de fondo y entonces comprenderán lo que significa: el Padre no sólo se preocupa del pueblo de Israel en su conjunto, no sólo de cada israelita en particular, no sólo se preocupa de cada miembro del pueblo de Israel, de cada pequeñez, sino que, aún más allá, se preocupa de todo lo creado, y especialmente de todos los hombres. No hay nada en mi vida, ni lo más mínimo, que no esté contemplado en este plan.

El se preocupa de cada pequeñez en lo que nos atañe a cada uno y en cada uno. Presupongamos esto y entenderemos de inmediato las enseñanzas que el Señor nos quiere impartir.

Dos gorriones por una moneda

Cristo se expresa en forma práctica (él es, por lo demás, muy popular en sus descripciones, se adapta al pueblo, es decir, a sus oyentes) y dice: "¿No se venden dos gorriones por unas monedas?" (Mt 10,29). No es difícil trasladarnos a las circunstancias de entonces. Evidentemente, para la mentalidad de esa época, si no nos equivocamos, y quizás más que en la actualidad, el mundo de los pájaros tenía muy escasa importancia. No se trata sólo de que se pueda comprar dos gorriones por una moneda, sino que lo más importante, lo más esencial, es que "ninguno de los gorriones cae al suelo sin el consentimiento del Padre". ¿Puede expresarse esto en forma más sencilla? De modo que de estos seres insignificantes, de los que nadie se preocupa, se preocupa el Padre, y ninguno cae al suelo sin que así esté en el plan del Padre. "¡Cuánto más se preocupará de vosotros!".

Todos los cabellos están contados.

"Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados." (Mt 10,30). ¿Qué significa esto? Dios debe ser un estupendo contador. El conoce, por lo tanto, todos y cada uno de los cabellos de mi cabeza. Los exégetas acostumbran a explicar la frase: "Todos los cabellos de vuestra cabeza", diciendo que se trata de esos pequeños vellos que tenemos comúnmente en el cuello, es decir, ni siquiera los cabellos de la cabeza, sino que esos pequeños vellos en el cuello; de eso se trata. Si esto es así... así debe ser... ¿o será solamente una imagen cualquiera? Y si fuera sólo una imagen, entonces la imagen es en verdad suficientemente explícita. Si esta imagen tiene un valor simbólico, entonces nuevamente, en la práctica, sólo puede significar: El se preocupa de mí, él sabe de mí. Y todo lo que se realiza en mi vida, él lo previó y lo planificó. Pero todo por amor, para el amor y a través del amor. Todo esto debe reforzar mi vinculación amorosa a él.

Los lirios del campo

Una última enseñanza va en la misma dirección: Se nos llama la atención con un nuevo ejemplo de la vida práctica. Dice que observemos cómo se viste a los lirios del campo y cómo se cuida de los pájaros del cielo. Salomón, en todo su esplendor, no se vestía como los lirios del campo (Mt 6,28). Los pájaros del cielo no siembran ni cosechan; están solamente entregados a la Divina Providencia, y el Padre se preocupa de todos ellos, sin excepción.

Nuevamente, debemos tener en cuenta la disposición espiritual de los oyentes de ese entonces. Nunca habían ido tan lejos en su pensar y en su visión de los planes de Dios. Retengan esto: El pueblo de Israel es objeto del amor, de la conducción y disposición especial y tierna de Dios. Y en él no sólo los hombres, sino los lirios del campo, los pájaros del cielo. En verdad, debemos entender que se trata de una imagen, de la cual hemos destacado sólo una cara. También hay otro aspecto: los pájaros no se preocupan. Pero, con cuánta frecuencia sucede que el buen Dios no se preocupa. ¡Cuántos mueren! Por lo tanto, deben tomar en cuenta el lado serio de la imagen. Estos casos están previstos en el plan. Al igual que la preocupación, también la falta de preocupación pertenece al plan de Dios, al gran plan universal de Dios.

Me parece, por lo tanto, que, al escuchar la enseñanza del Señor, sentiremos cuán cierto es todo esto y cómo ha correspondido, cómo corresponde hoy y siempre a los planes de Dios.

Imágenes plásticas

Ya que se trata de una enseñanza importante y de que el Señor tiene la costumbre de repetir tales enseñanzas, no nos extraña que también use imágenes para profundizarla. ¿Qué imágenes? Solamente nombraré algunas.

Pensemos en el ejemplo de la dracma perdida (Lc 15, 8-10), el ejemplo del hijo pródigo (Lc 15,11-32), el ejemplo de la oveja perdida (Lc 15,1-7). ¿Qué tienen todos ellos en común? Es aquello que tanto le importaba al Señor, y lo que él quería grabar en quienes, en aquel tiempo, lo escuchaban con otra manera de pensar. En todos estos ejemplos, se trata siempre de un individuo. ¿Qué es, entonces, lo que él quiere recalcar? Que el interés del Dios eterno por cada individuo no es una casualidad.

Si a esto oponemos ahora todo lo que dijimos ayer del hombre tecnificado, del hombre colectivista, que debe sacrificar su libertad y su espiritualidad, ¡cuán diferente suena esto, entonces! Cuán importante es que escuchemos de nuevo del Señor estas cosas, ahora que el mundo se sumerge más y más en el abismo de un colectivismo espantoso e indigno del hombre...

La dracma perdida

Interpreten ahora las imágenes, de una u otra manera. Si pensamos, por ejemplo, en la dracma. Aun cuando no seamos unos maestros en economía, podemos entenderlo. Si se pierde una dracma, ¿qué no hace la dueña de casa, que la ha perdido? Da vuelta toda la casa hasta que encuentra la dracma. ¿No sería tal vez más provechoso, desde el punto de vista económico, que deje eso y se dedique a trabajar y a negociar en forma diligente? Vean cómo aquí la sabiduría humana es conducida al absurdo. ¿Por qué? ¿Quién es la mujer que perdió la dracma? Es el Dios vivo que perdió a uno de sus hijos. ¿Y qué hace? Sí, ¿qué hizo la mujer? Dio vuelta la casa. ¡Cuánto interés del Padre Dios por cada uno! ¿Quién es este "cada uno"? Soy yo. Este individuo, con todas sus particularidades, soy yo. Y esto se lo decimos a los hombres de hoy, y se nos predica desde todos los tejados: el hombre no soporta la existencia si no es querido, si no es objeto del amor.

La oveja perdida

Examinen los otros ejemplos de la misma manera. Probablemente será bastante fácil. Si pensamos, por ejemplo, en esa oveja. Debo dejar noventa y nueve en el desierto, para ir a buscar sólo a una. ¿No debo temer que llegue el lobo? En éste y otros ejemplos, se expresa un gran pensamiento: ¡Qué no hace el Padre Dios, cuando se trata de la preocupación por cada uno! Yo soy ese alguien, soy yo mismo.(Exerzitionen für die Schönstatt-Patres 1967)

Para aclarar esta idea, el P. Kentenich usa imágenes que ilustran el contenido de nuestra fe en la Divina Providencia. La imagen de la mano, la imagen de los pañales, la imagen del guante de acero. La Providencia de Dios es como una mano oculta y benévola que está detrás y que conduce todo hacia el bien, incluso lo que las manos humanas realizan torpemente ocasionando a veces dolor. Veremos, a lo largo de estas páginas, cómo el P. Kentenich vuelve a menudo sobre estas imágenes en diversos contextos.

La mano del Padre

Texto 2

Por sobre todas esas manos, hay una mano única y es la mano paternal de Dios. Sólo ella puede tocar lo más profundo de mi alma. Hay -nos dicen los místicos- un lugar en nuestra alma al cual no puede penetrar ninguna creatura. Ninguna creatura lo puede tocar. Esto sólo es posible para la mano del Eterno, del Infinito. ¿No es cierto? Cuando vemos que la mano del Padre Dios es considerada muchas veces como un símbolo de la Providencia, sentimos lo que esto quiere decir. No es una mano que esté durmiendo; no, es una mano que conduce; incluso hoy. No es una mano que constantemente se guarde en el bolsillo y descanse. Es una mano eternamente activa. Esta es la imagen de Dios de la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. No sólo nos dice que Dios creó el universo, no sólo que él es el único Dios, sino que, lo más profundo que la Sagrada Escritura nos dice de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, es lo siguiente: Dios conduce; la mano de Dios es activa. Como dice el proverbio alemán: "Nada sucede sin razón, todo viene de la bondad de Dios". Detrás de todo, de alguna manera, está el Dios del amor. Veán ustedes, un hijo preclaro de la Providencia es el que vislumbra la mano del Padre detrás de todo. Es la mano del Padre la que realiza el plan de amor. Es pues un plan de amor. El Amor le inspiró al eterno Padre Dios el plan; y el Amor lo realizó, por medio de cada acontecimiento. Se trata, por lo tanto, de un plan de amor.

Si el ser de Dios es realmente amor, entonces todo lo que él hace es expresión de amor. También mi plan de vida, también el plan del universo y la realización de este plan hasta en los más mínimos detalles. Si se lo toma literalmente, esto significa: Todo lo que me acontece es la realización de un plan de amor. (Vorträge in Milwaukee, 1962)

Texto 3

¿Qué significa para nosotros tener fe en la Providencia? Todo lo que sucede en nuestra vida es un don de amor y un pedido de amor de Dios. Este pedido de amor que nos hace Dios exige de nosotros una respuesta de amor. Si miramos el acontecer mundial y nuestra vida personal sólo con mirada naturalista, no podremos dar esta respuesta. Ella es sólo posible si llegamos a ser nuevamente hijos, heraldos, héroes de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Nunca deben pasar esto por alto, ni al instruir a otros ni cuando, como familia, se sienten en torno a la mesa familiar. (Vortrag für das Familienwerk, 27.8.1966)

Si pensamos en cómo Dios nos ha tratado muchas veces, si estamos bajo la luz de Dios, entonces todas estas experiencias, todos estos "malos tratos", que no raras veces él nos ha otorgado, son amor. Su mano paternal, como acostumbramos a pensar y a decir, es siempre una mano cálida; pero esta cálida mano paternal se oculta muchas veces en un guante de acero. ¿Cuál es este guante de acero? Son los hombres que nos martirizan, son los hombres que actúan injustamente con nosotros. ¿Qué debemos hacer? En nuestro pensar esto es evidente: las crueldades, las injusticias, por muy grandes que se nos presenten, son para nosotros caricias de amor del Padre Dios. (Vortrag an die Schönstattfamilie, Maibeginn1966)

Fe, oscuridad y riesgo

Esta fe en la Divina Providencia exige un compromiso de la persona entera con aquello que cree y con aquél en quien cree; y, puesto que la Providencia de Dios lleva al hombre hacia lo oscuro y lo incierto, la entrega a dicha Providencia recibe y posee siempre el carácter de un riesgo y requiere valentía. Por eso, el P. Kentenich habla de un "salto mortal" que esta fe exige de la inteligencia, de la voluntad y del corazón del hombre.

Texto 4

La fe en la Providencia apunta hacia lo oscuro, hacia lo misterioso y vive de riesgos. Por eso debe alabarse como bienaventurado a aquel que por golpes del destino de toda índole ha sido arrancado de su estado de satisfacción y seguridad burguesas y es mantenido en una situación de suspenso. Dada la importancia de esta afirmación, poco comprendida en la vida práctica, nos vemos obligados a detenernos un poco más en ella.

La oscuridad y la audacia pertenecen a la esencia de la fe. Así nos lo enseña Pablo: "La fe es la sustancia (esto es, la base de sustentación) de lo que esperamos, la prueba de las realidades que no se ven" (Heb 11,1). Newman explica este pasaje diciendo que es de la esencia misma de la fe el hacer presente lo que es invisible: el actuar en una mera expectativa, como si ella fuera ya posesión plena; el atreverse, teniendo en mente esta posesión; el poner en juego la tranquilidad, la felicidad y otros bienes terrenos en espera de lo futuro.

La fe nos exige entrega total

La Sagrada Escritura nos propone para ello numerosos ejemplos. Todos los llamados divinos que se señalan allí -con todo lo multiformes y variados que puedan ser- tienen una marca común característica: conducen a la oscuridad al que ha sido llamado y exigen de él la audacia heroica de la obediencia. Así sucedió con Abraham. Pablo, en la Carta a los Hebreos, hace notar que "salió sin saber a dónde iba", y que él y los demás patriarcas "murieron todos sin haber conseguido el objeto de las promesas, viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose extraños y forasteros sobre la tierra" (Heb.11, 6-13). Extraños y forasteros, porque aún no pueden llamar suya la tierra de la promesa. Aquí se destacan nítidamente las dos señales características de la fe ya descritas: la oscuridad y el carácter de riesgo de la fe...

Para comprender ambas debidamente, podemos recordar que Dios exige de los suyos simplemente la entrega total de toda la persona: de la inteligencia, de la voluntad y del corazón. Este hecho lo aclara Jesús en una ocasión a los apóstoles mediante un ejemplo sacado de la vida cotidiana: "¿Quién de ustedes -les explica- que quiere edificar una torre no se sienta primero a calcular los gastos y a ver si tiene para acabarla? No sea que, habiendo puesto los cimientos y no pudiendo terminar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, diciendo: Este comenzó a edificar y no pudo terminar" (Lc. 14, 28-30). Y entonces viene la aplicación en forma de una ley inmutable en el Reino de Dios: "De igual manera, cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío" (Lc. 14, 33). Esta renuncia total significa para la fe renuncia a una claridad sin nubes, a la seguridad y al amparo terrenos... Aplicado esto a la fe en la Providencia, significa en el lenguaje de san Crisóstomo: Dios no lo ha dejado todo en la oscuridad, para que no sostengas que no existe la Providencia; pero tampoco lo ha hecho todo asequible al conocimiento, para que la altura del conocimiento no te lleve a una orgullosa sobrevaloración de ti mismo. Gregorio Nazianceno interpreta aún más claramente el plan de Dios. Dice: Este es, desde siempre, un inexorable designio de Dios: la oscuridad que se expande ante nuestros ojos debe servirle de escondite y su gobierno del mundo debe ser, en su mayor parte, visto en acertijos e imágenes sumamente difíciles de descifrar. Esto debe

ser así, por una parte, para moderar nuestro orgullo, para que ante la verdadera y altísima sabiduría suya reconozcamos nuestra nada y nos dirijamos y aspiremos sólo a él, para ser iluminados por sus rayos; y, por otra parte, también para que, frente a la caducidad de lo visible y pasajero, nos orientemos hacia lo firme y permanente”.

Carácter oscuro y audaz de la fe

Lo que dice Pascal acerca de la Palabra de Dios escrita es válido también para los acontecimientos históricos: La Sagrada Escritura contiene claridad suficiente para iluminar a los elegidos y oscuridad suficiente para hacerlos humildes. Contiene también oscuridad suficiente para dejar ciegos a los obstinados y claridad suficiente para reprobarlos y hacerlos injustificables.

Así se entiende por qué Jesús, en la instrucción de sus apóstoles, pone tanto énfasis en el carácter oscuro y audaz de la fe. Para probarlo aducimos dos ejemplos.

Los dos “hijos del trueno” aspiraban a ocupar puestos de honor en su Reino, querían sentarse a su derecha y a su izquierda... (Mt 20, 22ss.). El Señor hace notar de inmediato la oscuridad en la cual está situada la súplica. "No saben lo que piden"; esto significa: No saben todo lo que encierra su petición... Y para despertar la audacia y probarla, sigue la significativa y escrutadora pregunta: "¿Pueden también ustedes beber el cáliz que yo beberé y ser bautizados con el bautismo que yo recibiré?". La valiente respuesta es: "Sí, podemos...". Y entonces viene nuevamente la referencia a la misteriosa oscuridad, a la inseguridad e incertidumbre. "El cáliz que yo beba lo beberán, por cierto, y recibirán el mismo bautismo que yo...; pero -y éste es un pero muy alargado- el sentarse a mi derecha e izquierda no es asunto mío: eso depende de cómo lo haya dispuesto el Padre". Así, pues, a pesar del compromiso en el destino de sufrimiento del Salvador, queda la incertidumbre acerca de la gracia de la perseverancia...

Este mismo carácter de oscuridad y de audacia se le hace notar a Pedro: "En verdad, cuando eras joven, tú mismo te ponías el cinturón e ibas donde querías. Pero, cuando llegues a viejo, abrirás los brazos y otro te amarrará la cintura y te llevará donde no quieras" (Jn 21,18) (Studie 52/53)

Con esto se muestra que el que cree en la Providencia constantemente camina en la penumbra, en todo momento es audaz y está seguro de la victoria.

Newman saca de lo dicho esta conclusión: "Si la fe representa lo esencial en la vida del cristiano, se sigue que es nuestro deber, apoyados en la palabra de Cristo, poner en juego lo que tenemos por lo que no tenemos; que debemos actuar en forma magnánima y noble, no de un modo irreflexivo y liviano, pero sí sin saber exactamente lo que hacemos, sin saber a lo que renunciamos y sin saber lo que nos espera por ello: inciertos en cuanto a la recompensa, inciertos en cuanto al alcance del sacrificio... en todo aspecto dependiendo de que él cumplirá su promesa; confiados en él, en que nos capacitará para permanecer fieles a nuestra propia promesa; y actuando en todo sin preocupación ni temor respecto al futuro". Esta es la auténtica sabiduría cristiana de la vida que hoy está amenazada, en todas partes, por la prudencia terrena, carnal (Studie 52/53)

Providencia: ordenación a un último fin

Texto 5

Para poder decir algo respecto de la fe en la Providencia, desde la perspectiva dogmática, lo mejor que podemos hacer es ir, por un momento, a la escuela de santo Tomás . El define la Providencia Divina así: *ratio ordinis in finem ultimum*.¹

Según esto, la Providencia es de suyo algo abstracto. La Providencia supone al Dios previsor y provisor; al Dios que se preocupa y que cuida de nosotros. ¿Qué es, entonces, la Providencia Divina? La respuesta es: *ratio ordinis in finem ultimum* .

Nos detenemos aquí un momento. *Ratio ordinis* quiere decir la conducción de todas las cosas, en especial la ordenación de los seres espirituales, hacia un último fin. Esto lo quiero explicar a manera de una conversación, seleccionando aquellas ideas que son de importancia para nosotros en el momento que vivimos. Los caminos de Dios son siempre difíciles de comprender. ¿Por qué? Porque Dios en sí mismo es incomprensible. Por eso sus caminos también son incomprensibles. Casi me atrevería a decir: si comprendiéramos todo lo que hace el Padre Dios, hasta en lo más íntimo, querría decir que él ya no es Dios. Lo habríamos reducido simplemente a un plano humano. El *totaliter aliter* . El totalmente diferente. Esta palabra tiene un significado profundo. No digo estas cosas en el sentido de que él sea diferente en todo, porque él nos ha hecho participar en muchas cosas. Más todavía, nos ha hecho compartir, de manera misteriosa, su ser y su dignidad. Por eso, aquí y allá, se encuentran puntos de contacto, puntos de comparación. Pero también, por otra parte, vale la afirmación: si él es realmente el ser infinito, entonces su actuar, su gobierno del mundo, en muchos aspectos, tiene que sernos completamente incomprensible.

Segunda consideración : Si tratamos de penetrar más en el significado de esa definición: *Ratio ordinis in finem ultimum*, tomando en cuenta especialmente que el Salvador ya ha redimido a este mundo, tenemos que reconocer que el último fin es un fin trascendental, que consiste en una participación original de la visión beatífica. Y porque este fin está totalmente oculto y sumergido en el otro mundo, porque el fin es una contemplación y visión original de Dios, es claro que mientras permanezcamos en esta tierra, nunca podremos llegar a comprenderlo directamente. Si recordamos y mantenemos siempre firme esta fe de que Dios gobierna el mundo y me gobierna también a mí, que Dios conduce al mundo y también me conduce a mí, para que yo pueda alcanzar aquel fin especial que él ha señalado para mí desde toda eternidad, puedo imaginarme, entonces, cuánta oscuridad deberá haber en mi vida. Oscuridad para mi razón, oscuridad para mi pensamiento religioso y también oscuridad para un pensar sobrenatural. Oscuridad, mientras caminemos a la luz de la fe.

Imaginémonos haber tenido una visión. Aun entonces se puede presentar la duda: ¿fue una visión verdadera? ¿Se trata de algo realmente extraordinario? Tenemos que enfrentar ese hecho de que nuestra vida, la conducción de nuestra vida, el gobierno de nuestra vida, los destinos de la vida, siempre estarán como rodeados de sombra, mientras no lleguemos al día de la feliz resurrección.

Por eso, sea que se trate de nuestra propia persona, de nuestra comunidad o de todo el acontecer histórico universal, tenemos que contar sencillamente con oscuridades, con incomprensiones, con momentos que no podemos explicar.

Dios ha fijado un fin para nuestras vidas

Creyendo como creemos, que Dios es el ser infinitamente inteligente, tenemos que dar por sentado que él ha fijado, desde toda eternidad y para toda eternidad, un fin para nosotros, que corresponde exactamente a nuestras predisposiciones. El sí las conoce perfectamente. Nosotros apenas las vislumbramos.

Volvemos a insistir. Si Dios es el ser infinitamente sabio, como lo es, entonces no hay duda de que nos ha regalado las predisposiciones que corresponden al fin original de nuestras vidas. Fin y predisposiciones. Ahora viene un tercer punto, que se refiere al fin y a la conducción de nuestras predisposiciones. Todo lo que hace el Padre Dios, todo, absolutamente todo, está adaptado cada vez a estas predisposiciones y quiere, aunque por caminos oscuros y muy oscuros, ordenarnos y conducirnos hacia ese fin trascendental y original.

Repito: si hacemos nuestras estas ideas y consideraciones, nos parecerá la cosa más natural del mundo el que tengamos que caminar, a la luz de la fe, siempre en la oscuridad. Para nosotros, será la cosa más natural del mundo que los cálculos que hacemos nosotros mismos, es decir, los planes propios, las determinaciones propias, nunca van a llegar a madurar enteramente. Es evidente que el Padre Dios hace muchas cosas que nosotros no comprendemos.

Se cuenta de un profesor que pidió a un niño que cambiara al pasado el dicho popular: "El hombre propone y Dios dispone". ¿Cómo se diría eso, en pretérito? Y el niño, a su manera, respondió: "El hombre proponía y Dios se reía". Comprendamos el tono de esta historia. Naturalmente, el niño no entendía bien de qué se trataba. En resumen, de todo aquello que nosotros pensamos cuando confiamos en nosotros mismos, de todas las cosas que nos presenta nuestra fantasía, de los castillos que edificamos en el aire, o aun cuando, como hombres razonables, de ideas originales, pensamos en las cosas que tenemos que hacer, -eso de suyo no está malo, por algo Dios nos ha dado la inteligencia- cuántas veces tenemos después que decir: ¡Las cosas que se me ocurrieron! El hombre proponía y Dios se reía. ¿De qué se reía? De las tonterías que empezábamos a cocinar. Pienso que conviene que les vuelva a repetir: Cuando quieran comprender un poquito, al menos en líneas generales, el por qué de tanta oscuridad, recuerden estos dos pensamientos: Dios en sí mismo es el ser incomprensible, por eso sus caminos también son incomprensibles.

Nuestro fin último está en el cielo

Nuestro fin último no está en la tierra, está en el cielo. ¿Y quién de nosotros sabe algo de la visión beatífica? ¿Quién puede decir que sabe algo con seguridad, de cómo esa visión ha sido pensada para mí personalmente, en qué grado y de qué manera? Cuando supongo esto -lo doy por supuesto- entonces se hace absolutamente evidente que mi naturaleza, que mi camino de vida, que el camino de vida de toda la humanidad esté rodeado de oscuridad y que conduzca a la oscuridad. Por eso, volvamos a repetirlo: *Ratio ordinis in finem ultimum*.

Quisiera expresar este mismo pensamiento de otra manera. En una forma más comprensible, así como ha sido siempre costumbre desde un comienzo en nuestra Familia. Habiendo escuchado a santo Tomás en su definición, podemos decir que la fe en la Divina Providencia es fe en que Dios Padre ordena todo lo creado, en especial al hombre, hacia su último fin. Eso también acontece con los ángeles, con todos los seres espirituales. En su esencia, aquí se trata de lo que se suele llamar Providencia especial, respecto de la Providencia general.

Otra vez: ¿Cómo hemos cultivado este pensamiento en el correr de los años, de los decenios? ¿Cómo lo hemos expresado? Lo hemos expresado en dos partes: la primera es la fe sencilla en que el Padre Dios ha trazado un plan desde toda eternidad y solemos agregar que éste es un plan de sabiduría, de amor y de omnipotencia. Un plan trazado desde toda eternidad. Por eso, no es algo casual lo que sucede en nuestra vida. Hay un plan trazado. Un plan que abarca a toda la humanidad, a todas las creaturas, a todos los ángeles. Ese plan está inspirado en la sabiduría divina, en el amor divino, en la omnipotencia divina. Este es el primer pensamiento. En otras palabras, en la fe no hay casualidades. Es, por lo tanto, un rechazo, una protesta contra todo aquello que niegue o no tome en cuenta esta actividad de Dios en la planificación del mundo, de la humanidad y de los hombres.

Dios realiza todo con precisión

Segundo pensamiento: Lo que el Padre Dios ha planeado, lo que ha previsto, lo va realizando en el correr del tiempo con una precisión maravillosa, hasta en las cosas más pequeñas y en sus últimos detalles. Luego, las cosas no suceden así como así. Todo viene de la sabiduría y bondad de Dios. Nuestro Señor, que sabía exponer estas cosas con tanta fuerza, llega hasta afirmar que desde el comienzo, desde toda eternidad, está también tomado en cuenta el hecho de que uno, dos o más de nuestros cabellos se caigan de nuestras cabezas. ¡No se podría expresar estas verdades en un estilo más popular! Ya hemos mencionado cómo el Señor, a su manera, hasta hacía bromas sobre esta verdad. Ni siquiera podemos agregar un codo a nuestra estatura, por mucho que nos preocupemos, por mucho que quisiéramos lograrlo. Todo está tal cual el Padre Dios lo ha querido y previsto.

Y otra vez: ¿cómo traducimos a nuestra manera la definición de Santo Tomás? Pienso que ya no necesitamos repetirla. Ahora me van a permitir que converse de estas cosas de una manera más sencilla, más popular. Estoy seguro que el concepto está claro. Gardini afirmaba en una ocasión: la Providencia para nosotros está muerta si solamente la pensamos en la cabeza.²

Maestros de la vida espiritual nos hablan de esto

Hoy celebramos la fiesta de san Francisco de Sales., a quien nosotros, los schoenstattianos, debemos tanto. Casi en todas las cosas hemos podido apoyarnos en él, aunque las cosas que él nos dice, también las verdades que él destaca, la estructura espiritual, la actitud que presupone y anhela, se han hecho más claras entre nosotros, debido a que las circunstancias de hoy son muy diferentes y hablan con más claridad de lo que lo hacían en su tiempo. Francisco de Sales es un hijo preclaro de la Providencia. Para él no había otro camino. En sus libros, encontramos continuamente imágenes y descripciones que nos muestran no sólo

cuán imbuido estaba él de este espíritu de ser hijo de la Divina Providencia, sino también del anhelo que sentía de vernos también a nosotros convertidos en tales. Escuchémosle una de sus comparaciones. "Imagínate que vas caminando, aquí en la tierra, al lado de un abismo, pero tu mano está en la mano del Padre celestial. ¿Qué significa esto? Que, aunque yo esté en continuo peligro de caer en el abismo, no vacilo ni tengo miedo, porque hay una mano que me sostiene firme, la mano de un Padre, una mano omnipotente, una mano sabia, una mano bondadosa ³. Más adelante, él repasa su propia vida. Esto es algo que también nosotros deberíamos hacer con más frecuencia. Repasando su vida, él comprueba lo siguiente: "Desde mi infancia, me fue dado creer en la Divina Providencia. Si yo volviera a nacer, viviría esta fe con mucho más profundidad y la aplicaría hasta en los detalles más pequeños e insignificantes de mi vida. He tratado de ser, y me gustaría tratar de ser más aún, como un niño sencillo que camina por la vida con los ojos cerrados, pero sosteniéndose siempre de la mano del Padre. Sí, ésa es mi mayor alegría: el poder sentir la mano del Padre siempre de nuevo en mi vida. Y, ¡cuán infinitamente bueno y sabio es el Padre Dios! Para mí no hay felicidad más grande que la de saberme en sus manos y dejarme conducir y guiar por él"... Un hijo de la Providencia.

Otra vez, hijo de la Providencia. Pero, esta vez, es Lucie Christine quien nos habla. De nuevo se trata de las manos de Dios, de la mano de Dios. Para explicar más claramente esto, queremos añadir inmediatamente lo siguiente: *La fe en la Providencia vive de tres afirmaciones.*

Primera afirmación: Dios gobierna y conduce este mundo. Dios conduce a todo este mundo a un fin determinado que solamente él conoce en detalles. Luego, lo primero: Dios gobierna, Dios conduce, Dios actúa. No abandona al mundo a sí mismo. ¿Qué significa eso? Significa una protesta contra el fatalismo, una protesta contra el deísmo, una protesta contra el panteísmo. Sí, una protesta en toda la línea, especialmente contra el materialismo. Les aconsejo que mediten un poco sobre el contenido de todos estos *ismos* para comprender de qué se trata aquí. Entonces, es Dios quien mantiene en sus manos las riendas del acontecer mundial histórico general, como también las riendas del acontecer de cada vida.

Segunda afirmación : Normalmente Dios guía al mundo y a los hombres a través de causas segundas.

Dios hace todo por amor

Tercera afirmación: El lo hace ...en último término, por amor , por su sabiduría infinita. Tres líneas de afirmaciones. Si queremos considerar, por un momento, en primer lugar, la *sabiduría de Dios*, podemos recordar un ejemplo, atribuido a san Agustín, que nos ayuda a comprender, en parte, algunas de las oscuridades de la vida. Ustedes conocen ese ejemplo.⁴ El nos aconseja imaginarnos nuestra vida como un tapiz. En el reverso del tapiz, sólo se ven hilos confundidos. Esos representan también los hilos confusos de mi propia vida, la conducción que ha tenido mi vida; hilos confusos de la historia universal, especialmente en nuestros días; todo es confusión, todo es desorden. No se entiende nada, pero si miramos el tapiz por el anverso, allí hay armonía total, completa. Ustedes mismos pueden imaginarse esto. Y los teólogos nos dicen que será parte constitutiva de la dicha de la visión beatífica,

el poder recordar, el dar una mirada retrospectiva a la conducción divina en el acontecer histórico y en nuestra vida personal. Naturalmente, no se trata de un constitutivo esencial de la visión beatífica, sino de un constitutivo accidental, pero que, sin embargo, significa una parte importante de nuestra felicidad en el cielo.

Es decir, cuando en la eternidad podamos, en la luz de Dios, revisar, recorriéndolos nuevamente, los planes que él ha tenido desde toda eternidad sobre el acontecer mundial y sobre nuestra propia vida personal; cuando veamos de qué sabia manera Dios realizó estos planes, entonces eso será una parte grande, aunque accidental, de nuestra beatitud. Permítanme agregar algo: no debemos pasar por alto el hecho que, ya desde ahora, podemos llegar a poseer y a conquistar como fuente de felicidad algo de esta parte. ¿Cuál sería ésta? Comprobar, volver a recorrer, saborear los caminos de Dios, la sabia conducción de Dios en nuestra vida, en su pequeña comunidad, en nuestra pequeña historia de Familia y alegrarnos por ello.

Manos de Dios

¿Cuál era, pues, la frase o, al menos, el sentido de la frase que quería citar de Lucie Christine? Ella dice así: *¡Cuántas veces Dios me ha tocado en mi vida, me ha tocado con sus manos!* ¿Qué manos eran éstas? Eran las manos de los hombres. Es decir, él me ha tocado, me ha conducido a través de causas segundas. ¿Qué clase de manos son éstas? Son las manos que me han crucificado, pero son también manos de Dios las que han hecho eso. Esto tenemos que retenerlo a toda costa. Hay manos que han traspasado mi corazón. Manos que han puesto sobre mis sienes una corona de espinas. Hay manos que me han crucificado. ¿Qué manos eran éstas? Son las manos de seres humanos, de quienes el buen Dios, de quienes la mano del Padre eterno se ha servido para educarme, para ponerme en el lugar que él escogió desde toda eternidad, para acercarme a aquel fin para el cual él me creó. Pero también hay otra clase de manos; manos que me han bendecido, manos que me han consolado, manos que me han hecho feliz; manos que me han dado alegrías. Y luego ella explica cómo ha sido el aspecto de esas manos. Y habiendo sido ella una mujer casada, naturalmente pensaba, primero que nada, en las manos de sus hijos.

Lucie Christine continúa diciendo - es el último pensamiento suyo en relación a esto-: "Pero, por sobre todas estas manos, hay una sola mano; ésa es la mano de Dios, la mano inmediata del Padre. Sólo ella puede tocar las profundidades más íntimas de mi ser". Los místicos nos aseguran que hay un punto de nuestra alma adonde ninguna criatura puede penetrar, que ninguna criatura puede tocar. Solamente lo puede la mano del Eterno, del Infinito. Y luego ella canta un himno a esa mano.

Si empezamos a considerar cuánta riqueza tiene *la mano del Padre Dios como símbolo de la Divina Providencia*, entenderemos lo que todo esto significa. No se trata de una mano dormida. No, no. Es una mano que sigue conduciendo, aún hoy. No es una mano puesta en los bolsillos, una mano que descansa. Es una mano eternamente activa. Esa es la gran imagen de Dios que nos transmite la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Dios no sólo ha creado este mundo, él es no sólo el único Dios, sino que, lo más profundo que la Sagrada Escritura nos quiere hacer presente, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, es que Dios conduce; la mano de Dios está activa. Nada

acontece por casualidad; todo viene de la bondad de Dios. Detrás de todo se descubre, de alguna manera, la sabiduría del buen Dios.

Plan de amor

Otro ejemplo. Estamos describiendo de una manera más popular lo que entendemos por hijo de la Providencia; por un hijo preclaro de la Providencia que, detrás de todo acontecimiento, descubre la mano del Padre. Es esa mano del Padre, quien realiza el plan de amor. Se trata de *un plan de amor*. Si tomamos esta afirmación al pie de la letra, entonces, venga lo que venga, cualquier cosa que suceda en mi vida, es la realización de un plan de amor. Ha sido el amor el que ha inspirado ese plan al eterno Padre Dios y es el amor que lo lleva a cabo a través de esta o de otra situación. Un plan de amor. "*Deus caritas est*". (1Jn 4,8).

Si realmente Dios es, en su esencia, amor, quiere decir que todo lo que él hace es, en primer lugar, expresión de amor. También lo es el plan, mi plan de vida, el plan del mundo y la realización de ese plan, hasta en sus últimos detalles.

Los mejores pañales

Otra imagen, también muy popular, nos puede ayudar, aunque seamos hombres acostumbrados a pensar en abstracto. Una imagen así ayuda a veces más que pensamientos abstractos. Cuando yo estaba en Dachau, tenía siempre una imagen muy curiosa frente a mí. A algunos les parecerá casi imposible que yo tuviera siempre ante mis ojos esa imagen. Pensaba en una madre que espera un hijo; si puede hacerlo, siempre escoge *los mejores pañales* para él. Los mejores pañales. No se trata, pues, de algo superficial. Esa era la imagen que siempre me acompañaba, aunque las cosas fueran extremadamente duras, aunque cada momento podía significar la muerte. Los mejores pañales, ¿qué significa los mejores pañales? Aunque haya espinas, si Dios es realmente Padre, cualquier cosa que ponga en mi vida, siempre serán los mejores pañales. Estas son imágenes sencillas, al parecer demasiado simples y las hay de tantos tipos. Ellas vienen a la mente, tal vez precisamente cuando uno es un hombre de pensar abstracto. Repito, tales imágenes pueden, muchas veces, ayudar más en la vida práctica que sólo como una idea abstracta. Naturalmente, se supone que la idea, el contenido de la imagen, sea muy clara.

Los guantes de Dios

Ahora, otra imagen muy simple. El buen Dios nos toca con su mano, pero siempre se pone *guantes*. ¿Qué guantes son éstos? Una idea muy simple: pueden ser guantes de acero. ¿Qué guantes? Una causa segunda... No sé quién pueda ser, no voy a dar ningún nombre. ¡Cuántos guantes se ha puesto el buen Dios para guiar nuestra vida! Pueden ser guantes de acero, como también pueden ser guantes suaves. Pero siempre retenemos esto: son sólo guantes; la mano que está dentro de esos guantes es una mano cálida, una mano de padre, una mano bondadosa, una mano sabia. No basta con que hagamos comprensible la definición abstracta del hijo de la Providencia; debemos hacerla clara y evidente.

Tengo, entonces, una imagen que me dice algo, una imagen que esclarece mi pasado, que me despierta interiormente y me impulsa para superar el presente y alcanzar el futuro. E

insisto en el esfuerzo que debemos hacer para valorar la mano de Dios en nuestra vida. ¿Dónde nos ha tocado esa mano? Nada acontece por casualidad. No hay ninguna casualidad en nuestra vida. Siempre, una y otra vez, vuelvan a recordar el pequeño pelo que también está incluido en el plan de Dios. Nada es casual, mucho menos la empresa en la cual ustedes ahora están empeñados. Humanamente hablando, parecería locura o alienación todo lo que ustedes han hecho. ¿En qué quedamos, alocados o arrobados? Siempre será así. En todo lo que se hace, muchos pueden poner un velo de duda o muchos también pueden tratar de destruir todo esto. Recuerden, no hay casualidades. Por eso mi pregunta: ¿cómo se ha manifestado la mano de Dios a través de tal o cual persona? ¿Qué clase de guantes se ha puesto? ¿Les gustaría escuchar todavía otras consideraciones? Son de carácter más práctico.

Otras imágenes

El P. Pernet define así a la Divina Providencia: *Es Dios mostrándose como madre* ⁵. Dios es como una madre que todo lo prevé; así es su Providencia. ¿Qué es lo que él quiere expresar? Se trata naturalmente de una definición descriptiva. Lo que él quiere decir es que todo, absolutamente todo, de alguna manera, viene de la mano del Dios previsor y providente, y que debo verlo y explicarlo todo desde este punto de vista. ¿Les gustaría ahora oír una expresión del cardenal Faulhaber que, como un artista, sabe revestir los pensamientos en forma moderna? *Es muy difícil estar en pie de guerra con la Divina Providencia*, nos dice. Queremos siempre recordar esta frase: No queremos estar en pie de guerra con la Divina Providencia, aunque la naturaleza, de vez en cuando, haga repicar campanas de guerra. Pero, a sabiendas, nunca nos permitiremos estar en pie de guerra. Todavía tenemos otras frases muy hermosas del mismo cardenal Faulhaber: "La Providencia de Dios es tan sabia y tan poderosa que, aun con piedras que se nos vienen encima, puede erigir un imponente edificio". Sí, de todas partes caen sobre nosotros piedras que quieren reventarnos el cráneo. No sé cuántas cosas quieren hacer; en todo caso, sé que estas piedras no me quieren bien. Y ¿qué nos dice el cardenal? También con piedras que se nos vienen encima, el buen Dios puede erigir un imponente edificio.

O si miramos aquellos dos principios: la ley de la *puerta abierta* y la *resultante creadora*; leyes que se complementan y deben complementarse. La ley de la puerta abierta y la de la resultante creadora nos ayudan a ver, con mucha más claridad, los planes de Dios. Pero, a pesar de todo eso, ¡cuánta oscuridad permanece todavía! ¿Se dan cuenta ustedes? Esta es la escuela de la dogmática. Tenemos que tener conceptos claros sobre lo que es la esencia de la Providencia, previsión y cuidado; y también ideas muy claras de lo que es un hijo de la Providencia.

Unión de contradictorios

Ahora, quisiera volver a repetir una cita ya hecha anteriormente, de san Gregorio Magno . El quisiera recorrer, en cierto modo, el velo de un misterio que es de especial importancia para nuestros dirigentes. El dice: *El buen Dios cuida en su Providencia, en su sabiduría y bondad, tanto del individuo como de una ciudad, tanto de una ciudad como de todo un pueblo ,y tanto de todo un pueblo como de toda la humanidad* ⁶.

¿Pero cómo lo hace? Esto en sí es como una unión y como una *coadunatio oppositorum*.⁷ Nosotros no podemos hacer eso a la manera del Padre Dios, como él lo hace. El cuida de una manera tan especial por la comunidad como si no hubiera ningún individuo. Y cuida tanto de cada individuo como si no hubiera comunidad.

Estas son expresiones parecidas a las que usa san Ignacio cuando trata de describir la confianza, la verdadera confianza fundada en Dios, donde se encuentra el límite del actuar de la causa primera con el de la causa segunda. Naturalmente, se trata de exageraciones que quieren expresar un proceso de vida. Según san Ignacio, nosotros deberíamos confiar tanto en Dios como si no existiéramos, como si no hubiera cooperación de nuestra parte. Y, por otro lado, deberíamos hacerlo todo como si Dios no existiera, como si no hubiera una previsión y providencia divinas⁸.

Dios escribe derecho en líneas torcidas

Resumiendo todo esto: Si hemos aprendido a considerar las cosas y los acontecimientos de esta manera, quiere decir que hemos ido a la escuela de la dogmática y, por lo mismo, también un poco a la escuela de la Sagrada Escritura.

Otra frase, que se utiliza a menudo, quiere mostrar cómo el buen Dios puede usar, y de hecho usa, para alcanzar su fin las cosas más contradictorias o, por lo menos, aparentemente contradictorias. Muchas veces habrán oído la frase: "*Escribir derecho en líneas torcidas*". ¿Qué quiere decir eso? La vida está llena de líneas torcidas; aquí una línea torcida, más allá otra línea torcida... No sabemos hacia dónde van las cosas, pero para el Padre Dios todo es una sola línea recta, porque él conoce bien qué fin ha señalado a la humanidad, qué fin a nuestra comunidad, qué fin a cada uno de nosotros. Visto desde él, todo está en la línea más recta que uno se pueda imaginar. Visto desde nosotros, todo es confusión, todo es caos. Esto, por lo tanto, es como una clase en la escuela de dogmática y también algo en la de Sagrada Escritura.

En la historia

Habiendo colocado esta base científica, es, en este contexto, de gran importancia que esto nos introduzca en la *historia general de salvación* (soterología), que nos introduzca en nuestra *historia de Schoenstatt* y, si ustedes quieren, en la *historia más íntima de nuestra Familia*; nos introduzca en nuestra propia historia de vida. ¿Qué es lo que nos dicen estas variadas historias? ¿Qué es lo que nos dice cada una, qué nos dicen en sus relaciones más profundas? Todas nos están repitiendo siempre lo mismo: Dios existe. *Claro que existe*. Y es el Padre Dios quien mantiene todas las cosas. Si no las mantuviera, se hundirían en la nada. Pero lo más esencial es siempre esto: *el Padre Dios es quien maneja las riendas*. Es él quien, de manera misteriosa, conduce, dispone y maneja toda la historia. El es, precisamente, el Dios de la historia en quien nosotros hemos puesto nuestra esperanza desde un comienzo.

Ahora surge la gran pregunta que queremos dilucidar juntos esta tarde. *¿Cuál es el sentido de la historia de salvación?* Vamos a dedicar bastante tiempo a esta pregunta y así van a ir comprendiendo más y mejor lo que significa ser un hijo de la Providencia. Generalmente,

cuando se habla de nuestra relación con Dios, se acostumbra insistir en lo negativo, en nuestras deficiencias, en nuestra miseria, en nuestra propensión al pecado. Pienso que esto debe cambiar. Debemos tomar conciencia de cómo Dios ha tocado nuestra vida, de cómo el buen Dios se me ha hecho sentir como Padre; los beneficios que me ha concedido en el orden natural y sobrenatural. Y si, a veces, debemos reconocer nuestra miseria, debemos aprender a servirnos de ella como de un medio excelente para atraer hacia nosotros la misericordia de Dios. *Nadar en un mar de miserias y en un mar de misericordia*. Pero lo más importante es nadar en un mar de miserias para sumergirse así más profundamente en el mar de las misericordias de Dios. Estos son consejos sencillos, sin pretensiones. Sin embargo, creo que es conveniente que los meditemos mucho para así poder experimentar profundamente lo que dice san Pablo, lo que en verdad fue el contenido profundo de su propia vida: "*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*" ⁹(Rom 8,28) Todo en nuestra vida viene de la mano del Padre y retorna a la mano del Padre. Claro es que se supone que tenemos que quererlo. El amor lo embellece todo; el amor asigna a cada cosa en nuestra vida el lugar que le corresponde, también en la vida de la Familia y en la historia de todo el mundo. (Desiderio Desideravi, tomo 5).

Esta fe práctica en la Divina Providencia debe estar informada por el amor

Texto 6

Debemos recordar siempre: cuando hablamos de fe en el sentido de la dogmática, siempre se refiere a *fides caritate formata*.¹⁰ Esto significa que aquí nos referimos simultáneamente a las tres virtudes teologales. La fe viva incluye en sí la esperanza y la caridad. En Pedro, vemos encarnadas precisamente estas tres virtudes en ese instante en que él salta al agua. La fe no es entonces para él sólo un acto del entendimiento; la fe es para Pedro un acto de entrega total del hombre total, especialmente del corazón, a Dios, en este caso, al Señor.

Ya saben ustedes lo que les diré ahora. Mientras Pedro cree sencillamente y tiende hacia el Señor con todo su ser, entonces avanza con paso tranquilo sobre las olas del mar; en el instante en que él empieza a dudar, empieza también a hundirse. Y entonces, el llamado: "¡Señor, ayúdame que me hundo!" ¿Entienden lo que esto significa? Donde el fundamento de las tres virtudes teologales se ha perfeccionado con los dones del Espíritu Santo, allí tenemos una seguridad única. En una ocasión, en verdad en muchas ocasiones, llamé a esto una *seguridad pendular*. Una seguridad allá arriba, no una seguridad aquí abajo. Una seguridad en el corazón de Dios, una seguridad en el Dios del amor, una seguridad en el convencimiento de que el buen Dios me lleva. Y él tiene una tarea que me ha encomendado y él cuida de que yo cumpla esta tarea o, mejor dicho, él cumple esta tarea a través mío". (Exerzitien für die Schönstattpatres, 1966, pp.205)

1.2. Fundamentos de la fe práctica en la Divina Providencia

El fundamento primero de la Providencia de Dios es su amor cálido y personal por cada uno de nosotros. Junto a esto, está su poder infinito, que es capaz de realizar lo que él desea y su sabiduría que sabe qué es lo mejor para nosotros. Veremos aquí un texto del P. Kentenich que nos habla de esto y de cómo la Providencia se refleja cercana y tierna en la persona del Salvador y en su Madre.

Amor encarnado

Texto 7

El que creó nuestra naturaleza conoce sus necesidades mejor que nosotros. Y su sabiduría y su amor conocen los medios y los caminos para satisfacerlas, en tanto que su omnipotencia realiza lo que ha ideado la sabiduría y el amor. Para convencernos a los hombres y mostrarnos que, a pesar de su preocupación sin límites por la totalidad del acontecer mundial; pese a la abundancia de sus infinitas perfecciones; pese a la incorruptibilidad y la inexorabilidad de su verdad y su justicia y a la integridad de su santidad; pese a abarcar en su amor todo lo creado, tiene un hondo y cálido afecto por cada uno y se interesa personalmente por cada pequeñez e insignificancia. El hizo que su Hijo bien amado tomara la naturaleza humana con todas sus inclinaciones y pasiones humanas nobles.

"Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis" ¹¹(Jn 1,14). Y con el Dios hecho hombre, su interés misterioso e íntimamente personal por cada uno experimentó una encarnación, un reflejo a nivel de los sentidos, difícil de imaginar para nosotros, debido a su espiritualidad y a su inmutabilidad. El Unigénito, que nos muestra el rostro del Padre eterno vuelto a nosotros, nos revela de una manera sensible y cercana, de un modo auténticamente humano, cómo debemos entender, de manera también humana, el interés espiritual del Padre Dios por cada uno.

Amor tierno y atento

El interés personal de Dios por nosotros tiene, principalmente, dos características: es infinitamente atento e infinitamente delicado. Esto quiere decir: el Padre nos regaló en su Hijo un espejo en el cual se refleja y se hace comprensible su amor paternal, infinitamente tierno y atento, aunque no podamos comprender cómo se conjuga esta honda inclinación de Dios hacia cada uno con el resto de sus atributos.

Pero, si tenemos presente lo que anteriormente dijimos de Pascal y santo Tomás, sobre las tensiones y la armonía, sobre las virtudes complementarias de la auténtica santidad en las imágenes humanas del Omnisanto, y si, asimismo, reconocemos las infinitas dimensiones de esto en Dios, en todas las direcciones; entonces, la razón abstracta estará en el camino de ver integrarse contradicciones, aparentemente inconciliables, en una unidad...

Pero el que desee estar poseído en forma objetiva por el amor personal y el afecto de Dios, no debe conformarse con estas reflexiones abstractas y filosóficas; tampoco deben bastarle las enseñanzas de la Sagrada Escritura acerca de la Divina Providencia especial; tampoco debe bastarle el usual, cuidadoso y constante recordar y gustar entre nosotros la misericordia personal de Dios en la propia vida y en la historia de la Familia. Tiene que avanzar y, así, comprender, gustar y corresponder a la cálida vida sensible del Salvador, como expresión humana concreta del amor paternal de Dios. Es como si el Salvador también nos dijera, en este sentido, las palabras: "El que me ve, ve al Padre" (Jn 14,9); "Nadie viene al Padre si no es por mí" (Jn 14,6). Nadie entiende el amor personal, interesado e individual del Padre si no lo ve reflejado en la imagen del Hijo...

La enfermiza sensibilidad moderna encontrará chocante la expresión "tierno", aplicada al Salvador y a su relación con la humanidad. Prefiere, en caso necesario y de no haber otra forma, hablar de ternura del amor. Pero nosotros utilizamos expresamente la palabra "tierno" -con una mirada de soslayo hacia dicha actitud defensiva- en parte, porque expresa mejor lo que quiere decir y ayuda a superar falsos conceptos sobre Dios y el Hijo de Dios, y, en parte, porque hace que nosotros, hombres modernos inspirados por el colectivismo, atendamos a ello en forma más persistente. El filósofo reconoce fácilmente en "tierno" el amor afectivo, y en "atento" el amor efectivo. De aquí parte una luz clara sobre la devoción al Corazón de Jesús para todos aquellos que quieran ser maestros, ejemplos y apóstoles de la fe práctica en la Providencia. Ciertamente que ellos deben, de acuerdo con la ley del traspaso orgánico, ascender del corazón divino hacia el Padre...

Según lo dicho, corresponde sumergirse amorosamente en la vida del Salvador y detenerse en aquellos rasgos que dejan ver claramente la ternura y la atención de su dedicación personal.

Jesús y María

Pero la sabiduría paternal de Dios avanza aún un paso más. En el Hombre-Dios vemos, y a veces experimentamos, una incomprensible y misteriosa tensión de contradicciones, que en él se asocian en una divina unidad de orden que resulta incomprensible para la escasa razón humana. Si bien se nos presenta, en ocasiones, humanamente cercano a través del calor y la

fuerza de sus nobles inclinaciones humanas, hay situaciones y momentos en que nos estremecemos y temblamos en su presencia ante su divina lejanía.

En tales momentos nos resuenan desde la cruz las palabras: *Ecce Mater tua*¹² : La Santísima Virgen, su permanente Compañera y Colaboradora en toda la obra de la Redención, es totalmente humana, solamente humana: es y permanece la *Mater misericordiae*.¹³ Así como era ella aquí en la tierra, representante de lo auténticamente humano, especialmente cuando él acentuaba la lejanía a través de una divina inexorabilidad e inaccesibilidad como, por ejemplo, en la visita al templo del Niño de 12 años, o en las bodas de Caná, o cuando, con conmovedora solicitud maternal, quiso defenderlo de los ataques de sus enemigos y llevarlo de vuelta a Nazaret. Así también desde su ascensión al cielo, donde tiene voz y voto en el Consejo del Dios trino, ella es garantía, en estos mismos casos -dicho nuevamente de manera humana- de que, a pesar de la soberanía divina, seremos tratados humanamente.

La ley del gobierno mundial, que san Juan Crisóstomo expresa en la siguiente fórmula: "Es costumbre de la misericordia divina dar a sus servidores el honor de que, a través de ellos, otros se salven", puede aplicarse en forma especialísima a Aquélla que hemos llamado *vida, dulzura y esperanza nuestra*.

El cardenal Faulhaber agrega: "Dios no colgó sus gracias de las estrellas del cielo; de ahí no podríamos bajarlas. Dios no sumergió sus gracias como perlas en el fondo del mar; de ahí no podríamos extraerlas. Dios puso sus gracias en manos maternas, porque las manos maternas están siempre prontas para repartir a raudales".

Al hijo de la Providencia y apóstol de la Providencia no le basta con ver, mostrar y enamorarse de estos rasgos humanos en la figura del Salvador y de María; quiere también referirlos a Dios Padre en forma sistemática y consciente...

Lo que sabemos de la psicología y pedagogía de las ideas directrices, se realiza aquí en forma práctica. La forma como normalmente un pensamiento se transforma en idea central y nuclear y en vivencia central, debe ser cuidadosamente tenida en cuenta... La importancia de la fe en la Providencia, con la fuerte centralización en el Padre Dios, justifica, ampliamente, para nuestra época, el esfuerzo desplegado. Así, no queremos descansar hasta que con nuestro séquito, podamos repetir con toda el alma las palabras de san Pablo: "Doblo mi rodilla ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 3,14). Este debe ser también el sentido de nuestra pedagogía mariana, así como se ha desarrollado y mostrado eficaz en Schoenstatt. (Studie1952/53),

1.3. Importancia en general

Según el P. Kentenich, la fe en la Divina Providencia es garantía y expresión de toda nuestra vida de fe; su crecimiento asegura el crecimiento de nuestra vida cristiana. Por eso, él ve como tarea fundamental proclamar y asegurar la fe en la Divina Providencia. Al mismo tiempo, el hombre necesita de este apoyo para enfrentar la vida.

Texto 8

Una vida inspirada por la fe providencialista es simplemente expresión, prueba, perfección y garantía de la totalidad de la vida de fe. De aquí se deduce: quienquiera que debilite nuestra fe providencialista, hace vacilar todo el edificio de nuestra fe; quienquiera que la fortalezca, reanima y vitaliza la totalidad de la vida de fe.

Queremos citar algunas afirmaciones que expresan claramente esta convicción. San Agustín declara: "No se puede imaginar una religión sin que, al menos, se crea en esto: que hay una Providencia Divina que vela solícita sobre nuestra alma". Lactancio afirma: "Dios y la Providencia están tan íntimamente unidos que el uno no puede existir sin lo otro, ni tampoco se les puede pensar separados. Quien niega la Providencia niega con esto a Dios. Y quien cree que hay un Dios, tiene también que creer en la Providencia".(Brasilienterziat, 1952/53)

Texto 9

El hombre se siente infinitamente pequeño frente a los espacios sin fin de la creación, como una gota en un balde, y se experimenta infinitamente impotente frente a sus férreas leyes. Por otra parte, él tiene conciencia de haber auscultado y arrancado de la naturaleza todos sus misterios y fuerzas. En actitud de vanagloria, las usa conforme a su parecer, ora de manera constructiva, ora para disolver o destruir. Así, alterna sentimientos de inferioridad con los de conciencia de omnipotencia.

En ambos casos, la convicción del infinito amor divino tiene un efecto tranquilizante que relaja y eleva. Cuando el amor infinito ilumina e interviene en el abismo de la indecible pequeñez e impotencia, la vida se hace posible. El mismo amor impide el abuso de las fuerzas de la naturaleza, porque es capaz de poner el poder que está en manos del hombre bajo la influencia de la bondad.

Vale lo mismo cuando se trata de los golpes horribles de la vida de hoy. Muchas veces, la mano de Dios pesa con inexorable dureza sobre los débiles hombros humanos.

Si en el alma vive la persuasión de que el infinito amor paternal envía hasta el sufrimiento más insoportable y ayuda a cargarlo, entonces el yugo se torna dulce y la carga liviana. El abismo de la infinita impotencia y miseria se siente perfectamente seguro y cobijado solamente en la profundidad de la infinita compasión y misericordia. (Oktoberbrief, 1949)

Dios existe

Texto 10

Fuera del mundo visible que podemos asir con nuestras manos, existe un poder espiritual, allendista. Esto significa, por ejemplo., que existe un Dios, un Dios trinitario; que existe Cristo, la Santísima Virgen, los ángeles, los santos; que hay un purgatorio y un infierno. Estas son verdades puramente del más allá. Decimos ahora: esta realidad existe. Esto quiere significar que el sostener estas verdades no es fantasía, no son imágenes del deseo, no son meramente construcciones interesadas, opiniones interesadas.

Es verdad que el animal en el hombre no se deja refrenar si la fe no se mantiene firme; pero si sólo tomamos en cuenta este resultado, es muy grande el peligro de que se nos eche en cara que la religión es sólo para los hombres terrenales, es decir, que se quiere engatusar al hombre y por eso se le presentan tales suposiciones. Se quiere domar al hombre, drogarlo; se quiere concentrar y poner en tensión las fuerzas que hay en él y por eso se le relega al más allá. No. Es un mundo real, por lo cual está demás decir que esta verdad es, propiamente, el fundamento de toda la religión, especialmente de la religión revelada. La religión es propiamente *religar* al mundo del más allá; buscar una unión con el mundo del más allá.

¿Qué pretende la religión revelada? Nos devela el mundo del más allá, el organismo total, un único y grandioso Reino de Dios. El órgano por el cual conocemos esta realidad del más allá puede ser uno natural y uno sobrenatural; éste puede ser el conocimiento intelectual. El Concilio Vaticano (Primero) nos hace notar que con sólo la luz del intelecto se puede conocer con seguridad la existencia de Dios. San Pablo hace resaltar esto en la carta a los Romanos (Rm 1, 19-21): "Lo que de Dios se puede conocer está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció".

De la obra al maestro de obra. El órgano esencial es precisamente el órgano de la fe. Así queremos, en el contexto de esta verdad presentada sencillamente, en la oración, acordarnos conscientemente: tengo un interlocutor personal vivo. El Señor en el tabernáculo; una personalidad viviente. Una confrontación entre aquí y allá. El Dios Trino en mi corazón: una realidad viviente. La Santísima Virgen, el Ángel de la Guarda, son realidades vivientes. "¡Señor, aumenta mi poca fe!". Ayúdame a ver con claridad todas estas realidades y a ponerlas en su lugar en la vida práctica. (Auténtica Libertad 2, versión provisoria pp.1-32)

1.4. Dificultades en general para su comprensión

Este acto de fe en la Divina Providencia no es algo fácil ni evidente. Hay que vencer una serie de obstáculos, algunos son inherentes a nuestro ser de creaturas que sólo conoce el mundo sobrenatural en imágenes y que no es capaz de captar la inmensidad de Dios. Otros, son efecto de las limitaciones humanas que nos llevan a alejarnos del plan de Dios, a no vivir en su plenitud el orden de ser. Entre estos últimos obstáculos, el P. Kentenich da gran importancia a la falta de vivencias naturales de un padre en el orden creado y a un falso concepto de Dios. Veamos algunos textos.

Texto 11

¿Dónde se encuentran las causas de tantas discrepancias entre el conocimiento y la vida? Se pueden encontrar en el intelecto, en el corazón y en la voluntad. La voluntad y el corazón giran en torno a falsos dioses, a ídolos prefabricados; y la razón -esto debe ser especialmente destacado- no está suficientemente inmersa en el mundo de la fe, está muy poco iluminada por la luz divina...

Dificultad en el intelecto

En su limitación de creatura, la razón humana está como desvalida ante la infinita plenitud del Ser divino y la rica tensión y unidad armónica de sus cualidades. Mide con medidas humanas y, por eso, no es capaz de percibir en su totalidad la imagen paternal de Dios. A la luz de la fe, reconoce que Dios tiene en su poderosa mano la totalidad del orden mundial tan inmenso y complejo; que Dios estableció leyes para el mundo y para los acontecimientos del mundo; que se atiene a ellas en infinita santidad, verdad y justicia, en su gobierno del mundo, y que él debe sancionarlas para que se realice el gran plan que proyectó desde la eternidad y que quiere realizar, con seguridad, en la historia mundial.

Aquí surge inmediatamente, en primer plano, la perturbadora pregunta: Si Dios, en su imparcialidad, no debe hacer acepción de personas, ¿no debería, entonces, simple y objetivamente, dejar de considerar a las personas como individuos y, en cambio, premiar y castigar, a ojos cerrados, las buenas y malas cualidades? ¿No lo contradice otra suposición que le atribuye un interés cálido y personal por la persona individual, o un amor hacia ella por sí misma? ¿No es esto una imperfección en sí, que destruye su ser?

Y aunque este enfoque fuese posible y estuviera acorde con la verdad objetiva, ¿podría el amor personal de Dios, en razón de su espiritualidad, tener tanta influencia en nosotros como el cálido fuego del noble amor paternal o de un amigo?

El creyente puede, además, pensar que Dios, ya que es Padre o que debiera serlo, al menos globalmente tiene en cuenta el bienestar individual del hombre, a través del gobierno mundial bien normado y regulado por sus leyes eternas, un poco como un hombre que, acostumbrado por naturaleza a ser bueno, irradia la bondad allí donde se encuentra... Pareciera como si hubiera en todo caso buena voluntad personal.

Pero no es que ame sin tener un interés personal, cálido y especial hacia cada uno de los que llegan a él, interés que lo hace participar personalmente en sus esperanzas y temores, en sus alegrías y dolores, en sus miedos y sus ansias, -en resumen, en su bienestar y en sus dolores, en todos los acontecimientos de su vida y todos los vaivenes del corazón- como un amigo que lo tiene todo y comparte con el destino de su amigo, o como los sentimientos del padre y la madre hacia el hijo, con el cual sufren o se alegran

Amplitud y exclusividad en Dios

Pero ciertamente, afirma la misma fe que Dios, de una manera misteriosa, es las dos cosas al mismo tiempo: el Dios de la verdad, la justicia y la santidad, que no se aparta ni medio milímetro de los lineamientos por él trazados y las leyes que éstos incluyen en la conducción general del mundo y de la historia de la salvación, pero también es el Dios del amor que está permanentemente preocupado del bien general de la creación, que se preocupa de cada individuo y de sus grandes y pequeñas necesidades, como si tuviera - dicho en forma humana- sólo este hijo y ningún otro a quien cuidar, más aún, que pone siempre la verdad, la justicia y la santidad al servicio del amor, tanto en general como también en particular o, como dice san Gregorio, que la Providencia de Dios se extiende tanto sobre un alma como sobre toda una ciudad, sobre un pueblo como sobre todo el género humano. Pero de tal modo que se preocupa de cada uno como si nada más le

preocupara y, al mismo tiempo, se preocupa del todo como si no le preocupara el individuo.

Penetrar el corazón y transparentar el amor de Dios

Pero esta verdad de la fe normalmente queda sólo en la cabeza y no penetra profundamente en el corazón; incluso ni siquiera en la cabeza despierta los plenos conceptos correspondientes, porque faltan los puntos de referencia en la vida terrena del hombre. Cuán poco frecuente son los casos transparentes de Dios que se acreditan como imágenes claras, aunque muy veladas, de la magistralidad de Dios en su Providencia general y especial, y que así, y de acuerdo con la ley de la transferencia de los afectos, sobrepasándose, señalan hacia Dios Padre y conducen hacia él. Tocamos así, una vez más, la importancia de padres auténticos para la renovación del mundo.

En otras palabras: la fe en la Divina Providencia especial no se hace viva, o no se hace suficientemente viva, y queda como una idea pálida y superficialmente religiosa. En la práctica, uno se sabe y se siente utilizado por Dios para determinados fines en el gobierno del mundo, incluso con abuso, aunque para el bien común, pero no aceptado, protegido, cuidado y socorrido en forma personal e individual. Por esto, la personalidad no se experimenta suficientemente anclada en Dios, ni apreciada, ni protegida por él, sino que, aunque sea para los fines divinos, aparece despersonalizada, privada de su sentido y masificada.

Falta de rasgos paternos en la percepción de Dios

Texto 12

¿Dónde radican las causas profundas de la perturbadora realidad que para el hombre, en general, y para el hombre actual en especial, sea casi totalmente imposible la fe viva en la Divina Providencia especial? El médico, primero, debe conocer y reconocer el origen de la enfermedad. Entonces podrá aplicar el arte de sanar. Esto también vale para los educadores y directores espirituales. Todas las respuestas que se pueden dar, las podemos circunscribir a dos. Esta simplificación facilita el diagnóstico y la sanación. Nosotros creemos poder establecer y decir lo siguiente: a la imagen objetiva y bíblica de Dios le falta, en la percepción personal, los rasgos paternos esenciales, y la vivencia paterna subjetiva y terrenal carece de totalidad, de profundidad y de durabilidad.

Es característica de esta respuesta la íntima relación entre la imagen paterna del más allá y la vivencia paterna terrenal. Aquí nos encontramos nuevamente en forma muy concreta con la relación entre naturaleza y gracia, o con el organismo de vínculos naturales y sobrenaturales en su ser y en su mutua interacción. (Studie 1952/53).

¿De dónde proviene el hecho de que la figura paterna de Dios está en Occidente desdibujada y, en incontables casos, totalmente borrada? Existen muchas razones para ello. Pensemos sólo en las terribles pruebas que surgen de las catástrofes actuales. Se menciona la generalizada ignorancia teológica y bíblica, la falta de compromiso con la ley universal del amor, que constituye la ley vital de los santos. También existen otras explicaciones.

Una causa fundamental es la falta de auténticas vivencias filiales en el orden natural.
(Studie 1949)

Si no contamos con vivencias paternas en el plano natural, es extraordinariamente difícil vivenciar íntima y profundamente al Padre Dios y permitirle que domine en toda nuestra vida.(Oktoberwoche, 1967)

Percibir el Dios del amor

Texto 13

Lo que ya sé desde mucho tiempo, y que he anunciado frecuentemente, lo veo ahora palpable en la vida diaria, con toda su trágica realidad. Muchos no dominan las dificultades de la vida diaria o no suben hasta las alturas que Dios ha previsto para ellos, porque su concepción de Dios es parcial, desfigurada, de poca solidez. Sólo una minoría de los hombres contemporáneos está interiormente convencida de lo que nosotros llamamos la ley fundamental del universo, de la verdad de la expresión: Dios es amor. También aquellos que han pronunciado más de mil veces éstas y otras palabras semejantes, incrédulos mueven la cabeza si se les dice que han de tomarlas literalmente y, por ello nunca o muy pocas veces, encuentran al Dios vivo en los acontecimientos de la vida diaria y, menos todavía, en las conmociones de una vida muy exigida. ¿De qué proviene esto?

A menudo, la culpa radica en una tradición mal transmitida o mal interpretada. Desgraciadamente, en Occidente Dios es conceptuado y presentado en la práctica, unilateralmente, como el Dios de justicia. Todos sabemos, por experiencia propia, cuánto hemos necesitado hasta poder decir con toda el alma y como expresión de nuestra propia convicción: Verdaderamente Dios es amor; y, en último término, todos sus otros atributos son movidos en él por el amor. "Dios es Padre, Dios es bueno; bueno es todo lo que él hace".

No sólo hubo que enderezar una serie de conceptos erróneos; no, también exigieron una corrección algunas orientaciones equivocadas de nuestra vida afectiva. Ustedes conocen las atinadas palabras de san Agustín: "el amor es el mejor órgano de la fe". Esto significa que quien ha experimentado un gran amor paternal en su vida, no tiene dificultad para deducir, de todo cuanto nos relata la Sagrada Escritura sobre Dios, la eficaz conclusión, también para el sentimiento: Dios es verdaderamente Padre. Pero quien no ha experimentado este amor en sus padres o sus sustitutos, por lo general, no comprende mayormente los pasajes correspondientes de la Sagrada Escritura. Puede convencer a la inteligencia, pero el corazón, los sentimientos y la voluntad quedan fríos.

El que sabe cuántos se ven privados de un verdadero y cálido amor paternal, presiente cuán erróneo es, en muchos círculos, el concepto de Dios. Y, más aún, en un tiempo que impone tan pesadas cargas, en que, frecuentemente, fracasa la "buena madera". ¿Qué puede esperarse del leño seco?

Otros no llegan a tener un verdadero concepto de Dios, porque él es demasiado espiritual en su ser y demasiado incomprensible e inescrutable en su obrar. ¡Sí, Dios es espíritu! Por eso, es tan difícil, para el hombre apegado a los sentidos, el comprenderlo. El Dios uno y trino de la Revelación es el que nos aparece a más alto nivel espiritual. Para acercarse un poco más a nuestro entendimiento, quiere encontrarnos a través de sus transparentes, en personas nobles, especialmente en la Santísima Virgen, y en su Hijo Unigénito. Nobles imágenes de Dios, en el orden natural y sobrenatural, facilitan al hombre intelectual pasar de la imagen al prototipo y tener una representación más tangible del Dios infinitamente perfecto. Sobre todo, personas profundamente bondadosas tienen en esto una importante

misión. Ellas deben hacer comprensible el Dios de bondad al hombre sensible que lo busca. Estos conocimientos y observaciones son apropiados para impulsarnos a reflejar lo más perfectamente posible las magnificencias de Dios, por nuestro ser y por nuestra vida.

Conocemos muy bien la importancia que tiene la Santísima Virgen en la comprensión del Dios de bondad. Cuántas veces pudimos decir que, a través de ella, fue incorporado en la economía de la salvación el principio maternal; que por ella, los rasgos severos y a veces demasiado varoniles de Dios adoptan una forma femenina, maternal. Quien, en horas difíciles, se ha pintado un duro porvenir y ha pronunciado con estremecimiento interior y temblor su *fiat, Deo gratias, Sitio* (hágase tu voluntad; gracias a Dios; tengo sed de ello); sabe de la importancia que tiene poder decir con plena convicción: este Dios a quien te entregas sin reserva alguna no es un tirano. Es bueno como una madre, tal como, según la Sagrada Escritura, se mostró la Santísima Virgen en las ocasiones más contradictorias. Lo que él hace, sin duda alguna, es para tu bien. Y aunque una madre se olvidara de su hijo, él no se olvida de mí (Is 49,15). Lleno de amor y misericordia me ha inscrito en la palma de su mano (Is 49,16).

Llevamos hondamente grabada en nuestro corazón la imagen de la Santísima Virgen María; una imagen tan dulce y hermosa. Por ello, el rostro de Dios, a pesar de sus rasgos recios, varoniles, a pesar del vigor divino, tiene para nosotros rasgos amantes y divinamente tiernos. Por nuestra vinculación a la Santísima Virgen, nos es fácil decir de todo corazón: Dios es verdaderamente nuestro Padre.

El P. Kentenich cita muy a menudo a Santa Teresita de Lisieux porque en ella ve encarnada la infancia espiritual. En los textos siguientes nos muestra cómo ella debió luchar contra fuertes obstáculos interiores para vivir esa entrega sencilla.

Oscuridad de la fe

Texto 14

Muy fuertemente se destaca en Santa Teresa el carácter de oscuridad y de audacia en la fe. Parece que ella no tuvo que probar lo que los místicos llaman la noche oscura del espíritu y de los sentidos. Sin embargo, gran parte de su vida estuvo marcada por la “noche semioscura”, esto es, por la oscuridad de la fe, no rara vez incrementada por luchas interiores de fe.

"En otros tiempos -escribe en uno de esos estados- la pesada cruz me habría llevado a la desesperación. Ahora me sirve para desligar de toda satisfacción natural mi aspiración a la patria celestial".

De qué clase eran sus dudas, lo confiesa ella en otra ocasión: “Cuando quiero confortar y tranquilizar mi corazón, quebrantado por la oscuridad que lo rodea, mediante el pensamiento de una futura vida eterna, se duplica mi tormento. Entonces siento como si la oscuridad, premunida de la lengua del incrédulo, me gritara burlescamente: ‘Tú sueñas con la luz, con los aromas de bálsamo de la patria, con la posesión eterna del Creador de estas maravillas; tú crees que un día vas a dejar las tinieblas en que languideces. ¡Ya verás!... ¡Adelante!’, Madre, esta imagen corresponde tan imperfectamente a la realidad como los

bosquejos al retrato. Pero no seguiré escribiendo, pues temo blasfemar contra Dios. ¡Oh, si usted supiera qué pensamientos tan horribles me torturan! Apremian mi espíritu las argucias de los peores ateos. Ay, Madrecita, ¿es justo tener tales pensamientos cuando se ama tanto a Dios?”. “Cuando canto -escribe- la felicidad del cielo, la posesión eterna de Dios, no experimento en ello ninguna alegría. Simplemente canto lo que quisiera creer... Nuestras Hermanas no saben nada de lo que yo sufro... Anoche me acometió una verdadera angustia mortal y la oscuridad se hizo aún más espesa. No sé qué maldita voz me susurraba: ‘¿Acaso estás segura de que Dios te ama? ¿Vino hasta ti para decírtelo? La consideración que te tienen algunas criaturas no te justificará delante de él' ”.

La santa combatía estas dudas; pero, para no dejarse arrastrar a discusiones estériles, no rebatía ni las objeciones más arteras. “Las soporto obligada, decía, pero al mismo tiempo no dejo de despertar en mí actos de fe. Si usted, estimada Madre, juzgara por las poesías que he compuesto este año, tendría que admitir que yo nado en consolaciones, que soy una niña para la cual el velo de la fe está casi rasgado. Y, sin embargo,... ya no es un velo siquiera: es un muro que llega hasta el cielo, que me tapa las estrellas del firmamento”.

Así también el camino de la infancia espiritual, siendo tan luminoso y capaz de hacer feliz, lleva hacia una multiforme oscuridad y requiere audacia... como lo demuestra inequívocamente la enseñanza y la vida de Teresa (Studie 52/53).

Debemos vencer las reservas del intelecto

Texto 15

Veamos, por ejemplo, las reservas del intelecto. Tenemos en nuestra fuerza de percepción y en nuestra fuerza de intelección simultáneamente tres facultades: tenemos ojos de mosca, ojos de ángel y ojos de Dios. Ojos de mosca: éstos son propiamente los ojos instintivos, los sentidos, los ojos sensitivos. Por supuesto que éstos no ven hasta muy lejos. Una mosca tiene proporcionalmente ojos muy grandes, pero no abarca un círculo muy amplio, un radio muy extenso. En nosotros, esto es también así: si yo quiero poner en acción el órgano de visión puramente natural, instintivo, entonces, ¿qué pasa? No veo mucho; veo sólo el rostro enojado. Entonces, no sé, veo sólo el golpe de lanza, no lo veo todo. Y esto doblemente si estoy lleno de antipatía; entonces veo, probablemente, cosas que no pueden verse, cosas que de ningún modo son así. Así pues, ¿qué debo hacer? ¡Fuera con los ojos de mosca! Digamos más precisamente lo que esto significa.

Si pensamos en los ojos de ángel, es la capacidad de pensar meramente intelectual. Pero lo que es verdaderamente importante para nosotros son los ojos de Dios. Ojos de Dios. Estos son los ojos de la fe.

Y éste es el punto en torno al cual hemos estado girando ahora tan a menudo. ¿Qué significa reservas del intelecto? El intelecto quiere tener seguridad autónoma. Seguridad autónoma en este sentido: ahora viene esto, y luego esto y luego esto. Así, pues, ¿qué clase de ojos son éstos? Aquí la naturaleza pone muchas reservas. ¿En qué consisten estas reservas? Yo afirmo sólo lo que comprendo, lo que puedo captar con la luz natural de la inteligencia. Y, ¡vean cuánta reserva hay en ello! Esto es lo que distingue al mundo de la fe: las muchísimas incomprendibilidades, incomprendibilidades para el intelecto que piensa

en forma puramente natural; nada debo reservarme, la luz de la fe debe iluminar, debe mostrarme el camino. Y a esta luz debo entregarme, debo entregar mi intelecto a Dios. Mi intelecto debe ser entregado totalmente a Dios, también en lo que se refiere a las disposiciones y permisiones en mi vida que no puedo interpretar en forma puramente intelectual. Aprender a ver detrás de todo siempre a Dios, al Dios del amor. Si no lo aprendo, entonces mi intelecto pone muchas, muchísimas reservas. Y todas las reservas deben desaparecer, ¿no es cierto?

Y ahora, aplicado a mi vida pasada. Antaño lo expresábamos diciendo: Debo poner la escalera en cada acontecimiento, trátese del pasado, presente o del futuro. ¡Arrimar una escalera! Poner una escalera para el intelecto, arrimar una escalera para el corazón, ¡Poner una escalera! Expresado nuevamente en forma popular: me imagino que detrás de cada acontecimiento está Dios; digamos, él está sentado sobre este acontecimiento como sobre una torre. Y ¿qué debo hacer yo? Si mi intelecto y mi corazón se desarrollan correctamente, entonces, debo arrimar la escalera, mirar hacia arriba y preguntar: ¿qué quiere el buen Dios que se sienta en la cúspide, de cada acontecimiento en particular? ¿Qué quiere él, pues? ¿Qué quiere decirme con esto? ¿Qué intenciones persigue? Es una y otra vez: 'Mi justo vive de la fe' (cfr. Rom 1, 17; Gal. 3,11), del espíritu de fe. En toda circunstancia: 'Es la voluntad de Dios, por eso permanezco tranquilo'. O la otra frase de San Pablo: '*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*' (Rom. 8,28)-. Y esto debemos lograrlo con el tiempo por autoformación. Vean que ahora acentúo esto con más fuerza, claro que lo otro debe ser también tomado en cuenta: que lograr esto es una gracia, pero esto lo suponemos, debo lograrlo por ejercitación; sí, repitémoslo, llegar tan lejos con el ejercicio, la ejercitación, que, en último término, lo tenga en forma evidente como una segunda naturaleza: ocurre cualquier cosa y, en forma inmediata, arriba de la escalera, ¿qué quiere Dios? Dios lo ha enviado, ¿qué quiere con ello?

Pero esto solo no basta. Debo arrimar también la escalera para el corazón. Si yo no lo elaboro con el corazón, entonces, a la larga no llegaré a ser un hombre interiormente libre. ¿Qué significa esto para nosotros? Una hermosa, hermosísima escuela de educación". (Desiderio Desideravi 6, p. 41)

Para el P. Kentenich, la raíz para la falta de fe está, en la actualidad, en un exagerado intelectualismo y voluntarismo con menosprecio del afecto. Esto imposibilita la fe sencilla en la Divina Providencia.

Texto 16

Me permiten repetir: ¿Dónde pueden estar las raíces? Ya lo he dicho en forma breve y concisa: están en la exageración de la seguridad de las *praeambula*. La fe misma da seguridad divina. Pero allí se encuentra la dificultad: ahora tengo que creerle a Dios. Y vean ustedes, por eso también -ya lo puedo decir ahora, por todo lo que ustedes mismos me han contado- las dificultades: ¿existe Dios? Y ahora se agrega la tendencia al escepticismo: ¿existe siquiera un Dios, el Dios natural y, más todavía, un Dios del mundo del más allá, del mundo sobrenatural?

Puedo mencionar un segundo motivo. Es como una especie de elevación del sentimiento en el acto de fe. Si queremos crecer, adentrándonos en el mundo del más allá, si queremos

llegar a ser hombres marcadamente del más allá, entonces no debemos menospreciar ni sobrevalorar el sentimiento. Para ustedes tiene que ser evidente que también nuestra fe, normalmente, tiene que soportar los sufrimientos de Getsemaní. Creo que todos tendríamos que preocuparnos de no menospreciar ni sobrevalorar el sentimiento.

La antigua escolástica y todos aquellos que se educaron en la escuela de la escolástica, menospreciaron el afecto. Lo que decían es cierto: depende de la voluntad, no del afecto. Ellos pasaron por alto que si se hace un acto de la voluntad que llega a lo profundo, entonces, tarde o temprano, también se pone en movimiento el corazón. Es por eso que debemos amar al Señor Dios "con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente" (Deut 6,5). Esto sería entonces un menosprecio del afecto. Y en la ascética se habla, y esto se ha hecho desde siempre, de la gracia del consuelo. ¿Qué significa tener consuelo en la oración? El afecto resuena. Sí, es un afecto cálido, puede ser un sentimiento arrebatador, cálido, que atrae hacia arriba.

Esto no debe ser entonces menospreciado. Pero tampoco debe ser sobrevalorado. No se puede pensar: sí, ya no siento la fe en Dios, ahora ya no siento la fe en el Señor sacramentado, ahora ya no siento la presencia de Dios en mí. Por lo tanto, como todo está seco, no puedo creer. Esto no es correcto.

¿Me permiten usar un ejemplo drástico? Puede que lo conozcan. Debo cantar en una ceremonia. Supongamos que canto bien. Hay dos posibilidades: canto sin acompañamiento de órgano o canto con acompañamiento de órgano. Aquí hay de nuevo dos posibilidades: el órgano acompaña correctamente o el órgano acompaña desafinadamente. ¿Entienden la imagen? ¿Quién es aquí el órgano? Es mi afecto. ¿Quién es el cantante? Mi voluntad.

¿Qué significa esto? Cuando hago un acto de fe y el órgano acompaña, entonces acompañan el afecto, el sentimiento y el corazón, pienso que puedo cantar tranquilamente mi *Ite Missa est*.¹⁴ Segunda posibilidad: el órgano no acompaña. Con frecuencia, el afecto calla. Sin embargo, tengo que lograr cantar el *Ite Missa est*. Tercera posibilidad: el órgano toca desafinadamente...

Resumiendo. En este caso no se trata de que el sentimiento calle, sino que interiormente está todo seco. Y entonces, hay que hacer el acto de fe. Ustedes tienen que recordar así pequeños ejemplos, para que también se den cuenta que no se deben autodiagnosticar falsamente.

Debo decir una tercera cosa: fuente de problemas de fe puede ser también una fe practicada hasta ahora en forma falsa. Y creo que aquí tenemos que reconocer que no pocas veces esto corresponde a la realidad. En otra oportunidad, el año pasado, hablé más detalladamente sobre esto: la época de la cual venimos es una época burguesamente satisfecha. Se caracteriza porque los hombres burguesamente satisfechos lo pasan bien aquí en la tierra.

Ahora escuchen, uno lo puede pasar bien también en el cielo. ¿Y qué se hace para esto? ¿Qué se debe hacer para pasarlo bien? Se cree. Pero, ¿qué fe es ésta? Una fe totalmente raquítica. Es una fe que no exige decisión, que no exige sacrificio. Por cierto que si uno está acostumbrado a una fe así -y si, por otro lado, se le dice: o morir pasado por las armas

o renegar de la fe- sepan que por una fe así raquítica, no está dispuesto a ello. Y entonces voy a archivar mi fe.

Entonces, una vez más. ¿Qué quiere con esto el *Victoria Patris*¹⁵ ? El Padre Dios vence sobre nuestro entendimiento, encendiendo en nosotros el fuego de la fe. Ahora quiero dejar de lado las discusiones especulativas y solamente registrar en forma breve qué hace Dios al respecto y qué es lo que nosotros tenemos que hacer.

¿Qué tenemos que hacer? Lo que la familia siempre ha hecho hasta ahora: girar, en la práctica, en torno al Dios de la vida; girar, en la práctica, en torno al Dios de nuestros altares; girar, en la práctica en torno al Dios de nuestros corazones. (Exerzitien für Theologie-Studenten 1967).

CAPITULO 2

LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA, EN ESPECIAL PARA EL HOMBRE DE HOY

El P. Kentenich ve su misión en dar una respuesta a los problemas concretos del hombre de hoy. Por eso, él ve la fe en la Divina Providencia no sólo como algo supratemporal, sino como algo enraizado en el mundo y en su lucha diaria. Veremos entonces, basándonos en sus textos, lo que significa la fe en la Divina Providencia para el hombre de hoy, en general, y en concreto, para algunos aspectos del tiempo actual.

2.1. La fe en la Divina Providencia en relación al hombre actual

El hombre actual sólo podrá enfrentar el mundo de hoy con todos sus desafíos, si posee una fe profunda en la Divina Providencia. Esta fe le abrirá la posibilidad de aceptar todo lo incomprensible del mundo de hoy que, precisamente, torna la fe débil y enfermiza. Una imagen clara del Dios que tiene las riendas del acontecer mundial firmemente en sus manos y que es un Dios de amor, posibilitará al hombre de hoy enfrentar todos sus problemas. Tanto el materialismo como el intelectualismo actual hacen difícil la fe, la cual se torna un desafío para el hombre de hoy. El P. Kentenich dirá que se le exige "un salto mortal".

Importancia de la Fe Práctica en la Divina Providencia para el hombre de hoy

Texto 17

Lo que la Sagrada Escritura, los padres y doctores de la Iglesia, los teólogos y los santos nos dicen de la importancia de la fe en general para la vida cristiana, vale no sólo también de su expresión más concreta -la fe en la Divina Providencia- sino que, en nuestros días, vale de manera muy especial para ella. La razón salta a la vista. Debido a los extraordinarios y fuertes peligros que amenazan la fe en la Divina Providencia, originados por las múltiples y variadas incógnitas del gobierno divino del mundo, la fe tiene que mostrar precisamente en esto su eficacia y, en cierto modo, superar justamente aquí la prueba suprema. Más todavía, una fe viva providencialista no sólo es expresión, sino que también medio para la vitalización de todo el organismo sobrenatural.

Todo nuestro edificio teológico de fe, todo el organismo de nuestro mundo de fe, penetra en la vida mediante la fe práctica en la Divina Providencia. Si no alimentamos una y otra vez la fe práctica en la Divina Providencia con la inmanencia de Dios, estamos contribuyendo a que el árbol enferme más y más en la raíz. Uno de los tres mensajes de Schoenstatt es el mensaje de la fe práctica en la Divina Providencia. Tenemos que internarnos más y más en esta fe providencialista. Nuestra pregunta debe ser ésta: Cuando nos movemos por todas las situaciones posibles, ¿cómo viene a mi encuentro el Dios de la vida? Mostrar al Dios trascendente aquí o allá, en el sacramento, en el corazón, todo eso puede ser bueno. Pero la prueba cumbre de la vida actual, la prueba rigurosa, decisiva, de

nuestra religión, de nuestra fe, tiene que ser la fe práctica en la Divina Providencia. Por ella recibimos, de nuevo, un órgano especial para captar los valores fundamentales.

*La fe práctica en la Divina Providencia apela continuamente a la voluntad, al corazón y al sentimiento. Yo no quisiera que tomasen esta afirmación como una más al lado de otras, porque ésta toca el mismo núcleo de la fe. Por eso: ¡cultivo del espíritu de fe! Fides est radix et fundamentum omnis justificationis.*¹⁶. El cultivo más esmerado del espíritu de fe, en el sentido de la fe práctica en la Divina Providencia hasta en los más pequeños detalles de la vida diaria, debe ser el tema preferido en mis pláticas, en la orientación personal y en la educación escolar. (Pädagogische Tagung 1950)

Dificultad para el hombre de hoy frente a la Fe Práctica en la Divina Providencia

Texto 18

El problema más difícil para el cristianismo actual es la fe práctica en la Divina Providencia. Con toda intención, no hablo de la fe providencialista en general. A muchos no les es difícil creer en la Divina Providencia, tal como se ha mostrado en los siglos pasados. La dificultad profunda y estremecedora comienza cuando, aquí y ahora mismo, es decir, en el acontecer del mundo de hoy, se habla de una planificación del amor, de la sabiduría y del poder divinos, o de un Padre Dios que mantiene las riendas del acontecer histórico y que quiere llevar todas las cosas a un fin claramente conocido y querido. Eso es lo que llamamos fe práctica en la Providencia. (Studie 1956)

Texto 19

El hombre providencialista posee una nueva luz, una nueva fuente de luz; ve muchas cosas que otros no ven; mira al fundamento de las cosas; es un hombre clarividente. Aquí nos viene a la memoria una antigua y conocida expresión de años pasados: el hacer transparente todo lo creado, hacer transparente a toda criatura. Veo a través de todas las cosas creadas como a través de un vidriera. Veo detrás de todo al Dios de la vida y la realidad sobrenatural, las disposiciones y conducciones divinas.

Me parece correcto traer ahora sucintamente a la memoria lo que en el correr de los años hemos elaborado sobre este punto de vista y lo que ha sido nuestra vivencia en la práctica. Es decir, la concepción popular que nos muestra a todas las cosas creadas, todos los acontecimientos de nuestra vida como un edificio, como una catedral, estando en la cúspide siempre el Dios de la vida. Nuestra tarea consiste, entonces, en poner la escala en cada acontecimiento, en cada situación. Tomen cualquier caso: la guerra perdida, un cierto quiebre en nuestra naturaleza, un peso hereditario de enfermedad, pecados que he cometido. Ponemos la escala y así vemos cada pequeñez en nuestras vidas. Debería propiamente haber una cierta predisposición en nosotros; frente a todo lo que pase, que la primera pregunta sea inmediatamente: Padre, ¿qué quieres decirme con esto? Buscar y encontrar a Dios en todo. El hombre terrenal se quiebra en el más acá; lo terrenal está hoy tan revuelto y confuso. Si no me elevo por sobre el más acá y veo otras leyes, entonces me quiebro, entonces llego a ser una criatura infeliz y enferma.

Coloco la escala para la inteligencia. Me pregunto a la luz de la fe: Padre celestial, ¿qué quieres con esto, qué intención hay detrás? Pero pongo también la escala para el corazón, esto es más importante aún. Yo escalo hacia arriba con el corazón y abrazo allí al Dios de la vida y sus intenciones. ¡Fácil de decir, pero difícil de realizar!

Mirando hacia atrás en el pasado, si nos recordamos de cómo algunas impresiones no digeridas nos atormentan: eso no debe quedar sin digerir. Todo en nuestra vida debe resonar y desembocar en Dios. ¡Qué gran libertad interior nos da eso! Esto significa, prácticamente, ponernos en cierto sentido en el punto de vista de Dios. Puedo ver las cosas desde el punto de vista de Dios. ¡Cuán lejos se mira entonces! ¡Cuán interiormente libre soy entonces!

Esto es una tarea de vida en un tiempo que apenas conoce un providencialismo de tal grado, en el que los hombres religiosos sólo lo vislumbran en general. En un tiempo así, el hombre está generalmente en peligro de convertirse en un fatalista o en un hombre duro. Quien, como sacerdote, se ha acostumbrado a este método, en realidad nunca es abandonado por Dios. Dios nos dice algo en cada pequeñez. Cuando un hombre vive como ermitaño, junto con pocos, cuando pocos acontecimientos irrumpen en la vida, entonces esto puede ser difícil, porque las cosas hablan muy poco. Pero a nosotros, Dios nos habla todo el día por las circunstancias. Si lo que en la plática anterior discutimos dogmáticamente lo traducimos en la vida práctica, ¡cuán felices somos entonces!

Según San Ignacio, nuestra gran tarea consiste en lo siguiente: "*Deum quaerere, invenire diligere in omnibus rebus et personis*".¹⁷ El lenguaje de Dios son las cosas y acontecimientos, sean cuales sean. Yo debo entenderlos y responderles. Ese es el hombre del más allá.

Para repetir otra expresión conocida: el hombre del más allá está orientado a escuchar el saludo de Dios y responder siempre con un saludo de vuelta. Si eso se ha adentrado en mi conciencia, ¡qué hermoso es saber que Dios me saluda! Yo sólo tengo que responder siempre ese saludo. Puedo decirlo con el entendimiento, con el corazón, con la voluntad. Puede llegar lo que sea, ¡Dios quiere recibir una respuesta de amor! La altura de nuestra vida espiritual podemos medirla en esto, en cuánto nos demoramos en adoptar esta actitud después de algún acontecimiento. Si ésta es la primera reacción, entonces, ¡cuán sobrenaturales hemos llegado a ser! Si, frente a golpes del destino, la reacción es: Dios sabrá por qué; si es ésta la primera reacción sobrenatural, entonces, visto psicológicamente, ¡cuánto ha penetrado ya la fe en el pensar subconsciente!

¿No deberíamos llegar a esto? Porque Dios habla hoy en forma tan vehemente el lenguaje de las cosas y los acontecimientos, porque Dios se hace hoy tan perceptible, por eso estamos forzados a escucharlo. El hombre terrenal se quiebra en el más acá. La tierra ha sido separada del cielo, por eso se hizo infierno. Conscientemente, la tierra es separada del cielo. Una tierra sin cielo debería llegar a ser paraíso. ¿Y el resultado? Llegó a ser un infierno. ¿Cómo deberá volver la tierra a ser un trozo de paraíso? Debe buscarse la unión con el más allá.

Si para ustedes otras imágenes son conocidas, entonces puede recordarse de esa hermosa expresión que me acompañó personalmente, en Dachau, en todos los acontecimientos. El buen Dios debe ser visto como un Padre. La Sagrada Escritura lo muestra incluso como una madre. Una madre no se olvida de su hijo. Una madre está siempre dispuesta a prepararle los mejores pañales a su hijo. Así debo estar yo convencido de que, venga lo venga, un Padre Dios, que también es madre para mí, me ha preparado con eso los mejores pañales, también si estos pañales tuvieran espinas y cardos. Una fe que haya pasado al sentimiento, contiene la convicción incommovible: podrá venir lo que sea, ¡es siempre lo mejor para mí! El hombre del más allá es, pues, un hombre extremadamente clarividente". (Auténtica Libertad, 2, versión 2, pp. 8-10)

Es esta fe práctica en la Divina Providencia la que el P. Kentenich ve amenazada por la situación actual de la Iglesia y del mundo, a saber por: "los cambios actuales de la Iglesia" y por "la sucesión vertiginosa de los acontecimientos".

Los cambios de formas en la Iglesia

Texto 20

La amenaza está relacionada con los cambios de forma que se están produciendo en la Iglesia. El hecho de que, claramente, ella esté perdiendo poder en el estado, en la sociedad y en la cultura, es, para muchos cristianos, una nuez muy dura de roer; es un escándalo con el que no pueden reconciliarse, es una prueba de fe que no están capacitados para resistir. Son muchas las respuestas liberadoras que se pueden dar a estos problemas. Pero ¿tocan éstas el núcleo de la cuestión y dan una respuesta que, a la larga, convenga? Se podría también, como ya lo hemos hecho, distinguir el carácter supratemporal, sobrenatural e inmutable del cristianismo, de aquellas formas mudables condicionadas por el tiempo y, desde esa perspectiva, ayudar a la comprensión de la situación de la Iglesia y de sus nuevas tareas. Se podría también, para tranquilizar los espíritus, hacer comparaciones entre la bondad del cristianismo del ayer con el de hoy, en las diferentes y difíciles situaciones del tiempo. Tales ensayos de solución pueden ofrecer cierta claridad, pero no tocan la raíz y, por lo mismo, no tocan las últimas intenciones de Dios. Es evidente que él nos quiere hacer volver de nuevo a la fe esencial en la Divina Providencia y a sus fundamentos básicos. Sin que nos hayamos dado cuenta, nuestra fe se ha hecho débil y enfermiza. La situación actual de los cristianos lo demuestra. (Brasilienterziat 1952/53)

La difícil situación del mundo actual

Texto 21

Como ya lo hemos indicado, no son pocos los cristianos que se atienen fielmente a los dogmas definidos. Creen en la presencia del Señor en la Eucaristía, en el misterio de la Santísima Trinidad, en la encarnación y en muchos otros. Sin dificultad, también describen el contenido y la importancia de la doctrina de la Divina Providencia tal como lo aprendieron. También saben relatarnos muchas cosas bellas y gozosas del actuar de Dios en el cristianismo primitivo y en la Edad Media. La dificultad, la oscuridad, la crisis, comienza cuando se menciona y se discute la incomprendibilidad de la historia actual. Todo marcha relativamente bien mientras ellos, saciados y contentos, estén sentados junto a una

mesa de estudio o a una mesa bien puesta y puedan contemplar, desde un lugar seguro, la escena horripilante de nubes, negras como el carbón, que se van acumulando, o las catástrofes naturales que se desatan o el centellar de los relámpagos y el bramido amenazante de los truenos.

La situación, empero, cambia completamente cuando ellos mismos están bajo la tormenta y el huracán; cuando han perdido la base firme y familiar de situaciones conocidas y habituales y se les escapa también el manejo fácil de circunstancias conocidas. Distinta es la situación cuando, paralizada la mirada en la oscuridad del presente y del futuro, tienen que contar con que, en cualquier momento, pueden ser lanzados, sin esperanza alguna de salvación, a las profundidades implacables e insondables del mar, desde el témpano al que se agarraron en medio de un terrible naufragio.

Lo que está en tela de juicio para ellos no es el Dios de la Sagrada Escritura ni de los libros religiosos; no es el Dios de los altares, no es el Dios del allá, en las lejanías del cielo, ni del aquí, muy cercano, en el santuario del corazón. Su problema, dicho en una palabra, es el problema del Dios de la vida, del Dios de la vida de hoy. Es el Señor que, en la tormenta del tiempo actual, parece dormir plácidamente y no reaccionar a los llamados y gritos angustiados e insistentes. Parece en vano suplicar y pedir, clamar y gritar: "¡Señor, sálvanos que perecemos!" (Mt 8,25). El sigue durmiendo y duerme y duerme. El no ve nada, ni escucha nada. El no sabe nada de lo que está sucediendo. Así, al menos, parece. A tales hombres les falta la fe práctica en la Divina Providencia. No pasará mucho tiempo hasta que ellos pierdan también la fe teórica en el plan divino, sabio y previsor del gobierno del mundo. O les faltará la actitud fundamental de aceptación de ese gran plan que Dios ha trazado para el mundo y que trata de llevar a cabo consecuentemente.

Una vez que la raíz de la fe se ha debilitado por la enfermedad, los bacilos se multiplicarán y destruirán completamente la raíz, de modo que ésta no pueda ya soportar el árbol de la vida religiosa. Y cuando llegue una tormenta grande, entonces se vendrá abajo miserablemente.

Esa es la triste suerte de tantos cristianos de hoy que, a veces, tienen una formación dogmática muy buena y que, con frecuencia, pueden hacer brillantes discursos sobre las verdades religiosas. La fe se les ha quedado a ellos en la cabeza; no ha penetrado en el corazón ni en la vida. Dicho brevemente, no ha madurado hasta transformarse en fe práctica en la Divina Providencia. Por eso, esa fe no pudo echar raíces profundas, al menos no tan profundas que pudieran desafiar la tormenta de los tiempos apocalípticos actuales. Los hombres formados por esa fe no pertenecen a esa clase de hombres a quienes se les puede aplicar la frase de san Pablo: "*Iustus autem meus ex fide vivit*" ¹⁸ (Rom 1,17).

Un escritor muy profundo del siglo XVIII, P. Grou, considera que esta fe, a la que nos estamos refiriendo, como "la vida de los justos", no es la fe común a todos los cristianos, por la cual se tiene por verdadero lo que Dios ha revelado por su Iglesia. Se trata, más bien, de una fe muy especial y personal en la Providencia sobrenatural de Dios, que actúa sobre cada alma que se le entrega enteramente. De estas consideraciones se sigue que tienen razón los hombres que piensan que esta educación para la fe práctica en la Divina Providencia es una tarea central de la pastoral de nuestros días y que no se cansan de

predicar contra todos esos falsos profetas que, en asuntos de doctrina y de vida, sólo se quedan en ideas abstractas y que, para citar una frase de Shakespeare, “enferman de la palidez del pensamiento” y separan la fe de la vida. (Josefsbrief 1952)

Una fe profunda y verdadera no se siente confundida y remecida por el quebrantamiento del poder de la Iglesia en la forma acostumbrada - lo mismo vale de los desengaños en la vida propia y de familia- sino que se siente llamada y encendida una vez más para la entrega personal, total, a Dios y para ayudar al pleno desarrollo y reconquista de la influencia de la Iglesia en el mundo, en una forma nueva.

La fe, don de Dios

Hemos confundido, con demasiada frecuencia, los preámbulos racionales de la fe, que fundamentan la credibilidad del cristianismo, con la misma fe sobrenatural, que se arraiga en la autoridad de Dios y en su gracia. Milagros morales y físicos pueden preparar, afirmar, ayudar a la fe, pero la credibilidad fundamentada y avalada por ellos sólo se convierte en deber creer (*credenditas*) y en profesión de fe (credo), por el mismo Dios, por su autoridad y por su gracia, dada libremente. Los motivos de credibilidad pueden palidecer y cambiar. Aplicado a nuestro caso, la posición de poder del cristianismo puede remecerse; las posibilidades de éxito exterior constatables pueden reducirse a un mínimo, pero todo esto no toca el núcleo, la esencia de la fe. No solamente no la confunde ni remece, sino que despierta sus fuerzas y la impulsa a la plenitud. Desde el momento en que la fe ya no se apoya en grandes éxitos ni en oportunidades palpables y favorables, ni tampoco en medios humanos, comienza, tal como lo experimentamos continuamente en la historia de la Familia, a actuar según su propio carácter y a celebrar sus triunfos. Ella mantiene inquebrantable esa seguridad de que “el que está sentado en el trono” (Apoc 5,1) ha puesto en las manos del “Cordero como inmolado” (Apoc 5,6) las riendas de los acontecimientos y del gobierno del mundo y que el Cordero retiene firme estas riendas y lleva a cabo, inmutablemente, el gran plan de salvación de la eterna sabiduría, poder y bondad, también en tiempos confusos.

En todos los acontecimientos de la historia del mundo, ella ve una repatriación planificada de los escogidos por parte de Dios y responde con un retorno victorioso, por Cristo, en el Espíritu Santo, al Padre. El cristiano, impulsado por esta fe, no descansa hasta que toda su persona, con todo lo que tiene y lo que es, renunciando a su voluntad, se somete enteramente a Dios y a sus deseos y se abandona en él. No se inquieta si la razón trata de hacer valer motivos contrarios. Es la gracia de la fe quien supera esos motivos contrarios y los pone a su servicio o no se fija en ellos y no le da importancia. Por todo lo dicho, aparece claro que los tiempos actuales, por la pérdida de la influencia palpable de la Iglesia, amenazan de hecho y de muchas maneras la fe práctica en la Divina Providencia, ya que ésta no tiene raíces profundas, ni se expresa en la vida. Con esto también, al mismo tiempo, se proclama como una exigencia importante de nuestra época, la necesidad de revitalizarla con todos los medios, a través de la educación de la personalidad y de la familia. (Brasilinterziat1952/53)

La fe amenazada por el acontecimiento

Texto 22

Hablamos de amenaza a la existencia cristiana. Nos referimos a ese ovillo imposible de desenredar de incógnitas en el acontecer actual que, por todas partes, amenazan la raíz de la existencia cristiana, es decir, de la fe, en su forma concreta de fe práctica en la Divina Providencia. La carta de octubre de 1949 habla, por lo mismo, de “la inseguridad desorientadora causada por la avalancha de una aparente incomprendibilidad y falta de sentido de los acontecimientos actuales”. Afirma: “todo el mundo se da cuenta de que el carro de la historia, críticamente tambaleante, ha llegado a una curva peligrosa. Nadie sabe de seguro lo que acecha detrás de esto. ¿Se trata acaso de un abismo terrible, con sus fauces abiertas, escupiendo muerte y destrucción? ¿O a lo mejor, de una escarpada montaña cuya cumbre nos invita para mostrarnos el resplandor de un paraíso? ¿O se trata de una llanura serena y fértil? ¿Quién se atreve a desatar el nudo de este asunto tan importante para la vida y la suerte del individuo y de la sociedad?”

Estamos ante un cambio histórico

Los más inteligentes de todas las naciones sienten instintivamente que estamos ante un cambio histórico de importancia secular; que ahora caen los dados que van a decidir la suerte del mundo en los cuatro o cinco siglos venideros. Hoy parecería, así opinan muchos, que el Señor del mundo hubiera perdido su paz soberana y la seguridad de su gobierno y hubiese caído en la impotencia y desvalimiento; que, desvalido al igual que el auriga que ha perdido el manejo de las riendas, ha abandonado el mundo a sí mismo o al capricho de hombres depravados o a fuerzas diabólicas destructoras. ¿Cómo se podría si no -así dicen- explicar la insensatez de crueldades que claman al cielo y la terrible tragedia de tantos e incontables hombres y la suerte de tantos pueblos?

Hay otros que interpretan estas terribles catástrofes del presente como extraordinarios dolores de parto. También ellos están ante un enigma.

También nosotros somos hijos de nuestro tiempo. También nosotros sufrimos bajo estas cosas incomprensibles. Al fin y al cabo, no somos simplemente espectadores o figuras decorativas, sino que actores y, muchas veces, desempeñamos un papel principal en el gran drama, en la tragedia terrible que se desarrolla en el escenario del gran teatro del mundo (Josefsbrief 1952).

¿Guía Dios a la humanidad?

Texto 23

Me puedo imaginar que también ustedes algunas veces piensan y dicen: si yo fuera el Buen Dios nunca permitiría esto; nunca lo toleraría... Esa es precisamente la dificultad. ¡Cómo pesa la mano de Dios sobre la pobre humanidad! ¡Es increíble! Día tras día, se cometen tantas injusticias que claman al cielo. ¿Verdad que, hasta cierto punto, podemos comprender la teoría del deísmo? Esta se origina de la observación de la vida: ¡Cuántas injusticias hay en la vida!. Ya que quiero justificar al Padre Dios, por eso proclamo la teoría: es verdad que el buen Dios lo ha creado todo, pero luego dejó abandonada la humanidad a sí misma. Al menos así se justifica al Padre Dios. ¿Por qué se justifica? Porque él se regocija en su dicha en el cielo y no se preocupa del hormiguero de gente allá abajo en la tierra. Eso, ¡que lo arreglen los hombres por sí mismos!

Ustedes se dan cuenta de que con esto se daría una justificación de Dios. Pero visto desde otro lado, ¿no es un pobre Dios miserable que no tiene ni voluntad ni fuerza para conducir a los hombres? (Exerzitionen für Theologie-Studenten 1967).

Al hombre actual le falta receptibilidad para la Fe Práctica en la Divina Providencia

Texto 24

Tratemos de bosquejar, al menos con algunas pinceladas, al hombre en esta crisis para, así, señalar suscitadamente su no receptibilidad para una vida de fe providencialista. El carácter de misterio inescrutable del gobierno divino del mundo, como también la potencialidad infinita de las propiedades divinas, incomprensible para la inteligencia creada, que se manifiestan en este gobierno y también la corporeidad y limitación de la naturaleza humana, han hecho difícil, en todos los tiempos, la fe en la Divina Providencia. En el clima de la atmósfera actual, empero, germina muy raras veces.

La culpa de esto la tiene, en primer lugar, la tendencia a la despersonalización que también ha invadido el mundo religioso. Esta tendencia diluye directamente la imagen de Dios y lleva a su despersonalización y, con esto, al eclipse y negación de su Providencia general y particular. No sin razón hemos insistido tanto en la elaboración de la idea del interés personal e individual de Dios para con nosotros. A esto hay que agregar el espíritu de un exagerado imanentismo, consecuencia de la tecnificación de la vida, que mantiene el mismo paso que las ciencias naturales en su marcha triunfal y que sólo con gran dificultad encuentra el camino al mundo de las realidades sobrenaturales.

Este espíritu imanentista preferiría acabar con toda la dimensión de lo trascendental, de lo divino, del más allá, de lo metafísico, en el sentido estricto de la palabra. Tanto se han atrofiado y encogido las capacidades espirituales del hombre moderno. La dura lucha por la vida hace lo demás.

Aunque no compartimos la opinión de aquéllos que piensan que la estructura físico-espiritual del hombre ha cambiado esencialmente, de manera que todos los ideales y modelos del pasado se hacen cuestionables, sin embargo, tenemos que conceder que el hombre, también el hombre religioso, ha perdido su equilibrio y ya no puede comprender muchas cosas que antaño eran evidentes. Su volumen espiritual se ha hecho más pequeño y su capacidad receptiva ha disminuido. Eso vale para la inteligencia, para la voluntad y para el corazón.

En la inteligencia

En cuanto a la inteligencia, de seguro que se puede constatar un considerable progreso de las ciencias naturales. El espacio histórico se ha ampliado enormemente y se ha explorado minuciosamente el alma humana. Los conocimientos científicos y técnicos, en lo que se refiere al área histórica, geográfica y psicológica, han pasado a ser propiedad de toda la humanidad como nunca antes lo habían sido. ¿Pero qué significa todo este crecimiento frente a la notoria pérdida del sentido de la vida y a la falta progresiva de autonomía de juicio y a la palpable incapacidad de transformar los conocimientos espirituales en fuerzas plasmadoras de la vida diaria?

En la voluntad

También la voluntad está descomunadamente debilitada. Le falta la capacidad de decisión y la fuerza de ejecución. En el hombre religioso este desmedro de la voluntad se manifiesta en la falta de pasión por lo bueno, en la pérdida del arranque impetuoso para la entrega total y sin reservas a Dios y en la incapacidad de decidirse a perderlo todo y perderse a sí mismo heroicamente, para penetrar en el mundo y en las exigencias de la fe. La vida religiosa es considerada como un seguro para el cielo; sigue perdiendo más y más el carácter arrebatado y apasionado de la aceptación de un riesgo. Cada vez se hacen más raras las grandes resoluciones y su enérgica realización, a pesar de obstáculos aparentemente infranqueables. Y esto acontece en un tiempo en que el frente contrario extrae hasta la última partícula de todo lo que pueden dar sus partidarios y no tiene reparos en poner exigencias heroicas.

Quien tenga una idea clara de los muchos saltos mortales que exige a la razón, a la voluntad y al corazón, una vida orientada por la fe providencialista, no tendrá dificultad en reconocer cuán poco favorable es, para una tal vida, esta actitud de la voluntad que estamos describiendo. Por el contrario, un esfuerzo serio en este sentido es evidentemente un medio privilegiado para despertar la capacidad de decisión y fortalecer el deseo de realización.

Irracionalismo del hombre actual

El hombre actual ha caído víctima de un funesto irracionalismo. A pesar de tener una enorme cantidad de conocimientos aislados que ha ido almacenando, ha perdido la capacidad de evaluar por sí mismo y de formar sus propios juicios. Esto hace más profunda su dependencia de su sentimiento y de su vida instintiva. Motivos racionales no lo mueven especialmente. En cambio, se deja impresionar y determinar por fuertes afectos: por la fuerza de una voz y por arranques desenfrenados de la vida instintiva. Pero a estos sentimientos, así despertados y que lo rigen, les falta profundidad e intimidad, duración y fidelidad, fuerza y potencialidad... “Apenas empiezan a brotar, desaparecen como si la fuente de la cual nacen fuese muy débil y poco fecunda. Más que originarse de la profundidad del alma, proliferan en sus orillas. Por lo mismo, no son engendrados por el espíritu ni gobernados por la voluntad. Es verdad que excitan al hombre, que lo arrastran, pero no llegan a tocar su totalidad sicosomática, el centro de su personalidad. Aquel estudiante que, después de haber asistido a la representación del ‘Rey Lear’ de Shakespeare, confesaba haberse encontrado allí con un mundo enteramente desconocido, frente al cual nuestro mundo le parecía pequeño y estrecho; y afirmaba que los hombres de aquel tiempo, por la potencialidad de su alma y por la descarga de la fuerza de sus pasiones, le parecían de una pujanza y amplitud casi desconocida para nosotros, caracterizaba exactamente el contraste frente a la indigencia y mezquindad del hombre actual” (Wulf).

Así, se explica la falta de carácter del tiempo actual y la falta de fidelidad personal. La fuerza con que se manifiesta, en la vida religiosa, es decir, en el trato con Dios, el aplanamiento y el empobrecimiento del corazón lo muestra una observación más profunda de la piedad del hombre actual que sigue siendo cristiano... Con frecuencia se pasa de un

desborde sentimental incontrolable y desenfrenado a un estado anímico de terrible indigencia y sequedad...

Quienquiera que conozca bien las relaciones íntimas que hay entre la cabeza y el corazón, entre la educación del entendimiento y la del corazón, entre estado de ánimo y vida de fe, fácilmente puede deducir, del empobrecimiento del corazón moderno, las dificultades que van enlazadas hoy con la educación para una vida de fe en la Divina Providencia... Pero, por otra parte, comprende inmediatamente qué repercusiones tiene esta vida en el corazón y en el sentimiento. Y más claramente aparece hasta qué punto la educación para la fe en la Divina Providencia puede ser llamada "el problema más crucial de la pastoral actual"...

La vida de fe práctica en la Divina Providencia puede y debe ser abordada como la preocupación más importante, el problema central y la luz meridiana de la educación actual

Lucía Cristina, hablando de sí misma, nos refiere lo siguiente: "Hay momentos en que mi alma se me aparece como el interior de un barco que, en alta mar, está recibiendo el violento choque de las olas. Allí todo está en desorden, con excepción de aquellas cosas que han sido bien suspendidas y que, por lo tanto, permanecen siempre en verticalidad con el nivel del agua, al igual que con la bóveda celeste. Así pasa en mi pobre alma. Todo allí está en completo desorden. Lo que debería estar más abajo, es lo que está más arriba. Todo en desorden, menos la línea vertical de la voluntad, que está arraigada en Dios".

Ese arraigo de la voluntad, de la razón y del corazón en el mismo Dios de la vida y de la historia, es el fin que se propone la educación a una vida de fe práctica en la Divina Providencia. La manera cómo se puede obtener ese arraigo bajo las condiciones actuales y con la multiforme atrofia del alma moderna, será un asunto que ventilaremos después. (Brasilienterziat1952/53)

Alejamiento de Dios, fuente de muchas crisis

Texto 25

La incomprensibilidad de Dios en los acontecimientos del mundo actual es la fuente inagotable de las crisis más difíciles en la vida de incontables hombres. Ellas sólo pueden ser solucionadas con una fe genuina, profunda, sobrenatural; una fe que conoce una decisión global, radical y personal por el Dios personal. Una fe que siempre es y será un riesgo, el cual no raras veces exige el salto mortal para la inteligencia, para la voluntad y para el corazón. Una fe que se debe considerar como un gran misterio porque en ella triunfa el misterio de la cooperación entre la gracia divina y la libertad humana. Por eso, esta fe significa mucho más que un puro adorno sentimental, sin el cual, en último análisis, uno podría solucionar perfectamente su vida (Oktoberbrief 1949)

La incomprensibilidad de Dios en la tormenta infernal del tiempo, el espíritu de despersonalización que, como aliento pestilente, todo lo penetra y el gigantesco edificio de la sociedad y el orden mundial sin Dios y enemigo de Dios, hablan un lenguaje claro. Poco antes de su muerte, Strauss, el detractor de Cristo, escribía: "La apostasía de la fe en la Divina Providencia es una de las más sensibles pérdidas que va unida al liberarse de la fe

eclesial cristiana. Uno se ve desarmado y desamparado en el terrible rodaje de la máquina del tiempo, con sus engranajes de fierro que giran bramando, con sus pesados martillos y golpes ensordecedores y no se siente en ningún momento seguro de no ser agarrado por una rueda y destrozado o aplastado y deshecho por un martillo. Este sentimiento de estar desamparado es espantoso".

¡Qué habría dicho Strauss si viviera hoy!... Nietzsche, quien se llama a sí mismo "asesino de Dios", describe con su ardiente lenguaje el estado del hombre que ha echado por la borda la fe en la Divina Providencia:

"¡Nunca vas a rezar, nunca vas a adorar, nunca vas a reposar en una confianza infinita! ¿Te niegas a ti mismo la posibilidad de estar ante una sabiduría última, un bien último, un poder último y descargar allí tus pensamientos? No tienes un guardián, un amigo para tu soledad. Vives sin la vista hacia una montaña, cubierta de nieve en su cumbre y llena de fuego en su corazón. Para tu corazón no hay un lugar de reposo disponible, donde todo se encuentre sin que sea necesario buscarlo. ¿Te niegas a una paz última? Hombre de la renuncia, ¿vas a renunciar a todo esto? ¿Quién te da la fuerza para ello? ¡Nadie ha encontrado, todavía, esa fuerza!".

Esta es la imagen del hombre actual. Está lleno de inquietud, en eterno movimiento porque ha perdido ese reposo en Dios que da en abundancia la fe en la Providencia Divina. (Brasilienterziat1952/53)

La seguridad hoy está en la Fe Práctica en la Divina Providencia

Texto 26

La situación del mundo exige más que nunca, y mañana más aún que hoy, una vida generosa basada en la fe en la Divina Providencia... Sólo ella da la paz y seguridad que el hombre de hoy necesita, si no quiere ser destrozado por la vida; una seguridad que va unida a un santo abandono, mientras que el pagano moderno, que ve su vida condenada al naufragio en el diluvio actual, acalambrado se encierra en sí mismo... El verdadero cristiano acepta sus límites..., su pequeñez, pero se arroja lleno de confianza a los brazos del Padre y de esta manera se hace dueño de todas sus preocupaciones, mientras que el pagano moderno, que no conoce estas relaciones, se encierra acalambrado en sí mismo y, tarde o temprano, es destrozado por la vida (Studie 1958).

No en último término, es también el demonio un factor que pesa fuertemente para dificultar la fe al hombre de hoy, en especial, la fe práctica en la Divina Providencia.

Texto 27

Como hemos hablado ya tantas veces sobre esto, nos contentamos ahora sólo con destacar claramente, de manera especial, un punto de vista que hasta ahora no se ha tomado muy en cuenta: su relación interna con la estrategia del demonio. Kuhn llama la atención sobre una táctica del demonio que es poco conocida y que, por lo tanto, es mucho más segura para que él alcance su fin. "Según un plan muy bien ideado, los demonios de la tierra dirigen sus ataques contra los hombres, comenzando por hacer vacilar su confianza en la Providencia.

De este modo, según su escala de jerarquías, pueden seducirlos de la soberbia a la concupiscencia, de la concupiscencia a la avaricia, y finalmente a la idolatría". (Brasilinterziat 1952/53).

2.2. La Fe en la Divina Providencia frente a los problemas particulares del hombre de hoy

Por la importancia que da el P. Kentenich a algunos problemas, los citaremos especialmente.

Estos son:

La situación de la Iglesia posconciliar.

El pensar mecanicista.

Todo lo que se relaciona con el mal en el mundo y con el sufrimiento.

2.2.1. La situación de la Iglesia posconciliar

El P. Kentenich considera, en la Iglesia postconciliar, al relativismo y al escepticismo como la dificultad para la fe en la Divina Providencia.

Texto 28

Ahora sólo toco uno que otro punto, aquello que para el momento, según me parece, es de importancia para nuestro propio pensar. En realidad, ya debiera haberlo dicho hoy en la mañana, cuando traté de bosquejar más exactamente el desarrollo de ustedes. Entonces, debiera haber recalcado que todos ustedes tienen que contar con tener, tarde o temprano, fuertes luchas de fe. Y, sin embargo, sí, escúchenlo una vez más: el Padre vence sobre mi entendimiento. ¿Cómo? Mediante el espíritu de fe. ¿Cuáles son los motivos de nuestras luchas de fe? Permítanme caracterizarlos más exactamente.

La fuente puede ser un escepticismo generalizado. En cuanto conozco la vida síquica moderna, sobre todo la vida postconciliar, me parece que el problema de la época actual es el escepticismo, también en el campo eclesial. Este es para mí el problema más difícil.

Veán ustedes, todo es relativo. Así consideremos la victoria del pensamiento evolucionista o la victoria del progreso de la historia, es decir, la victoria del pensamiento historicista -no deben pensar que esto sería ahora un "Hendiadyoin"- aquí se quiere cambiar los acentos. O si piensan en la interpretación más amplia o en el cambio de interpretación de lo sexual, desde el punto de vista de la sexualidad personalizada. En último término, se trata siempre de la pregunta de Pilatos: sacudir, mover la cabeza, levantar los hombros: ¿qué es la verdad? ¿se da una verdad absoluta?

Por eso, tendrían que retener también para sus estudios un criterio firme... yo mismo quisiera, por mi parte, en cuanto pueda hacerlo, tratar de precisar un criterio firme para toda nuestra familia -quizás en el año próximo o ahora, al final de este año- para todas las

preguntas del pensar moderno, también en el ámbito de nuestro catolicismo. No es necesario que hoy podamos resolver todos los problemas, esto de ninguna manera podríamos hacerlo, porque la ciencia ha tomado un camino tal, que pone tras muchas cosas un signo de interrogación. Y si pensamos en nuestro gran principio, el que siempre hemos subrayado tan fuertemente: "gratia praesupponit, gratia perficit, elevat naturam"¹⁹, entonces es evidente para nosotros que, con el cambio y con el avance de la ciencia en los distintos terrenos, también la religión, es decir, también el cristianismo, debe revisarse siempre de nuevo. Esto deben tomarlo como algo evidente. Sólo se trata de conservar un criterio sólido.

¿Cuál es, en detalle, este criterio? Esto sería material para un curso sumamente amplio... Tendría que ser aplicado a todos los problemas modernos: desmantelamiento de los dogmas, desmantelamiento de la vida cristiana... además, sabemos todo lo que se nos dice en la exégesis. Si nos encontramos frente a estas cosas sin ningún criterio sólido, nos encontramos desvalidos.

¿Qué busco entonces? Ahora no quiero dar respuesta al gran peligro del escepticismo generalizado y total. Si el tiempo alcanza, lo haré luego desde otro punto de vista. Sólo debe recordarse el gran peligro al que hoy estamos expuestos, sobre todo nosotros, como estudiantes. Ahora se trata de hacer un poquito más comprensible de dónde provienen nuestras dificultades de fe.

No debemos sobreexigir los "praeambula fidei"²⁰

¿Debo decir que la fe estaba muy poco enraizada en la vida síquica subconsciente? ¿Debo decir que, en general, ponemos exigencias muy altas -demasiado altas- a la seguridad de las *praeambula fidei*? Quizás hoy esto lo hacemos todos. Tampoco quiero quedarme en este punto, puesto que me interesan ahora más las cosas prácticas.

Nosotros confundimos en sí el silogismo en que se nos dan a conocer las *praeambula fidei* con la fe misma. Lo que el entendimiento nos puede entregar en el examen de la verdad de fe, no sobrepasa la certeza moral.

Pienso que todo esto lo volverán a escuchar en la teología. No es, entonces, un acto de fe, esto no es más que un acto de la ciencia; da sólo una certeza moral. Y ahora, nosotros, hombres de hoy, debido al cambio de orientación en el pensar, no nos conformaremos nunca con esto. Ya antes era difícil. Cuando se nos decía, por ejemplo, veamos un discurso de Cicerón, queremos demostrar que él existió y luego demostrar, por otro lado, que Cristo existió. Los argumentos para demostrar la existencia de Cristo son más generales que los argumentos para demostrar la existencia de un Cicerón. Aquí, toda persona que busca la fe tendría que decir: ¿qué me importa la existencia de Cicerón? Pero la existencia de Cristo, la documentación que él nos dio de su carácter divino, ése es el fundamento para toda mi vida, sobre eso quiero tener una mayor certeza.

Deo gratias ! Todas las conclusiones que aquí se presuponen, antes de hacer el acto de fe, no pertenecen a la fe; todo aquello que hemos dicho ahora no es, ni con mucho, un acto de fe; son *praeambula*, nada más que eso.

Veán ustedes, ahora las cosas son esencialmente distintas. El hombre moderno quiere tener hoy seguridad experimental. Y en la fe, ésta no la podemos obtener tan fácilmente; en algo es posible, pero no en la medida como la quiere el hombre moderno. Y peor aún, frente a un quehacer científico exacto. Pensemos en los hombres que viajan allá arriba, en el espacio. ¡Con qué exactitud está todo preparado! Precisión al segundo, cómo y qué debe hacer ahora el cohete. Y hasta ahora ha demostrado siempre su eficacia, ¿no es cierto?

Veán, esta seguridad absoluta, sea mediante experimentos o mediante estudios, no la podremos tener respecto a la fe. Y, porque actualmente también estamos todos tentados de aplicar esta nueva forma de pensar a la religión, si no hemos tenido una profunda vivencia de fe, hasta las últimas raíces de nuestra vida subconsciente, todo, tarde o temprano, tendrá que tambalearse.

El acto de fe presupone un salto mortal del entendimiento

Si me permiten agregar aquí una palabra: recién ahora comienza la fe. Pero yo no quiero explicar cómo sucede esto en detalle, sólo quiero dar una respuesta en forma breve. Ahora Dios toma posesión del entendimiento; éste está en suspenso y Dios -a través del órgano de la fe, *lumen fidei*²¹ - me da la fuerza y la gracia para arriesgar el salto mortal del entendimiento.

Veán ustedes, cada acto de fe es en sí un salto mortal del entendimiento, porque tengo que saltar, adentrándome en el más allá. Y esto no lo puedo hacer basándome en conocimientos naturales; ellos dan sólo prenociones, *praeambula fidei*.

También tienen que recordar, -déjenme explicárselos una vez más- las *praeambula fidei rationabilia*²² las acrecentamos mediante las *praeambula fidei irrationabilia*.²³ Junten todo lo que debe ser interpretado y cómo debe serlo. También, entonces, cuando lo hayan logrado, sigue siendo el acto de fe un salto mortal para el entendimiento. Veán, todo lo que podemos alcanzar con lo que llamamos *praeambula fidei rationabilia et irrationabilia*; es sólo una moderada *credibilitas*²⁴ de la verdad de fe, una *credibilitas* también para el reconocimiento del orden sobrenatural, del más allá. Me da entonces sólo una *credibilitas* para la existencia y estructura, forma de vida y eficacia de vida del hombre del más allá.

Creo que debemos subrayar esto en forma vigorosa, para ser sanados de las interpretaciones erradas, que nos dicen que esto lo podríamos hacer mediante el estudio. No; como nos diría el prefecto, repitiendo lo que le dijo a san Pablo: "Pablo, el estudio te ha hecho perder la cabeza" (Hech 26,24). Por cierto, tener fe, humanamente hablando, presupone -ya usé la expresión ayer en la tarde- que todos nosotros "tengamos una teja corrida". ¿Por qué una teja corrida? Una falla allá arriba, en el tejado. No, no, no es una falla de la cabeza. Es una brecha en lo puramente natural, un mundo distinto que se abre paso. Si Dios no se mete en nosotros y si no nos regala la gracia de arriesgar el salto mortal, nunca llegaremos a ser héroes de la fe. No deben pasar por alto que lo que nosotros hemos asimilado de fe, en general, en circunstancias normales, es, de alguna forma, dar un sí semi consciente y semi inconsciente a aquello que actualmente se encuentra en el ambiente, en la atmósfera religiosa.

La fe presupone siempre una decisión. El salto, si quiere ser verdadera fe, presupone siempre una decisión personal: yo arriesgo ahora el salto. Y si la Iglesia postconciliar no se cansa de apelar al laico adulto, eso significa entonces que, para un adulto, una verdadera fe debe ser practicada en forma reflexiva y consciente, mediante una clara decisión, mediante una seria resolución.

Por cierto que ustedes entienden muy bien si ahora digo: si no rezamos pidiendo la gracia de la fe; si nosotros, por nuestro lado, no ponemos en movimiento al Dios vivo, al Dios del mundo sobrenatural, de modo que se poseione de nuestro entendimiento, lo eleve al mismo tiempo, lo atraiga adentrándolo en su propio corazón, entonces, por cierto, no podemos esperar una fe firme. (Exerzitien für Theologie-Studenten 1967).

2.2.2. Relación con el pensar mecanicista

El mecanicismo y sus secuelas: la masificación y la despersonalización, son para el P. Kenterich los grandes males del tiempo actual. Es una barrera que se opone a la fe sencilla y heroica en la Divina Providencia, pero que, al mismo tiempo, la exige como respuesta a este mal.

Masificación y despersonalización

Texto 29

Aquí sólo queremos destacar un punto y relacionarlo con la fe en la Divina Providencia: la tendencia a la masificación y a la despersonalización. Con esto mencionamos un germen de enfermedad que, consciente o inconscientemente, nos aqueja a todos nosotros como hijos de nuestro tiempo y que dificulta la vida sencilla de la fe providencialista, pero que, a su vez, es sanado por esa misma fe.

Debería sernos ya muy conocido lo que entendemos por masificación y despersonalización. La vida moderna, que se asemeja a una gigantesca máquina industrial, no descansa hasta que no ha convertido a los hombres y a los pueblos en partes y pedazos arbitrariamente reemplazables y caprichosamente intercambiables de este gigantesco aparato mecánico. Este aparato que funciona como una máquina exacta de aprovisionamiento, se preocupa del bien común y trata de mejorarlo, ya que algo bueno tiene que buscar, si no, no tendría partidarios. Pero, frente al individuo, se muestra totalmente desinteresado.

Según esto, lo que importa es la masa; el individuo, la personalidad, no valen nada. Por lo tanto, la antigua ley fundamental, según la cual el bien común precede al bien particular y por la cual tanto la comunidad como el individuo son tomados ordenadamente en cuenta, experimenta una disolución total. Esta disolución total rige la unidad mundial, enemiga de Dios y de Cristo, junto con su sistema previsor. (Brasilienterziat 1952/53)

Siempre estuvo el hombre expuesto al peligro de la masa. Pero ese peligro se ha convertido en catástrofe desde la llegada triunfal de la máquina que atrae a las masas.

Nietzsche piensa que cuando hay cien hombres juntos, cada uno pierde su razón, reemplazada por una común. Este conocimiento puede haber influido en la división que él

hace de la humanidad en dos grupos: los hombres del rebaño y los superhombres, es decir, una forma determinada de masa y de élite. La industria y la técnica hacen posible, en nuestros tiempos, apiñamientos de personas como nunca antes se conocieron. Se apelonan no de a cien, sino de a cientos y de a miles. Y los medios modernos de comunicación y de viajes los acercan tanto, que ya casi no se puede hablar de lejanía y de distancia. A esto, se agregan las vivencias masivas que multiplican considerablemente la situación de masa. Pensamos en el carácter masificado de los servicios asistenciales modernos y en los miles y miles de conductos por los que fluye la corriente de la vida y que están capacitados para arrebatar consigo todo lo que tenga carácter individual. Newman, que previó los problemas modernos y trató de muchas maneras de dar una solución adelantada, nos llama la atención sobre el hecho de que el hombre, en medio de la masa, es inconstante y tornadizo con la masa y, como la masa misma, es adúltero y sin carácter, malo y pecador hasta la médula.

La masificación infantilista del hombre

Por eso, el hombre rápidamente se mimetiza con el color y la forma de su ambiente. Ya no vive su propia vida. Es vivido; no se decide a sí mismo, la masa decide por él. Siempre fue así. Ya desde un principio se ha hablado también de un hombre religioso masificado. Siempre se ha sabido que la comunidad encierra en sí el peligro de hacer de los suyos algo "común", de despersonalizarlos y de infantilizarlos. Todos los educadores conocen estos problemas de la educación de la comunidad y de la formación de masas. De tal manera han aumentado estos problemas en nuestros días que se puede hablar, con todo derecho, de una "rebelión de las masas".

Observadores expertos ven en esto la falla o la ausencia de una verdadera élite, resistente y sólida. Ven también en esto el dominio de la vulgaridad, de lo trivial; el triunfo de los adocenados que ya no son capaces de pensar y de tomar decisiones por sí mismos, que se dejan arrastrar por la curiosidad y guiar por la palabrería de las masas, y ven también en ello la consecuencia del abandono de normas morales de valor universal. Hablan de la última fase del proceso de disolución del espíritu cristiano occidental que, habiéndose separado de Dios, exhibe alarmantes síntomas de decadencia. Señalan como causa el aumento descomunal de la población desde hace más o menos 150 años y la siempre creciente industrialización, tecnificación y racionalización de la vida. Todos, empero, ven y describen a su manera una parte del problema.

Quienquiera que escuche, sin prejuicios y atentamente todas estas voces, se podrá formar pronto una idea acertada de la situación total. Mientras se deploraba esta metamorfosis así iniciada en el rostro del individuo y de la comunidad y se mantenían firmes los ideales, los principios y la noción misma de la educación, se podía todavía apreciar lo funesto de la situación y encontrar un remedio y anunciarlo. Pero la confusión ha alcanzado su apogeo desde que aquello que se consideraba y se rechazaba como una deformación, es reconocido y alabado conscientemente como ideal absoluto y, con los medios modernos casi inagotables de influencia en las masas, con la prensa y la radio, la televisión, el cine, el teatro, mediante amenazas y violencias, mediante crueldades y hambrunas, se trata de hacerlo realidad como modelo de educación.

El hombre masificado, que hasta ahora había sido considerado como una degeneración, hoy es anunciado y cultivado en amplios sectores como el tipo ideal del hombre y de la comunidad del futuro. Se afirma que él es el único que puede resolver los problemas de la sociedad moderna. En nuestro estudio, hemos hablado con frecuencia de la Iglesia y del mundo en las nuevas playas. Nos presenta esa otra ribera en su expresión más pura. Otros grupos también la imaginan y tratan de hacerla realidad con un entusiasmo arrebatador, con mayor entusiasmo que aquel con que comunidades de Iglesia se esfuerzan por realizar también su visión del futuro.

En particular, esto significa que lo colectivo, la masa, asume la función ejercida hasta ahora por la personalidad humana y el Dios personal. A la una y al otro se le entrega con esto el certificado de despido; más aún, se les declara la guerra a muerte a ambos. (Brasilienterziat1952/53)

En esto hay una actuación del demonio

Texto 30

Nosotros, los hombres de hoy, embriagados como estamos con las ciencias naturales y la técnica y en el desvarío de una supuesta omnipotencia del hombre, hemos olvidado totalmente cuán decididamente grande es el poder del demonio. Por eso, mientras tanto, puede el príncipe de este mundo -a quien Pablo llama dios de este mundo- seguir desplegando su nefasta actividad a su antojo y placer. Lo puede hacer de una manera especialmente devastadora, en este tiempo de la masificación de la humanidad la que, por su actitud fundamentalmente irracional, está más sensibilizada para recibir influencias diabólicas. Y no hemos mencionado el esfuerzo consciente de potencias terrenales que, con todos los medios modernos, tratan de erigir un orden mundial sin Dios y en contra suya. Sin querer, tenemos que recordar la torre de Babel y también el *corpus diaboli misticum*, el cuerpo místico del diablo, que es una especie de imitación del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia. Una mirada de soslayo nos hace recordar extrañas apariciones en nuestros días y también recordar un texto de santo Tomás que explica la docilidad de las masas a los potentados enemigos de Dios. “La concordia entre los demonios, que hace posible que los unos obedezcan a los otros, no se origina de un sentimiento de amistad que tengan entre ellos, sino de la bajeza que les es común, que los hace odiar a los hombres y rebelarse contra la justicia de Dios. Es parte también de la idiosincrasia de los hombres sin Dios que, para alcanzar el mayor efecto posible de su maldad, se arrojan a los brazos de aquéllos que están dotados con fuerzas destructoras más grandes”.

En otro lugar hemos hablado extensamente sobre la sicología de las masas. Lo que allí no hicimos, queremos hacerlo ahora para completar y redondear nuestros pensamientos. Damos por sentado que el hombre en medio de la masa -con su concentración de pecado original-, según las leyes de la sicología de las masas, se despersonaliza rápida y profundamente, se deshumaniza y se masifica. Pero cuando se pasa cierto límite, es decir, cuando aparecen efectos de dimensiones extraordinarias tales como la crueldad o refinamiento de maldad, hay que invocar también para su explicación el poder de los demonios. Esa es la concepción de la Sagrada Escritura, en especial de la doctrina paulina

de los demonios y también la doctrina de teólogos, citados por Scheeben. Por eso, se habla también de la infección diabólica de las masas.

En un caso concreto, no siempre es fácil determinar aquello que va a la cuenta de la psicología de las masas o a la cuenta del demonio; pero, pensando en grandes líneas, podemos suponer que, en nuestros tiempos, se le ha dado un poder a los demonios sobre los hombres, tal como está anunciado para los tiempos apocalípticos. Es claro que todo este conocimiento nos lleva a ponernos más decididamente al lado de Aquélla que es la que aplasta la serpiente y a arrojarnos en sus brazos con mayor confianza; también esto nos enseña cuán importante es el exorcismo.

Este conocimiento nos aclara también -y eso es lo que nos importa más en este momento- cómo se explica en las grandes masas la desaparición catastrófica de la fe en la Divina Providencia. La influencia niveladora de las masas actúa en conjunto con el arte de seducción diabólica para separar al hombre del Dios de la vida con quien la fe providencialista lo une vitalmente. Luego lleva a Dios a las alturas del cielo, alejado de todo el tráfico mundano, permitiéndole así vivir su propia vida, contento y satisfecho, para muy pronto apagar por completo su recuerdo.

Dicho de otra manera, primeramente, la inmanencia divina se desvanece por la influencia diabólica y por la enfermiza psicología de las masas. No pasa mucho tiempo y también la trascendencia divina corre la misma suerte. Se niega la existencia personal de Dios y se pone en su trono dioses sustitutos. Lo primero que se observa es que la táctica normal del hombre y del demonio comienza con el ataque a la Divina Providencia y, a la vez, con ello llega a su cúspide. La importancia de una vida de fe práctica en la Divina Providencia para los tiempos actuales queda muy en claro. (Brasilinterziat1952/53).

El mundo de hoy trata de apartar al hombre de la Providencia de Dios

Texto 31

De ahí que la fe en la Providencia no sea una fuerza importante en la vida de las personas y de los pueblos, que se sientan fatalmente perturbados por las catástrofes extraordinarias de la época y se vean arrastrados por corrientes y movimientos enemigos de Dios.

Esto es tanto más pertinente en esta época, en que dichas tendencias tienen la intención de quitar la Providencia general de las manos de Dios mediante gigantescas organizaciones económicas con carácter de maquinarias de previsión de alcance mundial, de brillante desempeño, que tratan de transformar, mejor que antes, el mundo, aunque sólo sea en apariencia. Lo desligan completamente de Dios, presentándose en la teoría y en la práctica, es decir, por la doctrina y por la vida, como único remedio para las penurias de la época; alaban como ideal, la masificación y la despersonalización, con calor y afecto, con medios de presión, de amenaza y de violencia. Con esto, hacen desaparecer al individuo en la masa y borran, de una plumada, cualquier sombra religiosa de la Divina Providencia particular, donde aún existan algunos pequeños restos.

Así están, hoy, frente a frente, Dios y su "mono" -el diablo- tal como en todo, así también en el ámbito de la Providencia. Puede ser que, tarde o temprano, el alma oprimida,

naturalmente cristiana, se rebele y busque nuevamente el camino hacia un arraigo metafísico y religioso y hacia el Dios personal.

Misión de la generación actual frente a esto

¿Cuándo sucederá esto? Visto desde el punto de vista humano, -no queremos pensar, por el momento, en milagros- ¿no deberán bajar generaciones al sepulcro antes de que suceda un cambio tal? Recordemos el tiempo de la Reforma. Lo que sucedió en aquel entonces, ha permanecido hasta la actualidad. Tal como cayeron entonces los dados, así han permanecido hasta ahora. Esto debiera convencer a la actual generación de que tiene la misión de marcar el camino de la época para los próximos siglos.

El que desde esta gran perspectiva ve e interpreta la doctrina y la vida de la fe práctica en la Providencia, vislumbra la importancia que tiene el similar mensaje de Schoenstatt y su correspondiente carisma para el individuo, para el pueblo y para las naciones, en la tarea de salvar la personalidad y la comunidad, y de reconocer a Dios en el acontecer mundial. ¿No debemos esforzarnos en oponer a la "peste del Oriente" la fuente de gracias del Occidente: la fe en la Providencia, auténtica y total, con su fuerte anclaje y arraigo religioso y su fuerza formadora de personalidades y comunidades? Es Dostoievski quien acuñó el término "peste del Oriente". El designa con eso el actual estado espiritual colectivista del mundo. Al final de su novela futurista *Raskolnikow*, da el diagnóstico de esta enfermedad del tiempo, insana y contagiosa:

"Aparecieron nuevas triquinas, seres microscópicos que se anidaron en el cuerpo del hombre. Pero estos seres eran espíritus, dotados de razón y voluntad. Los hombres atacados por ellos se transformaron de inmediato en posesos y locos. Y, sin embargo, tales hombres se consideraban, en su locura, como inteligentes. Nunca habían considerado sus juicios, sus logros científicos y sus convicciones morales tan inamovibles como ahora.

Aldeas, ciudades y pueblos enteros fueron infectados y se comportaban como locos. Todos estaban consumidos por una intranquilidad enfermiza. Nadie podía entender a los demás. Cada uno consideraba tener la razón, la verdad y sufría al contemplar a los demás. No se sabía cómo ni a quién juzgar, ya que era imposible ponerse de acuerdo acerca de qué podía considerarse como bueno o malo. Todo sucumbía con esta peste. En todo el mundo, sólo unos pocos miles pudieron salvarse. Eran los elegidos, destinados a fundar una nueva humanidad, para limpiar y renovar la vieja tierra".

Quien conoce la actual situación del mundo, sabe que el colectivismo marcha triunfante como fuerza espiritual, en todas partes, al menos como quinta columna; sabe que la "peste del Oriente" -que con razón se llama también la peste de Satán- ya ha provocado devastaciones y destrozos que han tomado dimensiones apocalípticas, sin que se vea el término del peligro de infección. ¿No es esto un urgente llamado a todos nosotros, para hacer que la misión de la fe práctica en la Providencia sea la idea directriz de nuestra vida y nuestro actuar?

Damos con esto en el blanco de casi todas las preguntas centrales de la época actual, especialmente, si en el sentido de Schoenstatt, las relacionamos con la fe de alianza y la fe instrumental o fe en la misión.

En todo caso, no debemos olvidar que la presión de la vida actual, al menos en la práctica, nos ha hecho a todos vulnerables a las herejías colectivistas. Lo que siempre fue difícil, hoy día le resulta sólo a unos pocos escogidos: Considerar la cruz y el sufrimiento como señales de una especial y personal intimidad y valoración de parte de Dios... Y ciertamente Dios exige esta obra maestra a todos los hijos de su Providencia. Por el contrario, resulta comprensible que todos aquellos que están infectados por el veneno de Oriente, con el tiempo pierdan, en largos períodos de su vida, la capacidad y la receptibilidad para asimilar el suero saludable de la fe práctica en la Divina Providencia. Esto vale especialmente cuando un pensar mecanicista, exageradamente unilateral, enturbia el sentido para una visión orgánica total y para comprender procesos vitales orgánicos...(Studie 1952/53)

2.2.3. El mal en el mundo y el sufrimiento

El hombre en todos los tiempos, especialmente en nuestra época, se ha planteado, a veces con angustia, los grandes problemas del mal y del dolor. ¿Por qué si Dios es bueno permite el sufrimiento? ¿Por qué hay hombres malos si todos son creados por Dios? ¿Es libre el hombre frente al poder de Dios? o ¿es Dios el culpable del mal en el mundo? Todas estas preguntas reciben una luz desde la fe en la Providencia Divina que gobierna al mundo y al hombre con infinito poder, sabiduría y amor. Veamos cómo el P. Kentenich toma posición frente a estos problemas del hombre.

El problema de Dostoievski

En la Crónica del año 1957, el P. Kentenich hace referencia a Dostoievski y a Kierkegaard, cuyo problema, como el del hombre moderno, era el actuar de la Providencia divina y cuyas angustias y luchas pueden ser consideradas como expresión de las angustias y luchas de muchos hombres de nuestros días.

Texto 32

Dostoievski no sólo vivió personalmente en forma extraordinariamente profunda la incomprendibilidad de Dios en el gobierno del mundo, sino que también la describió en forma brillante. La mayoría de los héroes que hace aparecer en sus escritos, no escapan a esta imposibilidad de captar a Dios. Por eso, lo experimentan preponderantemente como un tormento insoluble. De sus bocas clama una y otra vez al cielo el grito estridente: “Dios me ha martirizado toda la vida”. O éste: “A mí me atormenta Dios. Sólo Dios me atormenta. ¿Quién otro sino él?”. Y otra vez: “No es a Dios a quien yo no acepto, entiéndeme bien, sino que es el mundo creado por él lo que yo no acepto y no puedo aceptar. La aparente falta de sentido y las injusticias que claman al cielo en el acontecer mundial, es lo que exprime el grito del pecho atormentado. No comprendo..., y ahora tampoco quiero comprender...”. La apasionada rebelión contra Dios es alimentada constantemente por la cruz y el dolor de todo tipo, que pueden ser constatados en abundancia en el acontecer mundial. ¡Incomprendibilidad sobre incomprendibilidad en todos los caminos! “Esta pequeña palabra *por qué* está esparcida por todo el universo, ya desde los primeros días de la creación, y toda la creación grita al Creador cada día: *¿Por qué?* Y hace ya 7000 años que no recibe respuesta”.

“Son, en primer lugar, los sufrimientos indecibles de los niños inocentes los que Iván menciona como fundamento de su apasionada rebelión contra Dios. Imágenes imborrables fueron descritas por el sublevado Iván ante Aljoscha, imágenes de aquel muchacho casi desnudo, prácticamente inconsciente por el miedo, que a la orden de un general fue acosado hasta la muerte por una jauría de perros. Impresión horrible le hizo la narración acerca de la niña de 5 años que fue embadurnada de porquería por su propia madre y encerrada durante la noche en un lugar donde, en la oscuridad y el frío, ella se golpeaba con su puñito su sollozante y flaco pecho de niña y, en su desesperación infantil, rezaba al Buen Diosito. Hasta la armonía más perfecta es una nada para el moderno Job, mientras haya un solo niño que, martirizado, siga llorando lágrimas de dolor. Evidentemente, Iván tenía razón: Dios está en el niño que derrama una lágrima y no en los apologistas de mucha labia que defienden falsamente a Dios, como los devotos amigos de Job, haciendo sublevarse al impugnado. Todos estos hechos horribles impulsaban a Iván a hacerse siempre de nuevo la pregunta: ¿Para qué fue creado este absurdo? No lo comprendo -reconocía él, rebelándose sin medida contra el Todopoderoso- ni quiero comprenderlo; porque el mundo se basa en un absurdo y, sin este absurdo, no ocurriría absolutamente nada. Es la cantidad inconmensurable de lágrimas de los hombres, de las que la tierra está impregnada desde su corteza hasta el centro de su eje, lo que hacía a Iván rechazar de partida toda armonía superior”.

Si queremos buscar los últimos motivos que llevan a un poeta, que era profundamente religioso, a tomar una posición así, siendo que, de partida, se hubiese podido esperar que representara el correcto punto de vista religioso frente a lo incomprensible e injusto en el acontecer mundial, entonces no nos equivocaremos si afirmamos: Dostoievski en su vida personal no encontró el camino del Redentor crucificado hacia el Padre Dios. Buber, incluso, cree poder afirmar que Dostoievski se apegó tan fuerte y unilateralmente al Hijo, que llegó a rechazar al Padre. Me parece que en esta concepción de las cosas tiene mucha razón. Sólo hay que entenderlo bien.

En la vida práctica, el director espiritual, encontrará no pocos hombres extraordinariamente religiosos que piensan y sienten de modo semejante. Ven a su alrededor mucho dolor incomprensible. Están también marcados en forma extraordinariamente fuerte por la cruz. En su desamparo, cierran los ojos ante el Padre Dios, que les parece totalmente extraño e incomprensible a causa de esos horrores, y se refugian en el Redentor crucificado y espiritualmente torturado. Y quieren, al mismo tiempo, expresarle su solidaridad por haber sido él también maltratado por el Padre, de manera incomprensible. Está claro, de todos modos, que la imagen de Cristo, sobre todo como el Crucificado, no era ningún problema para el poeta, mientras que la idea y la persona del Padre Dios lo llevaba constantemente a una inquietud conmovedora, desconcertándolo. No llegó a entenderlo ni al final de su vida. Se apegaba a Cristo con un amor verdaderamente apasionado. Vio que su misión era que Cristo fuese captado por el pueblo ruso no sólo con la cabeza, sino también con el corazón, con todo el corazón. En este sentido, hablaba de un Cristo ruso, es decir, de un Cristo al que el alma se apegara a la manera rusa, con todo el corazón y con todo el sentimiento.

La fe de Kierkegaard en la Divina Providencia

De distinta forma es el desarrollo espiritual de Kierkegaard. En su pensamiento y en sus escritos, a semejanza nuestra, la educación por la Providencia juega un papel extraordinariamente importante. Esto es tanto más digno de admiración cuanto que su vivencia natural del Padre habría hecho esperar otro desarrollo. Sin tomar en cuenta este triste hecho, se entregó sin reservas a la Divina Providencia y se desarrolló como un hombre interiormente fuerte que venció ampliamente en sí mismo las miserias y horrores de su tiempo.

Con gran sencillez y firme veracidad, en una ocasión, reconoció ante sí mismo significativamente: “Ha sido la conducción del mundo lo que me ha educado”. Esa es una confesión que puede repetirse en forma creyente y agradecida cada verdadero schoenstattiano y también la Familia schoenstattiana como un todo.

La diferencia entre Kierkegaard y nosotros radica en que nosotros vemos en forma consciente esa conducción del mundo o Providencia -que suena abstracta e impersonal en la formulación y en el actuar- personificada ante nosotros en la Madre tres veces Admirable como nuestra Madre y educadora, quien, como Cooperadora permanente del Señor en la obra total de la redención, ve su tarea predilecta en mostrarnos al Padre y que nosotros seamos presentados ante él y entregarnos, en Cristo, a sus poderosas y bondadosas manos paternas. Manos que de nuevo nos remiten a la Madre y nos recuerdan el testamento del Redentor: *Ecce Mater tua!*. Así, en toda nuestra relación con los poderes educativos sobrenaturales, existe un rasgo cálido y personal, que, por medio de nuestra Alianza de Amor, se eterniza y recibe confirmación, seguridad y fecundidad.

Kierkegaard, bajo la conducción de la Providencia y el gobierno del mundo, a menudo se queja: “Es curioso, con cuánto rigor, en cierto sentido, he sido educado por él. A veces soy colocado en un agujero oscuro; allí me arrastro en tormentos y dolores. No veo nada y no encuentro ninguna salida”.

Para educar más profundamente su percepción o sentido y su comprensión de la forma y de la sabiduría pedagógica de Dios y sentirse así cobijado en este mundo, se preocupó -tal como lo hacemos nosotros- en seguir cuidadosamente los caminos de la Providencia Divina en la historia del tiempo y del mundo y -también a semejanza de nosotros- se preocupó de investigar y de sacar conclusiones, para aplicarlas a su propia pequeña vida personal. De esta forma, consiguió que, de la figura luminosa del Padre Dios y de su sabia forma de educar y conducir, llegara luz y calor hasta la imagen de su padre natural y la clarificara. Sí, hasta consiguió alejarse de la conocida “tragedia de su niñez”, condicionada por la dureza y la melancolía de su padre terreno. De esa niñez, él mismo reconoce: “¡Nunca fui ser humano, mucho menos niño y joven!”. En otra ocasión, confiesa: “Desde niño estuve bajo la maldición de una horrible melancolía, de cuya profundidad la única verdadera expresión que me permitía -y para lo cual llegué a tener una gran agudeza- era disfrazarla bajo una aparente alegría y gozo de vivir. Desde entonces encontré mi única felicidad en que nadie pudiese descubrir cuán infeliz me sentía... Como niño, fui educado estricta y severamente en el cristianismo; hablando humanamente, fui educado en forma absurda”.

Esta y otras vivencias arraigadas profundamente en él, fueron más tarde meditadas por el hombre maduro lo más a menudo posible y fueron de tal manera ordenadas dentro del plan

de Dios que, con el tiempo, se fue uniendo de nuevo interiormente con su padre terrenal. En años posteriores, él lo alaba como "padre muy querido" y, a pesar del rigor experimentado, lo echa de menos y hasta el final de su vida reza cada día concienzudamente por él. Muy significativa es la confesión que hace como hombre maduro hacia el final de su vida: "aprendí de él lo que es el amor paternal y a través de eso me formé un concepto del amor paternal de Dios, lo único incommovible en la vida, el verdadero punto arquimédico".

La imagen paternal de Dios, así comprendida y captada, transfiguró los severos rasgos del padre terrenal y, por otra parte, de estos rasgos cayó nueva luz sobre el rostro del Padre Dios: una original acción recíproca entre el más acá y el más allá, que dio a la imagen de Dios de Kierkegaard una original mezcla de bondad y rigor. El quiso también ver a ambas unidas en la educación de su pueblo: bondad y rigor o, mejor dicho, rigor nacido de la bondad.

Con cuánta intensidad se esforzó Kierkegaard -nuevamente al igual que nosotros- por interpretar y valorar todos los sucesos del acontecer mundial, no sólo teórica sino también prácticamente. Se comprueba, entre otras cosas, por el consejo que, en una ocasión, dio a un primo suyo inválido. Las palabras que usó podrían haber salido exactamente de la pluma de un hijo de Schoenstatt. Escribe:

"No olvides, sobre todo, la obligación de amarte a ti mismo. Precisamente porque tú, que en cierta manera has sido sacado de la vida y por eso mismo te sientes impedido, intervienes activamente en ella; precisamente porque a los ojos necios de un mundo economicista eres algo que está demás, no te dejes quitar la estima de ti mismo, como si a los ojos amantes de una Providencia infinitamente sabia tu vida, aunque desarrollada en la interioridad, no tuviese la misma importancia y validez que la vida de cualquier otro hombre y un valor mucho mayor aún que la del esfuerzo por apresurarse del esforzado y del más esforzado y de la prisa del más esforzado de todos, con el desperdicio que hacen de su vida y la pérdida de sí mismos".

Cuño y estructura de estas palabras son complicados. Tienen el sello de una traducción demasiado literal. Pero quien las medita con calma, luego encuentra su sentido. Porque Kierkegaard hizo su camino esencialmente de arriba hacia abajo o desde Dios a los hombres, aprendió de la práctica de la Providencia Divina la importancia de la disciplina y del rigor y entendió -en el marco del plan de Dios para el mundo- el gran valor del amor a la cruz en la educación y en la autoeducación, y no se avergonzó en tomar como norma la misteriosa unión entre el amor y el rigor en la educación del pueblo y de los pueblos. Así podemos entender expresiones de este tipo, salidas de su pluma:

"Lo que se necesita es rigor, porque sólo el rigor puede salvar... Rigor es lo único que puede ayudar a un hombre. Por eso, un niño puede hacer tanto en comparación con un anciano; es mucho más fuerte, porque aún hay algo de rigor en su educación y ¡qué no podría hacer un niño si el rigor fuese aún mayor!".

De acuerdo con su concepción, la confusión en la cristiandad viene de que "se ha usado la suavidad en lugar del rigor; porque no se atreven a mandar y rechazan ser mandados; los

que debían mandar se pusieron cobardes, los que debían obedecer se pusieron insolentes. Así, el cristianismo ha sido suprimido en la cristiandad, a causa de la suavidad".

Así se entiende lo que él da como adagio: "Primero el rigor, luego la indulgencia". De todos modos, Kierkegaard no quiso ver nunca el rigor separado de la indulgencia; ambos debían ir de la mano y ser aplicados en el momento oportuno.

Sentido del dolor humano para Kierkegaard

Pensado desde este punto de vista, no sorprende la concepción que el gran danés tenía de la tarea del verdadero cristiano. Ser cristiano significaba para él pender con Cristo de la cruz y ser sacrificado con él.

En su diario de vida, habla una vez, de manera muy popular, sobre "un poquito de canela" y su importancia en la economía doméstica de la dueña de casa, para aplicar la imagen a la economía del gobierno del mundo y a sí mismo. Escribe:

"Como la cocinera experimentada, al preparar un guiso en el cual ha mezclado una cantidad de ingredientes, dice: 'es necesario echarle todavía una pizca de canela' Mientras que nosotros no llegamos a sentir el gusto que le ha dado este poco de canela, ella sabe perfectamente por qué y cómo, al mezclarlo con el todo, le da un gusto especial. Como el artista ante el colorido del cuadro total, que está formado por muchos, muchos colores, dice: aquí y acá, en estos pequeños puntos, es necesario poner aún un poco de rojo. Mientras que nosotros no llegamos a descubrir que allí hay rojo, porque así lo hace desaparecer el artista, él sabe perfectamente por qué debe ponerlo. Así sucede en la conducción de la totalidad.

¡Oh, la conducción del mundo es una inmensa economía doméstica, un grandioso cuadro! Pero el maestro, Dios, en el cielo, hace como la cocinera y el artista. Dice: aquí hace falta agregar una pizca de canela, aquí hay que poner un poquito de color rojo. Nosotros no entendemos por qué, apenas lo notamos. De tal manera se esfuma una pizca de canela en el todo. Pero Dios sabe por qué.

¡Una pizca de canela! Esto significa: aquí debe ser ofrendada una persona; es necesario para dar a las demás un cierto sabor.

Esos son los correctivos. Y es un error muy poco feliz si aquel que es usado para poner el correctivo se pone impaciente y quiere hacer del correctivo la norma para todos los demás. Eso equivale al intento de embrollarlo todo.

¡Una pizca de canela! Hablando humanamente, ¡qué doloroso es ser sacrificado de esta manera, ser la pizca de canela! Pero, por otro lado, Dios sabe bien a quien elige para usarlo de esta manera. Y sabe hacer a un hombre tan feliz que, entre las miles de voces distintas las cuales expresan, cada una a su manera, lo mismo, se puede distinguir su voz y quizás especialmente la suya, expresando en un verdadero *de profundis*:: Dios es amor. El pájaro en la rama, el lirio en el campo, el ciervo en el bosque, el pez en el mar, incontables multitudes de hombres felices cantan jubilosos: Dios es amor. Pero, al mismo tiempo,

como llevando los tonos bajos, resuena entre todas las voces de soprano, el *de profundis* de los que han sido sacrificados: 'Dios es amor' ".

La aplicación no es difícil. Kierkegaard se consideró a sí mismo, en el sentido aquí señalado, como una pizca de canela. Se sintió feliz de haber sido usado de esta manera por Dios. Se ofreció por entero y sin reservas para su misión de reformador del cristianismo de aquel entonces en su patria (Studie 1958)

El Dios oculto

Texto 33

En este contexto nos referimos a una ley oculta que pareciera reinar en toda la historia de la salvación.

Se manifiesta de la forma más simple: donde Dios realiza sus planes misteriosos de salvación, es decir, donde él interviene de una u otra forma en la historia, tanto en la del mundo como en la de los hombres o donde él entra en contacto con los hombres, lo hace generalmente con un rostro oculto, velado.

El realiza el trabajo sin ruido, en forma casi invisible e inaudible, a la manera de las leyes de la naturaleza y, más aún, con una enorme precisión y con una consecuencia absoluta y, por eso, con una seguridad infalible. Y esto no tanto tratándose de su *Providentia specialissima*, sino más bien en referencia a sus comunes caminos providentes.

Esto es válido también cuando él va, visto humanamente, por caminos laterales, aparentemente enredados, o nos guía por ellos. De una u otra manera, logra su meta. En el momento de sus intervenciones, cuidadosamente planeadas, él será reconocido apenas en su persona y en su hablar. Si así sucede, será difícilmente comprendido; sólo después brillará una luz más clara. No rara vez, ocurre esto luego de haberse sucedido una larga cadena de acontecimientos que a la fe escrutadora aparecen claros y llenos de sentido, sobre todo cuando el Espíritu Santo guía al alma profundamente a las relaciones más ocultas. El procura, por medio de sus dones, perfeccionar la fe y el amor hasta el heroísmo. (Gedanken zur juristischen Bindung der marienschwestern, 1962)

La ley del sufrimiento

Texto 34

El último argumento que se puede citar para la gran ley cristiana del sufrimiento será solamente: es el deseo y querer del eterno Padre Dios. Sólo él tiene el derecho de poner una ley de esa clase y, luego, de regir el mundo según ella. ¿Cómo interpreta Pascal esta ley?

Opina que lo que ha sido hecho a Cristo, será y deberá ser hecho, en el correr de los siglos, a cada cristiano en su cuerpo y en su alma.

La ley la entendemos muy bien. Preguntémonos: ¿qué se le ha hecho a Cristo? Tenemos ahí, ante nosotros, al Señor; por un lado, como el Cristo sufriente y moribundo y, por otro,

como el Cristo resucitado y transfigurado. Si nosotros, como cristianos, debemos ser pequeños Cristos -y sabemos lo que esto significa- entonces es evidente que, al igual que el Señor, debemos sufrir; abrazar la cruz y el sufrimiento y, de manera preclara, ser colmados en abundancia con ellos; pero, al mismo tiempo, participar en este mundo y, sobre todo, después de la muerte, de su glorificación y transfiguración. ¡Qué simple y evidente suena esta ley!

¿Por qué esta gran ley del dolor? La Constitución sobre la Liturgia llama la atención sobre el Bautismo y la Eucaristía. ¿Qué nos dicen ambos? El Bautismo -así lo declara la Constitución- claramente nos regala una participación entitativa y germinal en la vida total del Señor. Es decir, participación en la necesidad del sufrimiento, en el esplendor del sufrimiento y en la felicidad del sufrimiento, participación germinal y entitativa. Nosotros percibimos que el cristiano es realmente, en lo profundo, un ser distinto a todos los demás hombres. Pero, al mismo tiempo, se nos hará partícipes del esplendor transfigurado de nuestro Señor.

Si continuamos preguntando ¿qué nos dice la Constitución sobre la Liturgia acerca de la Santa Eucaristía y de la Santa Misa? Dice exactamente que la participación entitativa será profundizada sin límite alguno; profundizada la participación en la vida de dolor y en la vida transfigurada del Señor, bajo las mencionadas condiciones.

Con esto hemos profundizado los fundamentos de esta "ley de sufrimiento". (Aus dem Glauben leben, 12.9.65)

En el asemejarse a Cristo, se incluye otro fin misterioso de la conducción divina: la vocación a cooperar en la redención del prójimo y en el perfeccionamiento de la Iglesia y del mundo. Todo hombre, según el plan de Dios, debe dar su concurso determinado y único para el perfeccionamiento del Reino de Dios y de la creación. Ahora bien, Cristo redimió al mundo y llevó a cabo un perfeccionamiento de él no sólo a través de su Encarnación y de su actuar en el mundo, sino especialmente a través de su muerte en la cruz. Por esto, cada hombre y especialmente cada cristiano, está llamado a prestar su colaboración a la Redención y a la perfección de la humanidad a través del sufrimiento y de la muerte. El P. Kentenich describe este motivo oculto del sufrimiento humano en los "Ejercicios" escritos en la prisión de Coblenza.

Asemejarse a Cristo doliente

Texto 35

El misterio de Cristo ayudó a Pablo a dar una respuesta con sencillez asombrosa al misterio del dolor en el mundo. Somos miembros de Cristo. La Cabeza padeció; también nosotros debemos entonces padecer. Por el bautismo somos incorporados a la vida sufriente del Señor. Con razón san Pablo puede decir: Así quiero asumir mi realidad de cristiano, en "comunidad con sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte" (Fil 3,10). Es para él lo más evidente del mundo que sus sufrimientos son los sufrimientos de Cristo, del mismo modo como su vida es vida de Cristo. (Rom 8,17). Debemos completar con nuestros sufrimientos lo que falta a las tribulaciones de Cristo. (Col. 1,24). Esto quiere decir que los miembros deben asemejarse a la Cabeza sufriente. Pablo se siente

especialmente llamado a padecer, porque sabe que hay aún mucho dolor no sufrido y porque Dios ha dispuesto que él debe asumir su parte en este resto que Cristo nos dejó. Las aflicciones del tiempo mesiánico son cargadas sobre diversas personas y grupos; Cristo quiere tener compañeros de sufrimiento. Mientras más cercano está el hombre de Cristo, más oportunidades le da a Cristo para continuar en él su pasión. Principalmente y con mayor profundidad, se aplica esta ley a los apóstoles y pastores. "El Señor dijo al respecto: el discípulo no es más que su maestro. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Sí, llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios". (Jn 15,20 y 16,2).

El ejemplo de San Pablo

Lo que Pablo enseñó, lo vivió en forma ejemplar. Entre todos los apóstoles, fue él quien fue crucificado con el Redentor del mundo en la cruz, más veces y más perfectamente. El no sólo trabajó más que los otros, sino que también sufrió más que el resto. Así, su Maestro, el cazador de almas, escribió como lema en el libro de su vida: "Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre" (Hech 9,16). El neófito no tuvo que esperar mucho. Desde un principio le persiguieron sus antiguos hermanos de fe. Pronto será rechazado por gran parte de los cristianos.

Judíos y judeo-cristianos lo persiguen durante toda su vida. Funda él una comunidad cristiana y ya están ellos tras de él para destruir su obra. Siembran desconfianza respecto a él, respecto a su misión, respecto a la autenticidad de su evangelio y referente a la pureza y sinceridad de sus intenciones. ¡Cuánto dolor habrá causado esto al apóstol, de sentimientos tan profundos y sensibles! Las nuevas fundaciones no se le hacían fáciles. Llega, gana partidarios y enseguida empiezan las persecuciones. Por lo general, debe huir con peligro de su vida cuando recién comienzan a brotar con fuerzas las semillas. Es sobremanera atrayente la naturalidad con que acepta su suerte. No hace alharaca de sus padecimientos. Son para él lo más evidente del mundo.

Se deja azotar a la manera judía, golpear con varas a la manera romana; nada de esto le importa; viste nuevamente su ropa y continúa peregrinando y misionando; es lapidado, amigos y enemigos lo creen muerto. Apenas recobra el aliento, continúa su viaje apostólico. Ni el clima malsano, ni las tempestades en el mar, ni las inclemencias del tiempo pueden disminuir su celo. Algunos especialistas han intentado, en nuestra época, recorrer con modernos medios de locomoción las rutas que él atravesó en su tiempo; no salen de su asombro ante los logros sobrehumanos alcanzados por el pequeño hombre de Tarso. Que el cuerpo, bajo tales sacrificios a menudo cayera rendido, no nos admira. Hoy es tomado prisionero, luego es detenido e interrogado. Quien no haya vivido algo semejante por sí mismo, no sabe lo que esto significa, más aún, si se piensa en lo poco que en aquel entonces se ahorraban los rigores externos y los malos tratos. Pablo nunca hubiera hablado de esto si sus enemigos no lo hubieran empujado a hacerlo. Para probar la pureza de sus intenciones y la capacidad de sacrificio de su amor, expone brevemente el catálogo de sus padecimientos.

¿Comprendemos todo el peso de las penurias que hay detrás de la árida enumeración que san Pablo da a los Corintios? Allí se nos dice (2Cor 11, 23-33): "Más en trabajos; más en

cárceles; muchísimo más en azotes; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé perdido en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez. Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze? Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré. El Dios y Padre del Señor Jesús, ¡bendito sea por todos los siglos!, sabe que no miento. En Damasco, el etnarca del Rey Aretas tenía puesta guardia en la ciudad de los damascenos con el fin de prenderme. Por una ventana y en una espuerta fui descolgado muro abajo. Así escapé de sus manos".

Nada de esto estorba al santo en su carrera. Por el contrario, se alegra de poder asemejarse así al Crucificado y de poder servir al crecimiento de los suyos hasta alcanzar la plenitud de Cristo (Sponsa Gedanken 1941).

Dios tiene el rol protagónico

Así como Dios deja actuar a sus creaturas en los sucesos históricos en forma natural, así también las incorpora y las ordena en sus planes y obras. Esto se refiere tanto a las obras de las creaturas irracionales como al hombre y aun a las obras del demonio. La Iglesia siempre ha enseñado esta verdad. El P. Kentenich destaca aquí criterios que son de gran importancia para el hombre moderno. Subraya tanto la libertad del actuar humano como su ordenamiento al obrar divino.

Texto 36

Volvemos siempre a confesar con gran alegría y gratitud, con santo orgullo: el hombre no está esclavizado en todo al ciego ritmo causal de los acontecimientos de la naturaleza. Puede nadar contra la corriente, él mismo puede empezar una nueva cadena causal, porque tiene una libre voluntad. El mismo puede decidirse libremente y llevar a cabo la decisión tomada, a pesar de todos los obstáculos. Esta capacidad de decisión libre es el núcleo esencial de la libertad. Da al hombre la posibilidad de hacer suya, desde su interior, en todos sus detalles, la escala de valores en y con Cristo. Esta es la verdadera grandeza del hombre libre, entregarse en y con Cristo a la voluntad amante del Padre... (Sponsa Gedanken)

Junto con asegurar la libertad del hombre, debe asegurarse la supremacía de Dios sobre el actuar del hombre y de toda creatura. Esta se mantiene aun cuando el hombre se subleve contra los planes de Dios y actúe contra ellos; cuando trate con orgullo de realizar sus propios deseos y planes; cuando pareciera que Dios se hubiese dejado desplazar y se le hubiesen escapado de la mano las riendas del acontecer mundial.

Hay tres grandes potencias que determinan la historia del mundo: Dios, el demonio y el hombre. Cuántas veces Dios parece sucumbir impotente frente al demonio y al maligno

obrar de los hombres. La maldad triunfa en el mundo, lo bueno sucumbe. Aquí empieza para innumerables hombres la gran crisis de su vida y de su fe. (Sponsa Gedanken, 1941)

Dios usa el mal para bien

Texto 37

Precisamente para esos tiempos, es válido el creer firmemente que Dios es dueño de la situación a través de su sabiduría, poder y amor y que todo lo puede llevar al bien. El deja actuar libremente a los malos espíritus y a los hombres malvados y permite que éstos realicen sus fechorías, solamente porque es suficientemente fuerte y sabio como para poner lo malo a su servicio. "La bondad de Dios incorporó calamidades de diversos tipos en el gobierno del mundo para generar por ello lo bueno con su sabiduría y su omnipotencia. Debido a esto, la pregunta central ante cualquier sufrimiento deberá ser: ¿Qué se propone Dios con esto? ¿Cómo es el bien que con tanta insistencia nos quiere hacer ver? Con esto tocamos un pensamiento predilecto que, innumerables veces, aparece en los escritos de san Agustín. Citamos algunos pasajes: "A los ojos de Dios es mejor hacer salir de lo malo algo bueno que simplemente no permitir lo malo. El hombre malo, tanto como el ángel están al servicio de la Divina Providencia, sólo que no saben qué bien sacará Dios de sus perturbaciones."

"Así como Dios es el mejor creador de los seres buenos, así también es el más justo ordenador de la mala voluntad y, mientras esta mala voluntad abusa de su bondad, Dios utiliza esta mala voluntad para el bien."

"Como artista, Dios se sirve también del demonio. Si Dios no supiera servirse del demonio, no lo dejaría existir. Todo mal está en la tierra para que llegue al bien o simplemente para que por él sean probados los buenos. El minero extrae el oro, lo pone en la balanza y lo pesa. El pintor sabe dónde aplicar más pintura negra para que su cuadro quede bien. ¿Acaso Dios no sabrá dónde insertar al pecador para que las criaturas se mantengan en el buen orden? ¿De dónde hubiesen brotado las multitudes de santos si Dios, con su paciencia, no hubiese mantenido en los siglos anteriores a los pecadores? Muchos malhechores permanecen vivos para que el bien surja de ellos..." (Studie 1952/53)

Texto 38

Así como Dios sabe poner a su servicio, incluso la maldad y las maquinaciones satánicas a través de su sabiduría, poder y bondad, así también es capaz de utilizar para sus planes todo lo que los seres humanos por debilidad o tontería hacen equivocadamente y el mal que surge de desafortunadas "casualidades", y de guiar todo esto hacia el bien. En verdad, Newman está en lo cierto cuando dice: "La Providencia llega a sus más altas metas aparentemente a través de casualidades".

También el cardenal Faulhaber tiene razón al opinar: "La debilidad humana no puede derribar los planes de la Omnipotencia divina. Un constructor divino también puede construir con escombros". Sin embargo, el solo saber de esta verdad no transforma en lo profundo al ser humano. Es por eso que Guardini nos advierte que si sólo pensamos en ello, el misterio de la Providencia es letra muerta. Y agrega: "Se transforma en realidad

cuando lo hacemos, es decir, cuando lo vivimos". Nos atenemos a la advertencia de Lacordaire: "La Providencia avanza lentamente y los seres humanos que somos su instrumento, debemos tener la misma paciencia que Dios". (Studie 1952/53)

CAPITULO 3

LA FE EN LA DIVINA PROVIDENCIA, ENCARNADA EN LA VIDA

Nuestra fe en la Divina Providencia no sólo debe iluminar nuestro intelecto, sino también configurar nuestra vida. Esto podemos considerarlo desde el punto de vista del hombre, quien va descubriendo al Dios de la vida y va construyendo su existencia a esa luz y, desde el punto de vista de Dios, que se manifiesta como Dios de la vida. Estos dos puntos nos servirán para ordenar los textos en que el P. Kentenich nos muestra la fe en la Divina Providencia, encarnada en la vida.

3.1. Fe en la Divina Providencia y vida

La fe en la Divina Providencia es una respuesta a los problemas vitales del hombre, ilumina todos los aspectos de nuestra existencia. Ahora bien, es necesario conocerla y aplicarla; para eso, el hombre debe asumir un rol activo frente a la vida. Estos puntos nos ayudarán a ordenar este capítulo, agregando otro punto que nos plantea frente al Dios de la vida en la historia personal y universal.

3.1.1. Respuesta a la vida diaria

El hombre debe llegar a descubrir la Providencia particular de Dios. El cuida con amor especial de cada uno de nosotros. Esto le dará seguridad y paz y despertará en el hombre el sentimiento filial hacia al Padre de los cielos.

Texto 39

La fe en la Divina Providencia particular, en la Providencia individual, ha sido siempre difícil en la práctica. Si observamos más atentamente, veremos que la mayoría de los llamados buenos cristianos, especialmente en momentos difíciles, normalmente no pasan más allá de la fe en la Providencia general, y por ello no logran dominar la vida. En todo caso, no logran transformarla en una obra maestra. ¿No será que les sucede lo mismo a muchos de los nuestros, a pesar de la cuidadosa educación para la fe en la Providencia, a pesar del anuncio reiterado -y tantas veces escuchado- del mensaje de Schoenstatt del mismo nombre (el mensaje de la Fe práctica en la Divina Providencia), a pesar del carisma que la Familia piensa haber recibido en este sentido?

No debemos dejarnos engañar por el tono de las palabras. Con cuánta frecuencia escuchamos de bocas cristianas en medio del sufrimiento, palabras de fe y confianza, con cuánta frecuencia las decimos nosotros mismos: "Dios es Padre, Dios es bueno, bueno es todo lo que él hace..." "Nada sucede por casualidad, todo proviene de la bondad de Dios...", y otras expresiones u oraciones por el estilo. Parecen ser expresiones de una fe viva y personal en la Providencia individual y particular de Dios o de la fe en su conocimiento personal de nosotros y de nuestras necesidades y en su interés personal por cada persona. Pero en incontables oportunidades no es así, porque, en la práctica, Dios se nos presenta como una idea, como un "ello" grande, desconocido, incluso bueno, pero no, o no suficientemente, como un tú vivo y personal; semejante a una persona que está frente a nosotros.

Sabemos, en forma teórica, que "nos llama por nuestro nombre", con nombre y apellido, pero no estamos íntimamente compenetrados de ello.

Hasta en la oración, y más aún en la vida diaria, miramos fijamente a un espacio vacío y no a los ojos de un Dios personal, cálidamente dirigidos hacia nosotros, con todas nuestras cualidades y defectos.

Debemos saber encontrar al Dios personal

Un gran conocedor del hombre, el cardenal Newman, es de la misma opinión. Dice: "Los hombres hablan en general de la bondad de Dios, de su afecto, de su compasión, de su indulgencia; pero se lo imaginan como una corriente que se extiende a todo el mundo, como la luz del sol, pero no como la acción continua y repetida de un ser vivo e inteligente, que sabe a quién visita y con qué intenciones lo hace. En consecuencia, cuando están atribulados, sólo saben decir: todo es para bien, Dios es bueno, y cosas por el estilo. Pero esto es como un frío consuelo para su alma y no alivia su aflicción, porque no se han acostumbrado a la idea de que Dios es un Dios misericordioso que está en persona cercano a ellos y que no es tan sólo una Providencia general la que, con leyes generales, vela por ellos".

Y porque eso es así, no tienen suficiente resistencia frente a la maldad, no tienen suficiente impulso hacia lo bueno y ninguna fuerza hacia lo alto, hacia el heroísmo.

Cuando niños, pueden haber aprendido a rezar: "Hay un ojo que todo lo ve, aun lo que ocurre en la oscura noche". Quizás, en aquel entonces tuvieron el pensamiento, igual que Agar, cuando huyó hacia el desierto y se encontró con un ángel que la envió de vuelta y ella exclamó conmovida: "Tú, oh Dios, tú me ves..." El debe haberla preservado de muchos males en ese entonces.

Hoy tienen que reconocer: escucho el mensaje, pero me falta la fe, el estar profundamente poseído y penetrado por la fe en la Divina Providencia individual y particular en mi vida personal. Por eso es que Dios, y la idea de Dios, ha perdido su influencia en mi quehacer. Ya no me protege de la maldad y no me consuela en la aflicción y en el dolor, en el miedo y en el peligro. Es, nuevamente, el cardenal Newman quien, en forma muy exacta, describe el estado de ánimo que estamos comentando. Con ello desgarrar finos velos de seda, bajo los cuales se refugia un intrigante autoengaño. Escuchemos su descripción tan real:

Dios actúa en nuestra vida, hoy

"En primer lugar, quisiera indicar que es difícil captar la idea de la Providencia particular, a pesar de la revelación del Evangelio... Dejémosnos llevar por la corriente del mundo y examinemos nuestros conocimientos religiosos tal como se dan y veremos que no tendremos ninguna, o muy poca comprensión de la Providencia particular de Dios. Entendemos que Dios trabaja según un gran plan, pero nos cuesta entender la extraordinaria verdad de que él se preocupa y piensa en cada uno. No podemos creer realmente que él está presente en todo, en todas partes donde estamos, aunque en forma invisible. Nosotros entendemos, por ejemplo, o creemos entender, que él estuvo presente en el Monte Sinaí o en el templo de Jerusalén, o que abrió la tierra bajo Datan y Abiron. Pero no creemos en absoluto, como debiéramos creer, que él 'cuida nuestros pasos y nuestro descanso, y prevé todos nuestros caminos'. No nos podemos compenetrar lo suficiente de la realidad de que él está en este momento observando lo que sucede con nosotros; que algunos caen y otros se levantan, conforme a su voluntad silenciosa e invisible. Nosotros, ciertamente, participamos en la oración de la Iglesia, en su súplica por todos sus estados, religiosos y laicos, altos y bajos, y también oramos por los enfermos de nuestra comunidad; a pesar de todo, no estamos, no digo convencidos, sino que no estamos compenetrados de la sabiduría de Dios, tal como debiéramos. Sabemos que él está en los cielos, pero olvidamos que también está en la tierra. Esta es una de las razones que explica por qué la gran mayoría de los hombres está tan alejada de Dios. Hablan en forma burlona, se burlan de la religión, son tibios o indiferentes, se relacionan con gente mala, promueven malas acciones, defienden injusticias, atrocidades, sacrilegios o incredulidades, porque no están convencidos de una verdad que, sin embargo, no tienen previsto negar, que Dios los ve... Lo mismo ocurre con personas que enfrentan una prueba. El mundo los abandona y ellos desesperan porque no están compenetrados de la bondad y la cercanía de su Dios. No encuentran consuelo en una verdad que, para ellos, no es una realidad sino sólo una opinión piadosa.

Por eso Agar, cuando encuentra al ángel en el desierto, expresa el nombre del Señor que le hablaba: 'Tú, oh Dios, me ves'. Sobrevino como una nueva luz sobre ella cuando percibió que Dios estaba en derredor de ella, en medio de la prueba y de su desolación. Aún hoy día es así".

La vida de los santos muestra que todos, sin excepción, se abrieron totalmente a lo bueno y empezaron a seguir como gigantes la senda que conduce a las alturas de la perfección, en el momento en que echó raíces profundas en su alma y en su vida la fe en la Divina Providencia particular. Es decir, cuando creyeron y se sintieron personalmente aceptados por la persona de Dios Padre, valorados y tratados como la niña de sus ojos, y cuando pudieron repetir con un convencimiento vivo las palabras de san Pablo: *'Dilexit me et tradidit semetipsum pro me'* ²⁵,(Gal 2,20), y pudieron rezar con san Ignacio, en todas las estaciones del Vía Crucis: *Et omnia haec propter me* ,"²⁶. Por eso, todos los santos, sin excepción, fueron hijos de la Providencia *per eminentiam*²⁷. De lo cual se deduce la importancia que tiene, para todos los tiempos, una educación para la vida basada en la fe práctica en la Divina Providencia. Desde aquí podemos sacar fácilmente la conclusión: ¡de cuánta mayor trascendencia es esta educación para un tiempo despersonalizado y masificado hasta el extremo! (Studie 1952/53)

Justo lo que yo quería

Texto 40

"Años atrás, hablamos detalladamente de estas cosas, ilustrando estos pensamientos con algunas imágenes. Hay cosas que nunca se escuchan demasiadas veces.

En los libros antiguos encuentran una de estas imágenes. Se cuenta de un misionero, fuertemente captado por el espíritu de filialidad. Teóricamente se había convencido de la verdad de que nada llega por casualidad, sino que todo procede de la bondad de Dios. Por eso, su tarea de vida era compaginar su voluntad con la voluntad de Dios y con el amor eterno. Para esto, encontró una fórmula drástica. Si algo le resultaba difícil, si experimentaba desilusiones duras, repetía una frase formulada en horas tranquilas: '¡Esto es justamente lo que yo quería!'. ¿Qué sería en su hora de paz? Realizar la voluntad de Dios, no tener más voluntad propia, quería doblegarse ciegamente a la voluntad de Dios.

Justamente aquí está la crisis: Si Dios nos envía una pequeña cruz, nos damos cuenta que aún estamos poseídos por la autosuficiencia. Por ello, el misionero se decía siempre: '¡Esto es justo lo que yo quería!. Quiero sólo lo que Dios quiere'. Tomemos el caso que un animal salvaje hubiese destruido todo lo que el misionero había levantado con sudor y esfuerzo, ¿cuál habría sido la primera reacción natural? '¡Santos cielos...!' Pero para influenciarse correctamente, se había puesto como programa de vida: '¡Es justamente lo que yo quería!'. Teóricamente es fácil decirlo, pero en la práctica, es una obra maestra. ¿Por qué? Porque la primera reacción de nuestra naturaleza ante la cruz y el sufrimiento es la contraria. Esta es la obra maestra, hacer objeto de nuestra alegría lo que nos resulta difícil.

Un ejemplo del tiempo de postguerra; lo recuerdo bien por lo drástico. Después de la guerra, había una gran escasez de habitaciones. Allí por el norte, en las cercanías de Colonia, vivía un joven. Estaba casado y Dios le había regalado con un hijo. Pero como familia estaban hacinados en una sola pieza. El comerciante tenía mucho trabajo de escritorio. Se pueden imaginar cómo era la cosa: la mujer cocinaba, el niño gritaba y el hombre trabajaba. La consecuencia fue que a éste se le echaron a perder los nervios. La pobre mujer sufría con ello, pero fue tan sensata como para decirle que fuera al siquiátra. El hombre lo rechazó pero, al final, fue sin que ella lo supiera. Regresa a su única pieza. El pequeño seguía chillando, la mujer seguía cocinando, pero el padre estaba cambiado. No se ponía nervioso. La mujer se dio valor y le preguntó: '¿Qué dijo el médico?' Y el hombre le contestó: 'Tenemos que alegrarnos que el pequeño chille así, pues así será un hijo sano'. Realmente aquí hay mucha sabiduría de vida. Ustedes deben actuar así desde el punto de vista religioso: todo lo que sea difícil, convertirlo en objeto de alegría. Así, la mayoría de las veces, se le rompe el aguijón a la dificultad. ¿Qué queremos nosotros? Lo que Dios quiere.

Pero esto no es todavía lo último. Tengo que decirme: lo que Dios quiere es exactamente lo que yo quería. Por ejemplo, si mi hermana es histérica... justo lo que yo quería. Deben imaginarse lo que esto significa, vivir con una hermana así. Tienen que pensar qué cruz más grande es esto y, más aún, si se lo pasan lamentándose. No; 'justo lo que yo quería'. Otro ejemplo: ¡qué linda habitación tenía antes, y ahora... 'justo lo que quería'!

Ustedes deben analizar alguna vez todas las cruces y sufrimientos que les torturan interiormente. Sepan que sin sufrimiento no marcha la cosa. Los que hemos envejecido nos damos cuenta que a nuestro alrededor ha crecido la soledad. Antes, nada se hacía sin nosotros, y ahora... '¡justo lo que yo quería!'. ¿Se dan cuenta de toda la sabiduría de vida que hay en tales cosas? Esta es la sabiduría del hijo de la Providencia. Esto debe metérsenos en la sangre. La maestría de la vida se muestra en dominar la alegría y el sufrimiento". (Gedanken zur juristischen Bindng der marienschwester 1962.)

Niño ante Dios

La actitud fundamental de confianza ilimitada y de entrega incondicional a la conducción divina, la resume el P. Kentenich en la expresión "actitud filial". El hombre frente a la Providencia de Dios debe verse y entregarse como un niño, debe abandonarse por entero como un hijo, al cuidado absolutamente confiable de su bondadoso, sabio y todopoderoso Padre. El P. Kentenich sabe que la "filialidad" en este tiempo, en que se habla tanto de la mayoría de edad del hombre, no está en boga. A pesar de esto, sostiene firmemente que Cristo ha establecido este sentido filial como la condición básica para entrar en el Reino de Dios. Por eso, la actitud filial sigue siendo, también para el hombre moderno, la única actitud fundamental correcta e indispensable que se exige frente a la conducción de Dios.

Texto 41

Aunque el Señor dispuso que la infancia espiritual fuera la ley de construcción en el Reino de Dios y, mediante una enseñanza práctica y teórica, la hizo comprensible para la inteligencia, los sentidos y el corazón, todo aquel que hoy hable de ella -pese a la canonización de santa Teresita y su enseñanza- debe sentir el temor de no ser comprendido y ser rechazado... A los hombres de hoy, la filialidad nos sabe fuertemente a infantilismo, inmadurez e ingenuidad, nos sabe a primitivismo. Si se la separa de sus virtudes complementarias, se merece este reproche con toda justicia. Esto vale sobre todo para el pensar moderno, mecanicista, que no concibe las virtudes individuales en su integridad orgánica ni en su relación tensional.

La filialidad en el ejemplo de Santa Teresita de Lisieux

Ya Pío XI percibió claramente cuán fuertes son los contrastes que se unen armónicamente en una filialidad madura. Por eso, pudo afirmar: "En su profundo aislamiento, Teresa nos ofrece un ejemplo de santidad que todos pueden y deben seguir. Ella quiere invitarnos a su pequeño camino: nos enseña aquella simplicidad infantil que es infantil sólo de nombre". Con mayor claridad aún, destaca la propia Teresa las tensiones que están presentes en la filialidad y que se complementan recíprocamente... Sus hermanas carnales quedaron preocupadas al enfermarse la santa; ella respondió: "Dejen que el buen Papá Dios actúe; él sabe qué es lo mejor para su pequeñita". "¿Eres acaso una pequeñita?", se le repuso. "Por cierto, contestó Teresa, pero una pequeñita que reflexiona profundamente, que es una niña y una anciana a la vez". María, la hermana a la cual iba dirigida esta palabra, agrega: "Nunca percibí mejor que en ese momento cuánta virilidad encierra en sí su pequeño camino. Por eso, me pareció justificado que se apropie en su manuscrito de las palabras del salmista real: 'Soy joven, pero he llegado a ser más sabio que los ancianos'". En la misma

dirección apunta un proverbio chino: “El hombre realmente grande nunca deja de lado la simplicidad del niño”.

Petitot, en su estudio sobre el pequeño camino, se refiere a Benedicto XV: “Cuando uno lee el discurso del Papa Benedicto XV sobre el heroísmo de las virtudes de la Hermana Teresa, en el cual se habla formalmente acerca del camino de la infancia espiritual, llaman, una y otra vez, la atención las mismas ideas opuestas. El Vicario de Cristo nos advierte que debemos formarnos un concepto verdadero de la infancia espiritual. Ella consiste, ante todo, en ‘la confianza en Dios y la entrega a ciegas en sus manos’. Excluye el orgullo, la temeridad. Presupone una fe viva en la presencia de Dios y un recurso confiado a la Providencia. Todas ellas son propiedades de la infancia y armonizan entre sí en forma muy natural. Pero cuando Benedicto XV empieza a hablar de las virtudes de sor Teresa, aparecen de inmediato las propiedades de la edad madura, de la virilidad, de la ancianidad. Escribe el Papa hablando de Teresita: ‘Desde su temprana niñez puso ella en evidencia, juntamente con una despreocupada vivacidad propia de los niños, también una profunda seriedad y una extraordinaria madurez; y demostró, en consecuencia, a través de sus palabras y acciones, poseer un discernimiento muy superior a su edad’”.

El "caminito " de Teresita

Teresa no dio ninguna definición filosóficamente elaborada del camino de la infancia espiritual. Pero encontramos tantas descripciones de él en sus escritos que tenemos una orientación exacta en cuanto a la esencia de su “caminito”. Este abarca los tres elementos constitutivos ya nombrados; podemos decir también que consiste en una relación tensional armónica entre humildad filial, confianza filial y entrega filial... Es fácil encontrar en cada uno de los escritos de Teresa estas tres virtudes en su expresión original, en su expresión filial. El hecho de acentuar ora un aspecto, ora el otro, depende de las circunstancias en las que se requiere una respuesta. Cedemos la palabra a la propia Teresa:

“El caminito... es el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y de la entrega total. Quiero mostrar (a las almas) los pequeños medios que me dieron tan buenos resultados; quiero decirles que aquí abajo hay una sola cosa que hacer: esparcir flores para el Señor, mediante los pequeños sacrificios diarios; ganárnoslo con caricias... Ser pequeña significa: reconocer nuestra propia nada, esperarlo todo de Dios, no afligirse demasiado por las propias faltas. Y, finalmente, no querer atesorar méritos especiales... He sido siempre pequeña y no conozco otra ocupación que la de recoger la flor del amor y del sacrificio y ofrecérsela al Padre Dios para darle alegría. Ser pequeña significa, además, no atribuirse a sí misma las virtudes que uno practica, como si uno fuese capaz de algún bien, sino reconocer que ellas son un tesoro que el Señor ha puesto en las manos de su pequeña hija, para servirse de ellas cuando él lo requiera... Debemos hacer todo lo que dependa de nosotros: dar sin llevar la cuenta; ejercitar la virtud en toda ocasión; superarnos constantemente; demostrar nuestro amor mediante tiernas atenciones y toda clase de sentimientos de delicadeza creativa; en una palabra, realizar todas las buenas acciones de que sean capaces nuestras fuerzas... por amor a Dios. Pero es de veras imprescindible depositar toda nuestra confianza en él, el único que santifica nuestras obras y nos puede santificar sin nuestras obras, porque es capaz de sacar hijos de Abraham hasta de las mismas piedras. Sí, es necesario que cuando hayamos hecho todo lo que creímos necesario

hacer, nos reconozcamos como unos servidores inútiles, esperando al mismo tiempo que el Señor, por misericordia, nos dé todo lo que necesitamos. Este es el caminito de la infancia".

Cómo conocer la auténtica filialidad

Para formarse un concepto equilibrado de la auténtica filialidad en el sentido de santa Teresita, lo mejor es seguir el método de Petitot quien, por el ya conocido triple camino: *via negationis*, *via excellentiae*, *via connexionis* ²⁸, llega a un resultado liberador y beatificante, a un resultado plenamente satisfactorio.

La *via negationis* excluye todo lo defectuoso, que en el orden natural va adherido al niño: el amor propio, la envidia, la impaciencia, la ira, los caprichos, la obstinación, la distracción, la ignorancia, la imprudencia, la falta de autodominio.

La *via excellentiae* refuerza y acrecienta las buenas cualidades del niño hasta la perfección y las considera como un reflejo del ideal. Benedicto XV esboza brevemente estas cualidades, hablando del camino de la infancia espiritual:

“Observemos a un niño cuyo caminar es todavía inseguro y cuya lengua aún es torpe. Si lo persigue alguien de su edad, si lo amenaza alguien más fuerte que él, si lo asusta un animal que se le viene encima, ¿hacia dónde corre? ¿Dónde busca su refugio? En los brazos de su madre. Cuando ella lo levanta y lo estrecha contra su corazón, se le acaba todo el miedo: emite un suspiro tan fuerte y profundo que no pareciera poder haber salido de su pequeño pulmón y mira el objeto de su temor y horror valientemente a los ojos. Así también la infancia espiritual consiste en la confianza en Dios y en el ciego abandono en sus brazos”.

Juan Crisóstomo, en una de sus homilías, nos hace notar otros aspectos nobles del niño:

“El niño no piensa en la injusticia sufrida. Podrá ser castigado muchas veces por su madre, pero siempre vuelve donde ella. Si se le presenta una reina con su corona, no la prefiere a su madre, porque él valora las cosas del mundo en la medida en que las puede utilizar, no según su grandeza. Además, no busca sino lo necesario; deja el pecho de la madre cuando ha calmado su hambre. No tiene en vista ni la felicidad ni el honor; y la belleza corporal no despierta ningún ansia en él. Por eso, Jesús asegura que el Reino de los cielos pertenece a aquellos que se asemejan a un niño”.

Llamado a ser como niños

De igual manera interpreta san León, en una de sus homilías, la exhortación de Jesús a ser como un niño:

“Cristo ama la niñez, porque él mismo la adoptó, en cuerpo y alma. Cristo ama la niñez, maestra de humildad, prototipo de inocencia, modelo de mansedumbre. Ama la niñez, según la cual configura la conducta de los adultos e incluso la de los ancianos... Naturalmente, no debemos volver al carácter vacilante e inacabado de la infancia, sino sacar de ella aquellos rasgos que convienen también a la edad madura: el rápido apaciguamiento de las conmociones internas, la pronta disposición a la reconciliación,

ningún resentimiento por las ofensas, nada de ambiciones de rango o dignidad, el amor a la comunicación amistosa, el sentido natural de igualdad entre todos”.

Newman confiesa respecto de sí mismo: “Por toda la eternidad no seré otra cosa que un niño pequeño, que empieza tan sólo a aprender los principios básicos de tu infinita naturaleza divina. Porque tú eres la síntesis y el núcleo de todo bien, el único existente en este mundo de sombras, el cielo en que viven y gozan los espíritus benditos... Yo nací para servirte, para obedecerte, para ser tu instrumento. Déjame ser tu instrumento ciego. No quiero ver nada, no quiero saber nada, no pido nada sino que me utilices”.

Angelus Silesius canta: “Hombre, si no llegas a ser niño, no entrarás nunca allí donde están los hijos de Dios: la puerta es demasiado pequeña... Cristiano, en tanto puedas ser un niño de todo corazón, será tuyo el Reino de los cielos ya aquí en la tierra. ¡Ah, si tu corazón fuera un pesebre, Dios se haría niño una vez más en esta tierra”.

Grandeza de la filialidad

La *via connexionis* enlaza virtudes aparentemente opuestas en una unidad compacta y una totalidad armónica. Ya lo hace notar Crisóstomo en su Homilía. Explica: “Unir la sabiduría con la simplicidad: ésta es la sabiduría suprema, es la vida de los ángeles”. Y en ello puede referirse a las palabras del Señor: "Sean astutos como serpientes y sencillos como palomas" (Mt 10,16).

Petitot elabora cuidadosamente una triple unidad en tensión en la vida de la pequeña santa: la simplicidad y la prudencia como producto de la sabiduría; la pequeñez y la grandeza como fruto del don de fortaleza; la alegría íntima en medio del peor sufrimiento, en el martirio del cuerpo, del corazón y del alma, como expresión del amor heroico. Así resulta una imagen gráfica de la filialidad, que realmente no tiene nada que ver con cursilería, blandura, inmadurez o infantilismo...; una imagen que, en su conjunto, representa todo un sistema y da una clara respuesta a las necesidades de la época actual... (Studie 1952/53).

Valor de la filialidad en nuestra vida

El heroísmo de la pequeñez o de la humildad, que consiste en no darse importancia a sí mismo y, por el contrario, complacerse en las propias debilidades, debería ser capaz por sí solo de reconciliar al hombre de hoy con su situación y de utilizar estas debilidades como piedras de construcción en la edificación de la santidad.

Wulf, en una de sus obras, describe de la siguiente manera el proceso vital a que nos referimos: “Al principio, puede ser muy doloroso tener que constatar que la situación en que ha venido a dar el hombre no puede ser cambiada de la noche a la mañana. Mucho menos puede un individuo aislado hacer algo al respecto. Todos estamos encadenados a la misma roca, compartimos la misma suerte; nuestras posibilidades síquicas no son inferiores a las de otras generaciones; nuestros rendimientos siempre irán a la zaga de nuestro querer y bastante a menudo revelarán, incluso, algo de las crisis de nuestro tiempo. Todo esto vale tanto para la vida religiosa como para la profana. Uno puede rebelarse contra ello con cierta desesperación; uno puede conformarse con ello en forma resignada; pero también se puede ver en ello una tarea asignada por Dios. Y cuando uno está convencido de que en la vida se

trata de una sola cosa, a saber, de cumplir la voluntad de Dios, entonces le sucede como al niño que ve su pequeño mundo como la realidad fuera de la cual no hay nada que pueda tener valor. Entonces, uno considera las cargas internas y externas de la vida como algo natural que vale la pena sobrellevar, llevar a término y ofrecer a Dios. Dios no quiere grandes logros de nosotros y, por eso, tampoco nosotros debemos quererlos contra su voluntad. De lo contrario, nos evadiríamos de la realidad, que sólo está presente en la voluntad de Dios”.

Esta espontaneidad de niño, de arreglárselas con lo que hay y que es nuestra forma de humildad -pues Dios sabe mil veces mejor que nosotros lo que nos hace falta- libera al alma de su acalambamiento, en el cual ha caído por sus pretensiones y expectativas exageradas y egoístas. No mira de inmediato a otros que rinden más, a quienes parece irles mejor, sino que se alegra de poder servir a Dios en lo cotidiano, en cada una de sus sencillas obras.

Teresa de Lisieux lo expresó así, en su lenguaje infantil: “Al Señor le pareció bien crear grandes santos, que pudieran compararse con rosas y lirios. Pero también formó santos pequeños, que deben contentarse con ser margaritas o violetas y destinados a alegrar su mirada divina cuando se inclina hacia la tierra. Cuanto más contentas se sientan las flores de cumplir su voluntad, tanto más perfectas son”.

Y en una carta a su hermana Celina escribe así: “Cristo no necesita de nosotros acciones extraordinarias ni hermosos pensamientos. Cuando se le antojan deseos sublimes, tiene a sus ángeles, cuya inteligencia supera infinitamente la de los grandes espíritus de este mundo. De modo que aquí en la tierra ni busca ingenio ni talento... Le gusta la simplicidad”.

Cuanto mejor alcanza el hombre esta simplicidad, tanto más naturalmente se conforma con las fuerzas que Dios le ha prestado; tanto más alegremente se inserta en su mundo, en aquel mundo cotidiano, carente de ilusiones e imperfecto; tanto más se amplían de pronto todos los espacios de su alma; tanto más impetuosamente brotan en él las fuentes de la eternidad. Su mirada se hace más transparente y clarividente para ver la figura de Dios en las cosas pequeñas de la vida diaria, su energía se acrecienta, las vibraciones de su alma se hacen más profundas, más intensas, más liberadoras y persistentes. En una palabra: con la entrega incondicional a la voluntad de Dios, el hombre crece más allá de sí mismo. Los horizontes de su conocimiento son marcados más intensamente por la fe y adoptan la amplitud de sus misterios; su voluntad es sustentada por el amor de Dios y sus sentimientos oscilan entre el júbilo del Hijo de Dios y su pasión. Por eso Pío XII ha aclamado con justa razón a la santa de Lisieux, diciendo: “¡Eres grande, pequeña santa!”.

Bajo el velo de su fragilidad se ocultaba la grandeza divina y humana. (Studie 1952/53).

El sentido sobrenatural de filialidad protege contra el aislamiento y la amargura. “Los niños -explica san Francisco de Sales- que nuestro Señor nos propone como modelo, no suelen abrigar temores cuando están con sus padres. Se apegan a ellos y no tienen preocupaciones, sin preguntarse por las razones de su despreocupación. El amor los tiene demasiado ocupados como para poder hacer cualquier otra cosa. El que sólo tiene puestos sus sentidos

en agradar a su Padre celestial con amor, no tiene tiempo para contemplarse a sí mismo. Su espíritu va incesantemente allí adonde lo lleva su amor”... (Studie 1952/53).

Los sentimientos propios de Cristo, la Cabeza del Cuerpo Místico, deben ser también los sentimientos de sus miembros. Por eso, todos los que han reconocido a Cristo como su Cabeza, su Modelo y su Maestro, se han esforzado, ante todo, por seguirlo. Esto vale, en primer término, para su Madre y Compañera. El P. Kentenich ve, en el libre y pleno “sí” de María a los planes de Dios, su auténtica grandeza.

Texto 42

Ustedes pueden redescubrir toda la grandeza de la Virgen, la raíz, el significado, la condición de esa grandeza, simple y llanamente en estas palabras: *Ita, Pater*²⁹. Cada segundo de su vida fue únicamente un “sí, Padre”... De eso se trata: del *Ita, Pater*, del decir sí a los deseos del Padre. (Ansprache an die Marienschwestern, 16.11.1950).

Texto 43

Dios tiene una imagen de mí

Desde toda eternidad Dios tiene ante sus ojos una determinada imagen última de cada hombre, a cuya realización está ordenado todo lo que en el correr de su vida vaya enfrentando. Pero, dado que nosotros no conocemos esa meta final, a la cual Dios nos dirige, ni el camino por el cual él nos conduce, no comprendemos sus disposiciones.

La meta final es una meta del más allá; es la participación original en la *visio beata* (visión beatífica) y, por estar esa meta totalmente cubierta y oculta en el otro mundo, *nunca* nos será comprensible inmediatamente en esta tierra.

Al afirmar: Dios rige el mundo, Dios me rige a mí, Dios conduce el mundo, Dios me conduce; además, Dios me conduce de manera que yo logre esa meta que él tiene preparada para mí desde toda eternidad y para la eternidad, entonces vislumbro cuánta oscuridad debe haber en mi vida, también en mi pensamiento, igualmente en mi pensar religioso, en mi pensar sobrenatural. Es como si hubiésemos tenido una visión determinada y luego queda siempre la duda, ¿fue realmente una visión? Debemos, pues, contar en nuestra vida sencillamente con cosas incomprensibles, con oscuridades, con confusiones, misterios, trátase de nuestra propia persona, trátase de nuestra comunidad o de todo el acontecimiento universal. Nunca debemos olvidar que nuestra vida, nuestra conducción de vida, nuestro destino, permanecerán en la oscuridad hasta la resurrección beatífica. (Aus dem Glauben leben, 1962)

3.1.2. Fuentes de conocimiento de la voluntad del Padre.

Escudriñar los planes de Dios

Si bien los planes de Dios, como un todo, permanecen inescrutables e incomprensibles en esta vida terrena, Dios nos permite percibir segmentos, más grandes o más pequeños, de estos planes, para que sepamos qué es lo que debemos hacer. Somos semejantes a

peregrinos que han sido llevados a oscuras a través de un país extraño. No conocemos ni el destino final ni el camino por el cual somos conducidos hasta él. Pero, con la inteligencia iluminada por la luz de la fe, podemos percibir al menos los próximos pasos que debemos dar, así como el caminante en la noche, con una lámpara en la mano, ve el camino para sus próximos pasos. Entonces, se plantea esta pregunta: ¿Cómo puede el hombre, en su camino por el mundo, saber cuáles son los próximos pasos que tendrá que dar?

Los teólogos, desde tiempos inmemoriales, han distinguido diversas formas por las cuales Dios nos puede revelar sus pensamientos y deseos. En cuanto al modo de hacerlo, distinguen las manifestaciones de la voluntad divina por medio de las palabras y de las obras de Dios. A las palabras de Dios pertenecen las disposiciones y orientaciones que se nos dan: en la Sagrada Escritura, de parte de la Iglesia, por los superiores y a través de las inspiraciones del Espíritu Santo. Como obras o actos orientadores, debe considerarse los designios y las conducciones de Dios, mediante las cuales él encauza, por determinadas rutas, el desarrollo de toda la humanidad así como del hombre individual.

En cuanto a los destinatarios, se distinguen los anuncios generales o universales y los particulares o individuales de la voluntad de Dios, según se dirijan a toda la humanidad o a un hombre determinado.

En cuanto a la práctica que introduce Dios en cada caso para manifestar su voluntad, se distingue entre la vía ordinaria y la vía extraordinaria. Esta última consiste en que Dios hable a los hombres a través de acontecimientos fuera de lo común, fuera del curso habitual, normal de las cosas, como, por ejemplo, a través de apariciones, visiones, milagros en el sentido propio. Rara vez habla Dios de esta manera a los hombres. Ocasionalmente lo ha hecho en la vida de algunos santos. El camino normal consiste en que Dios dé a conocer su voluntad de una manera natural, cotidiana, accesible a todos.

Si uno se hace la pregunta de cómo ha visto y valorado el P. Kentenich las diferentes vías por las cuales podemos reconocer los planes de Dios, se puede resumir su postura en tres proposiciones:

1. Estudió todas las formas en que Dios habla a los hombres; les dio un sí fundamental y se mantuvo abierto frente a ellas.
2. No atribuyó a todas esas formas -ni en los principios ni en la práctica- el mismo significado. Frente a la vía extraordinaria, se mantuvo en una actitud crítica y prefirió para sí mismo la vía ordinaria; junto a las manifestaciones generales de Dios, acentúa las particulares; junto a las orientaciones que nos da Dios a través de sus palabras, concedió un gran peso a aquéllas que nos hace llegar a través de sus obras.
3. Sobre todo, es original la forma en que el P. Kentenich nos guía con su enseñanza y su ejemplo para que estemos atentos a la voz de Dios que nos resuena desde “el ser, el tiempo y el alma”, esto es, desde las situaciones y los acontecimientos en el orden universal del mundo y de la salvación, así como desde la historia de los tiempos y la historia de la vida de cada hombre.

De entre estas voces de Dios que nos llegan por la vía ordinaria, estudiaremos, en los textos del P. Kentenich, las voces sobrenaturales de la Sagrada Escritura y las voces naturales.

3.1.2.1. Camino ordinario sobrenatural

Es la revelación de Dios hecha al hombre, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición. Veremos algunos textos del P. Kentenich en que nos cita la Sagrada Escritura como fuente de conocimiento de la Providencia Divina.

En el Antiguo Testamento tenemos el caso de Abraham como padre de los creyentes, que se nos muestra como ejemplo de quien descubre la voluntad de Dios.

El ejemplo de Abraham

Texto 44

Por eso, no nos sorprende que los grandes jefes cristianos de los pueblos hayan sido héroes de la fe en la Divina Providencia y que hayan tenido que soportar las pruebas más duras en este campo. Eso vale, para sólo citar dos ejemplos, de Abraham, a quien Pablo llama padre de los creyentes y de la Santísima Virgen, a quien Alfonso de Ligorio llama "Madre de los creyentes". Ambos se distinguieron por un grado extraordinario de fe providencialista, probada en las duras batallas. La bienaventuranza que la Sagrada Escritura atribuye simplemente a la fe, se predica de manera especial en la *Mater credentium* (Madre de los creyentes)... Así proclama el Espíritu Santo por la boca de Isabel: "Dichosa tú que has creído"... Mientras que Jacob tiende su vista hacia el pasado, para descansar, gustando las divinas misericordias que se le han concedido por las bondadosas conducciones y disposiciones de Dios, el espíritu y el corazón de Abraham están dirigidos de manera especial hacia lo que ha de venir, hacia el futuro. Como portador de las grandes promesas del pueblo escogido, mantiene inalterable, sin titubeos ni vacilaciones, aun en las situaciones más desesperadas, su fe de que su posteridad será numerosa como las arenas del mar ..., que a ella se le dará en propiedad la tierra prometida que mana leche y miel y que de ella ha de nacer el Salvador. Esta fe no vacila cuando Dios le manda salir de su tierra y caminar a lo desconocido, ni tampoco cuando divinas disposiciones parecen aniquilar la (triple) promesa. El vive con tanta intensidad en el mundo de los valores de Dios, está tan arraigado en la realidad sobrenatural que está dispuesto, siguiendo el mandato divino, a alzar el puñal contra su propio hijo, aunque con ello, hablando humanamente, se excluía toda posibilidad del cumplimiento de la promesa.

Para él, es evidente que los caminos de Dios no son nuestros caminos y que el pensamiento humano no debe pretender penetrar en la incomprendibilidad divina. Por eso, hablando de él, Newman dice: "Abraham parece haber tenido algo extraordinariamente noble y magnánimo en sí. Parece haber tenido el don de hacer visible lo invisible, de ver lo pensado como encarnado. Seguía las insinuaciones de Dios para ir hacia lo oscuro del futuro con la misma presteza, con la misma decisión, con la misma alegría de corazón y seguridad en su marcha, como si caminara a la luz del mediodía. En eso hay algo innegablemente grande y, por eso, el apóstol Pablo llama a Abraham nuestro Padre, el Padre de los cristianos, al igual que el de los judíos. Porque nosotros estamos de manera especial bajo la consigna de

caminar en la fe y no en la visión, somos bendecidos en la fe, justificados por la fe, como Abraham, el creyente."

Desde entonces, pareciera que todos aquellos que, a semejanza de Abraham, han sido llamados para ser padres o madres de muchos pueblos, son enviados a esta severa escuela de la fe providencialista. Esto puede significar tranquilidad y consuelo para muchos de los nuestros. (Brasilienterziat, 1952/53)

La creación

En el relato mismo de la creación hay ya un llamado al hombre, un mostrar la voluntad de Dios para él.

Texto 45

La forma de existencia de Dios es la eternidad: Dios es siempre y en todas partes, simultáneamente, totalmente y en plenitud lo que es y cómo es. No conoce sucesión, sino solamente una única, gran simultaneidad. Por eso él se llama simplemente: "Lo existente"; "yo soy el que soy" (Ex.3,14). El filósofo define la eternidad: *Interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*³⁰. La forma de existencia del hombre es el tiempo: la sucesión histórica en el desarrollo de los gérmenes que yacen en el fundamento del ser y de la perfección. El tiempo no es el lecho vacío de un río, que recoge las aguas de los acontecimientos. No es un hilo vacío, en el cual se podría enhebrar vivencias caprichosas; es nada más que aquella sucesión histórica. Si la Sagrada Escritura pone tanto énfasis en la mención del tiempo en el Génesis: "En el principio Dios creó cielo y tierra... y era noche y mañana..." (Gen 1,1; 1,4), quiere señalar con insistencia este desarrollo y progreso graduales en el hombre y a través del hombre. Lo que expresa así, a través de hechos, nos lo inculca de nuevo, especialmente, en el mandato de la creación: "Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla" (Gen 1,28). ¡Creced! Desarrollad en vosotros todas las potencias en germen, en sucesión histórica, hasta la maduración y perfección plenas y el equilibrio armónico. ¡Multiplicaos y llenad la tierra! Tomad posesión de toda la tierra por multiplicación constante del género humano. ¡Sometedla a vosotros! Ejerced vuestro derecho de dominio sobre todas las fuerzas de la naturaleza y sujetadlas a vuestro servicio por la técnica e industria, por la agricultura y ganadería. Pero preocupaos también, simultáneamente, de no haceros esclavos de la creatura inanimada.

Esta forma de ser original conoce por eso, de manera especial, una sucesión histórica, porque la idea de "ser hombre" está cargada de contenido hasta rebasar. No sin razón se llama al hombre un microcosmos, un mundo en pequeño. Se enuncia de él: *est quodam modo omnia...* Todos los grados de ser creados han encontrado en él un acodo, una materialización: el reino mineral, el reino vegetal y animal y el mundo de los ángeles. Al inclinarse cada grado inferior del ser ante el grado superior, participa en su perfección. (Oktoberbrief 1949)

El ejemplo de Jacob

Jacob, en su lucha con el ángel es también símbolo de cómo el hombre debe buscar con esfuerzo esta voluntad de Dios que lo pondrá en los caminos de su Providencia.

Texto 46

Nadie que no haya luchado, a semejanza de Jacob, victoriosamente con Dios; nadie que no haya arriesgado el salto mortal del intelecto, de la voluntad y del corazón y, con ello, no se haya desprendido de sí mismo y se haya entregado sin reservas a Dios y a sus deseos, podrá intervenir en esta lucha gigante en forma creadora y dirigente.

La Sagrada Escritura relata (Gén.32,24-31): "Jacob se quedó solo y, hasta rayar la aurora, estuvo luchando con él un hombre que viendo que no le podía vencer, le dio un golpe en el tendón del muslo durante la lucha. El hombre dijo a Jacob: 'Déjame ir que ya empieza la aurora'. Pero Jacob respondió: 'No te dejaré ir si no me bendices'. El le preguntó: '¿Cuál es tu nombre?'- 'Jacob', contestó éste. Y él le dijo: 'No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel, pues has luchado con Dios y con hombres y has vencido'. Le rogó Jacob: 'Dame por favor a conocer tu nombre'. Pero él le contestó: '¿Para qué preguntas mi nombre?'. Y le bendijo allí. Jacob llamó a aquel lugar 'Paniel', pues dijo: 'He visto a Dios cara a cara y ha quedado a salvo mi vida'. Salía el sol cuando se fue de Paniel e iba rengueando de la pierna".

Así como Dios se lanzó sobre Jacob con todo su peso, así él pesa con su incomprendibilidad inescrutable con que se rodea hoy en su andar por el tiempo, sobre hombres limitados, sobre pensantes, pero vacilantes cañas, como Pascal llama a los hombres. Así como Jacob luchó durante toda la noche con Dios hasta el temprano amanecer, así todo luchador de Dios Creador debe caminar por la noche oscura de la incertidumbre e inseguridad espirituales, acerca del sentido y finalidad del acontecer del tiempo y de las penurias de la vida, misteriosas y enigmáticas; debe, a través de debilidades morales, de impotencia, de abulia religiosa, abrirse camino hasta alcanzar luz, claridad espiritual, profundidad religiosa y fuerza moral. Debe luchar con Dios -hasta que el "Todo Sabio" y el "Todo Bondadoso" revele su rostro, hasta que lo bendiga con la bendición de la intelección, de la certidumbre, de la audacia y de la victoriosidad.

No habrá muchos hombres ni comunidades que salgan de esa lucha como vencedores consumados y que, por ello, merezcan un cambio de nombre como Jacob, que se llamó desde entonces Israel, es decir, "luchador de Dios" *per eminentiam*. Por cierto, muchos creen; se afanan en ver en todas las disposiciones de Dios, en penas y alegrías, un saludo de Dios, su don y su solicitud de amor y persisten en dar respuesta con actos de amor. Pero la fe práctica en la Providencia no se ha hecho aún carne y sangre en ellos. No se ha hecho todavía una cosmovisión manifiesta. Por eso, no es capaz de soportar las cargas extraordinarias del tiempo de hoy y, menos aún, de una gran misión histórica. Dios querrá inclinarse, como un día a Moisés, y determinar: "He visto la miseria de mi pueblo...y he percibido su clamor...Yo sé cuánto sufre. Por eso descendo para salvarlo del poder de los egipcios y para conducirlo de este país a un país hermoso y espacioso, a un país donde abunda leche y miel. Ve pues, Yo te envío". (Ex.3,7)

El habla a oídos sordos, a corazones endurecidos y esclavizados por el "más acá" . Por más que él hable cuanto quiera:

"Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir. El replicó: '¡Oyeme, Señor!, te ruego que encomiendes a otro esta misión!'" (Ex.4, 12-13). (Oktoberbrief 1949).

El ejemplo de la Santísima Virgen

En el Nuevo Testamento tenemos, en primer lugar, el ejemplo de la Santísima Virgen, quien nos muestra un ejemplo de fe sencilla y heroica en la Providencia Divina en todo momento de su vida. Sobre este tema hablaremos en extenso en el capítulo 6. (Ver textos 117 al 124).

La Buena Nueva de Cristo

El P. Kentenich siempre hacía notar que la doctrina de la Providencia particular está contenida en forma inequívoca en la Sagrada Escritura y representa el núcleo del mensaje de Cristo. En un largo trabajo, explica de qué manera esta doctrina pertenece esencialmente a la imagen de Dios que Cristo nos anunció, cuando nos reveló a Dios como un Padre preocupado por todos y cada uno de los hombres.

Imagen paternal de Dios en el Nuevo Testamento

Texto 47

La imagen neotestamentaria de Dios tiene marcados rasgos paternos. De ello nos hemos convencido con tanta frecuencia y profundidad a lo largo de decenios, que basta con hacer una mención. Se ha hecho carne y sangre en nosotros la tarea del Señor de revelar esos rasgos a sus atónitos oyentes y a su séquito y sumergirlos, de una manera misteriosa, en su propia filialidad. En su oración sacerdotal, repasa toda su vida y da testimonio ante su Padre celestial: "Yo he proclamado tu nombre a los hombres", tu nombre de Padre. Tal como siempre todo giró en torno al Padre, -en la oración, en el trabajo y en el sufrimiento- así también atrae a todos los que le siguen hacia esa corriente de amor al Padre. Así lo hizo durante el transcurso de su vida. Así también lo hace ahora en la liturgia y a través de mociones interiores. Nadie llega al Padre si no es por él. Sólo entonces ha cumplido su misión, cuando todos los elegidos encuentran vitalmente, en su ser, en su actuar, el camino hacia el Padre. El pone el nombre del Padre en los labios y en el corazón de los suyos y les enseña a rezar: Padre nuestro...

Por eso, con un entusiasmo arrebatador y mediante coloridas imágenes, anuncia no sólo el mensaje de la Providencia general del Padre, sino también, y sobre todo, de su Providencia particular. La Providencia general era conocida por sus oyentes, que habían pasado por la escuela del Antiguo Testamento. No era novedad para ellos que Yahvé se preocupara de toda la creación, que alimentara las aves del cielo y vistiera los lirios del campo. Ellos sabían que Israel era el favorito de Yahvé, su pueblo elegido. También conocían suficientes casos de su historia, en los cuales había actuado la Providencia particular. Sólo tenían que pensar en los patriarcas y en los profetas. Con cuánta frecuencia se había repetido en el curso de los siglos pasados, de una u otra forma, lo que la Sagrada Escritura cuenta de Moisés: "que el Señor le habló cara a cara, como un hombre le habla a sus amigos". (Ex. 33,11)

Pero para ellos era algo nuevo que el Padre estuviera altamente interesado por cada pequeñez de cada ser humano y que se preocupara paternalmente de él, de tal modo que ni un cabello cae de su cabeza sin su conocimiento y su voluntad, sin su intervención. Este es el mensaje de la Divina Providencia particular; es decir, de la Divina Providencia individual, que nos señala que Dios no sólo abarca el gran acontecer mundial con todas sus leyes; que conduce sabiamente todo hacia una meta grande y planificada; que tiene en la mira no sólo a algunos conductores del pueblo, sino que, conjuntamente y de igual modo, se preocupa cuidadosamente de cada cual. (Studie 1952/53)

Podemos también, en este sentido, releer el Texto 1. Son muchos y muy hermosos los textos en que el P. Kentenich nos habla de la preocupación personal del Señor por los suyos.

Ejemplos de la solicitud del Señor hacia el individuo

Texto 48

Para mostrar, siquiera con algunos ejemplos, cuán fina sensibilidad humana tiene el Señor y cuán atento se muestra en el trato con los hombres, es recomendable observarlo en su relación con sus amigos... Naturalmente, sólo puede tratarse de algunos destellos que estimulen nuestra iniciativa y nuestro deseo de descubrirlo y de conquistarlo, para que nos conduzcan al terreno fértil de una fuerte corriente paternal o providencial.

El hecho de que el Señor, dueño del cielo y de la tierra, que sostiene firmemente en su mano el cetro de la dirección del mundo, sea capaz de inclinaciones y sentimientos de amistad, nos impresiona hoy en forma extraordinariamente grata, pudiendo hasta parecer sorprendente para algunos.

La Sagrada Escritura, en todo caso, a través de su magistral profusión de detalles, facilita el que nos emocionen ciertos rasgos singulares... Así, nos habla de aquellas lágrimas que derramó el Señor de una manera genuinamente humana por la suerte de Jerusalén (Lc 19,41), de cómo trató a Pedro antes y después de su caída (Lc 22,34; 61), de su conducta frente a Juan (cfr. Jn 13,23) y de su trato a Tomás cuando éste dudó (Jn 20,27-29)... En ocasiones, deja traslucir en forma auténtica su actitud para con las mujeres...

Especialmente atractivas son sus vinculaciones con Lázaro y las hermanas de éste. Permítasenos aquí detenernos un poco más, ya que lo hace también la Sagrada Escritura. Esta escena, cautivadoramente hermosa, queremos describirla mediante estas palabras claves: las lágrimas de Jesús en la tumba de Lázaro y, como texto aclaratorio, agregar esta breve descripción de Juan: "Dijo Jesús: '¿Dónde lo pusieron?'. Y le respondieron: 'Señor, ¡ven a ver!. Y Jesús lloró . Entonces dijeron los judíos: '¡Miren cómo lo quería!' " (Jn 11,33 ss.).

Al mismo tiempo, admitimos de buen grado que, para el limitado pensamiento humano, el desarrollo externo de los hechos está lleno de acertijos difícilmente descifrables, que se condensan en un misterio impenetrable cuando pensamos en el carácter divino de su persona, cuando nos preguntamos: ¿cómo pudo él como Dios ser siempre feliz y, al mismo tiempo, llorar por ser hombre? ¿Cómo pudo ser omnisciente e ignorante a la vez?... Así, Aquél que ha de revelarnos el misterio del Padre, está ante nosotros encubierto, a su vez, por el velo de un misterio. Y su Madre, como *Speculum iustitiae* (Espejo de justicia), ¿no está también rodeada, a su manera, de abundantes misterios? Así, no terminamos nunca de salir del mundo de lo incomprensible, en el cual sólo puede introducirnos la fe viva... Por eso, no debe sorprendernos que también la historia del mundo y nuestra propia vida estén llenas de cosas incomprensibles.

Jesús llora por compasión hacia los hombres

El Señor llora, llora realmente y no sólo en apariencia, como se podría creer, sino lleno de una emoción interior. ¿Qué es lo que lo conmueve, al punto de hacerlo prorrumper en llanto? Es, por de pronto, un motivo genuinamente humano: la compasión con el duelo del

entorno, triste y plañidero... Al igual que nosotros, pues, se deja contagiar con sus lágrimas y sus lamentos. "Cuando Jesús vio -refiere la Sagrada Escritura- que María lloraba y que también lloraban los judíos que habían venido con él, ¡se conmovió en su espíritu y se afligió!" (Jn 11,33).

Newman, en una prédica para el Cuarto Domingo de Cuaresma, aborda este episodio y trata de hacerlo comprensible y de ponerlo en el contexto que aquí tanto nos interesa... Dice: "Está en la esencia más profunda de la compasión o del sentimiento compartido (la palabra misma ya lo indica) el 'alegrarse con los que están alegres y llorar con los que lloran' (Rom 12,15). Sabemos que así sucede entre los hombres; y Dios nos dice que él también conoce la compasión y está lleno de una misericordia conmovedora. Pero no es fácil comprender qué significa esto, porque, ¿cómo puede Dios alegrarse o apenarse? Precisamente, a causa de la perfección infinita de su ser, no puede mostrar el Todopoderoso ningún tipo de 'compasión', por lo menos no de acuerdo con el concepto que de ella tenemos los seres limitados. El está oculto, pero, aun si nos fuera posible verlo, ¿cómo podríamos percibir en el Eterno e Inmutable las señales de la compasión? El es pródigo con nosotros en palabras y en obras de compasión; pero es precisamente la mirada de compasión en el otro lo que nos impacta y nos consuela, aún más que sus mismas acciones. Ahora bien, nosotros no podemos ver la 'simpatía' de Dios y, aunque el Hijo de Dios sintió por nosotros una compasión tan grande como la de su Padre, tampoco la demostró mientras permaneció en el seno paterno. Pero cuando se encarnó y apareció en la tierra, nos mostró la Divinidad en una nueva dimensión. Se revistió de todo un nuevo conjunto de cualidades, que son propias de nuestra carne, en cuanto asumió un alma y un cuerpo humanos, para poder llamar suyos propios los pensamientos, sentimientos y emociones que corresponden a los nuestros y así estar en condiciones de mostrarnos su tierna misericordia. El amor de Dios, el corazón lleno de compasión del Eterno y Todopoderoso, se digna mostrarse a sí mismo en una forma que nosotros seamos capaces de comprender y que es a la manera de la naturaleza humana.

Jesús lloró, pues, no sólo a causa del profundo pensamiento de su inteligencia, sino también por una delicadeza espontánea, por afectividad y misericordia, por una dulzura compasiva y llena de afecto, por la solicitud del Hijo de Dios hacia la obra de sus manos, hacia el género humano. Las lágrimas humanas lo conmovieron al instante, tal como lo conmoviera la miseria humana para que descendiera del cielo. Sus oídos estaban abiertos a ellas y la voz de las lágrimas halló de inmediato acogida en su corazón".

Newman intenta destacar, en esta ocasión, otros tres motivos para el llanto del Señor, a partir de una ingeniosa intuición de la situación en su conjunto. Los tres nos conmueven de una manera auténticamente humana... Por eso los agregamos.

El opina que el Señor dio un sentido simbólico a la muerte de su amigo Lázaro y gustó, estremeciéndose interiormente, toda la historia de la salvación, empezando por el pecado original, causa del sufrimiento y de la muerte y del consiguiente océano de desgracia y dolor que invade tumultuosamente los siglos.

Más aún, el Señor habría visto delante de sí y sufrido espiritualmente su propia muerte. El milagro de la resurrección de los muertos daría a sus adversarios el pretexto para llevarlo

pronto a la tumba, de la cual libró a Lázaro su palabra todopoderosa. "El sintió que Lázaro debía vivir y que él debía morir... Y estaba consciente de que este vuelco total era obra de su propia decisión. El había descendido desde el seno de su Padre para que su sangre fuera la reconciliación por todos los pecados; había venido para resucitar del sepulcro a todos los creyentes, tal como quería ahora resucitar a Lázaro; y no resucitarlos sólo por un lapso, sino por toda la eternidad".

Finalmente, estremece su interior y hace afluir lágrimas a sus ojos el pregonar la alegría que depararía a sus amigos la resurrección de los muertos.

"Cristo había venido a realizar una obra de misericordia. Y, sin embargo, esto era un secreto de su corazón. Todo el amor que tenía a Lázaro estaba oculto para los demás. El mismo sabía que lo amaba, pero ningún ser humano estaba en condiciones de poder decir cuán verdadero y profundo era ese amor. San Pedro, -cuando su amor a Cristo parecía dudoso- pudo arreglárselas para invocarlo, diciendo: 'Señor, tú lo sabes todo, tú sabes también que te amo' (Jn 21,15-17). Pero Cristo no tenía ningún amigo en esta tierra que pudiera ser su confidente y, cuando sus pensamientos se volvían hacia Lázaro y su corazón se lamentaba por él, ¿no estaba acaso en la misma situación que José, quien, al ver delante de sí a sus hermanos, no por disgusto, sino desde la plenitud de su corazón y en su soledad en tierras paganas, 'buscaba dónde poder llorar' (Gén 42,24); como si sus propias lágrimas fuesen sus mejores compañeras y poseyeran la fuerza de calmar una pena, que nadie podía compartir con él? ¿No estaba acaso en la misma situación que una madre que se inclina sobre su hijo y llora al pensar en su desvalimiento y en su insensibilidad ante el amor cuyo objeto es él mismo? Pero la madre llora también por su sensación de impotencia para protegerlo, sabiendo que, el que hoy es un niño, crecerá y tendrá que recorrer su propio camino y que, sea en beneficio de la tierra o del cielo, no dependerá de ella, sino del Creador. Diferentes eran los pensamientos de Cristo, que le conmovían a su manera. El sentía dentro de sí el poder de resucitar a Lázaro. Jesús lloraba, porque llevaba dentro de sí un secreto -de beneficios, de ofensas, de favores que estaba en su poder dispensar- que pertenecía no sólo al pasado, sino también al futuro. Y nuestro Señor y Salvador sabía, mientras todos parecían estar muy tristes y desesperados, a pesar de las lágrimas y lamentos de sus amigos, a pesar de los cuatro días que tenía el cadáver, que él conocía una palabra que vence a la muerte y que él estaba a punto de pronunciarla. ¿Existe algo que emocione más que estar en condiciones de llevar una buena nueva a un amigo que se ha desmoronado bajo el peso de un mala noticia?"

En verdad, el Señor posee un corazón auténticamente humano, que tiene una sensibilidad tierna y cariñosa y que no escatima sorpresas ni atenciones... Así podríamos y deberíamos también nosotros -expresándolo humanamente- figurarnos el interés personal que tiene el Padre celestial por cada individuo, como lo supone la doctrina de la *Providentia divina specialis* ³¹(Studie 1952/53).

El amor del Señor a la luz de su actitud frente a Judas

Texto 49

La misma actitud que el Señor muestra con sus amigos, la manifiesta también en el trato con sus enemigos. De esto tenemos un ejemplo clásico en la forma cómo se conduce con Judas, el traidor (Jn 13,21-30). Nuevamente es el Cardenal Newman quien, en su exposición introductoria -esta vez en una prédica para el 2º Domingo después de Pascua- nos quita las palabras de la boca. Como en otros pasajes de nuestro estudio, tampoco aquí vamos a ser ahorrativos con las citas. Ellas deberán apoyar nuestras propias ideas y demostrar su espíritu genuinamente cristiano y eclesial; ellas quieren también destacar esos tesoros del pasado que son tan precisos como si hubiesen sido elaborados hoy, ya que responden tan claramente al problema de la masificación y despersonalización:

"Judas estaba en la oscuridad y odiaba la luz y 'llegó a donde le correspondía'. Pero llegó allí no debido a ciertas predisposiciones naturales que conducen infaliblemente a un resultado, ni a consecuencia de un cruel destino que predestina a los malvados al infierno, sino por veredicto de un juez que lo conoce de pies a cabeza, que escudriña su interior para ver si brilla allí algún rayo de esperanza, algún oculto destello de fe; de un juez que una y otra vez habla con él y que, cuando al fin se ve forzado a darlo por perdido, se entristece por él con el amor herido de un amigo y no con la severidad de un juez del mundo. Aquí tenemos, por ejemplo, la primera terrible advertencia. Un año entero antes de la traición, dice Jesús: 'Yo mismo los elegí a ustedes, los doce. Y, sin embargo, uno de ustedes es un demonio' (Jn 6,70). Y más tarde, cuando ya se aproxima el momento, tenemos el más profundo acto de humildad frente a aquel que estaba a punto de traicionarlo y de convertirse en presa del fuego inextinguible: 'Se levantó mientras cenaba, se quitó el manto, se ató una toalla a la cintura y echó agua en un recipiente. Luego se puso a lavarles los pies a sus discípulos' (Jn 13,4-5). Judas estaba entre ellos. Luego, simultáneamente, una segunda advertencia o, más bien dicho, una triste queja, casi como dicha para sí mismo: 'Ustedes están limpios, aunque no todos' (Jn 13,10). Y, enseguida, abiertamente: 'En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes me va a entregar... El Hijo del Hombre se va, como dicen las Escrituras, pero ¡pobre de aquél que entrega al Hijo del Hombre! ¡Sería mejor para él no haber nacido!' (Mt 26,24). Judas, que ya lo había traicionado, replicó y dijo: '¿seré acaso yo, Maestro?'. Y Jesús le respondió: '¡Tú lo has dicho!' (Mt 26,25). Finalmente, cuando, de hecho, es entregado por él, le dice: '¿Amigo, a qué has venido?', y lo llama por su nombre: 'Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?' " (Mt 26,50; Lc 22,48).

No haré ningún intento por conciliar su omnisciencia divina con esa aflicción especial y prolongada, con ese sentimiento personal hacia Judas. Quisiera solamente que la atención de ustedes se fijara en esto último, como en un ejemplo dado a nosotros por la revelación del Todopoderoso, de cómo se posa la mirada de su Providencia en cada uno en particular y de cómo él hace brillar su sol sobre los malos y sobre los buenos. De igual manera, en el Último Día no serán condenados, sin duda, los malvados y los impenitentes en forma masiva, sino que se presentará cada uno por sí mismo en su lugar ante el Juez justo, ante la plena magnificencia de su rostro, será pesado cuidadosamente en la balanza y hallado demasiado liviano; allí donde la justicia de Dios reclama satisfacción, será tratado no precisamente con una debilidad blanda y vacilante, sino con todo esmero y, a la vez, con total exactitud por un Dios que, si pudiera, haría aún más abundantes de lo que son los frutos de su Pasión".

Dios nos conoce a fondo

Aquél que se familiariza con este mundo de ideas y de valores, no encuentra difícil confesar con convicción y fervor lo mismo que este predicador, (el cardenal Newman) lleno de ingenio y profunda religiosidad:

"Dios respeta tu modo de ser, seas tú como fueres. Te llama 'por tu nombre' (Is 43,1). Te ve y te comprende, porque te creó. Sabe lo que sucede dentro de ti, conoce todos tus sentimientos y pensamientos particulares, tus predisposiciones e inclinaciones, tu fuerza y tus flaquezas. Te ve en días de alegría y en días de dolor; toma parte en tus esperanzas y en tus pruebas..., participa de tus temores y recuerdos, de los altibajos de tu ánimo. El ha contado los cabellos de tu cabeza y las varas de tu estatura. En abrazo te rodea y te acoge en sus brazos; te levanta y te sienta; observa tu rostro, si ríe o está anegado en lágrimas, si se muestra sano o enfermo. Mira con ternura tus manos y tus pies; escucha tu voz; oye el latir de tu corazón y el respirar de tu pecho. Tú no te amas más de lo que te ama él; tú no le temes más al dolor de lo que a él le disgusta verte sufrir; y cuando te impone algún sufrimiento, es como si tú mismo quisieras imponértelo para recibir de él una bendición mayor... Que sea, pues, nuestra aspiración, con la gracia de Dios, comprender bien dónde nos hallamos y qué es él para nosotros. Es sumamente tierno y misericordioso, pero, independientemente de todas sus misericordias, no se desvía ni el espesor de un cabello de la línea que le señala la eterna Verdad, Santidad y Justicia. El, que puede condenarnos a la desgracia eterna, aunque antes haya llorado y se haya lamentado por nosotros, cuando se pronuncie la sentencia condenatoria, borraré hasta el recuerdo de nosotros y 'ya no nos conocerá'. Se atará la cizaña en fardos y será quemada con desprecio. Temamos entonces, ya que no hemos recibido la promesa de entrar en su quietud, para que ninguno de nosotros la pierda. Amén".

Si repasamos nuevamente lo dicho, nos encontraremos con que la inteligencia, iluminada por la fe -según los planes de sabiduría de Dios- tiene aquí un camino viable que la capacita, por lo menos hasta cierto punto, para comprender, en su conjunto, la imagen bíblica de Dios Padre a la luz de la *Providentia Divina specialis*. (Studie 1952/53).

Comprender los caminos de Dios no siempre es fácil; el Nuevo Testamento nos muestra esto también en la relación de los discípulos frente al Señor: ellos no siempre lo entendieron y sólo el amor les dio perseverancia para no rechazarlo.

Los discípulos no siempre comprendieron el amor del Señor

Texto 50

Particularmente, lleno de luz y claridad, se muestra esto en la vida bíblica del Salvador. Sólo se necesita prestar atención a la frecuencia y a la insistencia con que su voz, de verdad y sabiduría eternas, hace constar que sus apóstoles y discípulos no lo comprendieron; más aún, que no podían comprenderlo; que recién comprenderían al Señor en su originalidad, en su misión y en su doctrina, cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos para glorificarlo, introduciendo a los suyos en el conocimiento más profundo de la verdad que él ya les había anunciado, sin haber encontrado en ellos el órgano apropiado para captarla.

Así nos dice, por ejemplo, san Juan: "Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre él y qué era lo que le habían hecho"(Jn 12,16). En la ocasión en que el Señor lava los pies, Pedro acata la advertencia: "lo que yo hago, no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde" (Jn 13,7).

El Señor señala su evidente ceguera a Felipe, la cual lo había mantenido confuso durante largos años: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto a mi Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras" (Jn 14,9 ss)

El Espíritu Santo ilumina a los discípulos para comprender

Lo que Felipe no captó en ese entonces, le fue regalado en abundancia más tarde, después de la resurrección del Señor, por medio de la venida del Espíritu Santo.

Algo similar le ocurrió a Tomás. Recién después de que pudo introducir sus manos en las heridas del maestro, brilló en él, en forma nueva, la luz de la fe (cfr. Jn 20,27-29). Pero tanto para él como para todos los apóstoles y discípulos, la "claridad del sol" llegó recién después de Pentecostés.

Especialmente clara aparece la mencionada ley respecto del primer Papa, Pedro. En una hora solemne, él había proclamado su fe valientemente, en nombre de los demás apóstoles, al responder a la pregunta del maestro: "¿Qué piensan ustedes del Hijo del Hombre?", diciendo: "Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo" (Mt 16,16). Pero hasta dónde esta decisión de fe, este credo, estaba arraigado interiormente en su alma, se demostró en la facilidad con que Pedro niega a su Maestro, cuando una sirvienta lo pone en apuros. (Mt 26,69-75). El Señor le había atestiguado a Pedro, al proclamar éste su credo, que ni la carne ni la sangre sino el Padre que está en el cielo había encendido en él la luz de la fe. Sin embargo, la piedra tuvo que esperar la venida del Espíritu Santo y recién entonces su fe se volvió sólida como roca, recién entonces pudo fortalecer a sus hermanos en la fe y dar su vida por ello.

Es sabido que el centurión que estaba junto a la cruz, después de la muerte del Señor, experimentó una conmoción interna y reconoció con toda franqueza: "Realmente el

Crucificado era hijo de Dios" (Mt 27,55). La trascendencia de esta confesión tan sorprendente permanece, sin embargo, encubierta para él. En ese entonces, él no distinguió ni confesó en el Crucificado al Dios de Dios, al Dios verdadero de Dios verdadero. No distinguió en él la luz verdadera que había llegado al mundo y tampoco distinguió al Hijo Unigénito del Padre, que es una sola esencia con el Padre y al mismo tiempo se diferencia de él en cuanto persona ¿Cómo podría haberlo comprendido? Ni siquiera los mismos que se sentaron a la mesa con el Señor y que comieron del mismo plato tenían una comprensión tan clara de su fe. Primero, tenía que venir el Espíritu Santo; recién entonces fue posible comprender al Señor en toda su grandeza e inclinarse ante él como creyentes, en adoración. Esa era la glorificación que el Señor esperaba del Espíritu Santo para su persona.

No debe tampoco olvidarse que la escena de Emaús está inspirada también por las mismas leyes luminosas y que, sólo a partir de ellas, puede ser bien comprendida.

Mientras el Señor va de camino y conversa con sus discípulos, mientras está con ellos, no es reconocido. Recién cuando él los deja, se dan cuenta quién es aquél que habían encontrado y que él se había dejado reconocer sólo al partir el pan (Lc 24,13-35). Ejemplos de esta categoría o similares hay muchos en la vida del Señor Jesucristo y de sus apóstoles. Ellos apuntan claramente hacia la ley ya descrita y la hacen comprensible.

Dios nos revela sus deseos en la vida diaria

Pero lo que a nosotros nos interesa, especialmente dentro del marco de nuestro estudio, es el hecho de que la ley vale igualmente cuando Dios, como Dios de la vida, a través de su conducción y disposiciones, o por medio de las voces del tiempo, se acerca a los hombres en la vida diaria, les revela sus planes y les comunica sus deseos.

Muy rara vez se entenderá de inmediato a este Dios que se entrega y se comunica de esta manera. Hasta cierto punto, esto sólo se da allí donde él encuentra hombres con un marcado sentido de captación de la fe, sentido que está siendo constantemente perfeccionado por los dones del Espíritu Santo.

Con un instinto de fe, cultivado constantemente, y con una afinidad peculiar, ellos descubrirán a Dios en cada lugar en que él se les muestre para comunicar sus planes y expresar sus deseos. Pero también en estos pocos casos, es difícil esperar que el total de los planes divinos sea conocido inmediatamente

También, en dicha situación, se necesita normalmente una suficiente distancia de los hechos, se requiere de una creciente influencia del Espíritu Santo, hasta que sean totalmente comprendidos los misterios ocultos y los deseos manifiestos de Dios, en tanto cuanto un mortal puede hacerlo.

Normalmente, el paso del Señor es comprendido en la vida práctica cuando ya ha ocurrido. Más tarde, a menudo bastante después, brilla la luz de la fe en el sentido de la fe en la Divina Providencia, luz de un entendimiento más claro acerca de los caminos providenciales de Dios, que enciende un gran amor divino en el alma. (Gedanken zur juristischen Bindung der Marienschwestern, 1962)

El Padre se nos revela en Cristo

Cristo es la imagen del Padre, en él se nos revela Dios y su Providencia con toda claridad. Su ejemplo es, pues, fundamental para saber cómo conocer al Padre.

Texto 51

La figura luminosa y amante de Dios se nos acerca de un modo especial en la imagen de su Hijo. "El Padre vive en la luz inaccesible" (1Tim 6,16). "Nadie ha visto al Padre, excepto aquel que procede del Padre" (Jn 6,46). El Padre está completamente oculto a nosotros. Únicamente sabemos de él por el Hijo, tanto por su palabra como por su ser y su obrar. El Hijo es la única revelación plenamente válida del Padre. Por eso, también puede decir: "Quien me ve a mí ve al Padre" (Jn 14,9). Y la liturgia nos hace rezar y cantar: *Ut per amorem visibilium ad amorem invisibilium rapiamur*, ³². Cuanto más aprendamos a conocer y amar al Hijo, tanto más entenderemos los rasgos del Padre celestial (...)

Cuántas veces hay que repetir las palabras de la Sagrada Escritura: "En medio de vosotros está Aquél a quien no conocéis" (Jn 1,26). Tantos hombres huyen de Dios porque huyen de Cristo. Muchos católicos, sacerdotes y religiosos tienen una concepción parcial, desfigurada y estrecha de Dios, porque no conocen a Aquél a quien él ha enviado... Por ello tampoco comprenden cuando él interviene de una manera verdaderamente paternal, cuando nos hace sufrir, cuando nos hiere, cuando nos envía desengaños, sufrimientos, persecuciones de toda índole... A quien vive enteramente de la filiación divina, no le es difícil repetir, en tales casos, las palabras de san Francisco de Sales, atribuidas a un niño que debía ser operado por su padre médico. En medio del ardiente y agudo dolor, en medio de lágrimas, expresa un solo gemido: ¡Padre, cuánto me amas...!

¿Por qué les digo todo esto? Ustedes me responderán: éstas son perogrulladas que ya hemos oído muchas veces. ¿Qué puedo replicar? Esperen hasta encontrarse con personas que padecen de tal modo en esta vía unilateral, que diariamente están en peligro de sufrir un quiebre total. Entonces, comprenderán por qué deseo inculcarles siempre de nuevo estas importantes verdades (...) (Sponsa Gedanken)

El ejemplo de Cristo

El P. Kentenich ve la esencia del seguimiento de Cristo en la entrega perfecta a la voluntad y a la obra del Padre celestial. La aceptación y realización libre y perfecta de los planes del Padre fueron el programa de vida de Cristo. Por eso, deben ser también el programa de vida de sus discípulos.

Texto 52

"He aquí que vengo a cumplir tu voluntad" (Heb 10,7), así reza la oración inicial de su vida. Y en la noche de su amarga pasión, concluye él con este testimonio: "Padre, te he glorificado en la tierra, realizando la obra que me encomendaste" (Jn 17,4). Con todo apasionamiento, adhiere el Salvador a la voluntad de su Padre. En conocerla, abrazarla y amarla gastó sus abundantes capacidades. ¡Qué no habría podido realizar con sus talentos por toda la tierra! Ya que conocía todas las necesidades y poseía todas las facultades,

¿cómo habría podido hacer fructificar la ciencia e instruir al pueblo! Pero no hizo nada de esto. Empieza su vida en el momento en que lo desea su Padre; dice las palabras que el Padre quiere; hace las obras que el Padre quiere ver realizadas; hace milagros que son obra de su Padre. En medio de su carrera victoriosa, concluye su vida con un aparente fracaso, porque el Padre así lo quiere. Al morir, se entrega a la “locura de la cruz”, porque así estaba estipulado en los planes del Padre. ¡Qué revoltura habríamos desatado nosotros en su lugar, en el pequeño país de Israel, durante esos treinta años que pasó oculto junto a su Madre, según los deseos de su Padre! El Señor, sin embargo, se quedó en segundo plano; dejó aparentemente improductivas sus abundantes fuerzas interiores. El no se preguntó: ¿a qué aspiran los deseos de mi corazón? Su último criterio fue: ¡Padre, tu voluntad! En esta perfecta sujeción de su actuar y de sus deseos a Dios, radica su grandeza. La conformidad de su vida con la voluntad del Padre fue el objeto de sus más cálidos anhelos y de su desinteresada lucha y aspiraciones. (Wertagsheiligkeit, p.74-75)

Texto 53

"Mi alimento es hacer la voluntad de Aquél que me envió y completar su obra" (Jn 4,34). Podemos percibir cómo vive enteramente en su propio mundo: en un mundo que tiene otro peso, otras medidas, otras dimensiones. No es la carne ni la sangre, no es el deseo natural; no: sólo la amorosa voluntad del Padre es lo que determina cada movimiento de su corazón, de su voluntad, de su cuerpo. "Aquí vengo, Padre, a cumplir tu voluntad" (Jn 6,38).

Es útil probar, con los Evangelios en la mano, que para él, efectivamente, sólo la voluntad del Padre era determinante. Jesús va al Jordán o al desierto, elige a su grupo de seguidores, enseña, actúa, sufre solamente cuando y mientras es su hora. Puesto que el Padre ha decidido que reciba un bautismo (de sangre), acude valientemente a Jerusalén, en medio de sus adversarios, y permite ser entregado a ellos... y ¡qué ansias siente hasta que todo se haya cumplido! (Lc 12,50)

Admirablemente grandiosa y atractiva se nos presenta, de manera análoga, la vida de los antiguos profetas. Ellos nadan contra la corriente, contra los modos de pensar y de actuar de su tiempo... y también contra la voluntad de los que daban la tónica. Ya sabemos cuántas veces la consecuencia con sus principios frente al ambiente y la total dependencia de lo alto, determinaba en gran manera su destino como profetas y los llevaba a desenlaces trágicos. Por eso, no nos extraña encontrar en la vida del Señor las mismas circunstancias. Difícilmente podríamos concebir una mayor antinomia: por un lado, el Señor con su entrega total a la voluntad amorosa del Padre y, por otro, el Israel de antaño en su esclavitud total respecto de “la ley y las tradiciones de los antiguos”. Esta oposición debía llevar a roces, a conflictos, al quiebre y al colapso, sobre todo cuando el Señor seguía su camino con una santa despreocupación por el criterio de sus encarnizados adversarios. “¿No sabían, acaso, que debo estar en los asuntos de mi Padre?” (Lc 2,49), así escuchamos en cada página de los santos Evangelios.

Ahí está, de pie, firme y erguido ante nosotros; todo debe ceder el paso ante la voluntad del Padre: las consideraciones humanas, los prejuicios, las concepciones diversas, todo. Sólo una cosa es válida: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". (Sponsa Gedanken)

Texto 54

El les enseña (a sus discípulos) el Padrenuestro. Y la parte medular de esta oración neotestamentaria es esa petición de profundos alcances, que dice: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". Esta entrega a la voluntad amorosa del Padre nos parece fácil, pero examinada con claridad, revela un elevadísimo heroísmo. Por eso dice el Salvador con tan amarga seriedad: "No he venido a traer la paz, sino la espada". Sí, la espada que debe ser clavada en las inclinaciones más profundas y más nobles del corazón, hasta que el espíritu de una actitud de Inscriptio colme totalmente al ser humano. Casi llegamos a sentir miedo en lo más profundo del alma cuando leemos en Lucas:

"Si alguno quiere venir a mí y no deja a un lado a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, o aun a su propia persona, no puede ser mi discípulo. No puede ser mi discípulo el que no carga con su cruz para seguir detrás de mí" (Lc 14,26-27).

¿Acaso percibimos, a partir de todo esto, de qué se trata aquí realmente? No se trata de evitar lo innoble y lo pecaminoso, porque no corresponden a la voluntad del Padre. Esto lo comprenderíamos fácilmente: siempre lo hemos considerado y lo consideramos como algo obvio, natural. No, la exigencia tiene un alcance más elevado y más profundo. Los vínculos más nobles al padre y a la madre, incluso la vinculación con nosotros mismos, deben ser sometidos por completo a la voluntad amorosa del Padre. Sí, debemos incluso odiar estas vinculaciones, esto es, tratarlas como enemigas, deshacerlas, romperlas, tan pronto como, de algún modo, no correspondan a los deseos de la voluntad amorosa de Dios. (Sponsa Gedanken)

3.1.2.2. Camino natural

El camino natural para el conocimiento de la voluntad del Padre es su palabra. El P. Kentenich descubre tres lugares donde podemos escuchar esa palabra: en las voces del ser, en las voces del alma y en las voces del tiempo.

El Padre muestra su voluntad en la revelación ordinaria

Texto 55

Ahora bien ¿cómo descubrimos más concretamente la voluntad salvífica? Aquí quisiera circunscribirme a la voluntad salvífica personal, individual. Traduzcamos primero esta pregunta a nuestro lenguaje: ¿Cómo reconozco mi ideal personal? Es decir, ¿cómo logro conocer la idea que Dios tiene de mí desde toda eternidad?

Primero, una respuesta negativa. De ningún modo a través de una revelación extraordinaria. No son pocas las personas a quienes les nace decir: "Si, si, si... si yo supiera con seguridad lo que Dios quiere de mí, estaría dispuesto a todo".

Debemos distinguir la revelación extraordinaria de la revelación común. Ciertamente, hay personas que han experimentado una revelación extraordinaria; pero nosotros no

pertenecemos a ese grupo. Dependemos enteramente de la revelación común. ¿Y en qué consiste ésta? Es la revelación que hemos recibido en Cristo Jesús.

Para resumir todo lo que se puede decir al respecto, podríamos hacernos la siguiente composición de lugar. Pensemos, por ejemplo, que nos acercamos al Señor como lo hicieron en aquellos tiempos los escribas, los fariseos y los doctores de la ley y le pidiéramos una revelación especial. Ellos querían saber lo que es preciso hacer para alcanzar la vida eterna. La respuesta fue: “¡Eso ya lo sabéis!”.

En el lenguaje que nosotros empleamos actualmente, esto equivaldría a decir: “Atente a la revelación ordinaria”. ¿Cuál es la voluntad de Dios? Ustedes la conocen: “Amarás al Señor tu Dios”...(Mt 22, 37-40)

Si yo preguntara al Señor: ¿Dios mío, qué es lo que quieres de mí? Pienso que la primera respuesta sería ésta: tú exiges de mí, entonces, una palabra individual. Todo lo que quise revelar a la humanidad lo he hecho a través del Hijo Unigénito de Dios. Por lo tanto, si quiero decirte algo, tendría dos opciones: tendría que hacer que el Hijo Unigénito de Dios nuevamente se encarnara para que te dijera la palabra que quiero continuar diciendo a través suyo; o bien, tendría que pedirte que contemples la vida del Dios hecho hombre, pues en ella he dicho al mundo todo lo que he querido decirle. “Y la Palabra se hizo carne” (Jn 1, 14). ¿Qué es, entonces, lo que debería hacer? Contemplar la vida del Señor.

¿En qué consiste mi misión personal? Consiste en hacer que la misión general del Hijo de Dios se convierta en mi misión personal. Por eso, debo profundizar el estudio y la imitación de la vida de Cristo. Quiero y debo imitarlo en todas las situaciones de mi vida.

Por cierto que ésta es una respuesta evidente; una medicina contra toda apetencia o anhelo oculto por las cosas extraordinarias. Recordemos cómo en su tiempo definimos el ideal personal en su sentido teológico: es la concreción individual y original de la doctrina del cuerpo místico de Cristo. Yo soy un miembro individual, original, del Cuerpo de Cristo. No tengo que ser simplemente un miembro más del Cuerpo de Cristo, sino que un miembro vivo, individual, original.

Caminos para conocer la voluntad de Padre para mi persona

Naturalmente, con esto nos enfrentamos de nuevo con la pregunta: ¿Cómo puedo percibir, entonces, esta originalidad? Después de haber indagado en la revelación común y, en cierto sentido, de habernos incorporado y asemejado a la voluntad salvífica y al acontecer salvífico universal, nos preguntamos: ¿Cómo puedo conocer, por caminos normales y ordinarios, lo que debo encarnar, en la forma más concreta e individual, en el Cuerpo de Cristo? No puedo detenerme mucho en esto; en caso contrario, debería repetir una gran cantidad de cursos anteriores. Sólo quiero mencionar tres palabras y luego pedirles que las mediten con detención.

Debo dirigir mis preguntas a tres destinatarios:

- al tiempo

- al alma

- al ser

¿Qué exige el tiempo de mí? Juan XXIII expresó una vez este hermoso pensamiento: "Mucho de lo que encontramos en las Sagradas Escrituras es y seguirá siendo misterioso; si queremos interpretarlo en forma correcta, debemos preguntar al tiempo."

Esto quiere decir que el Padre Dios también habla a través del tiempo, a través de las circunstancias.

Un pensador francés acuñó esta frase: "Las situaciones del tiempo, las corrientes del tiempo, educan". ¿Qué cosas nos enseña el tiempo? Me enseña lo que Dios quiere de mí. Piensen cuántas personas se han hecho grandes o pequeñas porque nacieron en este o en aquel tiempo. Cuántos hombres y mujeres se hicieron grandes porque el tiempo los impulsó hacia lo alto; porque entendieron las corrientes del tiempo y dieron la respuesta adecuada. Como dije, me tomaría demasiado tiempo hablar más en detalle acerca de esto.

En segundo lugar, preguntamos al alma. Nos preguntamos acerca de las mociones individuales del Espíritu Santo en nuestra alma.

Un anciano y sabio teólogo del siglo IV formuló esta hermosa frase: "Lo que actúa en el alma del cristiano, en cuanto cristiano, es el hálito del Espíritu Santo".

Naturalmente, con esto tocamos un tema que el hombre moderno apenas considera. Se trata precisamente del discernimiento del espíritu. El Espíritu Santo habla en nuestra alma "con gemidos inefables" (Rom.8,26). Esto significa, prácticamente, que si tratamos en la oración con el Padre Dios, si prestamos atención a lo que él habla en nosotros, a menudo debemos confesar: La oración sabe lo que el Padre Dios desea de nosotros, antes que nosotros mismos. Es decir, en la oración recibimos muchas de esas mociones; vislumbramos intuitivamente relaciones, intenciones de Dios, de las cuales, sólo lentamente, podemos tomar plena conciencia.

Por eso, ¡salir al encuentro de las inspiraciones del Dios vivo! No estar saltando permanentemente y brincando de una rama a otra, como una ardilla. ¡Detengámonos! ¿Detenernos en qué? En todo aquello que el Padre Dios nos habla interiormente, en lo que espera y exige de nosotros.

Por último, la tercera fuente de la cual podemos obtener nuestro conocimiento personal es nuestra estructura de ser. Nuestro ser no es algo meramente personal y subjetivo; fue creado por el Padre Dios. Y según cómo mi ser esté conformado -el que yo sea hombre o mujer, de tal o cual índole-, esto es una fuente de conocimiento para mí.

De esta manera, reconocemos plenamente, cada vez en forma más clara y profunda, lo que el Padre Dios quiere de cada uno de nosotros. (Plática del 18 de marzo de 1967)

El ser y el tiempo

El P. Kentenich pone nuevo acento en la forma de ver y valorar el orden del ser y los sucesos del tiempo. Presentamos algunos textos sobre el tema.

Texto 56

Desde siempre ha jugado entre nosotros un papel especial la estructura de ser de las cosas; continuamente nos hemos preocupado de interrogar e interrogamos aun hoy a esta estructura, acerca de los deseos y de la voluntad de Dios. Hacia esta fuente de conocimiento apunta aquella gran ley que, como un hilo rojo fácilmente reconocible, recorre nuestra santificación de la vida diaria, nuestras costumbres y nuestra pedagogía: *Ordo essendi est ordo agendi*; el orden objetivo de ser es la norma, hasta en los últimos detalles, para nuestro orden total de vida. Y en esto, partimos del pensamiento de que las cosas creadas no sólo son ideas de Dios encarnadas, sino también deseos de Dios. Si concebimos cada cosa creada como una palabra de Dios y sobre Dios, entonces todas las cosas creadas, tanto las naturales como las sobrenaturales, pueden considerarse como un gran álbum de imágenes de Dios, como un libro de lectura sobre él, como una enseñanza viva de Dios, que rara vez nos abandona en nuestra búsqueda de los deseos divinos.

Este pensamiento era sumamente familiar a san Pablo. Por eso denuncia seria y amargamente, a los paganos que se habían fabricado falsos ídolos y llevaban una vida licenciosa. Declara culpable su actuar y su proceder, porque, a partir de la creación visible de Dios, ellos debieran haber reconocido sus mandamientos y deseos (Rom 1,18-32).

No hay que extrañarse de que en los tiempos actuales, esta fuente de conocimiento esté cegada para amplios sectores. Allí donde todo está orientado al movimiento, al dinamismo, a la vida, ya no se tiene sentido para el ser y la estructura de ser de las cosas. Así, es posible que hasta en círculos católicos, debido a la gran confusión de conceptos y a la multiforme inseguridad de la vida y de sus formas, haya caído en olvido el dejarse orientar, sin vacilaciones, por esta estructura del ser.

Nunca nos hemos cansado de interrogarla; tuvimos que hacerlo, entre otras cosas, también porque como Familia hemos contraído sólo los vínculos obligatorios que eran realmente necesarios. Por eso, estábamos especialmente condicionados a adecuar nuestro actuar, nuestras constituciones y costumbres, a esta estructura del ser, hasta en sus ramificaciones más finas. (Marianische Werkzeugsfrömmigkeit).

Texto 57

El orden objetivo del ser, tanto en lo natural como en lo sobrenatural, es y debe ser norma también para nuestra forma de vida. Aquí tienen ustedes un principio que impregna toda la dogmática, la moral y la pedagogía...

El indicativo del ser debe llegar a ser el imperativo del deber ser. Su descuido es pecado. O sea: el lenguaje suave, mudo, del orden del ser ha de convertirse para nosotros en un sonoro deber comprometedor. O también: debo llegar a ser lo que realmente soy.

Cuando trato un objeto en la forma correspondiente a su estructura de ser, cumplo la voluntad de Dios... Si me comporto frente a las cosas de una manera contraria a su sentido

natural inmanente y a su estructura de ser, entonces cometo pecado. Dios expresa, a través de sus obras, no sólo sus pensamientos sino también su voluntad. (Ehepädagogische Tagung, 1933)

Nuestra piedad está basada en el orden de ser

Texto 58

Recordemos con qué seriedad nos hemos esforzado siempre por basar nuestras exigencias religiosas sobre fundamentos estrictamente dogmáticos. Esta lucha por la fundamentación teológica hace aparecer esta piedad como teología aplicada. ¡Por cuánto tiempo hemos tratado de profundizar la existencia del orden de la gracia y la concomitante originalidad de la pertenencia al Cuerpo de Cristo, de la filiación con respecto a Dios y del estar plenos del Espíritu o de la Trinidad! Esto es lo que conviene a una ascética edificada sobre la ley del *ordo essendi est ordo agendi*.³³ ¡Cuánto cuidado hemos puesto en aclarar, en todo sentido, el puesto que ocupa la Santísima Virgen en el plan de salvación! Esto seguirá siendo así mientras tenga valor la ley: *ordo essendi est ordo agendi*. Lo mismo vale para el Redentor, para el Padre celestial, para el Espíritu Santo, para los ángeles, los santos, la liturgia, las almas del Purgatorio. En todas partes se trata de perfilar, en primer lugar, lo más claramente posible, el lugar que algo ocupa en el orden de ser sobrenatural y, luego, organizar en conformidad con él la vida práctica. (Marianische Werzeugsfrömmigkeit).

Texto 59

El hombre ideal se configura conforme a su estructura de ser, hasta en las ramificaciones más finas... Apostasía significa desintegración. Nos referimos a la deserción de Dios, del orden de ser creado y establecido por Dios, del orden moral, del orden de la vida, a la desintegración de las fuerzas humanas y a la atomización de la sociedad humana. (Pädagogische Tagung, 1950).

La voz de Dios en las corrientes y acontecimientos del tiempo

Texto 60

Aún más fuerte que la estructura de ser de las cosas, está presente en la conciencia manifiesta de nuestra Familia la otra fuente de conocimiento, por la cual se puede averiguar el deseo y la voluntad de Dios, a saber: las corrientes del tiempo y los acontecimientos mundiales, el rumbo que toma la propia vida y la vida de la Familia. (Marianische Werkseugsfrömmigkeit).

¡Cuántas veces encontramos en nuestra literatura la expresión! *Vox temporis vox Dei!*

³⁴Como explicación hacemos notar que, en el modo de pensar y de hablar del idioma alemán, se debe distinguir entre el *Zeitgeist*³⁵ y *Geist der Zeit*³⁶. Partimos de la convicción de que no es el demonio sino Dios el conductor de los tiempos. Dios habla a través del *Geist der Zeit*, el demonio, a través del *Zeitgeist*. En el primer caso se hace referencia al bien, en el segundo, al mal presente en una época, que la remece y que influye en la opinión pública. La expresión *Zeitgeist* es usual en su acepción general sólo a partir de Herder

(fallecido en 1803). Herder la entiende como “la expresión, presente en todas partes, del pensamiento, voluntad y sentimiento de un período histórico, que forma el modo de pensar y de vivir de los hombres”. Con razón dicen los sociólogos modernos que la opinión pública así formada es uno de los poderes sociológicos más eficaces.

Cuando nos referimos a la voz de Dios en los acontecimientos del tiempo, estamos muy conscientes de que es muy fácil equivocarse en el discernimiento de los tiempos y que el magisterio de la Iglesia -especialmente en el “siglo sin Dios”- tiene no sólo el derecho sino la estricta obligación de intervenir en determinadas circunstancias en forma clarificadora y correctiva o reprobatoria y estimulante. Dado que hoy es tan extraordinariamente grande la confusión espiritual, se necesita no poca valentía para atreverse a zarpar hacia el mar tormentoso o -hablando sin metáforas- a tomar una posición personal ante los candentes interrogantes de la época. Así se entiende por qué muchos católicos prefieren quedarse en la antigua ribera y esperar a que algunos navegantes audaces descubran y hagan viable una ruta segura hacia la otra ribera. De modo que, por de pronto, se quedan pisando terreno conservador; no se exponen al peligro del error o de la censura eclesiástica. Si todos, sin excepción, se quedaran en ese terreno, el demonio tendría un juego fácil. Podría rápidamente asegurar su posición y hacerse dueño de la nueva época. Para impedir esto, la bondad de Dios despierta, en todos los tiempos, navegantes intrépidos que, por amor al Reino de Dios en este mundo, se exponen valientemente a la tormenta y a la intemperie. No pocas veces pasan por la experiencia que han sufrido antes que ellos, en el transcurso de los siglos, innumerables reformadores. Parece repetirse aquí una determinada constante. Con razón se constata a menudo una triple etapa: Primera: rechazo de las innovaciones; segunda: déjenlo hacer; tercera: ya decíamos que era bueno, que era lo único acertado.

Hay pueblos y naciones que no se cansan de citar la frase: *Vox populi vox Dei*³⁷ para deducir de ahí sus normas. Nosotros, tanto hoy como antes, prestamos atención cuidadosamente a los signos de los tiempos y los interpretamos como indicaciones y deseos divinos. De ahí nuestra consigna contrapuesta: *Vox temporis vox Dei*.

Aquel que capta las señales de los tiempos como señales de Dios y responde a ellas, parte de la idea de que cada época, en su modalidad específica, es única, tan única como cada personalidad.

En el tiempo está siempre vivo y activo un doble elemento: un elemento metacrónico y uno sincrónico con el tiempo. Por eso, el conocedor y el intérprete de los tiempos encuentra en ellos un terreno familiar y unas voces familiares; pero, simultáneamente, pisa también tierras desconocidas e inexploradas. Estas tierras nuevas son tanto más intransitables y veladas por la oscuridad cuanto más profundas y persistentes son las conmociones de los tiempos. El que vislumbra en ello la tarea especial de contribuir a que Dios sea el Señor de la nueva época y la Virgen su Señora, está destinado a abandonar y a dejar valientemente las seguridades que han establecido las decisiones de la Iglesia y sus costumbres determinadas por el tiempo actual. Pero tiene cuidado de no rechazar todo lo que tenía validez ayer o anteayer. Es que en todo tiempo existe un elemento metacrónico. El lo asume con gran respeto y esmero y lo lleva al día de mañana y de pasado mañana. Pero, además, se experimenta a sí mismo como una persona filialmente confiada en la

Providencia, valiente, audaz y llena de fuerzas creativas para anunciar, descubrir y realizar el plan que Dios tiene para los nuevos tiempos. (Studie,1956).

Texto 61

Dios nos habla por el

- libro de la Biblia

- libro de la naturaleza

- libro de la vida.

"Tres libros se me presentan y me invitan a una lectura constante: el libro de la naturaleza, la Sagrada Escritura y el libro de mi propia vida.

El libro de la naturaleza. Avanzo por la naturaleza en primavera, verano, otoño e invierno. Por todos lados descubro huellas de su magnificencia, de su poder y de su bondad. Todo lo grande y hermoso que me salga al paso, dondequiera que yo esté, hace resonar, una y otra vez, esta exclamación de alegría: ¡Así es mi Padre! Detrás de todo está el Dios de la vida. Ese es el Padre Dios de quien me gusta depender. Queremos ser hombres del más allá y no permanecer solamente como hombres del más acá. Queremos profundizar constantemente, en todo, nuestra dependencia del Dios de la vida, del Padre Dios y así ascender constantemente. *Sursum corda!*³⁸. No sólo contemplarlo en su existencia, sino también asumir cada vez más en nosotros su imagen.

La Sagrada Escritura. ¡Qué de cosas del Padre nos cuenta el Señor! ¡Qué no sabe contarnos el Antiguo Testamento de las magnificencias del Padre! Debo conocer al Padre, por eso la Sagrada Escritura debe ser mi libro predilecto. Debo conocerlo para poder amarlo. Por un amor filial hacer de ese libro que él, por así decirlo, dictó a los escritores inspirados, mi libro predilecto. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Unigénito para que todos los que en él crean no se pierdan, sino que alcancen la vida eterna. ¡Qué amor más grande!

Y, nuevamente, podemos decir que si él nos entregó a su Hijo, el regalo más grande que podía darnos -¿no nos dio todo en su Hijo?- ¿nos querrá dar también entonces las cosas subordinadas? ¡Si pudiéramos medir todo lo que Dios da! La cruz y el dolor parecen como si quisieran desmoralizar nuestra naturaleza. Pero, porque eso viene del Padre, está sin lugar a dudas, pensado para ser lo mejor para mí. Es necesario encender un fuego contrapuesto de la pradera, de lo contrario, muchas veces nos quebraremos ante las exigencias, las aristas y ángulos de la vida diaria. La naturaleza como tal, muchas veces, no experimenta en forma inmediata el amor del Padre, sino sólo lo acerbo de él. Sólo el espíritu de fe puede cavar más hondo. Detrás de toda la miseria debemos ver a Aquél que quiere guiarlo todo para nuestro bien.

Aquí tenemos el segundo libro que nos descubre más y más los rasgos del Padre celestial. Debo, pues, estudiar este libro.

El libro de la propia vida. Veamos la misericordia de Dios en nuestra vida. Quiero entregarles esto como un bien permanente, como menaje con el que siempre cuenten: la apertura anímica frente a todas las misericordias del Dios en mi pequeña vida. Muy a menudo, el Dios del amor me habla a través de los diversos acontecimientos, pero yo no lo escucho. Con san Agustín decimos: Tú estás junto a mí y en mí. Tú me llamas constantemente, pero yo no te escucho, estoy constantemente en el mercado de la vida. Por eso se desdibuja la imagen de Dios en mí.

Cuanto menos se eleve el mundo en torno a nosotros como causa primera, tanto más conscientemente viviremos mi dependencia de hijo frente al Padre. Recordemos esa antigua afirmación del frío cósmico y del frío antropológico. El cosmos ha llegado a ser como un bloque de hielo porque en el pensar, vivir y amar de los hombres éste se ha separado del Dios de la vida. El frío cósmico debe volver a ser fuego, calor de ebullición, fuego ardiente cósmico. *Deum quaerere, invenire, diligere in omnibus rebus et hominibus*;³⁹. 'Nada ocurre porque sí, todo viene de la bondad de Dios. Y lo que él quiere y lo que hace, es para salud y bien eternos' (Dicho alemán).

Miramos una vez más la imagen del Señor. ¿Cómo nos expresa él en particular esta dependencia del Padre?". (Auténtica Libertad, 2, p.10).

La imagen del hombre debe orientarse por el plan de Dios

Texto 62

La segunda línea conduce hacia arriba, a Dios. Toda imagen del hombre debe orientarse por el plan y la idea de Dios. Dios es y permanece en todo, la medida de las cosas, ya sea que se dé a conocer por revelación sobrenatural o por impulsos interiores, ya sea por la estructura de ser de los hombres y de las cosas o por la historia. Si se le desconoce y se le desestima, la consecuencia es la idolatría. Quien no se inclina ante Dios, adora a un ídolo hecho por sí mismo. En esto no importa que el ídolo se llame estado o clase, carne o raza, placer o espíritu, moralidad o actitud social. Es así como la historia se convierte realmente en un comentario universal de la palabra creadora: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gen 1,26)

No debe extrañar que la idea del hombre se desarrolle sólo gradual o progresivamente. La razón de esto es doble: reside en la manera original de ser del hombre y en la inmensa plenitud de vida que entraña en sí misma la idea de hombre. (Oktoberbrief 1949).

3.1.3. Aplicación de este conocimiento

Para poder aplicar este conocimiento de la voluntad del Padre a nuestra vida, es necesario, en primer lugar, desarrollar un profundo espíritu filial frente a él, dejándose guiar, activamente, por él.

Texto 63

Una fe en la Providencia, auténtica y probada, espiritualmente creadora, se adecúa y se concatena cuidadosamente al plan divino y a la Omnipotencia divina y, por eso, se mantiene distante de cualquier activismo histórico que pretenda realizar solamente planes contruidos arbitrariamente; pero también se aleja del pasivismo histórico que, por quietismo, con las manos cruzadas, deja correr todo fatalmente. (Schlüssel zum Verständnis Schönstatts)

Seguir el plan de Dios implica un riesgo

Esta actitud nos va a obligar a vencer nuestra inseguridad y a exponernos al riesgo. Llevar a cabo los planes de la Providencia no puede soslayar el salto mortal que esto significa.

Texto 64

¿Qué es para nosotros la fe en la Providencia? Es una renuncia a la seguridad humana y una confiada entrega a la conducción de un Padre Dios sabio, bondadoso y todopoderoso. Dos aspectos que siempre deben ser ponderados y profundizados.

En primer lugar, *renunciar a la seguridad*. Ya lo destacamos una vez: donde está activa la fe en la Providencia, allí -humanamente hablando- no vale el cálculo. Se puede ver que la fe en la Providencia presupone siempre la oscuridad. De lo contrario, no hablamos de fe en la Providencia, sino de conocimiento, de certeza. Cuando queremos averiguar el deseo de Dios en la vida, en la vida del mundo, en nuestra propia vida, el cálculo, humanamente hablando, nunca funciona. Esto hay que tenerlo doblemente presente, ya que vivimos en una época en que todo ha sido tirado por la borda y en la cual la división de los espíritus ha llegado extraordinariamente lejos. Por una parte, se quiere acabar con Dios, no sólo con su conducción. Sería posible reconocer a Dios, aunque ya no gobernara sobre nada; pensemos en el deísmo...; pero no; no sólo se quiere prescindir de la conducción de Dios, sino de la persona misma de Dios: ya no existe ningún Dios. Se ha dejado de lado la luz de la fe, la luz de la fe en la Providencia. Creo poder decir que con esto se ha dejado de lado el último vestigio y una expresión máxima de la fe teológica.

Y, por otra parte, *entrar en la oscuridad*. Nunca deberían decir: “Más allá no me atrevo a ir” cuando, por ejemplo, en las deliberaciones no desaparece la cuota de oscuridad de las decisiones. Por el contrario, hay que decir: “Ahora es cuando empieza a ser eficaz la verdadera fe en la Providencia”. No en vano hemos utilizado a menudo esta expresión repitiéndola innumerables veces: la fe en la Providencia exige siempre saltos mortales. Saltos mortales para la inteligencia, porque el cálculo nunca vale. Siempre puedo encontrar algún pro y algún contra. Saltos mortales para la voluntad, puesto que el entendimiento ya

no posee ninguna seguridad reflexiva, terrena, humana. La voluntad debe impulsar; y éste, a menudo, debe ser un impulso bastante heroico, un salto mortal para la voluntad, sobre todo cuando nuestro Padre Dios, con su conducción y sus designios, nos pone frente a grandes exigencias.

Y donde se requiere un salto mortal tanto para la inteligencia como para la voluntad, hay que considerar, naturalmente, también el salto mortal del corazón. Aun cuando seamos varones, nunca debemos desatender esto: en la práctica, la mayoría de las veces es el corazón el que decide. ¡Cuántas veces lo hemos repetido en la historia de nuestra Familia: lo que queremos subconscientemente es, en el fondo, lo que desea el corazón! Lo que queremos subconscientemente, no lo que queremos en forma consciente, es lo que hacemos, por lo general.

Por tanto, el providencialismo exige, consecuentemente, una renuncia consciente a la seguridad humana y, por otra parte, exige también, en forma muy perentoria y clara, ponerse por entero, incondicionalmente, en manos de la conducción divina. Y esa conducción siempre es oscura, siempre seguirá siendo oscura. (Vorträge, 1962)

Es propio de un hijo de la Providencia el acostumbrarse a prescindir de la seguridad interior, fundada en sí misma, autónoma. Por un lado, debemos renunciar a seguridades humanas y, por el otro, exponernos a ciegas a la conducción de Dios, a saber, a una conducción que adoramos como a la sabiduría, a la bondad y a la omnipotencia personificadas. (Vorträge, 1962)

Debemos entregarnos por entero en manos de la Providencia

San Francisco de Sales, en una confesión personal, ha reconocido cómo, siendo hombre maduro, llegó a abandonarse por completo en la Providencia de Dios, y cómo esta entrega le dio paz y seguridad. El P. Kentenich hizo suyas estas palabras en un estudio que escribió en Milwaukee, en medio de grandes tribulaciones:

Texto 65

La Divina Providencia, que nos ha guiado hasta ahora victoriosamente a través de todos los escollos, pese al fragor de la tempestad y al oleaje borrascoso, lo hará también en el futuro, siempre que permanezcamos fieles. Con Francisco de Sales nos atrevemos a confesar: “El Señor me ha enseñado desde mi juventud a confiar en la Providencia, y si tuviera que venir de nuevo al mundo, me dejaría conducir de antemano, aun en las cosas más insignificantes, por esa Providencia Divina, con la simplicidad de un niño y con desprecio por toda sagacidad humana. Para mi alma, entregada por entero a Dios, es un verdadero placer caminar a ojos cerrados hacia donde quiera llevarme la Providencia de Dios. Sus designios son inescrutables, pero siempre maravillosos y amables para los que confían en ella... Dios no actúa con nosotros en forma prodigiosa, de un modo que puedan captar los sentidos; no envía a un ángel del cielo para proclamar su voluntad; mucho menos aún son necesarias en esto las revelaciones privadas. El nos conduce -excepto en casos realmente extraordinarios- siguiendo el curso ordinario de su Providencia... ¡Qué importa si Dios nos habla en medio de espinas o de flores fragantes!... Felices todos aquellos que, con todo su corazón,

caminan según la voluntad de Dios... Felices los obedientes, pues Dios nunca permitirá que incurran en error...

Es cierto que se necesita una gran confianza para abandonarse incondicionalmente a la Divina Providencia, pero si dejamos completamente nuestro yo y nos arrojamos en los brazos de Dios, el Señor se hace cargo de todo en beneficio nuestro y se preocupa admirablemente de nosotros. Ahora, si guardamos aunque sea un poco de reserva y ponemos alguna restricción a nuestra fe, entonces el Señor nos deja solos, como si quisiera decirnos: 'Te consideras lo bastante sagaz para hacerlo sin mí; bueno, te dejo en libertad: ya verás hasta dónde puedes llegar'. Podrá el cielo armarse contra mí, podrán los elementos de la tierra alzarse en mi contra, podrá todo el mundo declararme la guerra... yo no temo nada. Me basta saber que Dios está conmigo y que está con su gracia dentro de mí... Confiar en Dios, en la dulce paz del consuelo, eso puede hacerlo cualquiera; pero confiar en él con una entrega sin límites, aun en la inclemencia del tiempo y en la tempestad, eso pueden hacerlo sólo los que tienen su Espíritu. Pues bien, esto es justamente lo que la divina Majestad pide de ti". (Gedanken zur juristischen Bindung der Marienschwestern).

3.1.4. Rol activo del hombre

Sólo una cosa más habría que decir para caracterizar la Divina Providencia: el Dios eterno no lleva a cabo sus planes directamente por sí mismo, sino más bien deja que se realicen a través de sus criaturas. La teología, desde santo Tomás de Aquino, ha sintetizado este hecho en la siguiente frase clásica: "*Deus operatur per causas secundas*" 40.

Con esto se excluye un doble error. Es falsa la concepción, según la cual Dios es el único actor en el acontecer del mundo, correspondiéndole al hombre sólo un papel pasivo; sin que él lo sepa ni lo note, estaría siendo manipulado por Dios, movido y dirigido como una marioneta que no tiene nada que pensar ni que decir.

Ciertamente, Dios podría actuar solo. Pero no lo quiere así. Por un profundo respeto a la libertad de sus criaturas espirituales, nos quiere como instrumentos. Nos quiere a nosotros y nuestra decidida colaboración. Así lo hemos sostenido y proclamado siempre. De ahí nuestro lema: "Nada sin ti, Dios trino, pero tampoco nada sin nosotros".

Igualmente falsa es la otra concepción. El hombre es el único actor en el acontecer mundial; sólo él puede determinar su propio destino y el curso de la historia del mundo. No existe ningún Dios que, en último término, tenga todo el acontecer bajo sus riendas. Precisamente hoy, es grande el peligro de que esta concepción se extienda más y más. El P. Kantenich la caracterizó así:

Texto 66

"Si tomamos la relación fundamental entre la causa primera y la causa segunda como señal característica del tiempo actual, casi tendríamos que decir: éste es *el* problema del tiempo...: el cómo deben ser unidas la causa primera con la causa segunda. Ustedes no pueden pasar por alto que el mundo, la creación como tal, tiene hoy, hasta cierto punto, como cocreador al ser humano. El es cocreador y lo es más fuertemente que nunca. Sí, cuán rápido podemos llegar a la conclusión: si eres cocreador en la creación, mañana

sencillamente serás creador. Hoy día podemos observar al mundo, explicarnos los sucesos históricos sin un Dios viviente... y menos aún necesitamos para esto a un Dios Trino". (Exerzitionen für die Schönstatt-Patres, 1966)

Ni "activista" ni "pasivista"

El P. Kentenich ilustra la doctrina católica, rechazando fuertemente a los "activistas" y "pasivistas" de la historia. Esta doctrina ve la colaboración y su efecto entre la obra libre de Dios y la cooperación libre del ser humano. En sus escritos y cursos destacó claramente tanto el hecho como la forma de esta cooperación y sacó las conclusiones que se dan para el comportamiento práctico frente a la Divina Providencia.

Activistas de la historia

Texto 67

Los activistas son "a-históricos". Su genealogía comienza con ellos mismos. No reconocen a un Dios que haya diseñado un plan inalterable del mundo, que con seguridad soberana tenga en sus manos las riendas del acontecer mundial y que, seguro de la victoria, tienda hacia una meta inequívoca. No ven en la historia del mundo "un estar el uno en el otro", una conexión interna, un desarrollo orgánico de una idea divina, grande y homogénea, sino que ven solamente un "uno tras el otro", una sucesión mecánica, sin nexo interior.. Por eso, para ellos la historia no es -como para Cicerón- maestra de la vida y testimonio elocuente de la experimentada sabiduría de los ancianos. Tampoco es un impulso vital, probado e inagotable, hacia el esfuerzo magnánimo y hacia la acción vencedora, como lo es para Nietzsche, quien declara: "necesitamos la historia para la vida y para la acción y no como un cómodo rechazo de la vida y de la acción, ni tampoco para disimular una vida egoísta y una acción cobarde y malvada". Mucho menos aún leen en ella como en un libro divino de lectura y de vida, sumamente rico en contenido y enseñanza. Por eso, no consultan en sus planes para el futuro ni el ayer ni el anteayer, como lo hizo el político húngaro, Ladislao Szalay, después de la gran derrota de su nación en 1849; quien quiso entresacar del estudio de la historia de su nación si ésta tenía un futuro. Por el contrario, intencionadamente cortan todos los hilos de esa índole. Caprichosamente se esculpen una imagen del futuro, según las necesidades de su corazón, según los ensueños de una fantasía desenfrenada y según las construcciones de un intelecto extraviadamente dirigido. Se orientan invariablemente por el eco de sus propios sueños absurdos y sin sentido, los que gritan al caos del tiempo actual para captar su resonancia y para usarla como calmante para sí y como medio de propaganda para las masas. Repiten con el Prometeo de Goethe: "Aquí he de sentarme y formar hombres a imagen mía". Trabajan con crueldad despiadada y con fanatismo inexorable en la realización de su visión del futuro. Lo hacen explotando los medios técnicos masivos, insospechados y utilizando el arte, sutilmente ideado, de la agitación y de la propaganda cautivadoras.

Unos tienen su sede en el Este. Ellos niegan por principio el sentido trascendente e inmanente de la historia, querido y dirigido por Dios. Para ellos, ésta no es más que un embrollo insoluble de violencia caprichosa y egoísta de los príncipes, del capitalismo y de la burguesía, que debe ser sustituido por el dominio coercitivo del proletariado. En ellos,

los poderes más oscuros de la historia han encontrado obsecuentes y dóciles discípulos y cómplices, instrumentos y profetas, confesores y mártires.

Otros viven en Occidente. Sus antepasados han edificado, en su tiempo, su república en un vacío histórico. En ello, han sido apadrinados por una gran seriedad ética. Por eso, la generación dirigente actual no busca extirpar brutalmente de raíz el cristianismo, pero cree poder ordenar Europa y todo el mundo sin un esmerado estudio y una interpretación creyente del libro de la historia universal escrito por Dios.

Pasivistas de la historia

Los pasivistas son los parásitos sibaritas o literatos de la historia mundial que no se comprometen. Se dejan impeler, sin resistencia, por sus altos y bajos. No tienen ni ánimo ni fuerza para influir sobre su curso. Sin pensar viven al día, ya riendo, ya llorando, según lo determinen las circunstancias. O se ensartan en la red de una historia del pensamiento llena de fantasía, como Chamberlain o Spengler. En ambos casos, no comprenden el lenguaje de Dios en el tiempo y esquivan una respuesta inequívocamente clara y comprometedora. Para ellos, es el vigoroso grito de alarma que José Goerres, en 1815, lanzara en el "*Rheinische Merkur*" a los gobiernos y a los pueblos. Ocurría esto cuando el desgoznado Congreso de Viena desperdiciaba su tiempo con regateos y discursos interminables y Napoleón aprovechaba la oportunidad para regresar de su exilio en Elba y retomar su viejo juego durante 100 días. Goerres escribió:

"Vosotros, potentados, dejaos instar por la salud de vuestros pueblos para que comprendáis por fin el tiempo en su profundidad y para no seguir prestando oído al consejo superficial de los débiles. Comprended que un nuevo espíritu debe ser movilizado contra el nuevo peligro (de la indiferencia opaca y de la desesperación), pero que todas las palabras resultan completamente impotentes para ello y sólo pueden despertar acciones de renuncia y de justicia... Si vosotros queréis volver a hacer las cosas a medias, con voluntad mediocre, tímida, temerosa, entonces nadie será capaz de ver el fin de la miseria, ni tampoco habrá una conciencia suficientemente amplia para asumir la responsabilidad de la omisión..."

Los pasivistas son adictos al historismo, cuyo principal representante moderno es Dilthey y -entre sus seguidores- la teología protestante liberal, encabezada por Harnack y Troeltsch. Ellos ven, en las estructuras históricas y también en el cristianismo, como en todas las demás religiones, solamente el "uno tras el otro" que se sustituyen naturalmente.

Todos los acontecimientos y todas las épocas tienen valor idéntico, pero sólo transitorio y, por lo tanto, relativo. Todos juegan un papel hasta ser sustituidos por otras instituciones a las que, por otra parte, les espera la misma suerte. Así, su sentido consiste solamente en darse lugar unas a otras.

Esto recuerda un acontecimiento en la vida de un hombre de prestigio, el historiador Mommsen. Lo habían nombrado vicescanciller de la orden alemana más noble. Por escrupulosidad y conciencia de responsabilidad, preguntó al canciller por sus deberes. Recibió esta respuesta: "no tiene otra cosa que hacer más que esperar que yo muera entonces, usted será canciller".

Creadores de historia

Completamente diferente piensa el concepto teísta creador de la historia. Según él, la historia mundial es comparable a un gran río, cuya fuente y desembocadura están situadas en el corazón de Dios; cuyo flujo y reflujo, cuyo lecho, dirección y meta están ordenados y dirigidos por Dios según un plan sabio, de tal manera que sus olas y ondas no se empujan mecánicamente unas tras las otras, sino que están interiormente unidas unas con otras, se favorecen y se reclaman entre sí, se condicionan y se deducen unas a otras, como causa y efecto.

El hoy nace del ayer y gesta el mañana en su seno fecundo. En el hoy, conviven los dos, pasado y futuro a la vez, aunque en forma diferente. El pasado en sus consecuencias; o como *rudis indigestaque moles* como el bullir y rumor de fuerzas antagónicas que no han llegado aún a la tranquilidad, o como *tranquillitas ordinis*, serena medida y orden tranquilo y tranquilizante; el futuro, como germen capaz de desarrollo, como fruto y flor en la semilla. Como el hoy cumple el sentido del ayer y del anteayer, así da dirección, meta y contenido al mañana y al pasado mañana.

El hoy, como fuente de conocimiento del deseo y de la voluntad de Dios respecto del mañana es, en la estimación del Salvador, tan trascendental que presupone, sin más ni más, que sus seguidores usen constantemente de esa fuente de conocimiento y, con una acotación llena de reproches, expresa la falta de sentido por la historia y el arte atrofiado de interpretar la vida. "Sabéis interpretar las señales del cielo, pero no las del tiempo". Sólo en la escuela de la fe práctica en la Divina Providencia se puede aprender este arte. Es accesible a todos. Enseña a ver hasta el fondo de todos los acontecimientos para descubrir las fuerzas creadoras y destructoras del acontecer mundial, ponerlas al descubierto e interpretar acertadamente -partiendo de su tipo y dirección- el deseo y la voluntad de Dios para el mañana.

Da ánimo y fuerza para aliarse con las fuerzas constructoras y para combatir las fuerzas destructoras y así intervenir, creadoramente, en la historia. Las fuerzas principales que repercuten en el acontecer mundial son Dios y Satanás. Ambos están enfrentados en eterno antagonismo. Ambos son las grandes potencias que se hostilizan en contienda implacable, que buscan aliados entre los hombres y que dividen así el mundo en dos bandos: en la *civitas Dei* ⁴¹ y la *civitas terrena et diabólica* ⁴². Así, el tema de la historia mundial es y permanece siempre el mismo. Se modifica en variaciones que mil veces se repiten: es la lucha de la fe y de la incredulidad; la contienda entre Cristo y el Anticristo; la polémica entre Dios y el Diablo y sus seguidores.

Dios y el reino de Dios conquistan, finalmente, a pesar de todas las crisis y reveses, una victoria completa y gloriosa sobre Satanás y su reino. Con esto, la historia pierde su carácter mezquino de una riña y rencilla que se esfuma en la niebla. Logra línea, contenido y forma, que atraviesan todas las fases y etapas y las une entre sí, comenzando con la primera caída hasta el juicio universal.

Requisitos para los creadores de historia

La tarea histórica de los hombres creadores de historia se hace, con esto, inequívocamente clara. Se ponen a la disposición de Dios sin reservas y con audacia, como lo hizo en su tiempo san Miguel, para librar las luchas de Dios aquí y ahora, para erigir su reino por todos los medios y para vencer al Demonio y a su reino en su forma concreta del tiempo actual.

Nadie que no haya luchado como Jacob victoriosamente con Dios; nadie que no haya arriesgado el salto mortal del intelecto, de la voluntad y del corazón, y con ello no se haya desprendido de sí mismo y se haya entregado sin reservas a Dios y a sus deseos, podrá intervenir en esta lucha gigante en forma creadora y dirigente. (Oktoberbrief, 1949)

Texto 68

"Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía vencer, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: 'Suéltame, que ha rayado el alba'. Jacob respondió: 'No te suelto hasta que no me hayas bendecido'. Dijo el otro: '¿Cuál es tu nombre? Jacob. En adelante, no te llamarás Jacob, sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y a los hombres les podrás'. Jacob le preguntó: 'Dime, por favor, tu nombre. ¿Para qué preguntas por mi nombre?'. Y le bendijo allí mismo. Jacob llamó a aquel lugar Penuel, pues (se dijo): 'He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva'. El sol salió así que hubo pasado Penuel, pero él cojeaba del muslo". (Gén. 32, 25-32).

Así como Dios se lanzó sobre Jacob con todo su peso, así pesa él, con esa incomprendibilidad inescrutable con que se envuelve, hoy, en su andar por el tiempo, sobre hombres limitados, sobre cañas pensantes, pero vacilantes, como dice Pascal. Así como Jacob luchó durante toda la noche con Dios hasta el temprano amanecer, así todo luchador de Dios, que sea creador, debe caminar por la noche oscura de la incertidumbre e inseguridad espirituales, a causa del misterioso y enigmático sentido y finalidad de los acontecimientos actuales y de las dificultades. Debe abrirse paso a través de debilidades morales, de impotencias, de abulia religiosa, hasta alcanzar luz, claridad espiritual, profundidad religiosa y fuerza moral. Debe luchar con Dios hasta que el Omnisciente, el Omnibondadoso le revele su rostro, hasta que lo bendiga con la bendición del conocimiento, de la certidumbre, de la audacia y de la victoriosidad. (Oktoberbrief 1949, I, S.11-18)

(Ver también en este punto el texto 36)

Según el concepto católico, todo ser humano, alguna vez en su vida, es llamado a realizar una contribución irremplazable y única para el despliegue de su propia personalidad, como también para el desarrollo del mundo y de la Iglesia. De manera especial, según el concepto del P. Kentenich, se pide una cooperación activa y creadora a las personas que tienen una tarea educativa y de guías, y que en virtud de su función sean corresponsables por la vida de otros seres humanos y por el desarrollo de la Iglesia y del mundo entero.

Texto 69

El educador católico no puede quedar satisfecho con dejar solo a Dios en la formación del nuevo orden del mundo. El está llamado a ser colaborador en esta gran obra; no es un pesimista ni alguien que está en las nubes. Por esto no se puede identificar con el concepto que representó Niemöller en la conferencia mundial de Iglesias. En la reunión pública del 26.8.48, el orador expresó: "No sabemos cómo vencer las presentes dificultades, hasta dudamos si se pueden vencer. Esta duda incluso va más allá: Ya podemos hablar de una edad postcristiana, en la cual nos encontramos y vemos acercarse el hundimiento de la Iglesia cristiana misma... Como cristianos, somos solidarios con toda la humanidad en el desconcierto. No somos nosotros los que podemos inspirarle nueva vida a un mundo que se está desmoronando. No deberíamos entregarnos más a ilusiones. Este nihilismo, como enfermedad terminal, está presente hoy día en forma eficaz. No tenemos remedio alguno para detenerlo, porque no disponemos ni de las posibilidades de poner orden en este mundo caótico ni podemos restablecer la ultrajada dignidad del ser humano".

En relación a esto, nos atenemos a la ley formulada por san Agustín: "Dios creó el mundo sin nosotros. Sin embargo, no lo quiere salvar sin nosotros". Esto significa: Dios exige también en el reordenamiento del mundo actual, nuestra cooperación preclara y vigorosa. (Studie 1949)

Texto 70

Más adelante, cuando las cosas en Dachau se pusieron mucho peores, cuando humanamente considerado, hubiera sido aconsejable quedarse sentado en las últimas filas y consolarse a sí mismo, diciendo: "filialidad" y apelando a las virtudes pasivas, yo me daba siempre la misma respuesta dogmática: 'No, no, la cosa no es así, la verdadera piedad incluye también las virtudes cardinales'. Y, entre éstas, hay una que se llama fortaleza, es decir, audacia, tenacidad, valor. Por eso no basta que tú aprendas a sufrir y soportar. Así como antes te dijiste 'no, no voy a seguir pegando bolsitas de papel', así también ahora tienes que buscar caminos que hagan posible el cumplimiento de tu misión en este lugar y en esta situación.

En las circunstancias en que me encontraba, humanamente hablando, eso era mucho más difícil. Era mucho más fácil decirse 'ésta es la voluntad de Dios, por eso quédate tranquilo'. Se hace doblemente difícil tomar la iniciativa sabiendo que tan pronto como alguien descuella en algo sobre la comunidad o se sale de lo acostumbrado, corre peligro de recibir un golpe en la cabeza. Ponte en fila, se le dice; haz lo que hacen los demás; tienes que seguir en la masa. En verdad, tratar de alcanzar un fin original dentro de la masa es mucho más difícil que agacharse y decir amén a todo lo que acontece. (Desiderio Desideravi 5)

"La cosa es actuar". Esta frase la repitió muchas veces el P. Kentenich en sus conferencias. "El Señor mismo nos ha inculcado estas palabras: 'No aquel que me dice ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino aquél que cumple la voluntad de mi Padre' . (Mt 7,21). No basta con escudriñar los planes de Dios; es aún más importante llevarlos a cabo.

Cuando se trata de la realización de los planes divinos, el P. Kentenich pone el acento, sobre todo, en la entrega total a la voluntad de Dios. Una y otra vez habla de un abandono total, radical y sin condiciones ni reservas a la conducción de Dios. Ve este abandono total,

fundamentado y exigido desde tres puntos: de parte de Dios, de parte del hombre y de parte del mundo.

De parte de Dios, porque él, en su amor, nos ha regalado todo lo que poseemos. Por eso, debemos devolverle todo con amor. Después de haber ofrecido Cristo su vida por nosotros, es justo que también nosotros ofrezcamos nuestra vida por él. Se exige de parte del hombre la entrega total porque el hombre, como ser espiritual e imagen de Dios, está destinado a una entrega amorosa a un tú infinito. Por eso no queda realizado mientras no se entregue totalmente a él por amor.

Texto 71

Una vez, el Señor expresó esta ley a su manera: "El que pierda su vida, la hallará". Así, pues, el que regale su corazón, se lo ganará y ganará toda la originalidad de su personalidad. "Pero el que procure salvar su vida la perderá" (Mt 10,39). Cuando yo, en mi entrega, reservo algo para mí, debo temer que me quede para siempre como una caricatura, que no realice nunca el ideal que Dios planificó para mí en mi creación, que entregue distorsionado el ideal que Dios quería ver realizado por mí. (Ansprache an die Schönstattfamilie, 11.9.1966).

3.1.5. Fe en la Divina Providencia e historia

El hombre de la fe en la Divina Providencia es un forjador de historia, porque Dios va guiando la historia a través de causas segundas libres. Para el P. Kentenich, la historia es uno de los lugares importantes donde encontramos el actuar de Dios; por eso, siempre está insistiendo en que debemos saber leer e interpretar la historia.

Texto 72

Pablo, en su primera Carta a los Corintios, se traslada a la etapa final del acontecer del mundo. ¿Cuál es el sentido de este acontecer, de la historia mundial? Para él, la historia del mundo es siempre historia de la salvación. ¿Cuál es la última etapa? "Entonces será Dios todo en todo" (1Cor 15,28) y todo para todos. ¿Comprenden ustedes lo que esto significa? ¿Qué será Dios, cuando sea, en forma perfecta, el fin del acontecer del mundo? ¡Todo en todo, todo para todos! ¿Y qué significa 'todo en todo'? Ya se trate de cosas, objetos, acontecimientos, seres humanos, Dios será entonces todo en todo y todo para todos. ¿Qué hay que hacer notar, por lo tanto? ¿Cuál es el sentido de mi vida? Preocuparme de que este plan común de salvación se realice lo más perfectamente posible... Ahora se trata de que este Dios -que será, un día, al final de los tiempos, todo en todo y todo para todos- lo sea hoy mismo. (Ansprache, 18.3.1967).

Cada hombre es fruto de una idea de Dios

La vida de cada hombre en particular es asumida y entrelazada en la historia de la humanidad. La historia de vida de cada uno no puede, entonces, ser comprendida sin el conocimiento de toda la historia de salvación, desde el comienzo al fin. El P. Kentenich compara la historia de vida de cada uno con una hoja de un grueso libro de historia. Lo que se encuentra en cualquier página de este libro, sólo puede ser comprendido y bien

interpretado si se conocen las otras páginas del libro, especialmente las inmediatamente anteriores y posteriores. Así, el sentido de la vida de cada hombre sólo puede ser comprendido, en último término, en el marco y en el contexto de toda la historia de la humanidad.

Texto 73

Todo lleva a preguntarse e investigar sobre el sentido de la historia mundial. Esto sucede más explícitamente allí donde ella ha impuesto pesadas cargas sobre débiles hombros y donde el pensar natural sólo percibe absurdos. Estamos con ambos pies sobre la tierra de la revelación; representamos y defendemos la visión teísta de la vida y de la historia. Para nosotros, la fe en la Providencia se ha hecho nuestra cosmovisión. Por eso, seguimos de preferencia su lógica y la aplicamos prácticamente a la vida y a la historia. También esta vez queremos hacerlo. Por falta de tiempo, dejamos de lado intentos diferentes de solución, por tentadores que sean sus argumentos, por instructiva que sea su comparación con la profundización de los sucesos del tiempo a la luz de la fe práctica en la Divina Providencia.

La concepción teísta se puede reducir muy simplemente a la fórmula: el sentido de la historia universal es el desarrollo planificado y progresivo de la idea de Dios sobre el hombre.

Ella misma y su realización es divina según su origen, según su contenido y según su finalidad.

Esto quiere decir, por lo pronto, que la omnipotencia, la sabiduría y el amor de Dios han ideado todo. El dispone y dirige todo acontecer de tal manera que sirva, en todos sus detalles, para su realización. Por consiguiente, con razón se puede llamar a la historia mundial: el comentario más excelente sobre la idea divina del hombre, que tiene en cuenta perfectamente su plenitud y su riqueza.

Dante, delante del portón del infierno, hace ver al espíritu escudriñador la expresiva inscripción: *Facime la divina Potestate, la somma Sapienza e il primo Amore.*⁴³ Las mismas palabras están escritas sobre la idea del hombre, sobre cada vida humana concreta y sobre cada destino humano individual, ya se trate de los pormenores más pequeños, ya de su estructura total. Todos los acontecimientos -sin excepción- llevan este triple sello sobre la frente. Dios es el tenista magistral que sabe atajar y dirigir, metódicamente, hacia la meta prevista desde la eternidad, todas las pelotas, cualquiera que sea el ser inmediato que las arroje y por muy inhábilmente que lo haya hecho.

Sentido del acontecer mundial

La semejanza natural nos hace ver al hombre como obra maestra de Dios en el orden de la creación. La semejanza sobrenatural nos muestra el esplendor del orden de la gracia, en cuanto ha asumido una forma concreta en la Redención por Cristo y en la santificación y unificación por el Espíritu Santo.

Desde este punto de vista, se debe señalar, como sentido del acontecer mundial, el desarrollo planificado y gradual del hacerse hombre, cristificarse e incorporarse como

miembro del organismo del reino de Dios. Si se entiende el hacerse hombre y cristificarse como un solo todo en el orden de la naturaleza y de la gracia, entonces entendemos por esto, simplemente, la imagen cristiana del hombre y por incorporación como miembro, la inclusión, el tener "carta de ciudadanía" en el Reino de Dios o la imagen divinizada de la comunidad. Según esto, el sentido del acontecer mundial es *el desarrollo planificado y gradual de la imagen cristiana del hombre y de la comunidad*.

Si uno quiere preservar su intelecto de arranques heréticos y su corazón y su voluntad de arranques revolucionarios, debe mantener denodadamente dos líneas y orientarse por ellas. Una conduce hacia atrás, al pasado; la otra, hacia arriba, a lo alto, hacia Dios. Si la historia es comparable a un río, nunca deberá separarse el presente del pasado, así como no debe tampoco separarse el fruto del tallo y de la raíz. El pasado permanece como un factor formador de historia, aun cuando el presente y el futuro quieran desentenderse de él.

Esto ocurre con la imagen del hombre en Oriente y en Occidente, que hoy hacen principalmente la historia. Ellos niegan simplemente la relación interior con el pasado y por esto, caen, en conjunto, en la desorientación.

La segunda línea conduce hacia arriba, hacia Dios. Toda imagen del hombre debe orientarse por el plan y la idea de Dios. Dios es y sigue siendo en todo la medida de las cosas, ya sea que se dé a conocer por revelación sobrenatural o por impulsos interiores, ya sea por la estructura de ser de los hombres y de las cosas o por la historia. Si se desconoce y se desestima esta medida, la consecuencia es la idolatría. Quien no se inclina ante Dios, adora a un ídolo hecho por sí mismo. En esto no importa que el ídolo se llame estado o clase, carne o raza, placer o espíritu, moralidad o actitud social. Así la historia llega a hacerse realmente un comentario universal de la palabra creadora: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gen 1,26)

No debe extrañar que la idea del hombre se desarrolle sólo gradual o progresivamente. La razón de esto es doble; una reside en la manera original de ser del hombre, la otra, en la inmensa plenitud de vida que entraña en sí misma la idea del hombre.

La forma de existencia de Dios es la eternidad: Dios es siempre y en todas partes, simultáneamente, totalmente y en plenitud lo que es y cómo es. No conoce sucesión, sino solamente una única y gran simultaneidad. Por eso él se llama simplemente: "Lo existente"; "yo soy el que soy"(Ex.3,14). El filósofo define la eternidad como *Interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*,⁴⁴. La forma de existencia del hombre es el tiempo, la sucesión histórica en el desarrollo de los gérmenes que yacen en el fundamento del ser y de la perfección. El tiempo no es el lecho vacío de un río que recoge las aguas de los acontecimientos. No es un hilo vacío en el cual se podrían enhebrar vivencias caprichosas; es nada más que aquella sucesión histórica. Si la Sagrada Escritura pone tanto énfasis en la mención del tiempo en el Génesis: "En el principio Dios creó cielo y tierra... y era noche y mañana..." (Gen 1,1; 1,4), quiere señalar con insistencia este desarrollo y progreso graduales en el hombre y a través del hombre. Lo que expresa así, a través de hechos, nos lo inculca de nuevo, especialmente en el mandato de la creación: "Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla" (Gen 1,28). ¡Creced! Desarrollad en vosotros todas las potencias en germen, en sucesión histórica hasta la maduración y perfección plenas y el

equilibrio armónico. ¡Multiplicaos y llenad la tierra! Tomad posesión de toda la tierra por multiplicación constante del género humano. ¡Sometedla a vosotros! Ejerced vuestro derecho de dominio sobre todas las fuerzas de la naturaleza y sujetadlas a vuestro servicio por la técnica y por la industria, por la agricultura y por la ganadería. Pero preocupaos también, simultáneamente, de no haceros esclavos de la creatura inanimada.

Esta forma de ser original conoce por eso, de manera especial, una sucesión histórica, porque la idea de "ser hombre" está cargada de contenido hasta rebosar. No sin razón se llama al hombre un microcosmos, un mundo en pequeño. Se dice de él: *est quodammodo omnia...*⁴⁵ Todos los grados de ser creado han encontrado en él un acodo, una materialización: el reino mineral, el reino vegetal y animal y el mundo de los ángeles. Al inclinarse cada grado inferior de ser ante el grado superior, participa en su perfección.

La imagen del hombre que bosqueja la historia es comparable a un voluminoso libro de láminas. La mayoría de los hombres ve y entiende solamente la única página que representan ellos mismos o sus contemporáneos. A lo sumo podría serles accesible aún la hoja precedente. Solamente a pocos les es dado hojear y comprender todo el libro de láminas; no sólo la representación contemporánea, sino también las anteriores de todos los siglos; a pocos les es dado precaverse así de la unilateralidad y de la absolutización de imágenes aisladas predilectas e inclinarse humildemente ante la infinita plenitud de vida de Dios y ante la ilimitada diversidad de la posibilidad de imitarlo.

El sentido de la historia

Así, el sentido de la historia se torna preparación, continuación, perfeccionamiento y culminación de la historia de vida de Cristo con miras a una perfecta unión de amor con el Padre.

El tiempo anterior a él es la preparación a su advenimiento que ha sido anunciado con suficiente claridad en el Protoevangelio. El tiempo posterior a él es la repetición misteriosa de las distintas fases de su vida, ya sea en individuos determinados como en generaciones enteras. Ya es el Cristo filial que predomina sobre el individuo y sobre el tiempo y confiere a ambos su sello; ya es el Cristo luchador. Aquí se repite en forma visible el drama del Viernes Santo; allá, el júbilo del día de Pascua. Cuando el primer hombre franqueó el Paraíso para ir al destierro, con la nostalgia del paraíso perdido en su corazón, se le asoció Cristo en el Protoevangelio para, en su descendencia, no abandonarlo nunca más. Como *Logos spermaticos*⁴⁶ acompaña a los paganos y, velado misteriosamente, acompaña a los cristianos. Aquí prepara Adviento o Navidad, aunque sólo vayan pocos a adorarle, aunque sólo pocos estén dispuestos a ofrecerle oro, incienso y mirra; allí renueva su vida de Nazaret; lo hace dondequiera que las familias cristianas le permitan la entrada. Predicando y sanando, camina por el mundo en los sacerdotes y laicos. En todas partes, su palabra y su actuar exigen inexorablemente una fuerte división de los espíritus. En forma misteriosa, revive la Semana Santa con todos y en todos los que, como san Pablo, completan en su cuerpo lo que falta aún a los sufrimientos de Cristo; en los que aceptan callados cuando las masas gritan con urgencia impetuosa a los Pilatos de su tiempo: ¡Crucifícale!; en los que no se desploman cuando naturalezas como Judas los traicionan y los venden por treinta monedas de plata. Día a día celebra Pascua aunque encuentra sólo pocos testigos creyentes

de su Resurrección y de su glorificación. A todos los que son asiduos en la oración y en la fracción del pan les envía el Espíritu Santo.

En Cristo se soluciona toda tragedia en la vida y en el acontecer de los tiempos. En Cristo el *mysterium iniquitatis* se transforma en *mysterium gratiae*.⁴⁷ (Oktoberbrief, 1949)

Estamos ante un cambio histórico

Texto 74

Los más inteligentes de todas las naciones sienten, instintivamente, que estamos ante un cambio histórico de importancia secular; que ahora caen los dados que van a decidir de la suerte del mundo para los cuatro o cinco siglos venideros. Todos sienten, sin excepción, que están llamados a colaborar creadoramente en la nueva imagen del mundo, ya sea como arquitectos o maestros de obra o simplemente como obreros. Por eso, en todas partes se pregunta y se investiga ansiosamente el "por qué" y el "de dónde", a fin de lograr claridad sobre el "para qué", el "hacia dónde" y el "cómo". Isaías no conoce un castigo más grande para los pueblos que ser gobernados por niños inmaduros. Hoy parecería -así opinan muchos- que el Señor del mundo hubiera perdido su paz soberana y la seguridad de su gobierno y hubiese caído en la impotencia y desvalimiento; parecería que, sin poderse ayudar, al igual que el auriga que hubiera perdido el manejo de las riendas, ha abandonado el mundo a sí mismo o al capricho de hombres depravados y de fuerzas diabólicas destructoras. ¿Cómo se podría -así dicen- explicar la falta de sentido de crueldades que claman al cielo, la terrible tragedia de incontables hombres y la suerte de tantos pueblos si no fuera así? Hay otros que interpretan estas terribles catástrofes del presente como extraordinarios dolores de parto. También ellos están ante un enigma. Una y otra vez les acosa la pregunta: ¿Cómo será el hijo de tales dolores? ¿Qué rasgos podrá tener la imagen futura del mundo y de la sociedad que surja de esa penosa gestación?. Tales y semejantes preguntas ocupan hoy a casi todos los espíritus y grupos.

Nosotros hemos tratado de dar una respuesta a través de nuestra fe viva y práctica en la Divina Providencia y a través de la visión del futuro que de ella emana. Esta respuesta no es concluyente ni definitiva, pero nos da generalmente una visión clara y una posición firme. Lo hace con creciente seguridad; creciente no sólo porque el Sol del rostro divino - que se ha ocultado detrás de oscuros y espesos nubarrones- se revela con claridad progresiva, sino también porque el magisterio eclesiástico oficial se pronuncia con creciente claridad y manifiesta interpretaciones de la historia como nosotros.

Con esto, protestamos contra todo activismo y pasivismo en la historia y profesamos, sin reserva, el concepto teísta-creador de la historia.

3.2. El Dios de la vida

Nuestra vida es el ámbito en el que Dios actúa. Es en la vida diaria donde él está presente; allí nos habla, nos muestra su voluntad. Por eso, él es el Dios de la vida, que ha impreso su voluntad en nuestra historia, sea la historia personal, comunitaria o mundial, en nuestras condiciones de ser y de vivir.

Es allí también donde nosotros debemos responderle. Nuestro amor filial a Dios se juega en la vida diaria, en la respuesta de cada momento.

Esto tiene como consecuencia el sabernos en manos de Dios, saber que es él quien nos guía, quien nos da una meta y nos conduce hacia ella.

Esto forma parte esencial de la doctrina del P. Kentenich. Veremos en algunos textos cómo lo expresa.

Texto 75

El asunto que nos concierne ahora es dar respuesta a esa pregunta: Qué podemos y debemos hacer para llegar a ser *hijos de la Providencia*. Doy por hecho que hay en nosotros una disposición interior para ello. Recordemos que la gracia del bautismo, la gracia de la filiación, es una realidad. Y si es una realidad, entonces es claro que se nos ha dado, junto con la gracia de la filiación, también la gracia de poder creer en la Divina Providencia y de subordinarnos a ella.

Me gustaría darles por adelantado una disposición general del tema. Por eso afirmo: Para llegar a ser hijo de la Providencia, para llegar a serlo de la manera más perfecta posible, es conveniente que vayamos con frecuencia a la escuela de la dogmática, a la escuela de la historia de la salvación, a la escuela de la historia de nuestra Familia y a la escuela de la historia de nuestra vida personal.

¿Por qué a la *escuela de la dogmática* ? Recordemos aquí la ley fundamental por la cual orientamos todo y por la cual nosotros mismos continuamente tratamos también de guiarnos: *Ordo essendi est ordo agendi*, el orden de ser determina el orden de actuar. Nos sentimos orgullosos y queremos cultivar ese orgullo de que, en un tiempo de tanta confusión y caos, en un tiempo de un espíritu de revolución nunca antes visto, en que todo está revuelto, nosotros retengamos porfiadamente ese principio: *Ordo essendi est ordo agendi*. Dicho de otra manera, *toda nuestra ascética es dogmática aplicada*. Por lo tanto, si nos preguntamos por qué esto o aquello de nuestra ascética, de alguna manera tendríamos siempre que poder decir: dogmática aplicada. Pero si a ustedes se les ocurre ir más lejos y dar una mirada a todo el edificio de Schoenstatt, tendrán que agregar: psicología aplicada, filosofía aplicada, sociología aplicada. Notan ustedes que siempre y en todo nos movemos en un orden de ser, *ordo essendi est ordo agendi*. Esa es la norma por la que queremos orientarnos de la manera más perfecta y hasta en los más pequeños e ínfimos detalles, en cuanto sea humanamente posible.

Por eso, la pregunta: si vamos a la escuela de la dogmática, ¿qué tiene ella que decirnos, ya que al fin y al cabo está basada en la Sagrada Escritura? No esperen que ahora me explaye en una dogmática de la fe en la Divina Providencia. Tal vez lo haremos después o a lo mejor basta con que los motive para que lo hagan ustedes mismos, independientemente. Sólo voy a destacar algunos pensamientos que son oportunos para hacerles comprender mejor la importancia de la visita a las otras tres escuelas y también para motivarlos a visitarlas con frecuencia. Me refiero a las escuelas de la historia de la salvación, de la historia de nuestra Familia y de la historia de nuestra vida personal.

En ellas Dios siempre aparece como *el Dios de la vida*. El Dios de la vida que nos habla a través de la vida, es decir, a través de la historia y espera también una respuesta de vida, no solamente una respuesta intelectual. Con esto tienen ya una visión de las posibles relaciones internas. (Desiderio Desideravi 5.)

Para responder a la Providencia de Dios debemos ser hombres arriesgados

Texto 76

"El hombre creyente en la Providencia (providencialista) es un hombre arriesgado. De todo lo que les he contado -aunque haya sido resumido- habrán podido deducir que detrás de todo lo hecho ha habido siempre cierta audacia. Ya de por sí es audacia leer la voluntad de Dios en tan pequeños detalles. Y es una audacia mayor el realizar esta voluntad. Aquí también tenemos que decir que la esencia de la existencia cristiana presupone tal audacia. Tenemos que educarnos para un actuar arriesgado, ya que debemos contar con situaciones difíciles.

El que no se ejercita en la audacia, aun cuando tenga que oponerse a todo su ambiente, pronto se convertirá en un paria, en un esclavo. San Agustín dice: 'El que depende del rostro del Todopoderoso, no teme el rostro de los poderosos de este mundo'. ¡Un pensamiento profundo! Si dependemos del rostro de Dios y tratamos de asentir a sus deseos en todo y de realizarlos, recibiremos la gracia y la fuerza de servir a Dios en todas las situaciones de la vida, aun cuando nos cueste la vida. Nos enfrentamos realmente a una época que sólo produce esclavos. El hombre actual sólo quisiera tener suficiente para comer y beber. Si lo obtiene, está dispuesto a dar a cambio su derecho de primogenitura, su libertad soberana. Por esto, necesitamos hombres que interpreten y utilicen rectamente este formidable regalo. Debemos pertenecer a este tipo de hombres. Debemos ser hombres de una visión amplia y profunda, hombres audaces.

Pero debemos ser también hombres seguros de la victoria, hombres victoriosos. ¿Por qué razón? Porque el hombre providencialista se mueve en la realidad sobrenatural y se desposa continuamente o, mejor dicho, desposa su debilidad e impotencia personal con la omnipotencia divina. Conocemos la idea del punto arquimédico: 'Dadme un punto de apoyo fuera de la tierra y la sacaré de su eje'. También nosotros tenemos un punto arquimédico; es el terreno de la fe en la Providencia. Si nos quedamos en este terreno no nos será difícil hacer salir de su eje al mundo de la vida enmarañada e impenetrable. Con esto me he adelantado a lo que quería dejarles como fruto de nuestros relatos. La ley de la puerta abierta debe ser nuestra inquietud permanente. Si ésta es la llave con la cual podemos abrir toda la Familia, no queremos partir sin que se nos regale esta llave. Y ésta

nos será regalada si rezamos para ello, si nos esforzamos por dar, con ella, un sentido a nuestra vida". (Ret. B. Schw. p. III, 40).

El Dios que nos habla en la Sagrada Escritura, en la liturgia, nos pone exigencias, especialmente para el tiempo actual.

Texto 77

¿Qué debo aprender de la Santa Misa? Debo aprender a poner mi entendimiento, mi simple entendimiento, mi entendimiento que piensa en forma puramente natural, a la luz de la fe. Dicho más exactamente, en la Eucaristía, en la celebración de la Palabra sale a mi encuentro el Dios de la vida. Se cita la Sagrada Escritura: en las lecturas hablan, por lo general, los apóstoles y, en el Evangelio, los evangelistas; hablan el Antiguo y el Nuevo Testamento. ¿Qué nos dice todo esto? El Dios de la Sagrada Escritura es el Dios de la vida. En todas partes se nos muestra a Dios, no en su trascendencia, sobrepasándolo todo, sino al Dios que tiene siempre en sus manos las riendas de la vida en el acontecer mundial y también las riendas de la vida en el pequeño acontecer de cada historia personal. Así pues, hemos de inclinar el entendimiento ante la luz de la fe, más precisamente, ante la luz de la fe en la Divina Providencia. Pero, ¡el Dios de la vida quiere ser visto a la luz de la fe! Entonces se nos mostrará cómo el Dios vivo no sólo exige que llevemos cargas y las soportemos en silencio; él también nos propone metas en la Sagrada Escritura, metas claras. Estas deben ser conocidas a la luz de la fe en la Divina Providencia y luego logradas enérgicamente, especialmente en el tiempo actual, en el cual el demonio celebra en todas partes su aquelarre y aparentemente sostiene él solo en sus manos las riendas de la historia universal; en el tiempo actual, en el que los instrumentos del poder diabólico están activos al máximo y en el que, no rara vez, los instrumentos en manos de Dios y de la Santísima Virgen sueñan, duermen, no saben qué tareas propone el Dios de la vida para nuestra vida diaria. (Aus dem Glauben Leben 15.)

Dios está por sobre todo: El rige el mundo, aunque parezca que no puede preocuparse de él, o que se le hubiera escurrido de sus manos y hubiera pasado a otras manos más poderosas que las suyas.

Dios es siempre Señor de la historia

Texto 78

No es tal como opina David Strauss, que Dios fue expulsado del cielo por Kepler y se vio obligado a esconderse en un oscuro rincón de la tierra. Ciertamente no es así. Dios está en todas partes: en el cielo, en la tierra y en todo lugar. En él vivimos y somos, en él nos movemos (Hech 17, 28). Seguimos cuidadosamente sus huellas, como la novia en el Cantar de los Cantares, para hallar al Amado en todas partes: No sólo entre los lirios y en los viñedos floridos, sino también en prados poblados por ortigas y en caminos pedregosos (Cant 2,14).

Al mismo tiempo, él camina a grandes pasos como el Señor de la historia: ya sea en el susurrar del viento o en el rugir de la tempestad; ya sea sobre las ruinas de un mundo que se

desmorona o sobre el amanecer de un mundo nuevo. Fuerte y victorioso, mantiene las riendas en su mano. Nadie se las puede arrebatar.

Federico II se engaña cuando adjudica el cetro del gobierno del mundo a lo que frívolamente llama *Sa sacrée Majesté le hazard*, "Su Majestad, el azar". Llenos de fe en la Providencia, sostenemos que, tras aparentes casualidades, absurdos y contrasentidos, se oculta un gran plan de amor, de sabiduría y de omnipotencia que, en todos sus detalles, constituye el itinerario de la vida y el calendario de la historia mundial. Puede ser que a alguien le ocurra lo de Saúl, quien, al salir en busca del asno de su padre, encontró un reino; puede ser que algún otro sea engañado por el demonio, como Crespo, a quien aquél predijo que al empezar una guerra aniquilaría un gran reino, sin especificar, sin embargo, de qué reino se trataba. Alguno podrá encontrarse con inesperadas consecuencias de ridículas pequeñeces, que dan pie a la célebre afirmación de Pascal: "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más larga, la historia del mundo hubiera tomado un curso completamente distinto"; otros podrán referirse a que la humanidad se habría librado de la gran guerra mundial de 1914-1918, si la bala del asesino de Sarajevo se hubiera desviado sólo medio centímetro a la izquierda. Ellos podrán tener razón, pero es erróneo atribuir estos acontecimientos y vivencias a "su majestad, el azar". Todos ellos, sin excepción, están en el Libro del Destino del mundo, que sostiene soberanamente en su mano "Aquél que se sienta en el trono" (Ap 7,10), y que lo entrega al "Cordero que yace ante él como degollado" (Ap 5,6) para su conocimiento y ejecución.

El hombre sólo puede comprender lentamente y a largo plazo los planes de Dios

Claro está que los misteriosos planes de Dios no son inteligibles sin más y en plenitud para los miopes ojos humanos. Ni siquiera posteriormente, cuando ya por largo tiempo pertenecen a la historia, se comprenden en todos sus detalles. Así seguirán siendo, hasta el fin de los tiempos, un acertijo, una madeja que sólo en algo puede ser desenredada. Así se entienden las palabras de Goethe: "¡La historia del mundo tiene que ser escrita de nuevo cada diez años!". Con ello quiere decir que, sólo a la luz de prolongadas épocas, probablemente se harán comprensibles los acontecimientos individuales. Y ¡cuánto más vale esto para todo aquello que se oculta aún en el seno del porvenir! Es oscuro y seguirá siendo oscuro. Sin una gran valentía y mucha luz desde lo alto, es imposible descifrar ciertos textos con alguna seguridad.

La historia del mundo no se debe contemplar -según cree Hegel- como un texto de lógica, en que todo se desarrolla con precisión absoluta de acuerdo con el esquema "tesis, antítesis, síntesis"; tampoco se compara con un reloj de música, que toca puntualmente todas sus piezas cuando se le da cuerda. Esto es el panteísmo, que ve en el acontecer del mundo una autorrealización de Dios, del Absoluto, del Espíritu objetivo. Tal concepción se equipara también a una "cama de Procusto": fuerza los hechos, los moldea arbitrariamente, según concepciones predeterminadas. Es típica, a este respecto, la tesis de doctorado escrita por Hegel. En ella trata de demostrar que existen solamente siete planetas⁴⁸. Pero, en ese momento, él no sabía aún que hacía sólo unos seis meses antes se había descubierto Ceres, un asteroide entre Marte y Júpiter. Le hicieron notar su error. Se le dijo: "¡Esto contradice los hechos!". Y entonces vino la típica respuesta: "Tanto peor para los hechos".

La sabiduría y el amor de Dios nos dejan a veces echar un vistazo a sus planes para el futuro. Pero esto sucede solamente en la penumbra de la fe: *in lumine caliginoso*, esto es, en una luz velada por la bruma. El pasa a nuestro lado y nos deja en la mano sólo una punta de su manto. Así lo reconoce Bismarck: “El estadista no puede obrar por sí mismo; sólo puede aguardar y escuchar, hasta oír resonar la voz de Dios sobre los acontecimientos y, entonces, saltar adelante y agarrar la punta de su manto: esto es todo”. Más no podemos hacer tampoco, aunque nos esforzáramos por tener una visión del futuro... Debemos contentarnos con la punta de su manto... Dios ha puesto tantas cosas en nuestras manos que podemos ver claramente sus planes, en algunos puntos esenciales; en tanto que otros puntos necesitan aún ser esclarecidos. Sabemos lo suficiente como para poder orientarnos con calma y seguridad, sin miedo a ser temerarios.

Dios escribe con "garras de león"

En un salón de París del siglo XVII se había reunido un distinguido círculo en una velada. Se hizo pasar de mano en mano una hoja arrancada de un libro. Surgió una animada discusión sobre cuál era el libro del cual provenía dicha hoja. No hubo acuerdo. Finalmente, la tomó en su mano Bossuet, la miró tranquilamente y luego dijo con firmeza: “¿Cómo es posible discutir acerca de esto? ¿No ven acaso las garras del león? Sólo Pascal puede escribir así”.

Así también, Dios nos pasa una hoja del libro de los destinos del mundo. También nosotros podemos decir: ¿No ven las garras del león? Sólo Dios puede escribir así.

Surgen espontáneamente dos preguntas. La primera: ¿cómo escribe Dios? La segunda: ¿Qué escribe Dios?

¿Cómo escribe Dios? Con garras de león, esto es, con letras grandes, poderosas. El ha abierto el “Libro de los siete sellos”, no por completo, pero sí como para que podamos darle una mirada. Nos pone una hoja en la mano. En ella dice que nos encontramos, si bien no al final de los tiempos, sí en un tiempo marcadamente apocalíptico, que puede ser considerado como el prelude de un terrible drama final. Los cuatro jinetes del Apocalipsis ya corren desenfrenadamente a través de Occidente, se detienen relinchando ante las puertas del mundo entero y aguardan la señal que les dará plena libertad. La guerra, la revolución, el hambre y la peste amenazan a los pueblos. Quien viva todos estos horrores dirá con labios temblorosos: Realmente, Dios escribe con garras de león. Reconocerá con Elifaz, el amigo de Job:

“En las pesadillas de las visiones de la noche, cuando a los hombres el sopor invade, un temblor me entró, un escalofrío y estremeció todos mis huesos... Se escurre un soplo por mi rostro, eriza los pelos de mi carne. Alguien surge... no puedo reconocer su cara; una imagen delante de mis ojos. Silencio..., después oigo una voz...” (Job 4,13-16).

Las catástrofes en el orden moral se están haciendo cada vez más patentes. El viejo orden del mundo y de la sociedad ha empezado a tambalearse. La antigua imagen del hombre, de cuño cristiano, se ha oscurecido. Satanás parece haberse soltado del infierno y cree que puede construir y extender sin trabas su reino de odio, de injusticia y de mentira. El satanismo se ha encarnado preclaramente en algunas personas. Para horror y vergüenza de

la humanidad, esto se ha repetido en el transcurso de los milenios en forma periódica: en Calígula, Nerón, Domiciano, Vitelio, Iván el Terrible, etc. Verdaderamente, Dios escribe con garras de león. Su escritura es reconocible desde lejos. Debe ser vista no sólo por Occidente, sino por el mundo entero.

Y ¿qué quiere decirnos? ¿cómo hay que interpretar su texto? Dios es un Dios de la vida... Donde él permite el quiebre, el colapso, la ruina, la muerte, allí quiere crear nueva vida... Primero tiene que morir el grano de trigo. Debe perecer y, entonces, traerá mucho fruto. Apliquemos este patrón a los tiempos actuales; dejemos que las terribles ruinas, los horribles estragos con que nos encontramos en todas partes en el orden físico, moral y espiritual actúen sobre nosotros hasta quitarnos el aliento. *Transitus Domini est...* Debe ser un mundo nuevo maravilloso el que ha de nacer de esta enorme mortandad; debe ser un orden prodigioso el que El quiere hacer surgir de en medio de tales catástrofes y ruinas... (Studie 1949).

Seguridad de la conducción divina

Por misterioso e incomprensible que sea para nosotros el actuar de la Divina Providencia, por medio de la Revelación tenemos la certeza de que su actuar es absolutamente digno de confianza. Podemos fiarnos, sin reservas, de que todo lo que Dios ha planeado desde la eternidad y que realiza en el tiempo, es bueno. Esto está fundamentado en que toda obra de Dios está inspirada por su infinito amor, sabiduría y omnipotencia. El P. Kentenich constantemente hace referencia a la seguridad absoluta de la conducción divina en la vida de cada uno, como también en toda la humanidad, recordándonos que los planes de Dios están concebidos con infinita sabiduría, están decididos con infinito amor y son realizados con infinito poder. Es por eso que él califica los planes de Dios como planes de sabiduría, planes de amor, planes de omnipotencia.

Texto 79

La fe en la Divina Providencia nos convence de que Dios ha proyectado un plan universal, a saber, un plan universal como plan de amor, de sabiduría y de omnipotencia. (Vorträge in Milwaukee, 1962).

Nada, absolutamente nada sucede en nuestra vida sin que Dios lo haya planeado desde la eternidad. Todo, también las pequeñeces de nuestra vida, está insertado en su plan de sabiduría, en su plan de amor, en su plan de omnipotencia. (Exerzitionen für Theologie-Studenten, 1967)

La fe en la Providencia de Dios es la fe sencilla en que Dios, desde la eternidad, ha proyectado un plan. Y nosotros solemos añadir: éste es un plan de sabiduría, éste es un plan de amor, éste es un plan de omnipotencia. Desde la eternidad Dios ha proyectado un plan. No es casualidad, pues, lo que sucede en la vida. Dios ha proyectado un plan, ya se trate de toda la humanidad, ya se trate de cada creatura, ya se trate de los ángeles. Todo es un plan inspirado por la sabiduría de Dios, un plan inspirado por el amor de Dios, un plan inspirado por la omnipotencia de Dios.

La gran ley fundamental del mundo

La sabiduría, amor y omnipotencia de Dios no están una al lado de la otra sin relación, sino que se penetran mutuamente de manera tal que el amor toma el primer lugar entre ellas. La sabiduría, la omnipotencia y todas las demás propiedades de Dios están al servicio de su amor. El amor caracteriza el ser más íntimo de Dios. Y así como el ser de Dios, también su obrar, el actuar de su Providencia, está inspirado, determinado y dirigido por su infinito amor.

A este hecho el P. Kentenich lo llama: "la ley fundamental del mundo". Es una de las grandes verdades y leyes fundamentales que él proclamó a lo largo de su vida.

Texto 80

Lo que Dios hace, sucede por amor. El amor es la gran ley fundamental del mundo. Dios realiza todo por amor, mediante el amor y para el amor.

Juan nos dio la fórmula más corta a la que podemos reducir todas las obras divinas y humano-divinas: "Dios es amor" (Jn 4,8). Esto quiere decir que el fundamento de todas las obras de Dios es su amor. Todas las demás propiedades -como la justicia y la omnipotencia- son movidas por el amor. En último término, Dios hace todo por amor, mediante el amor y para el amor. Por amor nos creó, por amor nos envió al Salvador. "Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo Unico" (Jn 3,16). Por amor nos envió al Espíritu Santo. Todo lo que sucede en nuestras vidas está querido, dispuesto o permitido finalmente por su amor (Nailis, Werktagsheiligkeit, pp.134, 232-233)

Texto 81

Como Dios es nuestro Padre, no es una ley inflexible o un "ello" impersonal lo que nos rige, sino un Padre amante y personal, que nos cuida y nos protege con su Providencia especial e individual; un Padre que dice de sí mismo: "Y si una madre olvidase a su hijo, yo no te olvido" (Is 49,15). El se compara con una madre quien, según el sentir humano, encarna el más alto ideal terreno del amor y de la preocupación personal; Dios recalca que su amor deja en la sombra y aventaja al amor maternal terreno (Studie 52/53)

Debemos tener la viva convicción de que Dios ha proyectado un plan, no solamente un plan universal, sino también un plan exclusivo para mi vida personal. ¿Quién proyectó este plan? No sólo la sabiduría y la omnipotencia de Dios, sino también el amor de Dios. Es, por lo tanto, un plan de sabiduría, de omnipotencia y por sobre todo, un plan de amor. Deben escuchar atentamente estas palabras: mi plan de vida, un plan de amor. ¿Qué quiere decir esto? Si nosotros podemos situarnos con ambos pies, con todo nuestro ser, vitalmente, sobre esta base, estaremos seguros en todo sentido; también en el caso concreto en que no sepamos a qué atenernos, si sólo de partida tenemos la convicción de que éste es un plan de amor. Sabemos entonces, que en este plan se contempla éste o ese otro sufrimiento. Ser hijo de la Providencia significa aceptar que todo destino, alegría, sufrimiento, desilusión, es un componente esencial del plan de sabiduría, de omnipotencia y de amor de Dios.

En toda circunstancia el hijo de la Providencia se experimenta como hijo predilecto de Dios. No es como si Dios se hubiese dormido. Es más bien como si Dios y yo estuviéramos

solos en este mundo; tal es el cuidado con que él sostiene el hilo conductor de mi vida. ¡Yo, la ocupación favorita de Dios, y Dios, mi ocupación personal favorita! En la práctica esto es ser hijo de la Providencia. (Bundestagung 1950)

Dios es amor. Todo lo que él hace y quiere sucede por amor, mediante el amor y para el amor eterno. Estos son los acordes íntimos de la ley fundamental universal del amor, que nosotros oímos y repetimos tan a menudo, sonidos que hoy en día casi no se escuchan, no se comprenden y por eso van enmudeciendo cada vez más por todas partes. Nosotros los debemos entonar armónicamente en coro hasta el final de los tiempos. El texto y la melodía los tomamos de los labios moribundos del Señor y los seguimos transmitiendo de generación en generación.

Lo más íntimo y profundo de la voluntad del Padre es y sigue siendo el amor. Este es el gran misterio que su Hijo reveló claramente en su mensaje de despedida: "Como mi Padre me amó, yo también os he amado a vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Jn 15,9 y ss.) (Sponsa Gedanken)

El ejemplo de entrega filial al Padre de Santa Teresita del Niño Jesús

El valiente adentrarse en la oscuridad no es posible sin que en el alma, juntamente con la fe, viva una ilimitada confianza en la ayuda de Dios, que está siempre presente y activa allí donde fallan las propias fuerzas y medios. El P. Kentenich nos remite, aquí, a la vida y enseñanzas de santa Teresita y otros santos y nos inculca tener una confianza ilimitada en el amor de Dios, porque todo viene de él. El P. Kentenich nos da también su propio testimonio.

Texto 82

Las manifestaciones de confianza infantil en la vida de la pequeña santa son, efectivamente, casi inagotables. Ella considera que su misión especial está en contemplar y anunciar todos los atributos de Dios a la luz de su amor misericordioso.

“Creo que si todas las almas recibieran tales demostraciones de la gracia, Dios no sería temido por nadie, pero sí amado sin límites. Jamás podría un alma cometer ni la más mínima falta voluntaria, y esto no por temor, sino por amor. Por otra parte, comprendo por qué todas las almas no pueden ser de igual índole. Tiene que haber, por así decirlo, diversas familias, para que cada una de las perfecciones divinas sea glorificada de un modo particular. A mí él me ha mostrado su infinita misericordia con ese propósito y, a través de ese inefable espejo, yo contemplo sus restantes cualidades. Y entonces ellas se me aparecen radiantes de amor; a la misma justicia, y quizás aún más que a otras, la veo revestida de amor. ¡Qué dulce gozo poder pensar que el Señor es justo, lo que significa que él cuenta con nuestra debilidad y que conoce la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿A qué le podría yo temer, entonces? El Dios infinitamente justo, que con tal compasión se inclina hacia su hijo pródigo y le perdona, ¿no va a ser justo también conmigo que estoy siempre a su lado?”.

“Aun cuando hay que ser muy puro para presentarse delante del Dios santo, sé, sin embargo, que es infinitamente justo y que esta justicia, que asusta a tantas almas, es el

motivo de mi alegría y de mi confianza. Ser justo no significa únicamente ejercer la severidad contra el culpable, sino también reconocer el esfuerzo sincero y premiar la virtud. Yo espero tanto de la justicia de Dios cuanto de su misericordia. El, por ser justo, es 'clemente y compasivo, tardo a la cólera y lleno de amor' (Sal 102,8)".

No hay meta que pudiera ser demasiado elevada para sus aspiraciones. Lo que ella no puede por sí sola, lo logra la confianza... Sobre sus alas se remonta hasta la cumbre de la santidad.

“Debemos abrir nuestra alma a una gran confianza... Ella nos levanta mucho el ánimo si no restringimos nuestros deseos con estrechos límites. Al contrario, debemos apoyarnos en Dios y entonces creer que, con un esfuerzo constante, llegaremos con el tiempo allí donde han llegado muchos santos. Si el alma de ellos no hubiera abrigado nunca esos grandes anhelos y si éstos no hubieran llegado paulatinamente a realizarse, ellos no se habrían encumbrado a tales alturas. Dios quiere almas valientes y las ama cuando son humildes y no confían en lo más mínimo en sí mismas... Las almas que han alcanzado la unión con Dios se mantienen en su altura en virtud de una humilde y santa osadía...”. “Este deseo (de llegar a ser santa) podría parecer temerario si se considera lo imperfecta que he sido y, cómo ahora, después de varios años en la Orden, lo sigo siendo todavía. No obstante, aún hoy abrigo la audaz confianza de llegar a ser una gran santa. No cuento con los méritos que, por cierto, no tengo, sino que espero en Aquél que es la virtud y la santidad misma. El es el único que se da por satisfecho con mis miserables esfuerzos, para levantarme, envolverme con sus méritos y hacerme santa” (Studie 1952/53).

Texto 83

El ejemplo de San Francisco de Sales

En esta confianza valiente y filial en la Providencia de Dios, animada por el amor, reside y se fundamenta la seguridad vital del verdadero cristiano.

Con esto, entramos en contacto con el misterio de la vida de todos los santos. Y, puesto que aquí no podemos ocuparnos de todos esos héroes del cristianismo, queremos limitarnos a uno de ellos, queremos que él nos enseñe, a fin de trazar, a partir de ahí, algunas líneas hacia otras magnitudes del cielo estrellado del cristianismo. Elegimos para ello a Francisco de Sales, porque nos sentimos particularmente próximos a él en el espíritu. El santo enseña así: "¿Podría perecer el niño que es llevado en brazos por su Padre todopoderoso?... Es cierto, se necesita una gran confianza para entregarse incondicionalmente a la conducción de Dios. Pero si salimos completamente de nuestro propio yo y nos arrojamos a los brazos de Dios, el Señor se hace cargo de todo en bien nuestro y se preocupa admirablemente de nosotros. Pero si guardamos, aunque sea un poco de reserva y ponemos alguna restricción a nuestra fe, entonces el Señor nos deja solos, como si quisiera decirnos: 'Te consideras lo bastante capaz para hacerlo sin mí; bueno, te dejo en libertad: ya verás hasta dónde puedes llegar' ". A partir de esta actitud confiesa el santo: "Podrá el cielo armarse contra mí, podrán los elementos de la tierra alzarse en mi contra, podrá todo el mundo declararme la guerra... yo no temo nada. Me basta saber que Dios está conmigo y que está con su gracia dentro de mí". En otra ocasión reconoce: "Confiar en Dios en la dulce paz del consuelo, eso puede hacerlo cualquiera; pero confiar en él con una entrega sin límites, aun en la

inclemencia del tiempo y en la tempestad, eso pueden hacerlo sólo los que tienen su Espíritu. Pues bien, justamente, esto es lo que la divina Majestad pide de ti”.

Dirigiendo una mirada retrospectiva a su propia vida, puede afirmar: “El Señor me ha enseñado desde mi juventud a confiar en la Providencia; si yo viniera al mundo una vez más, de antemano me dejaría guiar con la simplicidad de un niño y con desprecio de toda sabiduría humana, por esa Providencia Divina, hasta en las cosas más insignificantes. Para mi alma, entregada por entero a Dios, es un verdadero placer caminar a ojos cerrados allí donde quiera llevarme la Providencia de Dios. Sus designios son inescrutables, pero siempre maravillosos y amables para los que confían en ella...”.

Ejemplo de otros santos

Francisca de Chantal, la hija espiritual del santo, vivió la misma fe que él... De ella provienen las palabras: "Cielo y tierra pasarán, pero la Palabra de Dios permanece eternamente. Nos dijo que buscáramos el Reino de Dios y que todo lo demás nos lo procuraría él; en esto creo, en esto confío". Y si esto se hace difícil, oigamos de ella estas breves palabras: "¡Dios es fiel! ¡El es fiel!"...

Lo que Lucía Cristina pudo experimentar en su contemplación mística, podemos gustarlo nosotros con gran claridad a la simple luz de la fe. La agraciada mística refiere acerca de sí misma: “Hace algún tiempo, le mostré al Señor con una mirada a mis hijos y le pedí que aumentara su fe. Entonces me dijo que pensara en que Dios es mucho más el Padre de ellos que yo, su madre. Me enseñó esta verdad con una gran ternura y agregó que en el futuro rogara por ellos con estas palabras: ‘Señor, te encomiendo a nuestros hijos...’. Y él unió mi amor al alma de mis hijos con su propio amor a ellos y a las almas en general, de modo que nuestro amor era uno solo”...

De Eugenia Irnet, la fundadora de la Congregación de las Auxiliadoras, se cuenta que - como nosotros- tenía una confianza ilimitada en la Divina Providencia... En 1857 quiso fundar en París su Casa matriz. Comunicó su plan al cardenal arzobispo de París. “Pero, ¿tiene usted ya una casa para sus Hijas?”, preguntó el cardenal. “Eminencia”, le replicó, “todas las casas de la ciudad de París le pertenecen a la Divina Providencia; no le será difícil procurarnos una”. Y, efectivamente, pocos días después, la Providencia le dio la casa. Está, hasta el día de hoy, en la Rue de la Barenillere y es la Casa matriz de la orden” (Studie 1952/53).

El Padre Dios irrumpe en nuestra historia

Texto 84

¿Qué significa todo esto? Creo que primero debíamos preguntar a la Sagrada Escritura. De preferencia y en forma más prolongada quiero permanecer en el Dios de nuestra vida, en la intervención de Dios en la vida práctica, en la vida personal y de familia, porque me parece que actualmente es lo más importante para ustedes.

Nuevamente les hago notar que todo lo que hemos dicho de las reminiscencias históricas, - de la consigna: adentrémonos en la escuela de nuestra historia de Familia- no es más que el

arte de comprender la intervención de Dios en la historia de la Familia. Ustedes conocen la expresión: "irrupción de Dios". Por cierto que es, en último término, el Padre Dios; "irrupción de Dios", es decir, desde arriba, irrupción de Dios en la historia de la Familia y, desde abajo, surgimiento y eclosión de lo divino.

Pregúntense ustedes ahora qué nos dice el Señor sobre los acontecimientos en torno nuestro. Hoy existe el peligro de un movimiento sin Dios que quiere destruirlo todo. Por eso, lo más esencial consiste en que veamos nuevamente a Dios como el que interviene en la vida. Tras esto está el convencimiento de que todo lo que existe y tal como es dirigido y guiado, es el resultado, la realización, de un eterno plan de amor, de sabiduría y de omnipotencia del eterno Dios.

Por consiguiente, nosotros no somos un tiro al azar, tampoco somos sólo un número. No, desde toda eternidad -si usamos la imagen de la Sagrada Escritura- hemos estado jugando delante de la faz de Dios. Dios ha dirigido siempre la mirada hacia mí y ha previsto todo -esto nos lo dice la sencilla fe en la Divina Providencia- y ha planeado hasta en los más mínimos detalles lo que, de alguna forma, toca mi vida, mi vida personal o la vida de familia. Esto nos lo enseña el Señor en forma muy, muy clara y muy, muy expresa y detalladamente.

Quiero primeramente citar tres textos que representan en forma más general y gráfica lo que hemos dicho y aseverado, es parte de doctrina teórica . Sabiduría de vida - doctrina teórica.

Escuchemos primeramente la frase: "el padre sabe todo lo que necesitan, antes que se pidan" (Mt 6,8). ¿Qué significa "el Padre sabe"? Para la Biblia "saber, conocer" no sólo significa llegar a saber algo con el entendimiento, sino también, al mismo tiempo, con el corazón. ¿Qué significa, entonces, aquí: "el Padre sabe todo lo que ustedes necesitan"? El lo sabe entonces no sólo con la cabeza, sino también lo capta todo con su corazón.

Y él lo sabe desde toda eternidad. Este es un gran misterio; respecto a él reflexionaron los antiguos padres de los tiempos cristianos. Ellos trataron de resolverlo así: Dios ama de tal modo a cada persona y, a decir verdad, a la más pequeña, como si no hubiera comunidad; y él ama tanto a la comunidad, como si no hubiera individuos.

Ahora la pregunta: ¿cómo es posible que Dios haya planeado hasta en los más mínimos detalles lo que se relaciona con mi vida y también con la vida de la comunidad? ¿Cómo es esto posible? Que sea posible, puede sernos indiferente en un primer momento. El Señor lo dice y si él lo dice, entonces, tiene que ser cierto. Y si nos preguntamos: si él lo sabe antes que nosotros, antes de que se lo pidamos, ¿por qué exige que nosotros lo pidamos de todos modos? Si él, desde toda eternidad, con cálido amor lo ha previsto todo y predeterminado, ¿por qué debemos pedir? La respuesta la conocemos: porque el Padre Dios quiere el reconocimiento filial. Mediante la petición debemos certificar nuestra dependencia filial de él. El Padre sabe todo, lo grande y lo pequeño.

Segunda expresión. Estas cosas son conocidas para nosotros: "Uno puede comprar dos gorriónes por un centavo" (Mt 10,29). Aquí, evidentemente, tienen que suponer que el gorrión no sólo es un ave de menor valor, sino que en esa época había una gran cantidad de

gorriones en ese lugar. Es que de eso se trata. Es decir, aquí se trata de un ser por quien no hay mayor preocupación. Y entonces, concluye nuestro Señor: "y ninguno de estos gorriones cae a tierra sin el consentimiento del Padre". ¿No es esto suficientemente claro? El tiene interés en ellos. ¿En qué? Pues, también en este ser que, aparentemente, tiene tan poco valor. Por eso, una vez más, la conclusión: "¡y cuánto más no se preocupará de ustedes!" Ahora tenemos que considerar cuánta importancia tenemos en toda la realidad de la creación, nosotros, como seres racionales; nosotros, como hijos de Dios.

O la tercera expresión. ¿Qué debemos meditar? "Las aves del cielo, los lirios del campo". El toma sus imágenes del mundo vegetal, del mundo animal y agrega, si pensamos en los lirios, ¿cómo están vestidos?. Los compara con Salomón. El Padre lo hace todo. Y ningún cabello, sí, ni siquiera el más pequeño vello cae de nuestra cabeza sin que haya sido precisado y determinado, desde la eternidad, por la sabiduría del Padre, por el amor del Padre y por la omnipotencia del Padre. Y los exégetas hacen notar que se trata de los vellos, los más pequeños que existen.

Ustedes notan que siempre, siempre, se trata de lo mismo. Vean también, cómo para la mentalidad de entonces era tan nuevo todo lo que el Señor explicaba, lo que enseñaba. Entonces, se decía: Dios se preocupa del pueblo escogido, pero no de manera particular del resto de la humanidad. Y de ahora en adelante, él se preocupa de todas las creaturas, de todos los hombres, más aún: en cada uno se preocupa de lo más mínimo, de la más mínima insignificancia. Vean ustedes, éstas son cosas de la sabiduría de vida.

El Padre Dios se preocupa de nosotros, por eso no debemos andar preocupados

Y sabiduría de enseñanza. Expone la tesis nuevamente en Mateo: "No anden preocupados" (Mt 6,25). ¿De qué no debemos andar preocupados? De las necesidades más elementales. Es decir, aquí no se trata de cosas que no sean necesarias, sino de las necesidades más elementales: "¿qué vamos a comer, qué vamos a beber?". ¿Por qué exige, entonces, que no andemos angustiados? Menciona tres motivos.

Primer motivo: todas estas cosas terrenas pasan.

Segundo motivo: el hombre, por regla general, no puede dividir su amor. En la medida que su corazón se apega a las cosas terrenas, no es capaz de dar su corazón plena y totalmente a Dios. Por cierto, nos debemos preocupar, también debemos amar las cosas terrenas, pero no tan exclusivamente, no en forma desordenada. Es el segundo motivo.

Tercer motivo: Es el más importante. Desde toda eternidad ha planeado Dios tener también algo que decir. El hombre, en las necesidades de todo tipo, debe, conscientemente, saberse dependiente de los planes del eterno Padre Dios.

Y, entonces, comienza nuestro Señor incluso a hacer bromas y dice: con todas vuestras preocupaciones, preocupaciones angustiosas, no podéis agregar ni un codo a la medida de vuestro cuerpo (Mt 6,27). Por eso, no se preocupen. No debemos preocuparnos de todas las cosas, sino tener la confianza: también Dios está aun en eso, sólo quiere que le imploramos. Aquí se quiere presentar la petición llena de confianza, decididamente, como un medio económico particular y único, también para las cosas más pequeñas y pequeñas.

Pienso que aquí hay un par de advertencias de la Sagrada Escritura. Tenemos, pues, razón al atribuir todo en nuestra vida, hasta las cosas más pequeñas, al Padre Dios. ¿No ha caracterizado el Señor, aquí, al Dios de la vida?; ¿cómo interviene en la vida de cada persona, de la comunidad? ¿Qué consecuencia tiene para nosotros? Me parece que ahora debiéramos abrir el *Hacia el Padre* y leer lo que allí figura en el Credo:

"Nos contemplas con mirada paternal",

¿Quién es? El Padre Dios. El quiere vencer sobre nuestro entendimiento y nosotros debemos dar testimonio de ésta, su victoria, como hijos del Padre.

"Nos contemplas con mirada paternal

y nos participas de la felicidad de tu Hijo;

dispones todo cuanto nos acontece,

para nuestra eterna salvación".

Un saludo del Padre

Ahora vienen dos expresiones que se remontan en la tradición a los comienzos de la historia de nuestra Familia. ¿Cómo queremos interpretar todo lo que, de alguna manera, toca nuestra vida? Dos expresiones: como un saludo del Padre y como un cambio de vías del Padre a través de cada acontecimiento. Y aquí se menciona especialmente cruz y dolor.

Extrañamente, todos tendemos a olvidar a Dios cuando nos va bien. Mas, rápidamente nos fijamos en él cuando nos envía cruz y dolor. Entonces hace que nos fijemos en él. Ahora, analicen cada cruz y dolor: salir mal en el examen, de pronto un cáncer, no sé qué más, tentaciones al extremo, ¿qué significa todo esto? Nada viene de la casualidad; de la bondad de Dios viene todo. Un saludo de Dios. El me saluda desde la eternidad. Vean ustedes, ya sólo conque yo pueda creer esto en silencio, ¡qué no presupone en la época actual! Un saludo que exige de mí un saludo de respuesta. ¿Y qué tipo de saludo? Como de parte de Dios es un saludo de amor, de sabiduría y de omnipotencia, tiene que ser de parte mía, también, un saludo de respuesta equivalente.

Desde un comienzo, hemos usado otra expresión para ello; decíamos generalmente así: "todas estas cosas, también las más difíciles, son para mí, si tomo en serio la fe en la Divina Providencia y el Dios de la vida, todas ellas son un don de amor, sí, efluvio del plan de amor y de sabiduría; son para mí un don de amor que es, al mismo tiempo, un requerimiento de amor y que exige una respuesta de amor".

Noten cuán fuertemente, de manera simple y sencilla, vivimos permanentemente en el más allá. Y ahora se trata de ver esto en forma concreta. Ustedes se quejan: no me resulta, no soy un hombre del más allá. Más tarde les responderé a esto más extensamente. Por ahora, sólo les digo: se equivocan. Quién sabe qué se imaginan sobre esto. Vean lo simple que es todo. Si han tenido buenos abuelos, ellos han hecho todo esto. Lo que nosotros debiéramos hacer, sobre todo si estamos en camino para llegar a ser muy letrados, es mirar la vida, ver

cómo lo han hecho las personas simples y sencillas. Sin mucha ciencia, han recibido como regalo mucha sabiduría. Esto, por una parte.

Un cambio de vías

¿De qué se trata entonces? De un cambio de vías en nuestra vida. Así se expresa en forma popular lo que se da en la vida práctica. ¿Cuándo hablamos de cambiar de vías? Allá corre un tren rápido. ¿Qué simboliza este tren rápido? Es mi vida. ¡Qué ideas se me ocurren! Sí, toda la fantasía está viva. Y yo tomo todo, nado en este mundo, se debiera seguir mi ejemplo. Y todo resulta. Sí, el tren rápido corre sin detenerse. Y, de pronto, Dios ve que el rápido ha tomado una vía falsa. Si la vía no se cambia, ¿a dónde irá a parar?

Recuerdo un ejemplo sencillo. Un campesino está montado sobre un potro. El caballo se desboca. Pregunta un amigo. "Juanito, ¿a dónde vas?" "No sé, pregúntale al caballo". ¿Entienden lo que significa? No sé, pregúntale al caballo, pregúntale al corcel, por qué los caballos se han desbocado. En este caso, la vía es equivocada. No entramos en detalles sobre cómo llegó a estar mal colocada. Pero si ahora Dios no cambia las vías, ¿dónde irá a parar? Cambio de vías en mi vida.

Casi creo que debieran mirar la propia vida. En caso contrario, repetirán nuevamente estas expresiones sin haber comprobado su valor en el propio ser y vida. Con qué frecuencia se da un dolor grandísimo, están en las últimas, no hay más que hacer. No pasa mucho tiempo y se comprueba: sí, con eso mi vida tuvo un cambio total. ¡Lean una vez más el texto! Noten lo simple que es todo esto:

"Cada sufrimiento es un saludo tuyo
que da alas a nuestra alma".

Si Dios me manda un saludo y yo lo interpreto como un saludo: Dios es el que hace esto, ¿qué significa? Esto da alas a mi alma, puedo dirigirme nuevamente al sol, entonces la gallina se convierte nuevamente en águila.

"Cada sufrimiento es un saludo tuyo,
que da alas a nuestra alma,
con vigor nos marca el rumbo".

¿Entienden ahora lo que esto quiere decir?

"y mantiene vivo nuestro esfuerzo".

Ahora viene lo más importante, lo que ya he dicho antes: estas cosas no las debemos tragar en forma ciega. El hombre adulto, el cristiano adulto, sabe tomar una nueva decisión al respecto. Me entrego sin reservas, incondicionalmente. ¿A quién me entrego? Al eterno Padre Dios y a su conducción. *Victoria Patris*. ¿Es mi vida un testimonio de la victoria del Padre? ¡Ver tras todo al Padre Dios!

"Renovadamente nos apremia a decidirnos

a estar prontos para Cristo

hasta que sólo él viva en nosotros,

y en nosotros actúe y nos impulse hacia ti".

Nuestro Señor procura ir en nosotros al Padre Dios.

"Como el girasol se vuelve

al sol, que lo regala con abundancia,

Padre, nos volvemos creyentemente hacia ti

con el pensamiento y el corazón".

Esto es. ¡Si lo creyeran! Por cierto que esto también hay que practicarlo; hay que pedirlo en la oración. ¿Quién es el ejemplo más clásico en esto? Es la Madre y Modelo de la fe. "Bienaventurada tú, que creíste" (Lc 1,45). El mundo actual es desdichado porque ha suprimido el sol y no conoce más las estrellas ni la luna. Este es ese mundo y qué simple es todo.

No tienen que imaginarse ahora quién sabe qué; que de la noche a la mañana podrían abandonarse al goce de contemplaciones místicas. Primero, tenemos que recorrer el sendero de las vacas -ésta es también una expresión de la primera época de la Familia. ¿Qué significa recorrer el sendero de las vacas? Pregúntenselo a los suizos. Ellos conocen muy bien a las vacas; conocen también el sendero de las vacas. ¿Cómo es este sendero? No va en forma directa hacia arriba, sino que rodea el cerro, lentamente, hasta que la vaca alcanza felizmente la última meta. En resumen: queremos recorrer el sendero de las vacas, aunque antes se nos dijo: "al que se esfuerza, le serán regaladas alas". Depende de las circunstancias la comparación, la imagen que se use.

El Padre está detrás de cada suceso

Lo que ahora viene es una frase esencial:

"Silencioso y paternal

te vemos detrás de cada suceso".

¿De qué hablamos, entonces: Detrás de cada suceso.? Por cierto, si nos parece poco digno para nosotros, si no nos resulta unir así las cosas más pequeñas con Dios, no podemos esperar que nos sea regalada una fe viva. Esto es tan importante hoy, en el mundo actual, también en el ámbito de la cristiandad, sí, no pocas veces también en el ámbito del mundo católico. Se plantea la gran pregunta: ¿es que existe un Dios? ¿Se preocupa Dios, puede preocuparse de todas estas cosas?

"Silencioso y paternal

te vemos detrás de cada suceso;

te abrazamos con amor ardiente

y con ánimo de sacrificio vamos alegres hacia ti".

¿Qué significa? Girar en torno al Dios de la vida. Y creo que esto sería para nosotros, en este momento, lo más importante. Por cierto que esto no significa negar al Dios de los altares ni al Dios de nuestro corazón. También aquí vale esto. Pero ustedes notarán que al Dios de los altares y del corazón se le dedica sólo una estrofa, por lo menos en este contexto. Por otro lado, están estas cosas fuertemente en primer plano.

"Te damos honor, gracia y gloria

en el santuario de nuestra alma".

Inhabitación del Padre y, con él, del Dios Trino.

"allí jamás te dejaremos solo,

queremos estar siempre junto a ti".

Nuestra respuesta: entrar en la intimidad de Dios

Conocen la lamentación de san Agustín: "Oh Dios, tú estabas junto a mí, tú estabas en mí, pero yo estaba fuera de mí". Fíjense, si hoy queremos vencer al mundo, entonces no está bien, no puede estar bien si durante el tiempo de nuestra formación somos constantemente lanzados hacia el mundo. Si no tenemos tiempo de esforzarnos por intimidad con Dios y alegría en Dios, siempre tenemos que temer: mañana o pasado mañana caeremos en el apego al mundo. Y apego al mundo sin intimidad con Dios, mañana o pasado mañana, deja de ser un alegría íntima.

Quien no está ligado a Dios... Si Dios, como Padre ha de vencernos, Victoria Patris, si damos testimonio de que él nos ha vencido, primeramente en nuestro entendimiento, entonces también tenemos que dar testimonio. ¿Sobre qué y de qué? Dar testimonio de su presencia, de su vida en nosotros, sí, dar testimonio de la presencia del cielo. En esto consiste el cielo, en que te reconozcan a ti, que reconozcamos al Dios Trino, que nos entreguemos a él. Que nuestro caminar sea en el cielo, colonia del cielo, esto es lo que debemos llegar a ser.

"Te damos gracia, honor y gloria

en el santuario de nuestra alma;

allí jamás te dejaremos solo,

queremos estar siempre junto ti.

Con los ángeles y santos
nuestro corazón gira en torno al altar;
late por aquél que, allí oculto,
sacia el vehemente anhelo de amor".

Y si de esta forma somos hombres sobrenaturales aquí en la tierra, entonces podemos estar seguros de alcanzar la *visio beata*.⁴⁹ Entonces, la *lumen sensum* ⁵⁰, que ya está complementada por la naturaleza, haciéndola *lumen rationis* ⁵¹, y luego elevada a *lumen fidei* ⁵², llega a ser *lumen gloriae* ⁵³ .. Si nosotros aquí en la tierra, a la luz de la fe, hemos visto a Dios en todas partes y nos hemos entregado a él, conociéndolo a la luz de la fe, es decir, sólo parcialmente, entonces podemos estar seguros: el cielo consiste en que la *lumen fidei* sea complementada y reemplazada por la *lumen gloriae* ¿Qué significa esto? El alma recibe una nueva forma de conocimiento y una nueva forma de amar y, debido a esta nueva forma de conocimiento, ella es capaz de contemplar directamente a Dios. En esto consiste el cielo. Este cielo lo podemos anticipar y cuanto más anticipemos aquí el cielo, cuanto más lo hagamos presente, tanto más seguros podemos estar de que algún día podremos obtener también el cielo del más allá.

Testimonio personal del Padre Kentenich

Al retirarme, tomé casualmente un librito; en él había una hojita que no había visto hasta ahora. Era algo que yo he dicho, pero tiene que haber sido hace tiempo. Dice así:

"Si me preguntan cómo dominé el tiempo de Dachau, entonces tengo que decir: desde la mañana a la noche luché por el más allá. De la nada no sale nada. Yo quería llegar a ser un hombre del más allá, desprendido de todo lo terreno. La vida del más allá es la clave para mi vida personal. Constantemente hablaba con Dios. Sólo así dominé Dachau. No necesité de nadie, pero a cada uno de los que querían algo de mí les regalé todo. Este es el pensamiento directriz del tiempo de Dachau. Todo era sobrellevado por el pensamiento del hombre del más allá, clarividente, con perspectiva, que ve en lo profundo. Hoy también les quiero regalar una parte de esto. En mí sólo estaba viva la decisión..."

Probablemente fue escrito o dicho inmediatamente después de mi vuelta; más tarde no hablé nunca más sobre ello.

"Hoy también les quiero regalar una parte de esto. En mí sólo estaba viva la decisión: en cada momento debes hacer lo que Dios quiere. Lo que los hombres quieran es indiferente. En mí, alumbraba siempre esta única luz. Con gran interioridad pude entonces rezar: si no es voluntad de Dios que yo haga algo, entonces no lo hago, independientemente de si mi naturaleza está de acuerdo o no con ello".

Veán lo que significa *Victoria Patris*. Es la victoria del Padre sobre la naturaleza instintiva.

"Así dominé las situaciones más peligrosas. Cohermanos con hábitos gritaban cuando se acercaban los caporales, porque sabían que se repartirían latigazos. Yo no necesitaba gritar.

No sentía ni el más mínimo miedo. Por un lado, era el solitario, aunque siempre estaba rodeado por un enorme número de personas. Tampoco necesitaba robar pan; tenía otro..."

Y así continúa. No se las quiero seguir leyendo.

Tengo que mirar el reloj. Creo que la hora ya pasó hace rato; pero estoy sólo en el comienzo. ¿Qué hemos meditado junto, entonces? *Victoria Patris*. Dios, el Padre, debe reinar sobre nuestra naturaleza, especialmente sobre nuestro entendimiento. Mañana quiero continuar con el esquema, mostrarles ejemplos prácticos de la vida diaria para ver esto en detalle, ya que creo que es necesario para que aprendan, mediante estos pensamientos, de alguna manera a ver, examinar y dominar de nuevo la vida práctica diaria.

Una profunda fe debe iluminar nuestra vida

Si ustedes piensan, al igual que yo, que, por regla general, tarde o temprano, tenemos que soportar abundantes dudas de fe, entonces es bueno que recemos los unos por los otros, para que el espíritu de fe impregne a toda nuestra Familia. Esta es la fe que ha conducido a Schoenstatt de manera tan victoriosa a través de los años pasados; la fe que nos fue regalada de arriba como regalo gratuito; ésta es la fe que ha hecho interiormente libre el corazón, el alma y la voluntad, a todo el hombre, del miedo que lo hacía temblar. Esta es la fe, la fe victoriosa, es decir, un fe que ha vencido más y más sobre todo lo humano. Esta es la fe, la fe en la Providencia, sin la cual no podríamos existir; la fe en la Providencia de la cual estoy personalmente convencido que es implorada para nosotros por la Santísima Virgen desde el Santuario, que ha sido implorada y que continuará siendo implorada como nuestro carisma.

Claro que esto no significa que, por eso, no necesitemos esforzarnos por obtenerla. Tampoco que tengamos ahora que agregar una nueva cantidad de oraciones. Pero de alguna forma: si queremos hacernos responsables los unos por los otros, si queremos ser una familia, si queremos ser una familia orientada al más allá, entonces -y esto está también completamente en el sentido del Papa- debemos rezar los unos con los otros y por los otros, para que también de nosotros se diga: "bienaventurado tú, porque creíste" (Lc 1,45). (Exerzitien für Theologie-Studenten, 1967).

Texto 85

Todo viene de Dios

"Dios se preocupa del mundo. Si examinamos esto a fondo, nos vemos impulsados a luchar conscientemente contra el fatalismo y el deísmo y a tomar partido por el teísmo.

El fatalismo no reconoce a un Dios personal, sino sólo un destino. Si nos quedamos detenidos en esto, nos preguntaremos si nuestra intimidad personal, nuestro pensar íntimo personal, no se ha hecho fatalista. En realidad, aún usamos antiguas expresiones católicas; hablamos todavía de la Providencia. Pero, ¿no será que, en la práctica, una fuerte tendencia a creer en el destino lleva el cetro de nuestro pensar y de toda nuestra vida? Este fatalismo es promovido en el tiempo y en el mundo actual por la marcha de triunfo que lleva el irracionalismo. Sentimos cuán cierta es esta expresión: "Como es su Dios, así es el

hombre". Pero también vale inversamente: "Como es el hombre, así es su Dios". Porque el hombre acepta tanto emocional como irracionalmente; porque en grandes trechos la inteligencia es considerada la gran antagonista de la vida; porque, como consecuencia de esto, la *marcha de triunfo del irracionalismo casi no se puede detener*. Por eso existe el gran peligro de que también nosotros formemos así nuestra imagen de Dios. *Dios es visto como un ello y ya no como un tú*. Es visto como algo irracional. Protestamos contra esto y nos proponemos luchar contra ello en la pastoral.

El deísmo. Creemos que en verdad Dios ha creado el mundo, pero, en la práctica, vivimos de tal manera como si Dios no se preocupara del mundo. Esto es fácilmente comprensible después que, en los últimos siglos, hemos logrado profundos conocimientos de las causas segundas a través de las ciencias naturales.

El antiguo judaísmo todo lo refería a la Causa primera, a Dios. El mundo actual descubrió a la criatura y está inclinado a excluir la Causa primera. El mundo sigue leyes propias; Dios creó el mundo, pero no se preocupa del mundo; Dios podrá mirar el mundo con cierta nostalgia, pero lo deja avanzar solo según sus leyes y actuar según sus gustos. Nosotros no rendimos tributo teórico a este error, pero sí práctico. ¡Qué pocos hombres están convencidos de que el Dios vivo tiene en sus manos personalmente cada etapa de la vida y cada acontecimiento!

La Divina Providencia. Miles dicen: yo creo eso. Claro que se refieren más a una Providencia general, pero que, en detalle, ni un solo cabello de nuestra cabeza caiga sin que corresponda a las intenciones del amor de Dios, ¡qué pocos hombres están convencidos de ello! ¿No habremos caído, quizás también nosotros, en miserias semejantes? "Nada ocurre por acaso, todo viene de la bondad de Dios" (refrán alemán). ¡Cada dificultad y cada bendición! Si yo estoy convencido de esto, entonces, ¡cuán fecundada se verá mi vida interior, cuán protegidos estaremos de no sentir jamás un abandono total!

La preocupación por lo terreno, dificultades sexuales, etc. ¡cuán rápidamente podrán ser vencidas todas estas cosas! Protestamos contra todos estos errores de la vida práctica; por el contrario, estamos convencidos de que Dios vive en el acontecer mundial y en nuestra vida personal. Estamos convencidos que el Dios personal interviene personalmente en el engranaje del mundo.

Anastágoras dice: 'Está claro que hay alguien detrás de cada acontecimiento; éste debe ser un ser muy inteligente'. El llamó Logos a este ser inteligente. Mientras seguía observando la vida, le quedó claro que hay innumerables cosas que no se pueden solucionar racionalmente, que uno no se las puede explicar. 'Si el conductor del mundo -dice él- es un Logos, entonces se debe decir: ¡con frecuencia es un Logos ilógico!'. Por eso usa una imagen. Se imagina como si detrás de todo estuviese un muchacho, quien lanza, una y otra vez, los planes por la borda. Si es cierto que el buen Dios interviene en el engranaje del tiempo y de la propia vida, sin embargo, con frecuencia, lo hace según leyes que para nosotros están y permanecen ocultas. Entonces, de alguna manera, sólo podemos captar detrás de ello al buen Dios, a la luz de la fe.

Según Machiavello, un estadista e historiador italiano, (1469-1527), la esencia y fin absoluto del estado es el poder. El derecho y la moral están en conflicto para subordinar al

poder. Según él, hay dos grandes poderes que actúan en el acontecer mundial. El no piensa aquí en el más allá, sino que sólo ve el más acá, ve al hombre. El hombre actúa en el tiempo, por dos poderes que están dentro de él. A un poder lo llama Voluntad libre, al otro gran poder, Fortuna.

Precisamente, hay tantísimas cosas inexplicables. ¡Con cuánta frecuencia debemos decirnos que muchos dolores, muchos fracasos, van contra toda ley. ¿De dónde vienen? La respuesta es ésta: El Padre Dios, vivo y personal, rige el mundo según sus designios. Sí, el que haya tanta cosa inexplicable en el acontecer mundial lo vemos incluso como prueba de la presencia de Dios en la conducción del mundo. Si nosotros, pequeños hombres, pudiéramos comprender y entender todo lo que Dios hace, entonces nuestro cerebro sería tan grande como Dios.

Por lo tanto, queremos esforzarnos por profundizar nuestra actitud en relación a esta verdad y por hacer llegar al trono del Dios vivo nuestras peticiones. Dios se preocupa del mundo". (Auténtica Libertad 2, p.3)

Causa Primera y causa segunda

Debemos tener un olfato divino para rastrear al Dios de la vida que se nos manifiesta a nuestro alrededor. Esto nos hará ver unidas causa primera y causa segunda en la creación, a lo que el P. Kentenich da una gran importancia dentro de una de las finalidades de Schoenstatt: la salvación de la misión de Occidente. Esto lo ve, también, unido a una mayor entrega filial al Padre Dios. Son numerosos los ejemplos que el P. Kentenich nos da al respecto. Aquí citamos algunos de ellos.

Texto 86

El gran problema que hemos tratado de resolver desde un principio consiste en clarificar correctamente la relación entre causa primera y causa segunda. No debemos fijarnos solamente en la causa primera, ni tampoco en la causa segunda; hemos de verlas siempre en una conexión orgánica.

Cuando hablamos del rescate de la misión salvífica de Occidente y pensamos que, poco a poco, todo el mundo representa un segmento de Occidente, podemos entrever entonces en qué consiste nuestra misión especial. Pienso que podría decirlo brevemente con estas palabras: preocuparnos de que en todo el mundo la causa primera y la causa segunda encuentren esa armonía que lleva el sello de Dios y es querida por él.

El pensamiento del mundo del Oriente ha quedado excesivamente adherido a la causa primera, casi de manera exclusiva. El pensamiento occidental, que ha buscado durante un tiempo la armonía y, en parte, la ha encontrado, está ahora en peligro de reconocer sólo la causa segunda, a costa de la causa primera.

A partir de esto, ustedes ven que resulta inteligible el movimiento que lleva a apartarse de Dios. Antes, hubo un movimiento que llevaba a apartarse de Roma; hoy, se aparta de Dios. Eso debe motivarnos -si somos responsables de la cultura occidental- a preocuparnos de que ese movimiento que aleja de Dios desemboque o sea complementado o reemplazado

por uno que nos lleve hacia él. La fuga de Dios debe convertirse en una búsqueda de Dios. Y si tenemos una tarea frente a la piedad oriental, es la de preocuparnos de que la causa primera sea complementada por la causa segunda, de manera correcta.

De este modo, pueden percatarse ustedes de la originalidad de nuestro pensar y querer y de nuestra misión, que consiste en unir siempre, en el pensamiento, en el amor y en la vida, la causa primera con la causa segunda. Y cuando ustedes hablaban con bastante detalle sobre el 31 de Mayo, había en el trasfondo una pregunta: si al 20 de enero de 1942 corresponde un asemejamiento y una incorporación, ¿no cabe decir lo mismo respecto del 31 de Mayo de 1949? ¿Y no deberíamos aplicar también, en forma adecuada, a la segunda fecha la respuesta que hemos hallado para la primera?

El triunfo de Dios Padre sobre nosotros

Dios, Dios Padre, debe triunfar. Allí está el sentido del curso *Victoria Patris*, de la familia *Victoria Patris*. El Padre triunfa, en último término, sobre el pequeño yo. Por cierto que se trata del Padre visto orgánicamente y no tomado en forma mecanicista. Vean ustedes, por eso, en todo momento, está presente un mismo ruego: "Venga a nosotros tu reino", el reino del Padre. Y, una vez más, el reino del Padre no sólo desde el punto de vista de la causa primera, sino, igualmente, desde el punto de vista de la causa segunda. Sabemos lo que esto significa en su contexto, lo hemos asimilado claramente y no debemos olvidarlo, en adelante, tan fácilmente.

Valdría, pues, la pena ahondar más profundamente en esta reflexión. ¿Cómo se nos presenta, entonces, la victoria del Padre sobre la razón, sobre el corazón y sobre la voluntad? El tema que departíamos ayer giraba en todo momento en torno a la victoria del Padre sobre la razón. De suyo, el trabajo podríamos hacerlo ahora fácil en este trasfondo y decidir que lo ya dicho debería ser analizado detalladamente de nuevo, por nuestro curso de noviciado, por nuestros novicios. Ellos tienen justamente como ideal las palabras *Pater fidei*. Quieren ser padres de la fe. La expresión está tomada de Abraham, el padre de la fe. Por cierto que quien desee llegar a ser padre de la fe, debe ser primero hijo de la fe.

Girar en torno a Dios

¿Qué dijimos ayer, dirigido, naturalmente, no sólo al curso mencionado, sino a todos nosotros? Se nos ha dicho cómo es ese girar en torno a Dios de todo nuestro ser, especialmente cómo es el girar de la razón iluminada por la fe, el girar alrededor del Dios de la vida, del Dios de los altares, del Dios de nuestro corazón. Hay que hacer transparente todo lo creado, debemos ver a Dios detrás de todo, de todos los acontecimientos, detrás del ser del hombre, en los altares. Hay que husmear la huella de Dios en todas partes. Dios, Dios en todo.

Puedo, en verdad, decirles que allí donde el reinado del Padre ha alcanzado un alto predominio sobre nuestra naturaleza, es posible esperar, tratándose de la razón, más aún de todo el ser humano, un triple y sumo bien. Si nada lo impide, daré sobre ello la conferencia final.

El instinto divino

El espíritu de fe del cual hablamos aquí no es, por lo tanto, la fe que sólo abarca la razón; la fe debe penetrar todo el ser humano. Esa fe debe convertirse en un instinto divino, un instinto que husmee en todas partes lo divino; un sentido del olfato que rastree lo divino. Se trata, pues, de la luz de la razón que ha penetrado ya en el sentimiento.

Cuando se trata del modo de pensar femenino, se dice a menudo que el pensamiento reflexivo no está fuertemente desarrollado. Pero podemos detectar en la mujer, en la mujer pura, un sentido del olfato por lo que es verdadero. Así debería ser también en el caso nuestro: *Victoria Patris*. Dios, el Dios Padre, debería triunfar en tal medida sobre nuestra naturaleza que lleguemos a estar dotados, ante todo, de un marcado instinto divino, de un seguridad instintiva, de un olfato seguro, de un sentido del olfato por lo divino. Entonces, percibimos en todo el rastro de Dios, también allí donde la causa primera está ligada a la causa segunda. Nuestro olfato se torna muy preciso y distingue, con suma agudeza, la actividad de Dios, aun en las cosas más pequeñas.

Si no logramos este sentido del olfato, este sentido del olfato por las cosas de Dios, tarde o temprano nuestra fe estará extraordinariamente mal. En verdad, un sentido de fe corriente no basta hoy día para dominar la vida. Podremos, posiblemente, comprobarlo en nosotros mismos o en otros. En todo caso, el cristianismo de hoy, en general (hablo del conjunto), está poco dotado de este sentido del olfato divino, de esta seguridad instintiva.

Ustedes lo perciben. Pienso especialmente en nuestros latinos, cuando llegan a Alemania. ¿Y por qué, justamente, cuando están aquí? Eso pueden investigarlo ustedes mismos. Esto es lo característico de la adaptación y transformación espirituales de hoy en día. Si antes pudimos hablar de un hombre divinizado en un mundo divinizado, ahora es lícito hablar de un hombre reducido a lo puramente humano en un mundo puramente terrenal. Más aún, existe el peligro creciente de que tengamos que hablar de un hombre mecanizado en un mundo mecanizado. No deseo exponer ahora lo que hemos de entender por ello. Tal vez haya una oportunidad más adelante.

Quisiera, ahora, recapitular y redondear lo que hemos comentado. De las solas expresiones ustedes podrían inferir de dónde proviene el hecho de que el olfato que nos permite rastrear las huellas de lo divino, el instinto divino, nos abandone fácilmente. Es porque el mundo mismo se inmiscuye con toda amplitud entre nosotros y lo eterno, el Dios infinito. Cuando el hombre se ha reducido a lo puramente humano en un mundo puramente terrenal, el mundo es separado de la causa primera.

¿Qué es eso del hombre reducido a lo puramente humano? El hombre se ha puesto de tal modo en primer plano, que casi puede decirse que va en camino de convertirse en el dios del mundo, en el dios de la vida. Esto se entiende fácilmente si reflexionamos sobre todo lo que ha hecho la técnica humana -el genio del hombre, en resumidas cuentas- para transformar el mundo. Cuando éramos jóvenes, nos resultaba evidente descubrir en toda la creación los *vestigia Dei*,⁵⁴ puesto que lo habíamos aprendido de nuestros padres y abuelos. Pero el hombre de hoy va en camino de descubrir en la creación los *vestigia hominis* ⁵⁵. Es así, porque el hombre mismo ha transformado tanto al mundo. Antes, en cierto sentido, era el mundo -en soberano sosiego bajo las leyes de la naturaleza, insoslayables e inmutables, según se opinaba- reflejo de la eternidad e inmutabilidad de

Dios. Hoy día, este objeto de nuestro conocimiento y de nuestra percepción desaparece cada vez más. El hombre, que se ha endiosado a sí mismo, ve en la creación su propia fuerza.

Sabemos, por cierto, que no es así. Pero si vivimos en medio de una atmósfera, nos ocurre lo mismo que si frecuentamos una cervecería donde se fuma y se fuma: aunque nosotros mismos no fumemos, al salir tendremos nuestra ropa pasada a humo. Y de la ropa, dentro de un tiempo previsible, pasará al corazón.

Ustedes comprenden, por tanto, lo que esto quiere decir, la importancia que tiene el hecho de que Dios nos regale su gracia. Ayer hemos recordado, al menos brevemente, que la fe es un don, absolutamente un don: y lo es doblemente cuando debe ser vista, considerada, lograda y obsequiada en este grado.

Una vez más, ¿cuán vigorosa ha de ser la victoriosidad? En lugar de un sentido del olfato puramente humano debemos adquirir un sentido del olfato para rastrear la huella de lo divino. Una vez más: hoy más que nunca podemos hacer el distingo -incluso cuando estamos en el terreno de la fe- entre lo que ha hecho Dios y lo que ha hecho el hombre.

Recordemos todas las cosas sobre las cuales hemos reflexionado al hablar sobre la historia de la salvación y la historia del mundo como una divina comedia. Recuérdenlo, por favor, nuevamente: ¿Quién trazó el plan, el plan de esta comedia? Dios Padre. ¿Quién es el actor principal? Dios Padre. ¿Quién es el que actúa junto con los otros actores eternamente? Dios Padre. Pueden comprender con qué fuerza está aquí lo divino, en todo, en el primer plano del pensar.

La perfección de nuestra fe, consiste hoy día en husmear el rastro de Dios en todas las cosas, tal como aquí lo hemos esbozado brevemente. Por eso podemos reconocer al ser humano, y también a nosotros mismos, como parte de El. Recordemos nuevamente la sencilla imagen del asno. El debe reconocer también su tarea de asno, pero sin pasar por alto a quien lo cabalga, ni tampoco a quien conduce a la Familia. Ese es el olfato para rastrear la huella de lo divino.

Debemos tener gusto por las cosas de Dios

Esto debe ser complementado, en segundo lugar, por medio del gusto por lo divino. Ello incluye también la transformación del corazón. Más adelante hablaré detalladamente sobre esto y sobre la transformación de la voluntad. ¡Cuán profundamente abarca todo la acción de Dios, su acción victoriosa! El sentido del olfato para rastrear la huella de lo divino repercute en un gusto por lo divino, por Dios y por su acción divina.

Con frecuencia hemos visto, especialmente en los años de juventud, cuán desarrollado llega a estar el gusto por las cosas del mundo, por las cosas terrenales, sobre todo cuando utilizamos masivamente los medios modernos que tenemos a nuestra disposición. El mundo encontrará, entonces, según todas las reglas del arte, no sólo el camino hacia nuestras casas, sino también hacia nuestros corazones. Si no nos mantenemos firmes en ese momento -estando nosotros en tan grave peligro de cultivar solamente el gusto por lo puramente humano y terrenal- si Dios no nos da la gracia de recibir el gusto por lo divino,

en ese caso, debemos contar también con que todo gusto por lo humano, por lo terrenal, el día de mañana, no nos contentará. Si el gusto por lo divino no regula el gusto por lo humano y terrenal, nuestro corazón se hallará, tarde o temprano, vacío.

Y tratándose de la cabal transformación del ser humano, la idea es, en último término, ser elevado hasta una entrega total a lo divino. Así como el Dios vivo se entregó enteramente a nosotros, nosotros deberíamos entregarnos también enteramente al Dios eterno. Hemos de ser hombres del mundo del más allá. Hasta esas alturas debería mostrarse, paso a paso, la victoria de Dios Padre sobre nuestra naturaleza.

Si se me permite volver sobre lo que hemos dicho ayer, se percatarán ustedes de que nos hemos detenido con relativa amplitud en el Dios de la vida. Hemos girado en torno al Dios de la vida. Así, pues, sentido del olfato, sentido del olfato por lo divino, gusto por el Dios de la vida, por la intervención de Dios en nuestra vida práctica, en la vida de todos los días.

No deben ser dejados de lado los otros dos puntos que fueron mencionados brevemente, aunque, en cierto modo, quedan en este momento en segundo plano: girar en torno al Dios de los altares, girar en torno al Dios de nuestro corazón. También en este sentido, el espíritu de fe debe convertirse en un sentido del olfato por lo divino y en un gusto por lo divino. Ustedes mismos pueden reflexionar sobre lo que eso significa.

Son razones prácticas las que me han movido a detenerme más largamente, especialmente en el Dios de la vida. Se trata del problema actual. El mundo actual ya no quiere reconocer a Dios en lo que antes se denominaba "la acción de su poder de gobierno". Lo rechaza y se pregunta si siquiera existe.. Y si es que existe ¿no está acaso contento en su palacio, sin influir en los sucesos terrenales o en el gobierno del mundo? Se trata, pues, más bien de razones prácticas en la elección del tema.

En esto debemos conocer y apreciar nuestras tradiciones

Además, queremos ahondar, cada vez más y más profundamente, en la escuela de nuestra tradición. Y, desde un principio, eso era, en verdad, lo original: la gran ley de la puerta abierta y la resultante creadora. Girar, pues, en torno al Dios de la vida, al Dios que interviene en nuestra vida diaria. Lo que dijimos ayer ha sido el fundamento de todo. Examinen ustedes todo esto una vez más.

Si avanzamos un poco más y tratamos de sacar las consecuencias prácticas de lo anterior, tocamos un punto que tiene importancia para nosotros, dedicados al estudio. Si ustedes comparan otras comunidades con la nuestra, hallarán en ésta un sistema bien delineado. En las otras comunidades hay toques geniales, toques geniales específicos.

¿Debo dar algunos ejemplos? Pienso que ya lo he hecho antes, pero no importa, lo destacaré de nuevo. Piensen ustedes en los Hermanitos de Jesús. (Los Hermanitos de Jesús son una comunidad con el espíritu de Charles de Foucauld). Ustedes saben de qué se trata. No hay tras ellos un sistema muy elaborado que los oriente y dirija. Sólo dos simples ejercicios: adoración diaria y luego sencillez de vida. ¿Qué significa esto? Es un toque acertado, un toque genial. Por una parte, se adentran en el mundo de la fe a través de la adoración y, por otra, llegan hasta el corazón a través de la vida sencilla.

Nosotros también conocemos esto, naturalmente. Pero como nuestro pensamiento es tan universal -y así debe serlo si pretendemos tener una misión de siglos y milenios- no podemos ni debemos contentarnos con algunas prácticas. Hay algo que no debemos pasar por alto: al desarrollar un sistema global, de grandes líneas, ascético, psicológico, pedagógico y teológico, existe naturalmente el peligro de que nos quedemos demasiado tiempo en la teoría, en el conocimiento intelectual. Pero si captamos el peligro, podemos enfrentarlo.

Piensen en los Focolarinos: ellos tienen también diversas prácticas específicas. Viven, por ejemplo, de la manera más simple, a partir de un pensamiento sencillo: "el Dios de nuestro corazón"; todos somos miembros de Cristo. Deben notar cuánto aportan las ideas vivas sobre el Cuerpo Místico de Cristo para la transformación del hombre.

No es que nosotros no tengamos esto. Se trata de que, primero, lo hemos fundamentado científicamente desde todo punto de vista. Y, además, el pensamiento de membralidad lo hemos introducido e incorporado a un sistema de enorme amplitud. Por eso, todos nosotros -también los que estudiamos, puesto que, por medio del estudio reforzamos los fundamentos esenciales y científicos- debemos aprender constantemente a descender a la vida práctica. Yo siento y sé que ustedes tienen necesidad de ello. De allí proviene la cuestión de saber aplicar concretamente todo lo que ya hemos dicho sobre el Dios de la vida.

La historia de nuestra Familia: nuestra escuela

Y ahora, para esbozar siquiera un esquema, deseo destacar dos pensamientos. Primero, todos los días debemos ir a una escuela de aprendizaje; segundo, a una escuela de vida.

Una escuela de aprendizaje: ésta puede y debe ser, ante todo, la historia de nuestra Familia. Si ustedes la conocen y se atreven a sumergirse nuevamente en ella, se arriesgan a adentrarse en ella, así como el buceador osa sumergirse en el fondo del mar, tendrán una inmensa cantidad de atractivo material de enseñanza, que les mostrará hasta qué punto la Familia ha llegado a ser lo que es por el hecho de girar en torno al Dios de la vida.

Todo lo que se ha gestado en la Familia -y permítanme usar otra expresión- exige de por sí el carisma de la fe en la Providencia, lo cual es el fundamento, la base, la fuente de los conocimientos. No sé si en otras comunidades esta fuente ha sido cultivada de manera más detenida, más reflexiva que entre nosotros. Me parece, incluso, que cuando ustedes hayan crecido más, cuando se hayan desarrollado un poco más, habrán llegado -probablemente dentro de un tiempo no lejano- a tener conocimientos igualmente claros, derivados de la propia experiencia o en razón del ulterior desarrollo de la historia de cada cual.

Pienso que basta con esto. Se trata, pues, de la escuela de nuestra propia historia de Familia. Y una vez más: es la escuela -pienso que casi podría decirlo así- la escuela de toda la historia de la salvación. Rompamos, por tanto, los marcos estrechos de la historia de nuestra propia Familia. La historia de la salvación, sea que tenga el cuño católico, evangélico o protestante. Y ya que se trata de descender a la vida diaria, tomaré prestado un caso del ámbito evangélico.

Testimonio de la comunidad evangélica

Hace algunas semanas, nuestros sacerdotes de Schoenstatt -ustedes saben cuánto les gusta hacer peregrinaciones, sobre todo a pie, con mucho espíritu de sacrificio- emprendieron una gira y, entre otras cosas, visitaron a las Hermanas Marianas de Darmstadt (evangélicas). ¿Y qué hallaron allí? Un Schoenstatt "en germen", en lo que a la fe en la Providencia se refiere.

Hacen exactamente como lo hacemos nosotros: mantenerse en las distintas prácticas derivadas de una determinada actitud. No hay allí grandes fundamentos metafísicos. Pienso que debo repetirlo de nuevo un par de veces. Doquiera encuentren ustedes en el ámbito de la Iglesia corrientes de vida, estén atentos y pregúntense: ¿No lo tenemos también nosotros? Verán ustedes que lo tenemos todo, pero de manera tan universal que muchas veces los árboles no nos dejan ver el bosque, especialmente cuando somos jóvenes. Por eso es tan importante, cuando se trata de nuestra manera de enseñar y de la sabiduría de nuestra enseñanza, no quedarnos en los principios y en las actitudes, sino descender diaria y prosaicamente a la vida cotidiana.

¿Qué experiencia tuvieron allí los sacerdotes? Las Hermanas están muy convencidas de que tienen la misión de dar testimonio de la realidad y del obrar de Dios en la historia actual. Es exactamente lo mismo. Con nuestra vida debemos dar testimonio de la existencia de Dios Padre y también de su intervención en la historia.

Más adelante, cuando nos adentremos en la historia de vida o en la sabiduría de vida, es decir, cuando queramos asistir no solamente a la escuela de enseñanza, sino también a la escuela de la sabiduría de vida, entonces pondremos el acento en demostrar con los hechos nuestra fe en que Dios interviene en nuestra vida, en que él existe e interviene en mi vida personal, aun en minucias.

Esto debe ser realizado y vivido experimentalmente. De no ser así, existe el peligro de que todo se quede en la cabeza. En ese caso nos quedaremos en calidad de maestros por lectura, como decían los antiguos místicos, pero no llegaremos a ser maestros por la vida. Hemos citado a menudo este dicho: uno que llega a ser maestro por la vida vale más que mil maestros por lectura. Eso significa, en la práctica, que es valioso tener la cabeza llena de cosas, pero es más valioso que la vida muestre, en nuestro caso, que existe el Dios vivo, que interviene en mi vida y que yo me desposeo con el Dios vivo, el Dios que existe, pero también con su obrar, haciéndome dependiente de ello en forma cabal.

Quiero decirles brevemente qué es lo que allí, en Darmstadt, se mostró a nuestros sacerdotes de Schoenstatt. Fue la fe en la realidad, en la existencia del Dios vivo, especialmente del Dios Padre, hasta el punto de que las Hermanas declaran rotundamente: "Queremos vivir sólo de limosnas; no queremos que se nos pague; no queremos preocuparnos de tomar las medidas económicas necesarias para subsistir, sino -por cierto que esto es, en algún modo, una posición extrema- vivir solamente de limosnas". Y esto es llevado a la práctica de manera férreamente consecuente. Y hasta ahora, la Providencia siempre les ha suministrado el sustento.

¿Qué significa esto? Significa: creo en el Dios de la vida. Y esta fe me insta, insta a toda una comunidad, a adoptar un conducta de esa índole. Por cierto que la ley de contraposición puede desempeñar aquí un papel. Ya que el hombre moderno es tan codicioso y pide más y más seguros, aquí sólo hay un seguro. ¿Y cuál es? La fe en que el Padre viste a los lirios y cuida de los pajarillos del cielo. Esto es la intervención de Dios en nuestras vidas.

¿Hasta dónde llega esta independencia respecto de lo económico? Una de las Hermanas -se trata, indudablemente, de un caso muy simple y sencillo- tenía los pies extraordinariamente grandes. Y ellas no compran nunca nada con bienes propios: cumplen sin excepciones el propósito de depender siempre de las limosnas. Apareció alguien con dinero para un par de zapatos. Todo ese tiempo había estado sin los zapatos adecuados y bien hechos. Por fin tenía la pobre Hermanita la esperanza de comprar un par de zapatos utilizables. Va a la zapatería más cercana, pero el dinero no le alcanza. No puede agregar nada, debe venir de las limosnas. Además, el buen Dios tiene que tener la oportunidad de mostrar que todavía existe. En la zapatería siguiente ocurre lo mismo. Ella había alcanzado a alegrarse, pensando que por fin iba a tener sus zapatos. Va a una tercera zapatería. Allí fueron indulgentes y caritativos y le dijeron que podía llevarse los zapatos por ese dinero. El que viste los lirios y alimenta a los gorriones le había proporcionado un par de zapatos adecuados.

Debo repetirlo. Naturalmente que no actuaríamos así en cada caso particular, por principio, como Familia. No deberíamos hacerlo, porque no estamos condicionados a un solo punto. Hay un concepto análogo en la pobreza. Hay diversas formas de pobreza. Pero debemos tener idéntica dependencia de Dios Padre en todas las situaciones. Tengan presente que esta universalidad puede llegar a ser el día de mañana nuestra debilidad, si no aprendemos y enseñamos a aplicar todas las grandes ideas a la vida diaria, en forma concreta.

Otro caso. Ellas necesitaban un terreno y por eso estaban obligadas a comprar un sitio tras otro, ya que querían un terreno grande. Puedo decirles: estaban tan compenetradas de la Biblia, que decían: "Somos el pueblo escogido y este nuevo pueblo escogido recibirá una nueva tierra prometida".

Estas son asociaciones de ideas que están siendo constantemente acentuadas en la exégesis y en la historia actuales. Lo que Dios ha hecho antes en la historia, hoy también sucede, hoy se repite. Y no sólo debemos alegrarnos por ello, sino que hemos de estar convencidos de que también hoy ocurre, especialmente si creemos pertenecer también al pueblo elegido, al pueblo elegido para los nuevos tiempos. Por eso, la tierra prometida. Ellas llamaron "tierra de Canaán" al terreno que querían comprar y que pensaban que Dios tenía destinado para ellas. Querían conquistarlo y, según relataban, también querían que exteriormente fuera construido y configurado, según esa tierra. Era buscado un terreno, por tanto, que fuese un reflejo exterior en pequeño de la tierra prometida.

La tierra prometida. Ellas querían la tierra prometida; necesitaban para eso otro pedazo de terreno. Una señora a la cual pertenecía ese lugar no quería, por ningún motivo, deshacerse de nada de él. La visitó una Hermana tras otra, pero decía que no, y no y no, eran las Hermanas Marianas protestantes, evangélicas; todo era inútil. Para mostrar cuán apegada

estaba a él, en una ocasión en que volvió una Hermana, había amontonado no sé cuántos cojines sobre su cama y se había tendido sobre ella para mostrar que todo eso era suyo. ¿Y, entonces, qué pasó?

Las Hermanas reflexionaron y se preguntaron, con espíritu de fe: "Se ve que esta señora está aferrada a las cosas terrenales. ¿No querrá Dios darnos con esto una lección?". "¿No querrá él que comencemos por examinarnos a nosotras mismas para ver si en lo íntimo de nuestras almas no estamos demasiado fuertemente aferrados a las cosas terrenales? Podría ser". Por lo tanto, se dijeron las Hermanas: "Hagamos este propósito común: trataremos cada una de ser más libres, más libres ante las cosas terrenales". Habían recién comenzado a hacerlo, apenas habían comenzado, y la señora les dice, de repente, en broma: "Ustedes pueden quedarse con lo que hay debajo; yo sólo quiero tener lo que hay encima". Esto quería decir: "A mí lo que me importa es la fruta. Aquí hay muchos árboles frutales. Quisiera quedarme con ellos. Pero lo que hay debajo, puede ser para ustedes". Entonces acordaron con ella: todos los años le entregarían lo que dieran los árboles y ella estaría dispuesta a cederles todo el terreno.

Son minucias. ¿Pero qué significa esto? Que debemos adentrarnos en la escuela de la historia. Quisiera subrayar nuevamente lo que ya he esbozado, es decir, esta idea: Si somos un pueblo escogido, podemos esperar que recibiremos la tierra prometida.

La tierra prometida. ¿Cómo se presenta ante nosotros nuestra tierra prometida? Ustedes van a decir: "Ante todo y primeramente, para nosotros, es el Monte Sión". Sí, así es. Y dirán: "Por todas partes, en todas las comarcas, en todos los continentes ha de haber un lugar, un lugar para nuestro santuario, lugar para una cierta formación, una escuela de educación. Se trata de verlo todo a la luz de la fe y de allí avanzar, avanzar y avanzar por el camino. No necesitamos, ciertamente, asistir a una escuela protestante evangélica. Podemos quedarnos en el cristianismo como tal."

Testimonios en la vida de la Iglesia

Les contaré un par de ejemplos. Había una Hermana que fundó una congregación y fue a París, quería obtener permiso para fundar un establecimiento. El cardenal estaba dispuesto, pero surgió una duda: "¿Y el dinero? ¿Dónde conseguirá usted una casa?". La respuesta es sencilla: "¡Pero si basta asomarse a la ventana! ¡Hay tantos edificios de magnífico estilo! La Santísima Virgen lo arreglará todo para regalarnos todas las casas que necesitamos". ¿Comprenden ustedes de qué se trata? Esto es, sencillamente, la fe concreta. A eso debemos estar atentos. Y de eso se tratará también cuando transformemos la escuela de enseñanza en una escuela de la vida.

O piensen, si quieren, en Don Bosco. Ustedes saben que su madre estaba siempre dispuesta a ayudarlo. Pero, un día, él discurre un plan que aun para su madre creyente resultaba demasiado grande, de miras demasiado ambiciosas, demasiado difícil de llevar a cabo. Quería construir una gran iglesia para la Virgen María, pero no tenía un centavo. Le expuso el plan a su madre. Ella se resistió: "no podría ayudarte en eso". El le dijo entonces: "Ponte en el caso de que tuvieses el dinero". -"Bueno, te lo daría inmediatamente". - ¿Y crees que la Santísima Virgen no tiene suficiente dinero?"

¿Captan ustedes el candor que hay tras ello? Debemos hacer nuestros los principios que hay detrás. Su aplicación puede ser muy diferente. Reflexionen sobre ello. La respuesta ya la tienen.

La madre de Don Bosco quedó conforme. Él comenzó a construir y la Santísima Virgen, en realidad, tenía mucho dinero. Se preocupó de que se abriesen los monederos. Y él logró terminar su gran iglesia para la Virgen María.

Me parece que estos pequeños ejemplos de la vida diaria debieran influir en nosotros. Esta es la gran pregunta para todos nosotros. Estamos ante el examen, necesitamos esto o aquello. Sabemos, ciertamente, que Dios es todopoderoso. ¿Pero lo es también ahora, justamente en mi caso? Bien sabemos cómo resolvió san Ignacio el problema, desde su base. Es un misterio, naturalmente, la colaboración entre la causa primera y segunda. Se nos ha dicho que el Salvador advirtió que no debíamos angustiarnos por las cosas. Pero debemos preocuparnos de hacerlas, si no todo sería demasiado simple.

Esta fe sencilla debe reflejarse en nuestra vida diaria

Constantemente nos sentimos apremiados y pensamos: "Debemos hacerlo nosotros, nosotros mismos". Resumo ahora lo que hemos conversado tantas veces en privado unos con otros, -volveré una vez más sobre ello-. Ocurre que en nuestra vida religiosa no logramos atravesar un puente. ¿Y cuál es este puente? El del eticismo, de la falsa exigencia ética. ¿Qué significa esto? Hacemos planes y pensamos naturalmente: "Si los he formulado, tengo que apretar los dientes y ¡ay! si no los cumplo". Así es, pero pronto, todo se hace trizas. Noche a noche, al hacer el examen de conciencia, nada ha resultado. ¿Cuánto no he prometido firmemente, hoy mismo, en la meditación de la mañana y hoy en la noche? *Nos cum prole pia, benedicat Virgo Maria.*⁵⁶ Así y todo, nada se ha logrado.

¿Ven ustedes qué está en juego? Se trata, en primer lugar, de algo por lo cual a nuestra edad es valiosísimo esforzarse: quisiéramos ser éticamente perfectos. Pero tenemos un talón de Aquiles -nuevamente hemos de hablar con imágenes- y no logramos superarlo. Cada día ustedes podrán reforzar sus propósitos y elevarlos hasta las alturas y verán: mientras más propósitos, más son vulnerados. ¿Qué significa esto? No hallamos el camino hacia el otro mundo, no hallamos el camino hacia el Dios omnipotente, hacia la sabiduría educadora de Dios. Inmediatamente les hablaré en forma más detallada de ello. Tengan ustedes presente tales cosas para que vean cuán importantes son estas reflexiones sencillas que nos dan tanto y tan largo trabajo.

Y retrocedo una vez más en la historia de la Iglesia católica. Un fundador muy santo hizo en mucho mayor medida todo lo que las Hermanas de Darmstadt hacen. Giuseppe Cottolengo, 1786-1842, canonizado en 1935, fundó en 1828, en Turín, la "Pequeña casa de la Divina Providencia". Surgió así una ciudad, una especie de ciudad, absolutamente dependiente de las limosnas. Y siempre basándose en la confianza; siempre estaba allí todo lo que era necesario. Eso era tomar literalmente aquello de los pájaros del cielo y los lirios del campo, ¿no es verdad?

No es necesario tomar esto en cada caso en forma demasiado literal, pero debemos tomarlo seriamente. Veán, queremos tener una escuela de formación, en la cual puedan participar todos los que se quieran esforzar. En estos aspectos sólo algunos pueden mantenerse firmes por un tiempo determinado, pero cuando hay ante nosotros una organización mundial, que Dios quiere construir por medio de nosotros, sus burritos, la doctrina tiene que ser clara. Entonces, debemos tener el valor de aplicar en los casos concretos aquello en lo que creemos. Pienso que con esto les he mostrado, aproximadamente, cómo debe ser la escuela de formación, a la cual hemos de asistir para la práctica.

La escuela de la vida

Sigamos adelante. ¿Y qué hay de la escuela de la vida? Les he dicho o, más bien, recordado a los miembros del curso *Pater fidei* ⁵⁷ en otra oportunidad, una pequeña comunidad afín de los Sacerdotes de Schoenstatt que se esfuerza también por tener esta fe concreta en la Providencia. Hacen innumerables pequeños experimentos. Puede que haya tras esto un cierto gozo propio de los descubridores, pero de suyo es algo bueno, porque, en general, especialmente los más antiguos de entre nuestras filas, estamos muy dispuestos a desplegar un gran sistema, pero cuando se trata de aplicarlo prácticamente, se acabó la fiesta.

¿Qué hemos de hacer entonces cuando queremos pasar de la escuela de formación a la escuela de vida? Dicho de otro modo: ¿Qué podemos hacer para gustar experimentalmente la fe en la Providencia?

Debo primero trazar de nuevo un esquema, porque se trata, una vez más, de cuestiones que ya hemos resuelto, pero creo que no vemos ni comprendemos bien la solución en toda su envergadura.

Pienso que debo mencionar primero nuestra manera preferida de meditación. Ustedes la conocen: elegir la vida como objeto de nuestra meditación. La vida es tan importante para nosotros. Con el tiempo deberíamos lograr en esto cierta maestría, de modo que ya no necesitaríamos aplicar o ejercitar este método de meditación en cuanto método, porque ello ya se ha hecho carne de nuestra carne.

¿De qué trata entonces este método de meditación? Ustedes conocen las sencillas imágenes que hemos mantenido desde un principio. Se trata aquí de una cosa: colocar los peldaños. ¿Dónde colocarlos? ¿Qué peldaños? Son los peldaños de la razón y del corazón creyentes. La razón creyente contempla y considera cada suceso de nuestra vida, aun el más pequeño y también el más grande, como una catedral -diría yo- en cuya cima está Dios. Es sólo una imagen sencilla. Debemos hacer transparentes las cosas, transparentes por medio de la fe. Utilizamos la razón creyente para ascender los escalones y ver allá arriba a Dios.

Todas las expresiones que conocemos deben ser repetidas aquí. Les ruego que no esperen absolutamente nada nuevo, sino una vigorosa admonición: "Debo hacer esto. Si no lo hago, no puedo esperar que la gracia divina siga conduciéndome el día de mañana". Ustedes deben percatarse de que todo viene de Dios. El tiene las riendas en sus manos. Todo lo que nos ha ocurrido durante el día es un saludo de Dios Padre, pero he olvidado devolverle el saludo y reconocer que él está detrás de ello.

Actualmente, en toda la Familia hay una imagen sencilla. Queremos y debemos hacerla nuestra de nuevo. Fijándonos en esa imagen podemos imaginarnos que no sólo el ojo del Padre nos contempla y observa siempre como a la pupila de sus ojos, sino que somos la pupila de los ojos de Dios Padre. Siempre nos mira con complacencia. Esto es de por sí la aplicación práctica de una gran consigna y de una gran convicción: mi vida práctica es la realización de un plan de amor, sabiduría y omnipotencia. El me mira, El me saluda.

Hay otra imagen que también viene al caso. El me toca con su mano paternal que es siempre bondadosa, pero, a veces, curiosamente, esta mano paternal se reviste de un guante de hierro. ¿Qué aspecto tiene este guante de hierro? Es el prójimo, cuando me hace daño.

Y, frecuentemente, de esto se trata frecuentemente en nuestra vida comunitaria. Chocan entre sí las maneras de ser o yo no me entiendo con mis superiores y siempre me aflige el hecho de que no me entiendan. Fíjense en la vida diaria tal como se presenta ante ustedes.

¿Ven ahora dónde están los guantes de hierro? Sí: es la flagrante injusticia que cometen conmigo, me quitan mi honor. ¿En qué consiste entonces la actitud fundamental de la fe en la Providencia? En girar en la vida en torno al Padre, al Dios de la vida, al Dios Padre de la vida. Tengo que mirar a través de estos guantes de hierro y descubrir allí la bondadosa mano del Padre. Necesito el guante de hierro, tengo que ser sacudido, remecido. Si eso lo hace Dios y la actitud de fe en la Providencia me convence de ello, ¿qué importa entonces?

Había comenzado justamente a explicar cómo resuelve el problema san Ignacio. Volvamos rápidamente sobre el punto. El dice: en toda situación tengo que verme a mí mismo como si no hubiese Dios y, por otra parte, ver a Dios como si no hubiese colaboración personal. Esto significa, en todas las situaciones, que para nosotros vale siempre y en todos los casos, con gran unilateralidad, ver en todas partes a Dios.

No debemos pasar por alto al ser humano, ni decir "lo que hace está siempre bien". Porque lo que hacen puede ser pecado, pecado grave. Pero no se trata de eso. Más allá del gran pecador, debo ver la mano de Dios. El se vale del pecador, que puede ser, por ejemplo, el estado o quien fuere. Pero hagamos transparentes las cosas. Todo debe ser hecho transparente y hemos de ver a Dios tras todas las cosas.

Debemos descubrir al Dios de la vida en la meditación

Pasión por Dios, instinto de lo divino, gusto por lo divino. Todo un mundo surge nuevamente de este modo ante nosotros. Por lo tanto, apliquemos nuestro método de meditación: subir los peldaños, ver a Dios allá en lo alto con la razón creyente. También debo verlo, aunque se ponga guantes de hierro. Hay que subir los peldaños, pero no sólo con la razón, sino también con el corazón. Ahora hago lo que antes había olvidado, con el corazón abarco toda su persona; le entrego a Dios nuevos derechos sobre mí mismo para que él haga lo que quiera conmigo.

He de insistir, una vez, más en que ustedes no deben considerar todo esto como una sabiduría de doctrina, sino como una sabiduría de vida y han de incorporarlo a la vida diaria. ¿Quién de nosotros no tiene suficientes ocasiones para decir de uno u otro de

nuestros prójimos: "¡Cuán a menudo me ha herido hoy día sin quererlo!"". Son pinchazos; somos así.

Tomen en cuenta que en medio de la vida, en el mundo exterior, ya como sacerdotes preparados, podemos darnos a la fuga -mejor dicho- podemos huir de nosotros mismos. Pero cuando volvemos a la soledad, cuando estamos solos con nosotros mismos, notamos cuántos pinchazos no han sido elaborados en nuestro interior. Entonces notan ustedes que todos estos pinchazos se unen, por así decirlo, forman una gran montaña y ella se desploma sobre nosotros. ¿Por qué? No hemos sabido arreglárnosla con las impresiones no asimiladas. No hemos logrado ver detrás de ello, la mano del Padre, el corazón del Padre.

El método, por eso, llama nuestra atención sobre la necesidad de reflexionar y gustar una y otra vez lo que Dios Padre ha puesto ante nosotros, sea ayer o anteayer o durante la vida pasada. Para ir más a fondo y dominar la vida práctica más enérgicamente, preguntémosnos: ¿Qué puede suceder hoy? Tengo que dar examen ¡y qué examen! Tengo que ir al médico y siento angustia y preocupación. Parece ser cáncer. ¿Y ahora qué sucederá? Debemos preponderar todo esto, por así decirlo. También en estos casos, Dios está allá en lo alto. Subamos los escalones y veamos a Dios allá arriba. Apoyémonos en eso y subamos con el corazón.

Fíjense en lo que da a la larga una sólida educación. Y si quieren ser grandes o pequeños héroes o mártires de la fe, no podrán fácilmente prescindir de ese método. Por cierto que Dios puede derramar sobre nosotros, por pura misericordia de su amor, chorros de fe en la Providencia, pero no lo hace generalmente.

¿Qué ocurrió en aquel tiempo en el caso de Zaqueo? El quería ver al Señor y se subió a un árbol, pero luego debió bajar de allí. Piensen en san Pablo. Cabalgaba en su corcel. Primero debió hacerse pequeño y ser derribado de su caballo, derribado del sentimiento de su propia excelencia y de la adoración de sí mismo.

La Alianza de Amor me pide asumir con fe en la Providencia los momentos difíciles

Con esto toco una segunda clase de reflexiones, igualmente importante. Ahora tengo que tratar de resolver algunos pequeños asuntos de la vida diaria. ¿Puedo mencionar algunos? Supongan que tienen una gran preocupación, una preocupación espiritual o corporal, por ustedes mismos o por sus padres o por un hermano o hermana. Ustedes tienen que hacerse estas reflexiones: ¿Cuál es propiamente el sentido de nuestra Alianza de Amor? Es una alianza recíproca y no es sólo un intercambio recíproco de corazones, sino también un intercambio de dones y tareas.

Estoy en una situación difícil. Me doy cuenta de que no puedo resolver el problema. Entonces hay que tomar en serio el intercambio de tareas. Le digo a la Santísima Virgen: "Así son las cosas: yo no soy capaz; tú has prometido, en virtud de la recíproca Alianza de Amor, asumir mis trabajos. Por eso yo te lo recuerdo: tú debes cuidar de mi hermano, preocuparte de que las cosas se arreglen en su matrimonio (u otra cosa así). Y yo emprenderé nuevamente la tarea de preocuparme de que tú seas reconocida en todas partes".

Les puedo decir que éste ha sido para mí el secreto de una paz soberana en todo momento. Nunca he tenido en mi vida más tranquilidad que cuando las balas silbaban junto a mis oídos. Podría darles innumerable ejemplos. Así ocurrió cuando se trataba de entenderse en Roma con el P. Visitador respecto de lo que él quería con Schoenstatt. Habría sido sumamente fácil conceder muchas cosas, también posteriormente. ¡Cuántas veces se me recomendó decir sencillamente que sí, para que todo se arreglara! Pero en todo caso, siempre estuvo presente el pensamiento de que ya no me quedaba nada más que hacer, sino construir sobre el fundamento de la Santísima Virgen y confiar en ella, nada más que hacer, sino glorificarla y decirle que lo demás le tocaba enfrentarlo a ella. Hay tras esto una cierta ligereza, pero se trata de una ligereza divina.

Veán, Dios es frecuentemente un divino comediante. Puede hacer muy a menudo cosas tan alegres, chistosas, así es. El también hace cosas chistosas, divertidas. No doy con la fórmula exacta, el tono preciso. Todo esto tienen que tenerlo presente y tomarlo en cuenta. ¡Cuán sencilla se hace así nuestra vida, cuán simple! ¡Qué naturaleza tan vigorosa adquirimos de la noche a la mañana!

Hoy en la mañana, cuando reflexionaba sobre lo que deseaba decirles, recurrí nuevamente al librito que ayer no les terminé de leer. No sabía qué decía y no quise confundirme. Lo hice hoy en la mañana. Hay allí una frase breve, debo decir que es verdadera, porque de lo contrario no la habría dicho. Debo haberla dicho al principio. Más adelante no hablé nunca más de ello.

"Después de haber sido separado de todas las cosas... (Se trata de la situación en Dachau...), después de haber sido separado de todas las cosas, de los seres queridos, de los éxitos, de la existencia de la Familia tan ardientemente querida, no me quedó más que la convicción..." (Ustedes tienen que fijarse en la fe que hay allí...) "... de que ahora nos encaminamos hacia una época en que Dios hará cosas maravillosas".

¿Qué significa todo esto? Todo se ha roto, todo lo humano, ya no hay absolutamente nada más que pueda ser un apoyo humano. Fíjense ustedes en esta fe vigorosa, en la realidad de la Alianza de Amor; es decir, la realidad del mundo del más allá.

"...ahora nos encaminamos hacia una época en que Dios hará cosas maravillosas, hacia un cortejo triunfal como jamás lo hemos visto en nuestra historia".

¿Comprenden lo que esto quiere decir? Es aquello por lo cual todos deberíamos esforzarnos: girar en torno al Dios de la vida, tomar en serio al Dios de la vida. Es el hombre abierto al más allá. Yo les he leído algo sobre ello, al principio. Se trata siempre del hombre abierto al más allá, del hombre que ve con claridad las cosas, con profundidad y amplitud. ¿Por qué? Tenemos que verlo todo con el lente de Dios. Y es un lente lleno de luz.

El hombre abierto al más allá es siempre animoso. Cuánta osadía hay tras todas estas cosas, pero es también victorioso. ¿Por qué victorioso en este caso? El asno es aquí una cosa de poca importancia. ¿Qué es lo importante? El que va sobre el asno. Yo no tengo nada más que hacer, sino confesar con sencillez mi pequeñez, mi dependencia, mi cariño, y arrojarme entonces sin reservas en los brazos del Dios eterno y misericordioso.

Debemos ser hombres de confianza heroica

¿Ven ustedes lo que debemos hacer? Debemos hacer experimentos, probar. ¿Qué debo hacer en las grandes dificultades? Recurrir a la confianza cuando se trata de asuntos económicos, de salud, religiosos o éticos; o cuando me perturban los problemas sexuales. Ustedes tienen que perseverar en este pensamiento: la Alianza de Amor es un intercambio recíproco y cabal de corazones, dones y tareas. "Yo lo puedo todo en Aquél que me fortalece". *Mater perfectam habebit curam et victoriam!* 58

Ahora bien, ¿es suficientemente práctico todo esto, concreto, algo seguro de donde asirnos? Quisiera destacar nuevamente un punto que ya he tocado antes y que va a ser después, el tema *per eminentiam*, por excelencia. cuando elaboremos el segundo significado de la idea *Victoria Patris*, la victoria del Padre. Porque a través de esta pequeñez, de este conocimiento, de esta confesión y aceptación de nuestras debilidades -cuando nos arrojan del caballo y debemos bajar del árbol- recién comenzamos a ser religiosos. Todo lo demás es ético. Quisiera ser un hombre éticamente perfecto. Es imposible; no lo lograré, al menos en la actual situación.

Entonces comienza el quiebre y la irrupción de lo religioso. Confieso mi miseria y estoy convencido de que esta confesión y aceptación es, por así decirlo, un imán que atrae sobre mí en forma inagotable el amor paternal y misericordioso de Dios. Hay una abertura, pero no logramos pasar a través de ella. ¿Por qué? Porque hay sobre ella una tabla, ¡y qué tabla!

Si no la quebramos no llegaremos nunca a ser hombres marcadamente religiosos. Tendremos ideas religiosas, hablaremos de cosas de religión, tendremos boca religiosa, pero no tendremos un corazón religioso ni una vida religiosa. Entonces, el 31 de Mayo no nos ha tocado en lo más mínimo en cuanto al asemejamiento y a la incorporación.

Podemos volver a reflexionar una y otra vez sobre estas ideas y otras similares, pero no hemos llegado al final, ni mucho menos. Quisiera darles vuelta una y otra vez hasta que tengamos el sentimiento y la convicción de que nos entendemos y subimos a la barca de la Familia, de la que ha dicho san Francisco de Sales: en la barca del amor de Dios, no hay esclavos como en las galeras, sino solamente remeros voluntarios. (Exerzitiien für Theologie-Studenten 1967)

El plan de Dios es un plan de sabiduría, omnipotencia y amor

Texto 87

"Debemos convertirnos en hijos de la Providencia; los dos pensamientos se complementan. Este también es un fruto de mucha importancia. ¡Cuánto sufrimiento hemos tenido que soportar hasta ahora! El cáliz del sufrimiento ha estado lleno hasta los bordes. ¿No habrá preparado Dios otros cálices para el futuro? ¿Cuándo podremos vaciarlos? ¿Cuándo seremos capaces de llevar la cruz y el sufrimiento? La respuesta nos la ha dado claramente la historia de la Familia: Lo seremos cuando y en la medida en que seamos hijos de la Providencia. ¿Qué significa esto? Debemos tener la más viva convicción de que Dios ha trazado un plan, no tan sólo un plan universal, sino también un plan propio para mi vida personal. ¿Quién ha trazado este plan? No sólo la sabiduría y el poder de Dios, sino

también *el amor* de Dios. Es, por lo tanto, un plan de sabiduría, de omnipotencia y, sobre todo, un plan de amor.

Deben escuchar atentamente esta frase: Mi plan de vida es *un plan de amor*. Y es cierto. ¿Qué significa? Si nos ponemos con ambos pies sobre esta base, vitalmente, con todo nuestro ser -también cuando no sepamos qué hacer en un caso particular, con tal que tengamos de antemano la disposición a ello- estaremos seguros en toda situación de que se trata de un plan de amor. Así sabré que en ese plan estaba incluido tal o cual sufrimiento.

Ser hijo de la Providencia significa partir de la base de que todo golpe de destino, toda alegría, sufrimiento, desilusión, es constitutivo esencial del plan de omnipotencia, de sabiduría y de amor de Dios. El hijo de la Providencia se siente en todas las situaciones un hijo predilecto de Dios. No se trata de que Dios esté dormido, antes bien, es como si Dios y yo estuviésemos solos en el mundo. Con tal esmero sostiene él los hilos de mi vida. Yo soy la ocupación predilecta de Dios y Dios es mi ocupación predilecta, personal. En la práctica, es esto lo que significa ser hijo de la Providencia. El hijo de la Providencia vive, por consiguiente, del espíritu de la Familia, ya que el espíritu de Schoenstatt es el espíritu de la Providencia. Ustedes pueden aplicar a esto la otra frase: la filialidad sencilla pertenece a nuestra estructura esencial, a nuestra espiritualidad. No en vano hemos hablado de la genialidad de la ingenuidad. Ingenuidad no es primitivismo. Ingenuidad es filialidad, espíritu de filialidad, espíritu providencialista". (Bundestagung 1950, Trad. prov. p.21)

Texto 88

"La realidad del carácter aliancista, esponsalicio, de toda la creación. Es el Dios del amor quien ha creado al mundo como algo existente en sí. El quiere cuidar por todos los medios que el mundo encuentre su camino de vuelta al amor. No rendimos tributo a ningún emanantismo; no hacemos del mundo un ídolo. Si el Dios del amor ha creado al mundo por amor y para el amor, para que busque una unión de amor con él, entonces la historia debe representar una historia de alianza entre Dios y la criatura. Una alianza esponsalicia.

El mundo debe unirse nuevamente en forma esponsal con Aquél de quien brotó en el amor. Por eso, la conocida verdad a la que tan a menudo recurrimos: *Deus quaerit diligentes se*.⁵⁹ El busca almas que en y con él amen lo que él ama y como él lo ama. Dios debe tener en mí un objeto de amor. Yo debo ser amado por él, pero yo también debo amarlo a él. Desde esta perspectiva, la historia de mi vida adquiere todo un nuevo sentido y un nuevo contenido. Mi historia de vida debería ser una historia esponsalicia. Leemos esto en el Apocalipsis. La boda del Cordero ha llegado. El Cordero celebra su boda con la creación, con la creación capacitada para ello. Por eso la Iglesia también es llamada Esposa del Cordero. Lo que vale por eminencia de la Iglesia, vale también de la criatura; debe estar esponsalmente abierta para Dios. Para la criatura espiritual vale lo siguiente: el sentido de mi vida es la unión perfecta con Dios, una historia esponsalicia.

Debemos reconocer que, a menudo, la historia del hombre no es una historia esponsalicia con Dios, sino la historia de una separación matrimonial. Desde esta perspectiva, la imagen de la Santísima Virgen adquiere un tinte muy especial: *Una est columba mea, una est sponsa mea*; ⁶⁰(cfr. Ap. 6,9). En último término, el Dios vivo reconoce sólo una paloma,

sólo una esposa a la que quiere llevar al hogar; ésta es la Santísima Virgen como realización cumbre de toda la creación, como representación de toda la creación, como fibula que nos une al Dios eterno.

La Santísima Virgen, como representante nuestra y como cúspide de toda la creación es también el modelo. Así como ella está unida esponsalmente al Dios eterno, así debemos buscar y encontrar nosotros una relación esponsal con la eterna Sabiduría. Así quiere ser tomada la expresión usada en el lema de año: "¡Surja María, surja la pequeña María, la pequeña María abierta a Dios, formada por Cristo y formadora de Cristo!".

Así como la Santísima Virgen dependió íntimamente de Cristo, así, en forma semejante, debe actuar toda criatura espiritual. "¡Descienda María, la Esposa y Cooperadora de Cristo y surja en Alemania una tierra santa mariana!". Como ella, formada por Cristo y formadora de Cristo, nosotros debemos actuar en forma abierta a Dios. Esto resuena al escuchar la segunda expresión: El Dios de la vida interviene en la historia del mundo por un sentimiento de benevolencia.

El pensamiento de la fe práctica en la Divina Providencia nos dice lo mismo: Todo es sabiamente previsto por Dios, todo por amor.

Con esto sabemos lo que nuestra afirmación tiene que decirnos". (Auténtica Libertad 2, p. 5).

CAPITULO 4

FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA Y SCHOENSTATT

Este capítulo quiere mostrarnos el papel que la fe práctica en la Divina Providencia ha desempeñado en el Movimiento de Schoenstatt. Esto nos interesa por dos motivos:

Primero, porque se trata aquí de un Movimiento que fue fundado y estructurado por el P. Kentenich, y por eso nos interesa ver cómo él inculcó y cultivó la fe en la Providencia Divina en su fundación. En segundo lugar, porque el Movimiento de Schoenstatt quiere dar una respuesta a la problemática religiosa de nuestro tiempo. Estas dificultades deben ser vistas en la perspectiva actual de la “muerte de Dios”. Por eso, la fe en el Dios “vivo”, en su presencia y actuar en el mundo y en la vida de los hombres, debe constituir una de las características determinantes de un movimiento de renovación religiosa, adaptado al tiempo actual.

Para muchos, que sólo conocen Schoenstatt por fuera, puede ser una sorpresa escuchar que el P. Kentenich nombra la fe en la Divina Providencia como la primera y más importante de las características de la espiritualidad schoenstattiana. A quien entra por primera vez en contacto con Schoenstatt, le llama más bien la atención el lugar de la piedad mariana que aparece más fuertemente en primer plano y, por eso, estará tentado a ver en ella la primera y más importante característica de Schoenstatt.

Frente a quien así opina, debe acentuarse con énfasis que, según las palabras y la voluntad del Fundador, no es María, sino Dios, el Padre Dios, la persona principal en torno a la cual debe girar la vida religiosa, tanto del individuo como del Movimiento en su totalidad. La devoción que se cultiva en Schoenstatt es, por supuesto, mariana, pero es por eso mismo al mismo tiempo, y más aún, patrocéntrica. “Se nos repite y se nos echa en cara que somos singularmente marianos. Pero en la práctica somos -y lo digo acentuándolo- singularmente patrocéntricos y somos de manera singular patrocéntricos, porque somos de manera singular marianos”. (Exerzitien für Theologie-Studenten, 1967)

La espiritualidad patrocéntrica del Movimiento de Schoenstatt se muestra, precisamente, en que en ella la fe en la Divina Providencia tiene un lugar especialísimo. En una oportunidad, el P. Kentenich caracterizó este lugar del siguiente modo: “Schoenstatt es en su devenir, en su esencia y en su actuar, marcadamente un hijo de la Providencia” (Schlüssel zum Verständnis Schönstatts. Studie 1951) En esta frase se contienen tres afirmaciones:

1. La fe en la Divina Providencia ha impregnado toda la historia de Schoenstatt.
2. Representa para siempre una característica esencial de la espiritualidad schoenstattiana.
3. Schoenstatt tiene la tarea especial de anunciar, en el presente y en el futuro, la fe en la Divina Providencia, difundirla y mantenerla viva hasta el fin de los tiempos.

Dejemos ahora hablar a los textos mismos en los cuales el P. Kentenich nos expone más en detalle esta triple importancia de la fe en la Divina Providencia para el Movimiento de Schoenstatt.

4.1. Fe en la Divina Providencia en la historia de Schoenstatt

Texto 89

Desde sus primeros comienzos hasta ahora, Schoenstatt siempre ha tenido sólo una meta ante sus ojos: Dios y sus planes. No ha sido el propio querer y deseo ni han sido los negocios y regateos ambiciosos los que han guiado sus pasos y han puesto su espíritu en movimiento. En todas las situaciones, se ha orientado en forma rigurosa por la petición del Padrenuestro: "Padre nuestro...hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

En esto tuvo siempre en cuenta las palabras de san Agustín: "Hay dos voluntades: Dios quiere y tú quieres. Tu voluntad debe regirse por la voluntad divina. No debes intentar dar vuelta la voluntad de Dios hacia la tuya. Porque tu voluntad es falible. El querer de Dios es la norma. La norma debe ser tomada en cuenta y la voluntad extraviada debe corregirse de acuerdo con la norma".

Lo mismo nos quiere decir san Francisco de Sales cuando advierte: "Preocúpate de no amar la voluntad de Dios porque está de acuerdo con la tuya, sino por el contrario; ama la tuya, solamente, porque corresponde a la de Dios".

Si quisiéramos caracterizar los anhelos más radicales y más profundos de Schoenstatt; sus cálculos y deseos; sus planes y riesgos; su luchar, llevar y soportar, con sólo una frase, no podríamos elegir una más adecuada que las palabras que Gerardo Majella hizo colocar en grandes letras en la puerta de entrada de su celda de enfermo: "Aquí se realiza la voluntad de Dios: lo que Dios quiere, cómo Dios lo quiere y en cuanto Dios lo quiera". O la frase favorita del mismo santo: "¡Oh santa voluntad de Dios! ¡Oh santa voluntad de Dios! ¡Qué feliz es el que aprende a no querer otra cosa que lo que Dios quiere!".

Es por eso que Schoenstatt ha atravesado y sigue avanzando, tan tranquilo, con tanta seguridad y paz, a través de todos los escollos y tormentas del tiempo..., firmemente convencido de la verdad de la frase: "Solamente cuando aceptamos el mandato de una voluntad superior, que nos exige grandes cosas y que piensa grandes cosas de nosotros, podemos encontrar la paz" (Prohászka).

Todo esto es lo que queremos declarar cuando con alegría decimos: Schoenstatt es *per eminentiam*, "por excelencia", un hijo de la Providencia. Se ha esmerado siempre, siguiendo la ley de la puerta abierta, en averiguar y realizar los planes de Dios respecto del ser y del deber, también cuando fue necesario escalar empinadas cumbres y cruzar profundos abismos. Y hemos sido ampliamente bendecidos con ambos obstáculos...

¡Cómo habríamos podido llegar nosotros, -que nos contamos entre los pequeños y desconocidos en el mundo y la Iglesia- a nuestra imagen directriz, que posee tanta grandeza y actualidad universal; cómo habríamos podido llegar a nuestra gigantesca y novedosa visión del futuro y a su realización que, tanto en el país como en el extranjero, se lleva a cabo, paso a paso, pero con una progresión claramente perceptible, si Dios no hubiese estado detrás de todo esto! Sin Dios, sólo sería explicable por un delirio humano de grandeza o atribuyéndolo a una influencia diabólica o viendo a Schoenstatt como obra e

instrumento en manos de Lucifer... Contra esto se levantaría necesariamente en protesta todo lo que la historia de Schoenstatt puede informarnos: Los frutos sobrenaturales, de raíces sobrenaturales, los medios sobrenaturales de la oración, el sacrificio y el dolor y sus fines sobrenaturales...

Por eso, no es el hombre, sino Dios quien está en el comienzo de la historia de Schoenstatt. Así lo expresa claramente el Acta de Fundación: "Quien conoce el pasado de nuestra Congregación no tendrá dificultades en creer que la Divina Providencia tiene designios especiales respecto a ella" (Documentos de Schoenstatt, p.62). Dios está presente en cada etapa, en cada acontecimiento... Cada eslabón de la larga cadena de manifestaciones de vida y formas de organización lleva impreso en su frente la frase: "Aquí se realiza la voluntad de Dios"... Kolping dice: "Saber que Dios guía nuestro camino es una gran sabiduría en la vida; lástima que generalmente la alcanzamos demasiado tarde". Casi nos atreveríamos a decir que a todos los hijos de Schoenstatt se les da esta sabiduría desde la cuna, es decir, se les regala unida a su consagración a la Madre tres veces Admirable. Como hijos de la Divina Providencia aprendemos muy pronto a amar la voluntad de Dios y a cumplir las palabras de Guardini: "Mientras más profundidad alcanza un cristiano, más despierta en él la preocupación por la voluntad de Dios, más conciencia adquiere de que esa voluntad es lo más valioso, lo más delicado y poderoso en uno". Nosotros agregamos: Y todo esto porque esta voluntad no es algo rígido que sólo conoce mandatos sino que está dirigida por el amor infinito del Padre Dios. A esto hace clara referencia la oración del Señor. No en vano nos insta sin más a rezar: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo..." Primero debemos tomar conciencia de que Dios es nuestro Padre... Por eso la advocación: "Padre nuestro..." (Brasilienterziat 1952/53)

Schoenstatt se ha ido desarrollando según el plan divino...

Texto 90

En Schoenstatt nada ha sido "fabricado", en el mal sentido de la palabra, sino que todo se ha desarrollado en forma lenta y consecuente, según el plan divino que se nos ha manifestado, poco a poco, por la misteriosa conducción de Dios a través de la ley de la puerta abierta... Esto vale no sólo para el Acta de Fundación como un todo, sino también para cada una de sus partes. Estas están compenetradas por las ideas y las fuerzas vitales presentes en la prehistoria de Schoenstatt, desde 1912, y llevan en sí la historia posterior hasta nuestros tiempos y -Dios lo quiera- hasta el fin de los tiempos (...) (Brasilienterziat 1952/53)

... leído en la Fe Práctica en la Divina Providencia

Texto 91

No es difícil demostrar cómo la Familia, en su desarrollo y en su crecimiento, se ha alimentado, hasta hoy, en forma sobresaliente, de esta fuente. Con cuánta frecuencia hemos oído y reconocido que no ha sido ni una visión ni sueños visionarios, quienes han apadrinado su fundación y desarrollo, sino sólo la simple fe práctica en la Divina Providencia. Una fe en la Divina Providencia que ha sabido ver, reconocer y aceptar la bondadosa y poderosa mano paterna que ata y enlaza y el deseo suplicante del Padre que se

nos han manifestado de a poco en los problemas y necesidades del tiempo, en los grandes acontecimientos del mundo y en su conducción y disposiciones en nuestro pequeño círculo. Así, no vale para nosotros la acusación del Señor: "Sabéis interpretar los signos del cielo y, sin embargo, no sabéis interpretar las señales de los tiempos" (Mt 16,3).

El fundamento del contrato de fundación y del Acta de Fundación es el deseo y la voluntad de Dios tal como lo hemos interpretado, providencialmente, a partir de la historia instrumental de la Congregación. Hay que fijarse en el siguiente párrafo: "¡Cuántas veces en la historia del mundo, ha sido lo pequeño e insignificante el origen de lo grande, de lo más grande! ¿Por qué no podría suceder también lo mismo con nosotros? Quien conoce el pasado de nuestra Congregación no tendrá dificultades en creer que la Divina Providencia tiene designios especiales respecto a ella" (Documentos de Schoenstatt, p. 62)

En el comienzo de la historia de nuestra Familia no está, pues, el hombre, sino Dios; no está el querer humano, sino el plan y el deseo de Dios. El hombre pequeño sólo buscó y busca, lleno de respeto, averiguar el grandioso y bondadoso plan de Dios y adaptarse a él. Desde entonces, ha sido siempre una costumbre que se ha ido enraizando y desarrollando cada vez más entre nosotros, preguntarse en todas las ocasiones y acontecimientos: ¿Qué quiere con esto el Padre Dios? ¿Qué plan tiene la Divina Providencia? Y debido a que, como hijos de la guerra, hemos sido tan abundantemente sacudidos y agitados por distintos lados, esta actitud se ha hecho carne de nuestra carne, se ha hecho casi como una segunda naturaleza (Marianische Werkzeugsfrömmigkeit 1944).

Schoenstatt se guía por la "ley de la puerta abierta"

Texto 92

Dios está, pues, al comienzo de la Obra; está en su centro y quiere también estar al final. La cooperación humana se limita a escuchar y obedecer filialmente. La expresión "ley de la puerta abierta" nos muestra dónde está la dificultad en todo esto. Esta expresión, que quiere representarnos la fe en la Providencia, está tomada del léxico y de la sabiduría de vida de san Pablo. Él estaba totalmente compenetrado por la gran idea de su vida: estaba llamado y designado para *omnia instaurare in Christo* ⁶¹(Ef 1,10). Dónde debía ir para alcanzar este fin y qué debía hacer en particular para ello, se lo hacía mostrar y decir por el Señor a través de los acontecimientos, de las puertas que se abrían (1Cor 16,8 y ss.; 2Cor 2,12).

En la primera carta a los Corintios dice: *ostium apertum magnum et evidens* ⁶². Pero éste no ha sido siempre el caso. A menudo se ha dado la situación de que la puerta no estaba ampliamente abierta, por lo menos no en la consideración de la inteligencia humana, aunque estuviese guiada por la gracia. Solamente se abría una rendija.

Sólo una actitud profundamente sobrenatural podía ver aquí más claro y actuar con mayor decisión; el teólogo dogmático habla en este contexto, como ya lo hemos insinuado, del perfeccionamiento de las virtudes teologales por los dones del Espíritu Santo. No es raro que todo esto signifique para la naturaleza un salto mortal para el entendimiento, la voluntad y el corazón. (Schlüssel zum Verständnis Schönstatts. Studie 1951)

No buscamos signos extraordinarios, sino que nos guiamos por la fe práctica en la Providencia

En este contexto, hacemos bien en tomar nuevamente conciencia de que todo lo que reivindicamos como propiedad original nuestra, tiene comprobadamente su origen en la fe en la Divina Providencia -a la que también llamamos 'ley de la puerta abierta'-. Sea que pensemos en el esclarecimiento del plan que Dios ha tenido con Schoenstatt, con su Santuario y con el gran Movimiento de renovación unido a él, o en el fin y los medios de que la Familia se ha servido; o en el espíritu y la forma, la organización y el organismo (de vinculaciones) tal como se ha desarrollado en el correr de los años; o en la audaz osadía y espíritu combativo, en la confianza heroica y el glorioso sentido de victoria que se ha mantenido en las más desesperadas circunstancias: todo, todo señala claramente hacia la fe en la Providencia. Esta, con su recia sencillez, con su carácter de oscuridad y riesgo es todo, menos “pasión por lo moderno”; con su renuncia a los signos y milagros extraordinarios es lo diametralmente opuesto a una “moda sectaria”; y con su clara santidad de la vida diaria y piedad instrumental y su pequeño camino en el espíritu de Santa Teresita, nada tiene que ver con misticismo. Hay que releer lo que en otros lugares ya hemos dicho sobre estas cosas, para convencerse con cuánta injusticia se nos echa al mismo saco con Heroldsbach y otros intentos semejantes. Hay que contar con que en el día de mañana se nos ponga a la misma altura con Nomadelpia, quien cayó en un *misticismo comunista* y que "había defendido principios educacionales que en la pedagogía católica no eran corrientes y despertaron reservas".

El reproche de misticismo flota hoy claramente en el aire. Frente a esto, nos sentimos obligados a declarar nuevamente: Desde un principio es propio y característico de Schoenstatt tener, en cierta manera, una marcada desconfianza frente a todo lo extraordinario, desconfianza como raramente se encuentra en hombres de espíritu sobrenatural, pero que después hemos encontrado en santa Teresita y en san Pío X. La sencilla fe en la Providencia Divina nos ha hecho ver siempre y en todo lugar al Dios de la vida y nos ha hecho buscarlo, amarlo y darle una respuesta a través de nuestra vida. Una respuesta simple, clara y llena de fuerza, dada a través del dominio de la vida diaria querido por Dios, en el ejercicio de sólidas virtudes...

Es difícil expresar cuán grande es el malentendido que se refleja en dicha confusión. ¿De dónde vendrá esto? ¿Estará en esa superficialidad carente de espíritu que habla ciegamente sin antes pensar o comprobar lo que dice, tan propia del hombre moderno masificado? ¿O es fruto de esa postura naturalista que, sin considerarlo, ya de partida pone en la región de la falsa mística toda fe cálida, amante y fuerte en la vida diaria?... ¿O es el demonio que de esta manera -ya que no le ha resultado de otra- quiere quitarnos nuestra sólida fe en la Divina Providencia, cuya destrucción es tan importante para él? (Brasilienterziat 1952/53)

Texto 93

Para un historiador crítico y entendido hay tres hechos que se deducen claramente del análisis de éstos y de muchos otros elementos semejantes:

a. Ha sido la fe práctica en la Divina Providencia la que ha descubierto y ayudado a realizar el plan de Dios con Schoenstatt.

b. Ha sido la fe práctica en la Divina Providencia la que en el correr de los años ha superado las pruebas de fuego.

c. Ha sido la fe práctica en la Divina Providencia la que fue ofrecida y regalada, copiosamente, como gracia y carisma a todos los hijos de Schoenstatt que permanecieron fieles a la Familia, a la Madre de la Familia y a la misión de la Familia.

Las consecuencias de este triple hecho son fáciles de sacar: para quien se haya formado en la escuela de nuestra Alianza de Amor original; para quien haya luchado tan victoriosamente con el Dios de la vida y con lo incomprensible de su conducción y de sus disposiciones, tanto en la propia vida como en la historia de la Familia; para quien haya gustado la sabiduría divina presente en los intrincados obstáculos y el poder infinito de Dios que se manifiesta en una aparente impotencia; para quien haya gustado el amor infinito de Dios presente en las crueldades e injusticias; para ése, no puede resultar difícil poner en las manos todopoderosas, infinitamente buenas e infinitamente sabias del que “está sentado en el trono” (Ap. 4,2), las riendas del acontecer mundial, aunque pareciera que éstas se hubiesen escapado de manos del cochero. Alguien así no necesita temer la amenaza de su existencia cristiana. Muchos hijos de Schoenstatt tuvieron que pasar, en los últimos años, por la prueba de batallas que se asemejaban a un infierno desatado o en prisiones y campos de concentración en los que la muerte y el demonio celebraban un triunfo aterrador y, sin embargo, pasaron la prueba y salieron airosos de ella.

El testimonio que dio hace poco alguien de nuestras filas que padeció largos años en un campo de concentración ruso, nos transmite una experiencia general. Escribe: “Con gran interés pude comprobar cómo en todas las circunstancias la manera schoenstattiana de enfrentar la vida es eficaz. Se acreditó brillantemente. ¡Por eso, sigo fiel a Schoenstatt en todas las situaciones de la vida!” (Josefsbrief 1952)

Texto 94

Al estar reunidos aquí irradiamos tanta luz, tanta simplicidad, que casi se podría creer que no tenemos ningún dolor. Y, sin embargo, si pudiéramos amontonar todo nuestro dolor, resultaría un cerro. El sufrimiento es propio de la vida cristiana, pero debe ser iluminado, estar lleno de sol; debe ser clarificado. Y, ¿de qué manera puede ser clarificado? Pienso que por la ley de la puerta abierta y de la fe práctica en la Divina Providencia.

Desde aquí podemos intentar *penetrar más profundamente en nuestra historia de la Familia*. Hoy en la mañana, decíamos que teníamos que destacar dos puntos de la historia. El gran pensamiento central es: hombre nuevo y nueva comunidad, con carácter universalista. Desde un comienzo fue ésta la gran idea. Y el camino para la realización de esta idea fue señalado por Dios desde el inicio, mediante la ley de la puerta abierta. Ustedes saben lo que esto significa: genialidad de la ingenuidad. Incluso me atrevo a decir que, en este sentido, yo soy mucho más tonto que ustedes. Con esto pienso en la sencillez, en el estar abierto al deseo de Dios, en la disponibilidad de dejar todo, a diestra y siniestra, y dar un sí cordial a todo lo que Dios dice a través de las circunstancias. Aquí tienen una interpretación de la clásica frase: *Omnia unio*, y todo sólo al Unico, todo orientado a él. Lo que no está orientado a él, es secundario. Esta es la actitud fundamental que todos debemos alcanzar.

Noten de qué forma tan sencilla se ensambla todo en el ámbito de nuestra historia. Encontrarán que Dios ha hablado a menudo mediante hojitas sin importancia, secundarias, que llegaban a nuestras manos. Primero, la historia de Bartolo Longo; antes, el pequeño librito: *Medios de salvación para la juventud actual enferma*. En sí, al parecer, eran cosas tan sin importancia. Pero si uno está acostumbrado a tomar cada pequeñez insignificante - aunque sea una mosca- como una señal de Dios, entonces estas cosas ya no son bagatelas. Sólo debo conocer el arte de preguntar: ¿qué quiere Dios con esto?, pues él tiene una intención con ello.

Tomemos un ejemplo. Los envían a Siberia y no tienen ningún apoyo ni conexión; pero están acostumbrados a percibir a Dios detrás de todo, entonces, saldrán adelante sin lectura espiritual. En la vida misma tendrán constantemente lectura espiritual. Yo creo que Dios puede hablar más claramente en la confusión de la vida cotidiana que en la adoración, en una prédica. De este modo, tendré alimento permanente para el entendimiento. No puedo comulgar, no tengo la santa misa, pero, ¿no tengo acaso la comunión con la voluntad divina en cada segundo? ¿No deberíamos prepararnos para tales situaciones? ¡Sin lugar a dudas! Si no lo hacemos, no vivimos en nuestro tiempo, no hemos visto ni valorado suficientemente a Dios en la vida cotidiana". (Bundestagung 1950)

Texto 95

Creo que debieran detenerse nuevamente en estas reflexiones y considerar la ley de la puerta abierta... No pasó mucho tiempo hasta que cayó en mis manos un viejo libraco, el de Hattler: *El P. Rem y sus conferencias marianas*. De repente, me encontré con ese libro. Al hojearlo, nuevamente se abrió una puerta. Hoy sigue siendo así. Cada pequeñez, cada persona que encuentro, lo tomo como un saludo de Dios. Si alguien me expresa un deseo, lo tomo como si todo el mundo dependiera de ese deseo. Esta es una manera de pensar a la que todos deberían aspirar. Y cuando hablamos de fe práctica en la Divina Providencia, éste es manifiestamente también un carisma que Dios ofrece a la Familia. Sabemos que al hablar del mensaje de Schoensatt, el mensaje de la fe Práctica en la Providencia es uno de los más esenciales".(Bundestagung 1950)

Texto 96

"Y se abrió otra puerta; uno de nuestros alumnos tenía un hermano jesuita, que le envió la revista de la Congregación Mariana. Hasta ese entonces, yo mismo conocía la Congregación sólo como una asociación de señoritas. Pero ahora, me aparecía también en la revista como una asociación para jóvenes, para estudiantes. Encontré allí otra cosa, que siempre me interesó: la libre realización personal. Quien quiera educarse como un carácter firme en una comunidad, debe educarse para la autonomía. Es la gran ley: *independencia de carácter mediante actividad propia*. Además, por lo mariano, se agregó un acento religioso a la Congregación. Para mí, en esto había un gran vacío. Lo que yo aspiraba -tal como Pallotti- era el fin último, pero, cada paso en particular, me lo iba mostrando siempre la ley de la puerta abierta. A quien le interese, puede estudiar *cuán poco religiosa era nuestra juventud de aquel entonces*. Por esto, al comienzo, sólo cultivé el aspecto ético. Desde luego, la meta era que todo debía cimentarse religiosamente. Y ahora, en la *Congregación Estudiantil*, encontraba la posibilidad de la actividad propia y, más aún, de

un fuerte enraizamiento religioso. Por este motivo, la decisión de introducir paulatinamente la Congregación mariana en lugar de la congregación misional. ¿Comprueban la ley de la puerta abierta? La meta era siempre la misma, pero cada paso en particular me lo señalaba la Providencia, sin que yo supiera cuál sería". (Bundestagung 1950).

Schoenstatt debió enfrentar muchas dificultades para encontrar y seguir el plan divino

Texto 97

"Sol, detente"... Así oró Josué cuando había vencido a sus enemigos y necesitaba de la luz para perseguirlos y hacerlos definitivamente inofensivos. Y el sol se detuvo... (Jos 10, 12 y ss.)

Schoenstatt, como miembro de la Iglesia militante, es, como ella, un hijo de la guerra; ha nacido en la guerra y ha crecido en la guerra. Siempre estuvo amenazado por la lucha. Así fue y así debe seguir siendo si quiere ser fiel a su misión original. Por eso, marcha por los tiempos como Israel: en una mano la paleta del albañil; en la otra, la espada (Neh.4,9-17). Con una construye en forma original el templo del reino de Dios, el edificio de la Iglesia del futuro; con la otra rechaza a todos los enemigos. El *sol* que allí alumbra, *es el rostro de Dios, tal como refulge en el acontecer del tiempo*; son las insinuaciones y deseos de Dios, que él manifiesta a través del orden de ser de hombres y cosas y del anudar y desatar los acontecimientos públicos y privados, mostrando a través de ellos el camino, haciéndolos itinerario central del vivir y del actuar.

Día a día nos alumbra este sol; día a día el Dios de la vida y de la historia dice así su "palabra-guía": a veces en voz más baja, a veces en voz alta..., pero nunca tan fuerte que no pueda ser pasada por alto o no ser mal entendida.

Así fue desde un principio. En 1914 sólo nos alumbraba un pequeño rayo de luz comparable a la aurora que, muy en la lejanía, se desprende lentamente de la oscuridad. No podíamos volver la mirada más que a dos breves años de historia de Familia y sólo podíamos arriesgar tímidas tentativas de interpretación. Por eso, también, la forma precavida y de tanteos con la cual el Acta de Fundación emprende su obra. Ella dice: "Quien conoce el pasado de nuestra congregación no tendrá dificultades en creer que la Divina Providencia tiene designios especiales respecto a ella". (DSch, Primera Acta de Fundación, N° 7)

En adelante, Dios habló más claramente a través de las circunstancias. Año a año, su luz aumentó más y más. Más claro y más radiante brilló su rostro en la historia de la Familia y del tiempo. Los acontecimientos en torno a Schoenstatt y en Schoenstatt se destacaron más y más independientes y autónomos, en medio de la oscuridad del tiempo, y facilitaron la interpretación providencialista. La voz de Dios penetró más inteligiblemente en nuestros oídos que se agudizaban y se afinaban en una educación constante. Ella exigió riesgos cada vez mayores, riesgos que en los tiempos de guerra sobrepasaron la fisonomía y el peso de los riesgos corrientes.

Esa voz habló siempre en forma contenida y como desde una gran lejanía... Nunca se nos apareció una mano como en tiempos del rey Baltasar, en Nínive, mano que dibujó en la pared signos misteriosos, revelando así plenamente el futuro. Nunca nos habló Dios por el súbito reverdecer y florecer de una vara sin hojas como lo hizo antaño a través de la vara de Aarón. Nunca tuvimos visiones como Cornelio y Pedro. Nunca sueños a través de los cuales nos hubiera hablado como a Don Bosco. No obstante, arriesgamos repetir, año a año, más confiados, la palabra del Mago egipcio: *Hic est digitus Dei* "Aquí está el dedo de Dios". Dios es quien revela su rostro y nos habla a través de los signos del tiempo.

Lo que faltaba a sus palabras en claridad inmediata exigía un salto mortal para el intelecto, la voluntad y el corazón. Audazmente lo hemos realizado. Lo hemos hecho en todas las etapas de la historia. Cada conducción hacia lo alto, cada trepar hacia arriba, cada andar sobre peligrosas cimas exigió este alto precio.

Así, creció en nosotros una marcada conciencia de historia, es decir, la convicción de una misión de Schoenstatt, creadora de historia para la realización de una visión claramente definida del futuro, convicción que emana de una profunda y providencialista interpretación de la historia.

Así se formó Schoenstatt; así ha crecido Schoenstatt; así se alista, año a año, para nuevos trabajos, para nuevas luchas, para nuevas victorias; el Hijo de la guerra es un hijo de la Providencia y quiere permanecerlo eternamente.

Tal claridad de fines, perseguida en forma tan decidida e implacable, nos ha preservado de muchos sufrimientos, sobre todo de la más grande tortura del hombre de hoy: la desconcertante falta de apoyo debida al aparente absurdo e incomprensibilidad en el acontecer del tiempo, que se eleva tan alto como las montañas. Todo el mundo se da cuenta de que el carro de la historia, que se tambalea críticamente, ha llegado a una curva peligrosa. Nadie sabe de seguro lo que acecha más allá. ¿Se trata acaso de un abismo terrible, con sus fauces abiertas, escupiendo muerte y destrucción? ¿O, a lo mejor, de una escarpada montaña cuya cumbre nos invita para mostrarnos el resplandor de un paraíso? ¿O se trata de una llanura serena y fértil? ¿Quién se atreve a desatar el nudo de este asunto tan importante para la vida y la suerte del individuo y de la sociedad? (Oktoberbrief 1949)

La fe práctica en la Divina Providencia nos hace descubrir el plan de Dios

Texto 98

Toda la historia de Schoenstatt ha sido construida sobre la base de la fe práctica en la Divina Providencia. Personalmente, no conozco ninguna otra comunidad en la que aparezca esta característica con tanta fuerza. Schoenstatt ha sido inspirado y se orienta constantemente, por una parte, por su espiritualidad mariana y, por otra, por su captación de la fe práctica en la Divina Providencia.

No basta con aprender a dar el sí al sufrimiento que el Padre Dios me manda a través de las circunstancias o como regalo directo, sino que el providencialismo tiene que convertirse para mí en una fuente de conocimiento, tiene que hacerme descubrir la misión de mi vida,

el programa a seguir y ayudarme a descubrir la voluntad divina y a aceptar su desafío con toda la energía de que soy capaz.(Desiderio Desideravi 5.)

4.2. La Fe en la divina Providencia en la espiritualidad de Schoenstatt

Ya que la fe en la Divina Providencia ha determinado desde un comienzo todo el desarrollo y el crecimiento del Movimiento de Schoenstatt, ésta deberá permanecer para siempre como una característica propia de Schoenstatt, en tanto cuanto el Movimiento quiera permanecer fiel a la estructura que se ha ido gestando en él. El P. Kentenich lo hizo notar clara y frecuentemente. Pero él no solamente fundamentó este hecho en el desarrollo histórico de Schoenstatt, sino también en la misión de Schoenstatt para el futuro. Si en el presente y en el futuro lo que está más amenazado es la fe en el actuar inmanente de Dios en este mundo terreno y en la vida de cada persona, entonces para un movimiento religioso de renovación en nuestro tiempo, la fe viva en la Divina Providencia debe constituir y ser cultivada como la característica específica del mismo.

Texto 99

Me permito recordarles que la fe práctica en la Divina Providencia es una parte constitutiva esencial del espíritu de nuestra Familia. Desde un comienzo, ella ha sido su forma fundamental más viva y su meta más alta. Consciente o inconscientemente, la Familia ha rezado una y otra vez los versos del “Hacia el Padre”: “Sólo conocemos un único anhelo, guíanos según tus sabios planes”.

¿No vale la pena, precisamente en esta situación, recordar nuevamente esto? Ya el Acta de Fundación hace referencia explícita a esta actitud fundamental. Conocen el texto clásico: “Quien conoce el pasado de nuestra Congregación no tendrá dificultades en creer que la Divina Providencia tiene designios especiales respecto a ella”. (Documentos de Schoenstatt, p. 62).

Con mayor claridad aparece esta actitud en la oración de Inscriptio de José Engling. El decía en su oración: “Pero si se deja conjugar con tus planes, haz que sea víctima por las tareas que tú has confiado a nuestra Familia...” (cfr. H. Schulte, Omnibus Omnia, Tomo 2, p.159, Limburgo,1932).

Es el plan de Dios lo que guía nuestras vidas

Texto 100

Este tantear y buscar el plan divino, este cuidadoso prestar atención a los deseos de Dios y la alegre obediencia a él, ha sido siempre el rasgo más característico de la Familia. Es por eso que también consideramos el “mensaje de la fe práctica en la Divina Providencia” simplemente como el mensaje de Schoenstatt (Studie 1956)

De Paul de Lagarde nos ha llegado este texto tan lleno de espíritu: “Hay momentos en la vida de cada hombre en los que él descubre un plan que abarca toda su vida, un plan que no ha sido diseñado por él y no es él quien lo realiza, pero que al contemplarlo se siente entusiasmado, como si él mismo lo hubiese ideado. Se da cuenta de que su realización le

traerá bendiciones y un desarrollo genuinamente personal, aunque no sean sus manos las que trabajan en él. Conocer ese plan, meditarlo y entregarse a su realización, significa ser piadoso y garantiza la vida eterna”.

Este texto caracteriza en forma clásica la concepción de la vida y la cosmovisión schoenstattianas. Una diferencia podría darse y es que nosotros no debemos contentarnos con captar y dejarnos guiar por el plan divino sólo en determinados momentos. Prácticamente tenemos un único anhelo: realizar lo más perfectamente posible el plan de Dios en todos nuestros actos, en todas nuestras empresas. (TB 52/53)

Nos esforzamos por no hacernos ningún plan propio, sino por investigar el plan de Dios, según la *ley de la puerta abierta* y por hacerlo hilo conductor de nuestros propios planes, modelo de nuestro actuar, tema de nuestro anuncio. Vemos una tarea en dar en todo lugar la gloria a Dios y en anunciar sus maravillas en la historia de nuestro tiempo, de nuestra Familia y de nuestra vida personal. No pertenecemos a esa clase de personas que, si bien reconocen la existencia de Dios, no quieren aceptar que él se preocupa de las cosas de este mundo, que ningún cabello de nuestra cabeza cae sin que él lo sepa y que, por eso, destierran al reino de las fábulas y leyendas o estigmatizan como supersticiones o como una expresión de tontera, la confianza filial y la unión lúcida entre la omnipotencia divina y la impotencia humana (...) Nosotros estamos con ambos pies en el terreno de Dios y estamos unidos a él con todas las fibras de nuestro ser. Pero no por eso esperamos en cada pequeñez una intervención extraordinaria de su parte. Así unimos, en el sentir de la Iglesia, una cálida concepción sobrenatural de la vida con una santa sencillez: luchamos por el ideal de la santidad providencialista de la vida diaria. (Brasilienterziat 1952/53)

Texto 101

La fuente de conocimiento, la luz que nos ilumina a través de todas las oscuridades del tiempo, es la fe sencilla y sobrenatural que se traduce en forma especialísima en la fe práctica en la Divina Providencia. Hemos usado y mantenido pura esta fuente con gran esmero y la hemos protegido celosamente, con intransigencia y recia consecuencia, de toda desviación seudomística. Siempre hemos mirado con claridad y docilidad al Dios de la vida y de la historia, dejándonos guiar filialmente por él. Por eso, no nos toca la acusación de que comprendemos los signos de los cielos, pero no sabemos interpretar los signos de los tiempos. Como san Pablo, nos hemos dejado guiar en todas las situaciones por la ley de la puerta abierta. Es decir, siempre nos dejamos guiar por los acontecimientos, por las disposiciones y determinaciones de la voluntad divina, para así cumplir o aceptar reciamente su voluntad.

Con sumo cuidado nos hemos esforzado por conocer hasta en sus últimos detalles el gran plan de amor, sabiduría y poder de Dios y hacerlo valerosamente nuestro plan de vida y de acción. Para ello, nos hemos esforzado en descubrir atentamente la agenda que él tenía escrita desde toda eternidad para cada día y en actuar y dejarnos conducir por ella. No siempre ha sido fácil. A menudo, nuestra inteligencia y voluntad necesitaron de mucha audacia para descubrir una rendija en la puerta y atravesarla en el momento oportuno, incluso con el peligro de que llegáramos inmediatamente a otra puerta, muchas veces sin saber hacia dónde nos guiaría el camino.

No en balde los años pasados nos educaron en forma profunda para el heroísmo de la fe. Ella forma parte esencial del hombre nuevo. (Brief aus Nueva Helvetia, 6.5.1948)

La fe práctica en la Divina Providencia es reconocidamente la raíz de nuestro ser y actuar. Quien hiere la raíz pone en peligro la existencia y la fecundidad del árbol. No es difícil comprobar que en nuestro caso, las tormentas del tiempo no sólo no han soltado ni debilitado la raíz, sino que año tras año, la han ido profundizando y han hecho que se vaya uniendo, en forma inmovible, con su terreno y fundamento, con la tierra madre: Dios. Algo semejante se observa en la naturaleza, cuando vemos que las tormentas y el mal tiempo hacen que la raíz central de un árbol vaya creciendo con más fuerza en la tierra, para que así, en el futuro, el árbol pueda soportar y resistir más. Basta sólo con pensar en la audacia con que hemos aplicado la ley de la “puerta abierta”, para interpretar correctamente en cada caso los planes de Dios y vivir así de la fe. Sólo así, nos fue posible tomar tranquilos, seguros y sin titubeos nuestro camino a través de todos los peligros del tiempo. Por eso, la Familia tiene derecho a llamarse *Providentia-Kind per eminentiam* ⁶³ (Josefsbrief 1952)

Tenemos una misión para el tiempo actual: la fe práctica en la Divina Providencia

Texto 102

¿Hemos tomado conciencia de que en esto tenemos una misión extraordinaria para nuestro tiempo? Siempre acostumbrábamos antes a hacer referencia a las fuentes del conocimiento que otros han usado para conocer la voluntad de Dios. A veces, tenían visiones o sueños visionarios... Pero nosotros, denlo por seguro, tuvimos siempre una única fuente de conocimiento: la fe práctica en la Divina Providencia. ¿No perciben que ahí hay una gran misión para el tiempo actual? La fe práctica en la Divina Providencia es la llave de que todos disponen, el medio que todos pueden aplicar. Es por eso que yo soy siempre muy reservado frente a las fuentes extraordinarias de conocimiento. ¿Tengo derecho a ponerle exigencias a Dios: tú no debes mandar visiones a los hijos de Schoenstatt? ¡No! Pero me siento obligado a conducir a la Familia, en primer lugar, según la fe práctica en la Divina Providencia y a educarla a que, como totalidad, no esté interesada en visiones. Si el Padre Dios quiere dar dones extraordinarios a uno u otro hijo de la Familia, está bien. Por otra parte, estas cosas extraordinarias entrañan un peligro. A menudo es muy difícil discernir si vienen de Dios o del demonio. Para San Pío X era siempre muy difícil el caso, tratándose de un proceso de beatificación o canonización, de alguien que había tenido visiones. ¿Por qué? Porque esto se mueve en el campo de lo irracional y, por consiguiente, quedan muchas zonas abiertas a la acción del demonio. Dentro de lo posible, ¡no nos metamos con esto! Como Familia total no nos basamos en esta fuente de conocimiento. Como Familia total, somos el Movimiento más sobrio que existe, aunque muchas veces se nos acusa de sentimentalismo. Nuestra fuente de conocimiento es y sigue siendo la sencilla fe en la Divina Providencia. (Brasilienterziat 1950)

En nuestra fe práctica en la Divina Providencia miramos hacia el futuro

Texto 103

La luz de la fe viva en la Divina Providencia quiere ser y será luz para nuestros pasos en el futuro. Nuestra misión, en su originalidad, está más fuertemente orientada hacia el futuro que hacia el pasado. Es por eso que no puede basarse tanto -sin excluirlas- en imágenes ideales del pasado tal como se formaron y prepararon en aquel tiempo y para aquel tiempo, que estaba esencialmente configurado en forma diferente a los nuevos tiempos.. Hoy, es necesario atreverse de nuevo a la aventura del amor heroico. Se trata de hacer surgir figuras de una nueva creación que ayuden a formar e iluminen la Iglesia del futuro. A causa de esta posición orientada hacia el futuro, nadamos en la misma corriente que hoy lleva y arrastra a los espíritus más esforzados. Todos son de ánimo osado, orientados principalmente hacia adelante; todos quieren a su manera, como lo quiso en su tiempo Colón, ser descubridores y conquistadores de un mundo nuevo y desconocido. En todos se encuentra el impulso irresistible a ver con claridad y ayudar a realizar osadamente el plan futuro de Dios en el cambio de imagen del mundo y la Iglesia.

Con razón nos preguntamos ¿cómo podríamos nosotros, con nuestro pasado, participar en el círculo de esos osados aventureros sin una clara indicación de la fe en la Divina Providencia, que nos ha conducido victoriosamente hasta ahora a través de todas las oscuridades de los tiempos?

A esto se agrega, todavía, dado que nosotros debemos cumplir nuestra tarea en medio del tiempo moderno con sus constantes cambios -y no tras los muros conventuales- que, constantemente, permanecemos extraordinariamente dependientes en nuestro ser y actuar de la palabra de la Providencia Divina o de la palabra de Dios expresada en el tiempo. Ella es simplemente el riel que no cambia en las mutaciones del tiempo; es el ancla a la que se agarra con toda firmeza el barco de nuestra vida y de nuestra Familia; es la torre indestructible contra la que se azota la fuerza de un mar tormentoso; es la brújula que nos muestra siempre con gran amplitud -a diferencia de otras órdenes- la dirección para el cambio en nuestro estilo de vida y de trabajo que, no tratándose de las cuestiones más fundamentales, es tan variable.

De estas y otras consideraciones semejantes se deduce de nuevo y más profundamente la convicción de que nuestra meta final ha estado indisolublemente unida con la fe en la Divina Providencia y que debe permanecer así para siempre. Con razón podemos hablar, en este sentido, de una especie de “dogma de Schoenstatt” (Gedanken zur juristischen Bindung der Martienschwestern 1962)

De esta íntima unión entre la fe en la Divina Providencia y la historia y estructura de Schoenstatt se deduce una doble consecuencia. La primera es que sólo aquellos que creen personalmente en la intervención de la Divina Providencia en general y en el Movimiento de Schoenstatt en particular, pueden comprender el desarrollo y el ser de Schoenstatt. La segunda consecuencia es que aquellos que configuran su vida diaria a la luz de la fe en la Providencia Divina, son los únicos que poseen el auténtico espíritu de Schoenstatt. En varias oportunidades el P. Kentenich ha hecho notar muy abiertamente estas dos consecuencias.

La fe práctica es la fuerza propulsora de Schoenstatt

Texto 104

Quien quiera comprender a Schoenstatt tiene que habérselas con su grande, clara, plasmadora y vibrante idea, pero también debe conocer las fuerzas propulsoras que han actuado en su historia.

Ambas unidas, la idea directriz y las fuerzas propulsoras, hacen comprensible esta creación histórica. Exteriormente, la idea directriz atrae como *causa finalis*⁶⁴ y las fuerzas propulsoras mueven desde dentro como *causa vitalis*.⁶⁵ La idea actúa como meta, la fuerza propulsora está funcionando permanentemente.

En nuestro caso, la fuerza propulsora es la entrega filial y magnánima a la conducción divina que, lenta y progresivamente, fue descorriendo el velo de su misterioso plan respecto a Schoenstatt, según la *ley de la puerta abierta* y que exhortó e impulsó a su realización (Schlüssel zum Verständnis Schönstatts, Studie 1951)

La fe en la Divina Providencia es la fuente viva de la cual la Familia ha recogido los deseos de Dios respecto a su ser y a su deber ser; ella es el indicador de camino que nunca la dejó; ella quiere y debe ser sin excepciones, la medida orientadora y decisiva hasta el final de los tiempos. (Brief aus Nueva Helvetia, 6.5.1948)

Por la fe práctica en la Divina Providencia vemos las manos de Dios en todos los acontecimientos

Texto 105

Si nosotros damos una mirada retrospectiva a los acontecimientos de los últimos diez años o a los acontecimientos de los cuales ustedes mismos han sido parte, especialmente en lo sucedido tratando de constituir nuestra Familia, nunca dejemos de preguntarnos, ¿cómo son las manos que nos han tocado? Recorran toda la historia de sus sufrimientos, pero también la historia de sus bendiciones y no se olviden que ésas son las manos de Dios. A través de esas manos, Dios nos ha tocado, sea que lo haya querido directamente o que él sólo lo haya permitido. ¿Qué se sigue de todo eso? Si en espíritu besamos esas manos, besamos las manos de Dios. Si nos inclinamos ante esas manos, nos estamos inclinando también delante del mismo Dios.

Ahora, quiero revelarles algo, ya que ustedes me han pedido que tratase de establecer las relaciones entre los diversos acontecimientos. Una de las razones de mi despreocupación, es decir, de mi actitud de niño, de mi "cabeza ligera", es la conciencia de que el buen Dios me ha bendecido a través de muchas manos humanas y también ha bendecido la Obra. Uno de los pilares más sólidos para mi propio pensar y querer es *el no verme nunca separado de la comunidad*. ¡Nunca! Sin ese sentimiento, viéndome separado, yo no hubiera podido soportar lo que he soportado ni tampoco hacer planes. Recuerden siempre eso: ver las causas segundas siempre en unión con la causa primera. Lo que yo no rezo lo rezan los otros. Los sacrificios que yo no hago los hacen los demás. Nunca se vean separados, sobre todo al tener una misión sobredimensional. Si se ven separados de su séquito o de sus cohermanos de un lado y de otro, naturalmente estarán muy poco arropados ¿verdad?. Un verdadero niño tiene que estar razonablemente arropado. Los pañales nos arropan a todos nosotros. Al fin y al cabo somos una comunidad sólida y única. Y si no actúan así, no se

van a comprender a sí mismos; tampoco van a comprender lo que Dios hace. Y permanecerán sintiéndose siempre poca cosa. Un día, en el cielo, se va a saber quién ha sido el que más ha hecho. Acaso el que estaba en primera línea, tocando la trompeta o aquel que estaba en la retaguardia haciendo sacrificios sin ser observado por nadie. Así es en verdad. No tomen esto como puras palabras. Mientras más maduros seamos, con tanta más seriedad tomaremos estas cosas. Todo eso pertenece a la fe en la Providencia. Eso es fe en la Divina Providencia. (Desiderio Desideravi 5)

Texto 106

"Debemos convertirnos en hijos creyentes en la Providencia dentro de la Familia.

¿Cómo son tales hijos? De todo lo dicho, ustedes deducirán que el hombre providencialista debe tener, sobre todo, tres características:

1) Debe ser un hombre de una visión amplia y profunda. Se preguntarán quizás: '¿No será esto algo muy arriesgado? ¿acaso no se podría equivocar uno?'. Pero de por sí, pertenece a la esencia de la existencia cristiana, del hombre cristiano, que penetra en la oscuridad y allí aprovecha bien la luz que se ha colado para avanzar en la oscuridad mediante esa luz. La existencia cristiana se fundamenta totalmente en el hecho característico de una visión amplia y profunda. Debemos ser hombres de una visión amplia y profunda. Dicho en broma, debemos ser capaces de ver debajo del alquitrán (Spokenkieker. Nuestros westfalianos conocen esta expresión).

¿Qué significa esto? Que debemos ver cosas que los otros no ven. La fe nos revela una realidad. Y se trata de que Dios nos regale con un sentido peculiar sobrenatural de la realidad. Este sentido nos vincula a realidades sobrenaturales que otras personas no ven. ¡Cuántas cosas se nos atraviesan a diario! ¡Cuán a menudo Dios nos habla por las circunstancias y no lo comprendemos! ¡Cuán a menudo solíamos hablar del Dios de la vida! No sólo debemos conocer al Dios de los libros ascéticos, ni sólo al Dios de los altares y al Dios del corazón, sino también al Dios de la vida. Este es Dios, tal como se nos manifiesta en la vida.

Recordamos aquello de nuestra infancia: 'Nada sucede al acaso; de la bondad de Dios procede todo'. Esto lo sabe la cabeza y lo dice la boca, pero el corazón y la voluntad olvidan demasiado pronto que aun las pequeñeces no suceden fortuitamente... Cada pequeñez corresponde a un deseo o a una permisión de Dios. El nos quiere y debe decir algo. Debemos ser hombres de visión amplia y profunda. Es decir, prácticamente, la fe en la Providencia debe convertirse en nuestra segunda naturaleza, de tal modo que podamos repetir con Pablo: *Iustus autem meus ex fide vivit*.⁶⁶ Con esto, él quería decir que los que habían pasado por su escuela, sus hijos, no sobresalían por su inteligencia, pero sí tenían un carisma, eran hijos de la fe. Nosotros deberíamos estar orgullosos de lo mismo. Ya que queremos ser, en cierta manera, lo más granado de la Familia, *deberíamos llegar a ser hijos de la Providencia en forma destacada*.

Tal vez, en el transcurso de la mañana, se han preguntado cómo es posible llegar a conclusiones tan grandiosas a partir de tan pequeños sucesos. Sólo se puede hacer si se vive

totalmente en ese mundo; no resulta hacerlo hoy y luego dejarlo diez años de lado. Esto sólo se logra si se tiene un *sentido sobrenatural* para las cosas.

Creo que ahora debiera dirigirme sobre todo a la generación joven, no porque las mayores no necesiten esto, sino porque las jóvenes tienen más vida por delante y las circunstancias se tornarán cada vez más confusas. Supongan que, de repente, irrumpen determinadas corrientes (del tiempo). ¿Quién les dirá lo que tienen que hacer? Esto significa que realmente tenemos que esforzarnos por conquistar este nuevo órgano, este nuevo sentido sobrenatural de la realidad. Hoy en día es mucho más difícil reconocer la voluntad de Dios en las circunstancias, que realizar esta voluntad. Si alguien me dijera que Dios quiere tal y tal cosa de mí, tendríamos la disponibilidad para ello. Pero lo difícil es realmente *la decisión*: esto lo quiere Dios. Tenemos que reaprender a decidirnos si queremos estar preparados frente a las circunstancias futuras. Se habrán dado cuenta que todo lo que ha sucedido en Schoenstatt, en el transcurso de los años, ha sido descubierto y realizado siempre *con esta 'frescura', con esta osadía*.

Actualmente, tomamos como evidente el misterio de Schoenstatt. Pero, ¿acaso no fue en ese entonces un riesgo? Imagínense a alguien que les cuenta fábulas en las cuales ustedes tienen que creer. Hoy en día, podemos creer en el misterio de Schoenstatt, porque han transcurrido decenios y porque ahora se ve que Dios está detrás de la Obra. Pero, afirmar y anunciar tal cosa, por primera vez, requiere mucha audacia y, más aún, si nadie lo puede verificar. Podría ser tanto locura como orgullo. Por un lado, locura; por otro, generosidad. ¿Cómo comprometerse? Innumerables veces estaremos todavía en situaciones semejantes. Por esto es que necesitamos un marcado sentido para la realidad de la vida sobrenatural" (Ret.B.Schw. trad.prov.p.III, 3).

4.3. La Fe en la Divina Providencia en relación a la Alianza de Amor

Como complemento de este punto veremos algo de lo dicho por el P. Kentenich en relación a la Alianza de Amor con María, como entrega a ella y por ella al Dios Trino como una respuesta del hombre de la Fe en la Providencia al Dios de la vida. Esta Alianza tomó la forma de una entrega total en la forma de la consagración llamada "Poder en Blanco" e "Inscriptio". Este paso de entrega sólo puede darlo quien se siente en las manos de un Dios providente. Habla también de dar "Poder en Blanco" a la Santísima Virgen, porque los miembros del Movimiento de Schoenstatt se ofrecen al eterno Dios a través de las manos de María.

Texto 107

Todo esto lo sabemos... Lo hemos escuchado en incontables ocasiones... Y aún así debemos confesar: la cabeza está convencida, pero el corazón no lo está; al menos no como nosotros quisiéramos o debiéramos. Ciertamente, la Madre tres veces Admirable, en razón de la Alianza de Amor, nos ha tomado de la mano y nos conduce al Padre. Así se nos ha abierto un nuevo mundo. Y, a pesar de eso, debemos reconocer que si nos comparamos con san Pablo, que siempre sentía la mirada amante de Dios dirigida hacia su persona y que con la mirada en su mirada y el corazón en su corazón, se sentía profunda e íntimamente ligado a él, nosotros nos sentimos cada día más indefensos y pequeños, como si aún no hubiéramos comprendido el *abc* de la relación paterno-filial... ¿Quién de nosotros puede

decir sinceramente con san Pablo: "Yo me he portado con entera buena conciencia ante Dios, hasta este día" (Hech 23,1). O: "El motivo de nuestro orgullo es el testimonio de nuestra conciencia, de que nos hemos conducido en el mundo, y sobre todo respecto de vosotros, con la santidad y la sinceridad que vienen de Dios, y no con la sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios" (2Cor 1,12).

Percibimos que san Pablo vivía lo que enseñaba, cuando decía: "Vuestro caminar sea en el cielo" (Filp 3,20). Es decir, junto a Dios, con y en Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre que está tan interesado en nosotros, que no sólo cuida de nosotros constantemente, sino que también "escudriña corazones y entrañas" (S. 7,10). Tan íntimamente está ligado a nosotros... y nos exige que, de igual forma, giremos en torno a él...(Studie 1952/53)

Dar a Dios Poder en Blanco

Texto 108

Otorgar a la Santísima Virgen "Poder en Blanco". ¿Qué significa esto? Como término de comparación tomemos de la economía el concepto de "cheque en blanco". Yo firmo con mi nombre un cheque sin llenar. Aquella persona a quien yo dé el cheque puede poner como importe la cantidad que él quiera: yo respondo por ella. Para nosotros, esto significa que le decimos a la Virgen: "desde ahora puedes hacer con nosotros lo que tú quieras, por supuesto que siempre en dependencia de Dios". Estamos dispuestos, por tanto, a repetir en la vida cotidiana las palabras del Padrenuestro: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo". En realidad, no sabemos lo que vendrá, pero de antemano pronunciamos un sincero "sí". (Ansprache an die Schönstatt-Mütter, 9.11.1966.)

Texto 109

La entrega total significa un *despojo perfecto*, una *entrega perfecta*, una apropiación perfecta.

Un despojo perfecto. Nos despojamos por completo. Renunciamos no sólo a uno que otro bien externo. Ya sería de mucho valor el que ofreciéramos todo lo que tenemos a la Santísima Virgen y, a través de sus manos, al eterno Dios. Pero no: esto es mucho más amplio y profundo. Queremos despojarnos de nosotros mismos; queremos dejar de pertenecernos a nosotros mismos. Es algo grande que yo le ofrezca a alguien los frutos de un árbol; mayor es que le ofrezca la raíz. Por medio de la consagración, ofrecemos la raíz del árbol: a nosotros mismos, todo nuestro ser. Si conocemos la pequeña, pero muy profunda oración del santo nacional suizo, Nicolás de Flue, sabremos lo que significa entrega total. La hemos rezado a menudo:

“Mi Señor y mi Dios, ¡quítame todo

lo que me impide ir a ti!

Mi Señor y mi Dios: ¡dame todo

lo que me anime ir a ti!

Mi Señor y mi Dios, ¡despójame de mí

y hazme ser por entero posesión tuya!”.

O también, si revisamos nuestras propias oraciones, veremos en cuántos pasajes se respira el espíritu de la entrega total; por ejemplo, en ésta: “Por manos de mi Madre, recibe, Señor...”

¡Despojo total! Es grandioso realizar un acto así. Pero más grandioso aún resulta si de este acto surge en el futuro una forma de vida...

Consagración, entrega total, como la entendemos, significa *una entrega perfecta*.. Los antiguos ascetas han hablado de buen grado de la primera y segunda conversión. ¿Qué entendían ellos por “primera conversión”? Se referían a un cierto alejamiento del mundo y un acercamiento a Dios. ¿Y la segunda conversión? Es exactamente lo que queremos. En ella, queremos encontrar, plenamente, el giro hacia Dios y buscar plenamente el alejamiento del mundo. No es como si quisiéramos evadirnos del mundo. Nos quedamos en el mundo, pero la cosa es así: el mundo, con todos sus placeres, ya no tiene influencia sobre nosotros. Y todo gira alrededor de esto: convertir a Dios plenamente en el centro de nuestra vida. Son innumerables las personas, incluso aquellas que llevan el hábito religioso, que no han llegado a esta etapa que ambicionamos... Aquellos que conocen la vida de hoy, saben que con mediocridad no se puede ayudar a nadie. Es cierto que con deporte y juegos es posible, tal vez, rescatar a alguien de su apoltronamiento; pero con superficialidad no es posible hoy fortalecerse contra el gran enemigo jurado del cristianismo, contra los graves trastornos que nos esperan. Todo depende solamente de que no concibamos la consagración como un acto que se efectúa aisladamente, sino como una meta, como una clara y nítida forma de vida, por la cual somos capaces de darlo todo.

Quisiera decirles todavía un par de palabras acerca de la entrega total. Si ustedes quieren llamarla "Poder en Blanco" o "Inscriptio", dejémoslo ahí. Por ahora, estoy utilizando la palabra “entrega total”. ¿Qué significa? Es la disponibilidad del corazón para no negarle a Dios ningún deseo, -¿se dan cuenta de lo que esto quiere decir?- ¡absolutamente ningún deseo! O bien, dicho en forma positiva, es la disponibilidad del corazón para consentir a Dios, incluso atendiendo a sus más mínimos deseos; disponibilidad del corazón para entregarlo todo, a fin de que el Padre Dios reine sobre nosotros, sobre el ámbito profesional del cual somos responsables, sobre el mundo entero. Con esto, se toman en serio las palabras del Señor: “Venga a nosotros tu Reino” (Mt 6,10; Lc 11,2). Y estas otras palabras: “busquen primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6,33; Lc 12,31), adquieren con ello su verdadera y auténtica plenitud.

¡Entrega total! Sentimos de inmediato que la entrega, en la forma en que aquí se indica, puede ser posible solamente respecto a Dios. A una criatura como tal, no me puedo entregar por completo, a no ser que exista una relación especial con Dios, como es el caso, por ejemplo, de la Santísima Virgen. No nos entregamos a ella en cuanto es una criatura en sí, sino en cuanto está íntimamente unida a Dios. Por Dios y en Dios puedo y debo entregarme por entero también a ella, con todo lo que soy y tengo.

¿Qué encierra en sí todo esto? Lo podemos percibir: en último término, a una entrega de esa naturaleza sólo puede inducirnos e impulsarnos el Espíritu Santo. Este es un fruto especial del Espíritu de Dios, de la lucha del hombre, por los dones y la gracia de Dios. Pero si ustedes preguntan, aún más profundamente, qué es lo que significa “entrega total”, les puedo decir lo siguiente:

La entrega total es, por de pronto, algo profundamente íntimo, no tiene nada que ver con lo externo. En la entrega total no se trata, en primer lugar, de cómo me vista, de cuántas oraciones rece, etc. Es algo completamente interior. ¿Qué es lo que yo entrego por entero? El núcleo de mi persona, es decir, mis capacidades más interiores e íntimas: entendimiento, voluntad y corazón. ¿Y de qué se trata, ante todo? Si ustedes se acuerdan de la oración que, en su oportunidad, recibieron desde la prisión, -una pequeña variación de lo que reza san Ignacio al final de sus grandes Ejercicios-, entonces podrán sentir de qué se trata en primer lugar:

“Por manos de mi Madre

recibe, Señor,

la donación *total* de mi libertad soberana:

toma mi memoria, los sentidos, la inteligencia;

recíbelo *todo* como signo de amor.

Toma el corazón *entero* y *toda* la voluntad,(...)”.(HP 386-387)

¿Qué indica esto? Que allí donde se trata de la volición, todo tiende a la entrega total: “Recibe, Señor, la donación *total* de mi libertad soberana...” ¿Pertenece la libertad a la volición? “...¡toma mi memoria, los sentidos, la inteligencia!”. La santidad no consiste en que yo me forme hermosas imágenes de fantasía, que yo sepa especular y reflexionar brillantemente acerca de Dios. ¿En qué consiste la entrega total? Hay que entregar toda la personalidad, sobre todo la voluntad y el corazón: “¡Toma la libertad, el corazón *entero* y *toda* la voluntad!”... Todo esto lo regalamos al Padre Dios. ¿No es algo grandioso, algo profundo, algo profundamente íntimo? La entrega total exige todo de nosotros, lo espera todo de las facultades más íntimas. Los antiguos solían decir: en la *scintilla animae* ⁶⁷. Todo el fondo del alma le debe pertenecer a Dios. ¿Qué se sigue de ello? Más tarde fluirán de allí también las acciones externas. Pero ante todo, la entrega total significa algo que se realiza en nuestro interior.

Además, la entrega total significa también *algo duradero*. Así debe ser. Porque, ¿quién de nosotros se atrevería a decir: "realizo el acto de consagración, de entrega, pero éste vale sólo para hoy o para mañana o por dos años...?". Queremos hacer valer la entrega total para toda la vida. ¡Algo permanente! ¿Están de acuerdo? Quien formula un acto de esa índole, tiene que meditar realmente bien lo que está diciendo. ¿No sabemos acaso que nuestro pobre corazón puede, mañana o pasado mañana, inclinarse nuevamente hacia otro lado? ¡Qué vacilante e indecisa es la naturaleza humana! ¡La entrega total es algo duradero, algo eterno!

Por la entrega total la Santísima Virgen cuida de nosotros

Gracias a Dios, puedo agregar algo más de inmediato, a saber: que esta entrega es recíproca. Si tuviera que entregarme por entero sólo yo, ¿quién de nosotros tendría el valor de llegar hasta tal profundidad! ¡Una entrega recíproca! ¿Quién se nos regala también por entero? ¿*Totum pro toto*?⁶⁸. ¡La Santísima Virgen! ¡Ella asume el cuidado! ¿Cuál? *Servus Mariae nunquam peribit*,⁶⁹. Ella cuida no sólo de que no perezcamos, sino también de que alcancemos la gran meta de llegar a ser, como Familia, un linaje de santos. Porque la santidad empieza sólo cuando tomamos en serio la entrega total. Todo lo demás son escaramuzas con las cuales no podemos ganar ninguna batalla. El que quiera ser estable en la vida, podrá serlo solamente entregando, sin reservas ni miramientos, el todo, hasta lo último, entregando al Amor eterno todo su ser y la raíz de su ser...

Y una tercera propiedad. Hemos dicho que la entrega total debe ser algo interior; debe ser algo duradero y permanente, pero también *algo muy eficaz*. ¿Verdad que es así, mis queridos hijos de Schoenstatt? Dios ya nos hizo experimentar, al comenzar nosotros una vida interior profunda, aun en medio del mundo, lo bien que él supo hacerlo: nos regaló, así como se consiente a un niño para atraerlo. Nos puso en el corazón cálidos sentimientos por lo eterno y lo divino. Tuvo que hacerlo para que la astucia y los atractivos del mundo no nos sedujeran tan fuertemente. Por eso, nos sedujo él, nos atrajo a sí. ¡Cuánto calor, cuánta felicidad interior podemos haber vivido en tales circunstancias! Pero, tratándose de una entrega total, tenemos que estar dispuestos a ofrecer también el calor del sentimiento al Dios eterno e infinito, si así le place.

Esa entrega total es exigente

¡Cuántas veces tenemos que confesar -ya sea que vivamos en el mundo o entre los muros de un claustro- lo dura que puede ser la vida! El fervor, el calor que al comienzo sentimos dentro de nosotros por Dios y lo divino, parecen de pronto haber sido un cuento de las “Mil y una Noches”. ¿Se ha perdido todo? ¿Qué es lo que quiere Dios? ¡Entrega total de la voluntad, del corazón y del afecto! San Francisco de Sales nos ha inculcado que no busquemos tanto el consuelo de Dios sino, más bien, al Dios del consuelo. Aquí es donde la infancia espiritual empieza a adquirir, de pronto, rasgos recios y, en verdad, bastante duros.

También la Virgen María ha pasado por estas circunstancias. ¿O piensan ustedes que ella vivió siempre en una sobreabundancia de consolaciones? ¡Piensen sólo en el Jesús de doce años en el Templo! ¡Piensen en el Gólgota! ¿O creen ustedes que el corazón de María no anhelaba, por ejemplo, vivir en Jerusalén, cerca del Templo? ¡Y cuán lejos de él tuvo que vivir! Ella no vivió siempre en el júbilo: tuvo que penetrar también en las tinieblas, lo mismo que el Señor. ¿Acaso él también tuvo que experimentar la aridez de los sentimientos? Por supuesto que sí.

¡Más aún! Si también nosotros queremos ser una generación de santos, si queremos vivir la entrega total, debemos estar preparados también a sufrir la desilusión de los hombres, de nuestras cohermanas, etc. Todo esto forma parte de la entrega total: desilusión de los

superiores y de los súbditos; y no sólo desilusión, sino persecución y calumnias de toda clase. ¿No tuvo que sufrirlas también el Señor?

¡Entrega total! Escuchen, por favor, qué trabajo tan serio quiere realizar el Dios vivo en su sabiduría educativa. El quiere que crezca una generación, que florezca y que sólo desee darle frutos a él, el Eterno. ¡Dejemos el yo y tendamos hacia el tú! Esta es la gran tarea, la gran meta que nos propone el Dios vivo cuando nos toma en serio a quienes estamos aquí, a quienes queremos hacer la consagración. ¡Nosotros tomamos a Dios en serio, por eso también él nos toma en serio a nosotros...

Una apropiación perfecta

¿Qué significa esto? ¿Que el Dios trino, que la Santísima Virgen se apropian de nosotros? Sí, ellos asumen la responsabilidad de nuestra formación. Entrega total, *Totum pro toto*, ¡el todo por el todo! Cuando ofrecemos todo a la Madre de Dios y, a través de ella, al eterno Padre Dios, entonces, el Dios vivo se nos regala, en medida sobreabundante, a sí mismo, con su riqueza, sus dones, sus gracias y su sabiduría. Y entonces puede pasar lo que sea... Porque sabemos que aquello, de que tanto oímos hablar, de seguridad y cobijamiento de la vida, ahora ya no es algo a medias. Estamos cobijados y asegurados, incluso cuando nos sentimos desamparados e inseguros si sólo sentimos que la cúspide de nuestra voluntad ha sido entregada al Dios vivo y eterno. (Vortrag für die Jungfrauenliga, 31.5.1951).

4.4. Fe en la Divina Providencia como tarea de Schoenstatt

Así como la fe viva en la Providencia Divina es un don especial de la gracia, una especie de carisma con el que Dios ha regalado al Movimiento de Schoenstatt, así también es, al mismo tiempo, una tarea que obliga.

Texto 110

Vamos hacia los pueblos como portadores y anunciadores de la buena nueva de la fe en la Divina Providencia. Enfrentamos todas las situaciones de la vida como hijos de la Providencia y vemos nuestra tarea en ayudar a educar tantos hijos de la Providencia cuanto sea posible, en nuestro círculo de trabajo y en el medio ambiente a nuestro alcance.

De esta manera, ayudamos a innumerables hombres de nuestro tiempo, para quienes la práctica de Dios en el gobierno del mundo se ha convertido en causa de pesada crisis o de verdadera piedra de tropiezo, con motivo de su dureza incomprensible. Así cuidamos de que los terribles sucesos del mundo actual no se conviertan en los sepultureros, sino en los parteros de una nueva vida en Cristo. En muchos otros, preparamos así el camino para la comprensión de Schoenstatt⁷⁰, de su espíritu y de su “misterio” (la fecundidad de la Alianza de Amor con María en el Santuario). (Brief vom 6.5.1948, aus Nueva Helvetia)

Texto 111

Repito: nunca hemos querido ser otras cosa que hijos de la Providencia. Así fue desde el principio, así fue siempre... Kierkegaard se comparó una vez con un pájaro, "profeta de la lluvia". Escribió: “Hay un pájaro que se llama profeta de la lluvia, y así soy yo. Cuando en una generación comienza a concentrarse una tormenta, entonces aparecen esas personalidades que son como yo”. Si se quiere catalogar mi diagnóstico o pronóstico del

tiempo como una profecía -sólo en el sentido más amplio de la palabra- entonces su autor merece ser caracterizado no como “profeta de la lluvia”, sino como profeta de bendiciones. El no es un pesimista, sino un realista y, a causa de su fe en la Divina Providencia, un empedernido e impenitente optimista. Por eso, el panorama que se puede ver a través de la oscuridad del tiempo es siempre tan lleno de luz. Claro que esto supone que los pronósticos y los caminos allí señalados sean tomados en serio... Repito: debemos pasar a la historia solamente como hijos de la Providencia (Studie, 1958).

Este mensaje de la fe práctica en la Divina Providencia tiene en el pensamiento del P. Kentenich una especial actualidad para el ámbito cultural germano.

Texto 112

Pienso en la importancia de la fe práctica en la Divina Providencia, especialmente para el ámbito cultural germano. A causa de las conocidas reservas con que allí se enfrentan todas las manifestaciones místicas, la fe en la Divina Providencia juega un rol muy sobresaliente como fuente de conocimiento de los deseos y planes de Dios, en un mundo convulsionado y como medio para vencer las múltiples pruebas de fe y crisis vitales. Ella nunca será suficientemente valorada. Ya a menudo hemos hecho referencia a esto.

En este contexto, la originalidad de Schoenstatt y su misión brillan especialmente, en forma muy intensa, para el tiempo actual en el mundo de habla germana. Dar un sí a Schoenstatt es, según lo muestra la experiencia, una realización eficaz y una garantía vigorosa del sí valiente al Dios de la vida y al Señor de la historia, en unión con su Compañera y Colaboradora permanente, Reina y Señora del universo... Debe ser considerado como cosa segura que sólo los cristianos, con una profunda fe en la Divina Providencia, están suficientemente armados contra la infiltración del espíritu bolchevique. No hay que equivocarse con respecto a la fuerza proselitista del materialismo dialéctico que, en nuestro tiempo secularizado, da una respuesta también secularizada a los impenetrables acontecimientos de la historia y que está empeñado en realizar una marcha de victoria por todo el mundo. No hay que admirarse tampoco de que la Madre tres veces Admirable, desde su Santuario, esté dispuesta a transmitir especialmente el carisma de la fe en la Divina Providencia y que haga anunciar cálidamente a todo el mundo el mensaje de la fe en la Divina Providencia. Si ella quiere vencer desde allí el espíritu colectivista y realizar la visión de futuro de Schoenstatt, no puede ser de otra manera: debe regalar abundantes gracias en este sentido, reunir en torno a sí a apóstoles de la fe en la Divina Providencia y enviarlos al mundo. (Studie, 1956)

Texto 113

La bondad y misericordia de Dios ha llamado en esa forma también a Schoenstatt y le ha ofrecido, sin mérito alguno, tan alta misión. El ha manifestado claramente su rostro, sus deseos, a través del acontecer del tiempo; y humilde, magnánimo, lleno de confianza, Schoenstatt ha respondido: *adsum, mitte me*⁷¹. (Is. 6,8).

Día a día se ha dejado conducir a la lucha de la vida por el Dios de la Vida. Y siempre fueron los llamados del tiempo -no voces misteriosas como en el caso de la Doncella de Orleans- los que señalaron caminos y metas.

La gran Semana de Octubre, desde hace años, es el tiempo en que repetimos el ruego de Josué: "Sol, detente". Permítenos seguir en tu luz el camino que hemos recorrido; haznos mirar hacia adelante para divisar los senderos por donde quieras conducirnos desde hoy, para así, equipados nuevamente, marchar a la lucha de los espíritus, por un mundo nuevo. (Oktoberbrief 1949.)

Fe práctica en la Divina Providencia es una "victoria del Padre y sobre el Padre"

Texto 114

Pero escuchen una vez más lo que significa *Victoria Patris*. Significa, en un caso, el Padre ha vencido sobre nosotros. En el segundo caso, que nosotros hemos vencido sobre el Padre. Probablemente esto parece sumamente extraño. Pero mi interés es trazar y dibujar una gran línea o, si así lo quieren, un gran círculo en el que podamos incluir nuestras necesidades y problemas actuales.

¿Me permiten repetir? *Gloria Patris, Victoria Patris* significa en la práctica, que, mediante nuestra vida, debemos ser testimonio de la victoria del Padre sobre toda acentuación del yo, sobre todo egocentrismo, es decir, sobre mí mismo. Pero, también, que Dios quiere dar testimonio de mi victoria sobre él. Esto último suena, por cierto, extraño.

Por eso, tengo que decir una tercera vez: ¿Qué significa esto? Ahora doy un pequeño paso más: el Padre vence sobre mí y sobre nuestra Familia, ahora no sólo sobre todo egocentrismo, apego al yo, egoísmo y todo lo que esto incluye, apego al mundo; pero, ¿cómo vence él? ¿Y cómo puedo dar testimonio de su triunfo? Respuesta: mediante las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; mediante estas tres virtudes teologales, en sí y en tanto cuanto están perfeccionadas a través de los dones del Espíritu Santo.

¿Me permiten detenerme nuevamente un momento en este punto? Espero estar hablando a cohermanos que han estudiado la Semana de Octubre y, también, en parte, el retiro para nuestros Padres; que comprenden y han comprendido correctamente los cuatro hitos. ¿Qué significan los cuatro hitos? Ustedes lo saben: el encarnar o la encarnación heroica permanente de las tres virtudes teologales. Por eso, victoria del Padre, mediante el perfeccionamiento de estas tres virtudes, sobre toda la Familia, en la historia de la Familia hasta ahora. Nuevamente, tengo que pedir que vuelvan a considerar ideas conocidas, que mediten de nuevo toda la historia de Familia, también desde dicho punto de vista.

Si ahora hablo de mi victoria sobre el Padre Dios, ¿qué significa esto? ¿Cómo venzo al Padre Dios? ¿Debo repetir nuestras expresiones habituales? Mediante nuestra pequeñez sin nombre. Si me permiten decirlo en forma jocosa: mediante nuestra existencia y esencia de burro. Si damos el sí a nuestro ser burros, es decir, si aceptamos nuestro ser más íntimo, debilitado, de creatura, si conocemos nuestro quebrantamiento por el pecado original y lo reconocemos con sencillez, ¿qué será esto? Una victoria peculiar sobre la vida de Dios Padre, sobre el actuar de Dios Padre.

Mi tarea sólo consiste, en el fondo, en hacer un poco comprensibles estas ideas que hemos esquematizado y bosquejado brevemente. Ustedes se dan cuenta, con esto hemos enunciado un esquema que quién sabe cuánto tiempo nos podrá ocupar, de modo que, en realidad, el punto de partida podría o debería transformarse en una línea permanente, (quizás, si lo tomáramos en serio, no llegaría ni siquiera en estos tres días a un punto final). Pero, de todos modos, no debe ser algo construido sistemáticamente, sino un círculo en el que podamos incluir todos nuestros problemas. ¿De qué se trata, entonces? El Padre debe vencer sobre mi entendimiento. ¿Cómo? Mediante la fe. El Padre debe vencer sobre mi

corazón, sobre mi voluntad. ¿Cómo? Mediante las otras dos virtudes teologales, la esperanza y la caridad. (Exerziten für Theologie-Studenten 1967.)

Consecuencias prácticas

Texto 115

Finalmente, un par de consecuencias prácticas. De por sí superfluo, ya que según las leyes o la gran idea, -queremos ser siempre, en toda la línea, oficial de enlace entre ciencia y vida- no hemos dejado nunca de descender de las alturas a la vida cotidiana. Por lo tanto, si a pesar de ello debo decir unas palabras sobre las consecuencias, ellas serán fundamentalmente dos: ¡Adentro, a la escuela de la fe en la Providencia! Y debiera decir más bien: Una formación permanente e inmanente de la fe en la Providencia.

Los antiguos místicos nos proporcionan una disposición conceptual bien conocida, Conocemos el viejo dicho: "Un solo maestro de vida es más valioso que mil maestros leídos". Sabemos lo que se entiende con "maestro d vida" y también lo que se quiere decir con "maestro leído". Por lo tanto, aquí se trata de la vida práctica, la escuela de la vida práctica y, en el segundo caso, de una escuela más teórica.

1. Teoría de la fe en la Providencia

Tomemos este último pensamiento. ¡Adentro, pues, en la escuela de la teoría de la fe en la Providencia! Con esto resumimos lo que hemos tratado en estos días. Y, por lo tanto, se trata de que lo que hemos receptado, lo continuamos en forma permanente hasta que tal vez Dios nos mueva a dedicar toda nuestra atención al Dios de nuestro corazón y al Dios de los altares. De ninguna manera quiere decir que daremos las espaldas al Dios de la vida. Jamás lo querríamos, y hoy menos que nunca, ya que esto es en sí la enfermedad del tiempo actual. Este le vuelve la espalda al Dios de la vida. Tanto más debemos nosotros estar frente a frente con él. Por lo tanto, vale la pena que en el futuro visitemos también la escuela teórica de la fe en la Providencia.

a. En la Sagrada Escritura y en la dogmática

¿Qué encierra todo esto en sí? Creo que debemos decir: ¡Adentro, a la escuela de la Sagrada Escritura! ¡Adentro, a la escuela de la dogmática! Son las dos escuelas que siempre podemos y deberíamos visitar de nuevo.

b. En la historia

La tercera escuela debemos y queremos llamarla la escuela de la historia. Ciertamente, valdría la pena hablar detalladamente sobre los peligros de estas escuelas de la historia, ya que allí, donde el hombre actual cae ante el peligro del evolucionismo, verá siempre peligros similares si se trata del cultivo de la conciencia histórica... Pero dejemos de lado las zonas peligrosas y sigamos una vez más el llamado: ¡Adentro, a la escuela de la historia! ¿De qué historia se trata? Naturalmente, sobre todo de la historia de la propia Familia. Adentro, en la historia de la Familia, como la gran maestra de la fe en la Providencia. O si prefieren quedarse con otra forma de decirlo: El Dios de la vida, en el transcurso de nuestra historia, nos ha implantado, de manera propia y peculiar, una lucecita para ver la manera cómo él, el Dios vivo, el Dios de la vida, triunfa y vence sobre la

miseria humana, sobre la sequedad humana, cómo ha vencido la limitación del entendimiento, del corazón y de la voluntad. Hasta ahora, ciertamente, lo que podemos decir sobre estas cosas, lo hemos resumido en un pensamiento: espíritu de fe. Pero era entendido tan universalmente, que todo lo demás fue incluido simultáneamente, ya que siempre tratamos de ver no sólo la fe en esta forma tan descarnada y aislada, sino como *fides caritate formata*.⁷²

¿Y qué significa esto en la práctica? ¿Qué lecciones podemos y debemos extraer de la historia? *Historia magistra vitae*.⁷³ Sí, aquí también se da así. La historia debe ser nuestra maestra. Sólo doy un esquema:

1) Fuente de conocimiento

La historia nos comprueba que la fe en la Providencia ha sido primeramente la gran fuente de conocimiento, de la cual hemos extraído los deseos del Dios vivo. Lo hemos hecho de un modo peculiar y único, tal vez de un modo de tan amplia profundidad como raramente lo podremos encontrar en la historia de salvación. Digo "raramente", en todo caso, tratándose del querer reflexivo, de la penetración científica, espiritual.

2) Fuente de vida

En segundo lugar, la historia nos muestra también que la fe en la Providencia ha sido la fuente de vida de toda la historia de la Familia. Fuente de vida, ¿desde qué punto de vista? Ustedes mismos lo encontrarán, al relacionar la fe en la Providencia con la Alianza de Amor. Y esto lo hemos hecho siempre. Dogmáticamente, se trata de un desarrollo original de la *fides caritate formata*, de la fe informada por la caridad, original, porque la fe de que hablamos es *per eminentiam* fe en la Providencia. Original, porque es *caritate formata*, informada por la caridad. ¿Cómo se manifiesta la *caritas*, la caridad? Es nuestra original Alianza de Amor. Ya sólo de por sí, éstas y semejantes reflexiones nos hacen patente que tratándose de nosotros, también cuando queremos poner un fundamento más profundo en la Familia, debemos girar siempre en torno a estos dos elementos, que para nosotros debieran ser prácticamente uno solo. ¿Cuál? *Fides caritate formata*.

3) Fuente de fuerzas

Y tercero, creo yo, podríamos demostrar muy bien que la fe en la Providencia, con la característica señalada, ha sido nuestra fuente de fuerzas. Ha sido la fuente de fuerzas que ha hecho posible vencer todas las dificultades; que nos ha posibilitado seguir ciegamente a la Santísima Virgen como la gran gobernadora de toda la Familia, formando una *acies bene ordinata*⁷⁴. (Exerzitien PMC, s.196 ss.)

CAPITULO 5

METODO PARA APLICAR LA FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA

Texto 116

Observar

Comparar - discernir

Formular la clave - Reducir a últimos principios

Evaluar - Aplicar.

"Este fue siempre el método, según el cual Schoenstatt fue planificado o según el cual se orientó en los planes de Dios. Pero también lo que alimentó la esperanza de que estamos en el camino correcto. Son cuatro expresiones:

Primero, un constante y cuidadoso *observar*. Observación en dos direcciones. Primeramente, observar en el acontecer mundial. Pero lo que fue declarado casi como algo nuevo por el Concilio, desde un comienzo fue nuestro propio pensar. Nos hemos orientado principalmente por las corrientes externas a la Iglesia.

Tienen que comprobar, escuchar, cómo Juan XXIII recalcó tan fuertemente que Dios no sólo habla por las corrientes internas de la Iglesia, sino que habla también por las corrientes externas de ella. *Vox temporis, vox Dei.*¹ Y por esto, su gran mérito será que él abrió de par en par las puertas y ventanas de la Iglesia para que el espíritu penetrara desde afuera hacia el interior de ella. Sin embargo, el espíritu interior debía salir hacia el mundo.

Si vemos correctamente las cosas, pienso que tengo que reconocer que una cosa se logró: el espíritu del mundo sopla, casi sin trabas, dentro de la Iglesia. Pero, ¿sopla también el Espíritu de Dios, que hasta ahora estuvo en la Iglesia, igualmente sin trabas hacia afuera, hacia el mundo? Si escuchamos, pues, a menudo hoy : ¡todo debe ser hecho de nuevo!; si todo debiera ser renovado, esto estaría bien; pero que todo deba ser hecho de nuevo... ¡Con cuánta frecuencia se enseña esto actualmente!...

Veán aquí las cuatro expresiones. Primero, *observar*. ¿Observar qué? La vida real. Dos factores fueron aquí siempre determinantes, o fueron los "libros" en los cuales yo leí desde un comienzo. No eran libros escritos. Eran el libro de la historia del tiempo actual y el libro de la dirección que tomaban los corazones: ¿qué está actuando en cada alma en particular? Antes apenas salía de la casa, siempre sentado detrás de muros y, sin embargo, conocía el desarrollo del tiempo. Antaño, siempre la charla más importante en cursos y retiros, la primera, era aquélla donde se establecía el contacto con el tiempo y con el alma de los oyentes, en la cual se establecía también el contacto con las almas de toda la Familia, aunque no estuviesen presentes. Esto era lo decisivo para todo el curso; con esto se creaba, propiamente, la atmósfera comunitaria. Desde allí, posteriormente, se podía ascender fácilmente...

¹ La voz del tiempo, es la voz de Dios.

Luego, en segundo lugar, *comparar* ; y ¿cómo comparar? Bueno, el método para comparar o la manera de comparar era muy amplio. Esto incluía no sólo el comparar aquello que ocurría en cada alma y lo que ocurría en la época. Era siempre el tantear, el discernir. ¿Cómo se han realizado estas cosas observadas, en el curso de los milenios, en el cristianismo y más allá de él? Así, pues, una amplia base de estudio.

Después, en tercer lugar -ahora viene lo principal- *concluir* (o *formular la clave*). Todo lo que hemos reunido como hechos experimentales, es decir, todo el material, ¿se deja sintetizar en un común denominador? Esto es en sí, considerado humanamente, lo más difícil. Propiamente uno podría preguntarse a posteriori: ¿Cómo fue posible llegar a tener una visión de la Iglesia en las más nuevas playas? Esto estuvo desde un comienzo. Se puede comprobar cuán pronto surgieron estas formulaciones: en las más nuevas playas. ¿No debería haber habido alguna clase de visión, una visión propiamente tal para poder hablar tan claramente en esta dirección y expresarlo tan directamente y defenderlo públicamente? Fueron siempre las dos fuentes de conocimiento de las cuales acabo de hablar...

Así pues, lo tercero: *formular en sus últimos principios*. Esto fue siempre para mí el reconocimiento de lo que Dios espera de su Iglesia, mañana y pasado mañana. El bienestar de la Iglesia estuvo siempre en primer plano, y nosotros como miembros de ella. Claro que nadie nos puede tomar esto a mal; fue así siempre en todos los grandes movimientos de renovación de la Iglesia, que se quiso anticipar la imagen futura de ésta; anticipar en un pequeño círculo...

Y, luego, lo cuarto: *aplicación*. Siempre fue mi ideal no querer escatimar nada a la Familia, no querer descontarle nada que se hubiese mostrado eficaz en el transcurso de milenios.

Aplicación. ¿Ven la aplicación? En realidad sería interesante aplicar esto ahora a casos concretos para mostrar cuán audaz fue esto.

Aplicar: después que los últimos principios fueron así establecidos, independientemente de las formas existentes, éstas se mostraron eficaces a la luz de estos últimos principios fundamentales -entonces todo estaba bien, estaba en orden- o no se mostraron eficaces y, entonces, surgieron nuevas formas, muchas y nuevas formas en la Familia, las cuales, sin duda, mañana o pasado la Iglesia querrá asumir". (Propheta Locus est ,V, p.23 y ss.)

"Si yo debiera decir cómo cada vez llegué, personalmente, al conocimiento de la voluntad divina, entonces la respuesta sólo puede ser, como ya todos sabemos, por la ley de la 'puerta abierta'. Tomen nota de estas cuatro expresiones para entender lo que aquí se quiere decir; cuatro expresiones que deben llevarse a casa para que, en parte, también ustedes mismos puedan tomar posición, en base a los procesos de vida aquí delineados, frente a todo lo venidero que ahora no podamos todavía captar y abarcar suficientemente.

(Resumiendo) Cuatro expresiones:

Primero: observar

Segundo: comparar

Tercero: formular la clave (reducir a principios)

Cuarto: aplicar

1. *Observar*. ¿Qué significa observar? Observar lo que nace de cada alma en particular. Observar qué voces de Dios, qué lenguaje ha hablado Dios a través de las circunstancias...

Repito: no sólo observar lo que nace de cada alma en particular, sino también lo que, fuera de la Iglesia, a través de las tormentas del tiempo, necesita ser explicado. Sí, más aún, lo que ocurría en cada alma en particular lo observamos en el mundo entero: ¿No fueron acaso las corrientes espirituales de esta clase -como se presentan ahora vivas aquí y allá en las almas y como se han presentado también hace milenios, fuera o dentro del cristianismo- algo usual para nosotros? Así, pues, primero observar.

2. *Comparar*. ¿Qué significa eso? Esforzarse por comparar todas las corrientes y luego tantear, preguntarse: ¿Qué quiere Dios con esto?

3. *Formular la clave* (recapitular) ¿No permite todo el material de observación ser recapitulado en una intención última de Dios? Si ambos primeros puntos son relativamente fáciles de realizar -claro que se debe tener una misión específica en este sentido o un sentido instintivo extraordinario- en este tercero se debe recurrir a la veta metafísica del hombre: ¿No se puede, en último término, reducir todo el material de observación a un principio último? Y si la respuesta es sí, entonces viene el cuarto paso:

4. *Aplicarlo animosamente*.

(Propeta Locutus.est V, p.185).

CAPITULO 6

LA FE PRACTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA EN LA VIDA DE LA SANTISIMA VIRGEN

Para el P. Kentenich, el gran ejemplo de vida cristiana, junto a Cristo, es la Santísima Virgen María. Ella lo es también en su entrega a la voluntad de Padre, llevada por la fe práctica en la Divina Providencia. Con rasgos muy gráficos, el P. Kentenich va dibujando la imagen de María como la Gran Creyente.

Texto 117

Así podemos también interpretar el paralelo Adán-Cristo, Eva-María, este conocido paralelo aplicado ahora a la Santísima Virgen: Eva-Ave. ¿Quién está allí al principio? En el comienzo está, en la planificación de Dios, la Santísima Virgen como la Compañera del Señor. Así, en lugar de Adán, está también el Dios encarnado como Cabeza, como Cabeza de la humanidad en el comienzo del pensar; él era el fin que Dios quería realizar. Así, pues, el Señor no fue creado y pensado según la imagen de Adán, sino que Adán lo fue según la imagen del Salvador, una cabeza según la imagen de la otra.

Por eso también, el paralelo Eva-Ave, Eva-María. María es propiamente la imagen según la cual Eva fue pensada y creada. De Eva se dice: no era bueno... Dios vio que no era bueno que el hombre estuviese solo. Por eso le creó a Adán una compañera que fuese igual a él (cfr.Gen.2,18). ¿Qué significa esto: un compañera que fuese igual a él? Esta es la Colaboradora y Compañera permanente de Adán, pero según la imagen de la Santísima Virgen. La Santísima Virgen fue pensada como Colaboradora y Compañera permanente por oficio del Señor. Según esta imagen fue creada Eva. (Desiderio Desideravi II, p.147).

Aparentemente la Sagrada Escritura no tiene mucho que decir sobre Ella, la bendita entre todas las mujeres. Sin embargo, es tan amplia la gama de colores que emplea al pintarla, que debemos trabajar mucho para desentrañar cada una de las líneas y crear un cuadro total. La Santísima Virgen se nos presenta en la Sagrada Escritura como la mujer que tiene el *'Ave María' en el oído, el 'Magnificat' en los labios, el Niño Dios en los brazos, las lenguas de fuego del Espíritu Santo sobre la cabeza y las siete espadas en el corazón.*

¿Podría pintarse una imagen más hermosa? Si quieren estudiar en detalles estos rasgos, permítanme entonces esbozarles algunos cuadros en especial.

Deténganse un momento frente a la escena de la *Anunciación* (Lc.1, 26-28). Debajo de ella pueden escribir con gran alegría y gratitud esta clara expresión: 'Ayudar en forma virginal'... Allí tenemos la atmósfera, la pureza, la atmósfera pura y virginal de la cual surgió el cristianismo. Así pues, no nos asombramos cuando se dice del ángel: 'fue enviado a una virgen... Y el nombre de la Virgen era María'. Casi simultáneamente aparece dos veces la misma palabra: *Virgen*. . Sí, virginal es el cristianismo en su gestación". (Educación Mariana para el hombre de hoy, p. 225).

En la Anunciación: El "Ave María" en los oídos

Texto 118

En este sentido, tienen un ejemplo preclaro en la escena de la *Anunciación*. La Santísima Virgen estaba atenta y oyente. También nosotros queremos tomar nuestra vida como *una cadena ininterrumpida de escenas de anunciación*. No es que en cada ocasión tenga que tocarnos un ángel y hablarnos. ¡El ángel del Señor anunció a María! El 'ángel del Señor' bien puede ser mi enemigo, mi amigo, el dictador. Y noten que la Santísima Virgen, una vez recibido el mensaje, comienza a reflexionar. ¡Si pudiéramos nosotros también reflexionar! 'Reflexionó qué podía significar un tal saludo'.

Hoy día hemos usado la expresión: *sacramentalidad del momento*. Ustedes saben lo que significa. Dios quiere decirme algo en cada suceso y en cada segundo. Y me hace notar que con cada mensaje, me regala la gracia correspondiente para aceptarlo y realizarlo de acuerdo a su voluntad. Pensemos en la otra expresión: *comuni3n con la voluntad divina*. Una expresi3n bellísima: comulgo en cada momento con la voluntad divina. Y ¿de qué manera se me manifiesta la voluntad divina? Dios mismo me lo dice a través de las circunstancias. Debemos madurar en tal grado que, con el tiempo, lleguemos a ser pequeños artistas, pequeños maestros en el arte de interpretar y llevar las cosas a la vida; ésta es una expresi3n de los antiguos místicos.

Un maestro de la interpretaci3n leerá la voluntad de Dios en todas las circunstancias, y un maestro de la vida la realizará en toda ocasi3n. El hombre providencialista es el hombre de visi3n amplia y profunda. Y tengan en cuenta que tendremos esta visi3n en amplitud y en profundidad sólo si el Espiritu Santo desarrolla la fe en nosotros, a través de sus dones, hasta su plena madurez". (Ret.B.Schw. 50 trad.prov. p.III, 3).

En la encarnaci3n: El "Ave María" en los oídos

Texto 119

En la encarnaci3n, ella pronunci3 su "fiat" y nunca se retract3 de él. Ni la predici3n de Sime3n, -"Mira, este ni3o va a ser causa tanto de caída como de resurrecci3n para la gente de Israel. Será puesto como una seña de contradicci3n y, a ti misma, una espada te atravesará el alma" (Lc 2,34 s.)- ni el cumplimiento de este vaticinio en la huida a Egipto y en la muerte del Señor, fueron capaces de hacer vacilar el sí. Por eso, la Sagrada Escritura refiere tan elocuentemente: "Junto a la cruz de Jesús, estaba su Madre" (Jn 19,25). Estaba allí como Madre dolorosa y como Reina de los Mártires, no de una manera puramente externa: también su alma estaba allí, serena y firmemente anclada en el terreno del sí que ella ya había dado. Su trémulo coraz3n de Madre lo repetía temblando, incluso cuando manos amigas depositaban suavemente en su regazo el cuerpo desfigurado y ensangrentado de su Hijo. (Werktagsheiligkeit, p. 78)

Lo que dice la Virgen, no es "quiero", sino que una aceptaci3n, algo auténticamente femenino: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum!* ⁱⁱ (Lc 1,38). Este es el impulso de entrega de todo el cosmos, que ha hallado aquí una encarnaci3n, una expresi3n:

ⁱⁱ He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Ecce ancilla Domini!. Es la apertura total, incomparable, metafísica, a lo divino, al Dios eterno.

En el transcurso de los siglos, se han dicho muchas palabras, incluso oraciones de gran peso. Pero la palabra más importante pronunciada por una boca puramente humana, es esa simple palabra pronunciada por la sencilla sierva de Nazaret. Aquí no sólo nos deslumbra una obediencia o docilidad moral, es toda la metafísica de la creación y del hombre la que nos inunda de luz: *Ecce ancilla Domini!*.

A esta palabra sigue otra llena de vigor y creatividad: la palabra de la transformación: *Et Verbum caro factum est!* ⁱⁱⁱ(Jn 1,14). Así sucede también en nuestra vida: cuando nos abrimos filialmente a lo eterno y a lo divino, también se hace realidad lo mismo, en un sentido análogo: *Et Verbum caro factum est!*. Entonces, toda palabra divina tomará forma en nosotros. (Pädagogische Tagung, 1950).

En la Visitación: El Magnificat en los labios

Texto 120

El segundo rasgo de la imagen es María con el Magnificat en los labios. (Lc.1,39-56). Nuevamente, el tema es su relación fundamental con el Dios eterno, infinito, con el plan de Dios para el mundo. ¿Qué dice el Magnificat? Es una confesión, una profesión de fe jubilosa en los caminos de conducción de la infinita sabiduría de Dios. El Dios eterno, infinito tiene las riendas del acontecer mundial en las manos, él está detrás de todo. El Magnificat no ve sólo el simple sentido de cada suceso en particular, en forma inmediata; el espíritu de fe mira más a lo profundo, ve, detrás de todo, el poder conductor, la sabiduría conductora, el amor conductor del Amor Eterno. El Magnificat trae a la memoria las grandes leyes de gobierno del mundo. Esto ya lo aprendimos en el catecismo: Dios también gobierna el mundo. Y, ¿qué nos dice la ley de gobierno? La Santísima Virgen la estudia en su propia vida y aplica esta ley al conjunto del acontecer mundial y a su propio pueblo. "El Poderoso ha hecho obras grandes en mí"; "su nombre es Santo"; "ha mirado la humillación de su Esclava". Esa es la gran ley de gobierno del mundo; una ley que ella aplica, después, a la totalidad del acontecer mundial: "Enaltece a los humildes"; "a los ricos los despide vacíos"; "derriba del trono a los poderosos". ¡Curiosa ley de gobierno del mundo! Y luego ella recalca cómo la sabiduría de Dios también aplicó esta ley a su propio pueblo.

Podemos reducir esto que contiene el Magnificat a la sencilla ley, a la sencilla frase: Tú eres quien siempre hace las obras más grandes sólo por medio de los más pequeños. Esta es la imagen de la Santísima Virgen. Ella señala con toda intensidad hacia otro mundo; nos revela el poder conductor, la fuerza conductora, la ley conductora de la infinita Sabiduría en lo que se refiere al acontecer mundial, a cada pequeña vida particular o a la historia de las comunidades. (Aus dem Glauben leben t.16)

Texto 121

ⁱⁱⁱ Y el Verbo de Dios se hizo carne.

Después que ella oyó de la necesidad de su prima, entonces se nos dice: 'Ella se apresuró por la montaña'. ¿Qué significa esto? Ella se apresura a ayudar. También lo hizo así en las Bodas de Caná; no lo postergó indefinidamente, sino que lo hizo en el momento oportuno. Ella está presurosamente dispuesta o está dispuesta a ayudar presurosamente. Aplicado a nosotros, apresurarse significa: en el momento oportuno. Ella no deja que el tiempo se pierda; lo hace todo en el tiempo oportuno, es precisamente reflejo del amor del Padre, del amor misericordioso del Padre, del Dios eterno e infinito (Desiderio Desideravi, 11, p.180).

Texto 122

Afirmo: *la Santísima Virgen rezó con gusto*, rezó con gusto, rezó mucho, rezó constantemente. Por supuesto que aquí sólo podemos hacer resaltar lo que la Sagrada Escritura nos presenta al respecto como punto de contacto. Ella rezó con gusto. ¿No es cierto? El primer acto que ella realiza en la Sagrada Escritura, ¿cuál es? Es un acto de oración. El ángel llega y ¿qué pasa? La encuentra rezando. Y el último acto de su vida, ya lo vemos: *Et erant omnes unanimes cum Maria Matre Jesu perseverantes in oratione;*^{iv} (cfr. Hech 1,14)..

Una vida, como nos la presenta la Sagrada Escritura, enmarcada en actos, en actitudes de oración. Esto basta si normalmente nos representamos la imagen de María en forma correcta en base a la Sagrada Escritura. Esto basta para considerar justificada la suposición que ella rezaba con gusto. El pensar católico no puede imaginarse esto de otro modo. Si rezar significa tener trato con el buen Dios, ¿dónde hay alguien que haya tenido tanto trato con el buen Dios? Ya sólo basándonos en aquello que ella habló, basándonos en sus palabras, pero también en base al hecho que el Salvador era Dios. ¡Y cuánto trato tuvo con él! Ella tuvo un permanente o, por lo menos, mucho contacto con él". (Desiderio Desideravi 10, p.144).

Texto 123

Podemos tomar como algo cierto, ya a partir de su estructura total, de su actitud fundamental, que la Santísima Virgen experimentó muy profundamente el carácter de criatura de su personalidad. Así, pues, por eso ella no se conformó sólo con reconocerse la Esclava del Señor. No, ella reforzó la expresión diciendo: 'la pequeñez'. 'El miró la pequeñez de su esclava' (Lc 1,48). Sentimiento de distancia frente al Eterno, al Infinito. Pequeñez. En la pequeñez frente a Dios está nuestra grandeza, pues esto significa un sí a nuestra estructura de ser.

Aplicado a nosotros. Si recibimos cruz y dolor, viene, por supuesto, la pregunta que, a veces, puede ser muy difícil: ¿Viene, pues, todo esto también del buen Dios? Bien, aquí podemos todos repetir la respuesta que, con el correr de los años tan frecuentemente hemos escuchado: algo así viene de la mano de Dios que, en sí, es cálida y suave, pero que se viste de un guante de hierro. Guante de hierro, ¿quién es? Puede ser x, y o z. En forma inmediata es injusto lo que me ocasionaron. Pero, el buen Dios me toca; sólo que él usa ahora el guante de hierro, usa un instrumento. Si estamos profundamente convencidos de una de las

^{iv} Todos perseveraban unánimes en la oración con María, la Madre de Jesús.

más esenciales y fundamentales actitudes de nuestra Familia, de la fe en la Providencia, entonces es evidente: hemos aprendido el arte, hemos recibido el regalo de ver a Dios detrás de todo, ver detrás de todo al Dios del amor, sus requerimientos de amor que esperan y exigen una respuesta de amor de parte nuestra. Esta actitud fundamental constituye precisamente la grandeza de todo nuestro ser.

Si queremos ahora seguir explicando, según su sentido, la palabra 'esclava'..., creo entonces que deberíamos interpretar la palabra *ancilla* por *sponsa*. *Ecce sponsa Domini*.^V Con esto tocamos un pensamiento que es de mucha importancia para nuestra vida cristiana, especialmente allí donde se trata del dolor, de pender en la cruz. *Sponsa, sponsus*. Vean, esto es evidente: la esposa del esposo quiere en todo asemejarse a él; no sólo quiere estar incorporada. Aplicado a la práctica: *Ancilla, sponsa Domini*. Si el Señor sufrió tan atrozmente, entonces es evidente que la esposa debe igualársele.

Este es un pensamiento de grandísima importancia para todos nosotros, ya sea que lo expresemos de una u otra manera. Si meditamos, a partir de la cristología sobre el sentido de nuestras vidas, debemos reconocer siempre: *Dios nos creó para asemejarnos a la imagen del Unigénito*. Y ¿qué imagen es ésta? Sin duda, es una imagen glorificada. ¿Qué imagen es? En nuestro contexto debemos acentuar especialmente: es una imagen sufriente, una imagen sacrificada. Si podemos asemejarnos al Señor, como corresponde en lo más profundo al sentido del bautismo -sumergidos en el agua, enterrados en el sepulcro- esto significa asemejarnos a la vida sufriente, agonizante, del Señor, a su muerte. Claro que, por otro lado, el bautizado es elevado, emergido de las aguas: participación en la vida glorificada, resucitada del Señor.

Es algo evidente, que quien ama verdaderamente al Señor -se trata de la gran fuerza del amor que es una fuerza unitiva y asemejadora, una transmisión de vida, si su corazón pertenece a él -y ¡cuán profundamente perteneció el corazón de la Santísima Virgen al Señor!- entonces, hablando humanamente, era algo evidente, una especie de orgullo para ella pender de la cruz con el Señor, sacar de los sufrimientos del Señor la fuerza para ir con él por su *Via Crucis*. Es, pues, clarísimo: si hubiese habido un mejor camino hacia el cielo, con seguridad que el Señor y la Santísima Virgen lo habrían recorrido. ¿Qué camino recorrieron ellos? El camino de la cruz, el camino del dolor. Por eso, repetimos: *Ecce Ancilla Domini*. Y esta expresión la interpreto en el sentido de: *Ecce Sponsa Domini*.

Claro que si seguimos interpretando, podemos ascender más todavía: *Ecce Mater Domini*. Les digo que según su sentido, puedo interpretar esta afirmación así porque expresa todo lo que es la estructura de la Santísima Virgen. *Ecce Mater Domini*.^{VI} Y no queremos pasar aquí por alto que una madre sufre, sufre dolores de parto. Dolores de parto, sí, el mismo Señor lo dice. ¡Cuánto sufre la madre en el momento en que se presentan los dolores de parto! Pero, ¡cuánta alegría cuando nace después el niño, cuando, de pronto, está el niño ante ella!

^V He aquí la esposa del Señor

^{VI} He aquí la Madre del Señor.

Así lo vemos también aquí; queremos ver la totalidad desde una y otra perspectiva. La vida de la Santísima Virgen, considerada desde el punto de vista del dolor, del sufrimiento... Sí, esta imagen merece verdaderamente la expresión *Mater Dolorosa*. Bueno, pensemos ahora en los frutos de la Santísima Virgen; pero, primero, queremos reflexionar en lo que se dice del Señor mismo: por sus sufrimientos, mereció para sí la gloria, la glorificación de su propia naturaleza humana corporal. Es decir, mereció que la naturaleza humana fuera compenetrada por la visión beatífica hasta en sus últimas ramificaciones. *Factum est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propterea et exaltavit illum Deus.* ^{vii}(Filp 2,8).

¿Comprenden lo que esto significa? A través de esto la Santísima Virgen, igual que el Señor y con el Señor, co-conquistó y co-ganó para sí personalmente la glorificación de toda su vida para toda la eternidad.

Pero, el más hermoso fruto, y esto pienso que debemos acentuarlo especialmente en este contexto, fue que cooperó de alguna manera -como formulamos esto dejémoslo por el momento de lado- en la redención de todo el mundo. El dolor maternal se convirtió aquí en alegría maternal; debió llegar a ser alegría de madre. Esto es nuevamente una cita de la misma expresión: cuando el niño está ya allí, ¡cuán feliz se siente la madre de haber soportado los dolores de parto!

Y ustedes saben cómo es interpretada la expresión 'dolores de parto', tratándose de dolores físicos, por Pío X y no sólo por él, sino también por otros: Si la Santísima Virgen no tuvo que sufrir dolores de parto en el nacimiento del Señor, los sufrió en el nacimiento de los hijos posteriores, en nuestro nacimiento. Dolores de parto, los sufrió bajo la cruz, toda la vida. ¿Para qué? Para ganarnos la vida para nosotros. *Ecce Ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum. Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a domino*, "el que me halla, ha hallado la vida".(Prov. 8,35). El que me pone a la luz, quien, pues da a conocer a la Santísima Virgen, la pone a la luz, 'ha logrado el favor de Yahvé' (Desiderio Desideravi, 9, p. 235).

Con la espada de dolor atravesando su corazón

Texto 124

Así también aconteció con la Santísima Virgen María. Por extraordinariamente grande y brillante que fuese en ella la luz profética, su fe no fue preservada de las más duras pruebas, sobre todo su fe en la Divina Providencia. En su vida, se multiplican los contrastes de promesa y cumplimiento. Pero ella no se derrumba. Por el contrario, con su fe, crece toda su vida sobrenatural, hasta la perfección. En virtud de la promesa, su hijo estaba destinado a asumir el trono de David, su padre, y su reino no debía tener fin (Lc 1,31-33). ¿Y cuál fue la realidad? El Niño nace en un pesebre. Tiene que huir de Herodes; de vuelta del exilio vive una vida oculta. Escondido como una violeta bajo el seto, vive treinta años la vida de un simple obrero, en un rincón insignificante del mundo, en una casita humilde, sin signos extraordinarios ni milagros. Así se manifiesta la promesa y su cumplimiento. Pero la fe de

^{vii} 'Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó'

María en su divinidad y en su misión no vacila. Las bodas de Caná demuestran que su fe, a pesar de una densa e ilimitada oscuridad, no está quebrantada. Nunca ella ha visto a su Hijo obrar un milagro. Juan nos llama expresamente la atención sobre esto. Subraya que el milagro en las bodas ha sido el primero que ha obrado el Señor. Lo ha hecho a pedido de su Madre, quien, a pesar de los treinta años de encubrimiento del poder divino de su Hijo, estaba convencida de que él, con su palabra, podría transformar el agua en vino. La prueba de fuego más dura que tuvo que soportar fue bajo la cruz. Aquél a quien se le había prometido el trono y el señorío, es ahora víctima de las intrigas de sus enemigos. Está pendiente del madero vergonzoso de la cruz y muere allí como un criminal. El cielo y la tierra vacilan; María, empero, está de pie. No sólo de pie físicamente, sino también en su fe y por su fe.

San Bernardo lo destaca: "Sólo en María se mantuvo, durante aquellos tres días, la fe de toda la Iglesia. Todos los demás dudaron. Ella, empero, que había concebido por la fe, permaneció firme en la fe". Silenciosa y fuerte, ella se inclina ante los planes divinos aunque éstos se presenten velados por la oscuridad. De esa manera, hace verdad las palabras de la Anunciación: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). La palabra del Señor se había referido a su resurrección al tercer día. Ella cree en eso, aunque todo parezca indicar lo contrario. Por eso, ella no acompaña a las piadosas mujeres que, al amanecer de la mañana de Pascua, van presurosas para unguir el cuerpo del Señor. Stabat! Siempre, en todo momento, mantuvo su fe en la palabra y en la misión de Cristo. Así es como aparece la imagen de la *Mater Credentium*, Madre de los creyentes; Ella aparece en agudo contraste frente al hombre moderno a quien, en innumerables ocasiones, podría aplicársele la reprimenda del Señor: "¡Oh, hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer!" (Lc 24,25). Una gran parte de los cristianos de hoy no está capacitada para enfrentarse con las pruebas de la fe en la Providencia. (Brasilien Terziat 1952/53)

¹ La justificación del orden es el fin último. Lo que da sentido a un acontecimiento es su fin último, es decir, en la conducción providente, los acontecimientos se entienden sólo a partir del fin último, trascendente, que es la vida eterna.

² El misterio de la Providencia permanece muerto si sólo lo pensamos. Se hace realidad cuando actuamos. (Cita de Guardini).

³ *La Filotea*, cap.III, 10. San Francisco de Sales dice ahí: "En todos tus trabajos apóyate enteramente en la Divina Providencia; solamente ella te puede ayudar a realizar tus planes. Hazlo como los niños pequeños. De una mano se sostienen firmes en el padre, mientras que con la otra recogen frutillas y moras a la orilla del camino. De la misma manera, tú, recoge y usa también de los bienes materiales con una mano, mientras con la otra mantente sostenido de la mano del Padre celestial. Mira siempre hacia él para darte cuenta de si tu obrar y caminar son los correctos. Sobre todo, cuídate de no soltar su mano ni de sustraerte a su protección, pensando que así podrías recoger más. Si él no te sigue sosteniendo, de seguro que no vas a poder dar un paso sin caer".

⁴ Al parecer, este ejemplo no viene de san Agustín.

⁵ Esteban Pernet, 1824-1899, fundador de la Congregación de las Hermanitas de la Asunción.

⁶ "La Providencia de Dios se extiende tanto sobre un alma como sobre una ciudad, sobre una ciudad tanto como sobre un pueblo, sobre un pueblo tanto como sobre todo el género humano. Porque el Señor toma en cuenta a cada uno como si no tuviera nadie más por quien preocuparse. Y, al mismo tiempo, cuida tanto de todos en conjunto, como si no tuviera que preocuparse del individuo". (Gregorio Magno, 25,15,33 - PL 76, pg 342).

⁷ Unión de opuestos.

⁸ "La regla suprema de tu actuar sea ésta: confía en Dios, pero actúa de tal manera como si el éxito dependiera solamente de ti y en nada de Dios. Por otra parte, aplica todo tu esfuerzo a la obra, pero, de tal manera, como si tu actuar no significara nada y todo dependiera de Dios", Ejercicios de san Ignacio, 366-369.

⁹ En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman.

-
- 10 Fe informada por el amor
 - 11 "El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros".
 - 12 "He ahí a tu Madre".
 - 13 "Madre de la misericordia".
 - 14 La misa ha terminado.
 - 15 Victoria del Padre.
 - 16 La fe es la raíz de toda justificación (Concilio de Trento).
 - 17 Buscar, encontrar y amar a Dios en todas las cosas y personas.
 - 18 Mi justo, empero, vive de la fe.
 - 19 La gracia presupone, perfecciona y eleva la naturaleza.
 - 20 Preámbulos de la fe.
 - 21 Luz de la fe.
 - 22 Preámbulos racionales de la fe
 - 23 Preámbulos irracionales de la fe
 - 24 Credibilidad.
 - 25 Me amó y se entregó por mí.
 - 26 Y todo esto por mí.
 - 27 Por excelencia.
 - 28 El camino de la negación, el camino de la elevación y el camino de la unión.
 - 29 Sí, Padre
 - 30 Posesión simultánea, total y perfecta de la vida sin fin.
 - 31 Providencia divina especial.
 - 32 Por el amor a lo visible somos atraídos al amor de lo invisible.
 - 33 El orden de ser determina el orden actuar.
 - 34 La voz del tiempo es la voz de Dios.
 - 35 Espíritu negativo del tiempo.
 - 36 Espíritu positivo del tiempo.
 - 37 La voz del pueblo, es la voz de Dios
 - 38 ¡Arriba los corazones!
 - 39 Buscar, encontrar, amar a Dios en todas las cosas y los hombres.
 - 40 Dios actúa por causas segundas.
 - 41 Ciudad de Dios.
 - 42 Ciudad terrena y del demonio.
 - 43 Me creó la omnipotencia divina, la sabiduría plena y el amor primero.
 - 44 Posesión simultánea, total y perfecta de la vida sin fin
 - 45 El hombre, de algún modo, es todo.
 - 46 O "Semina verbi". Las verdades presentes en las religiones naturales preparan la revelación del Verbo.
 - 47 En Cristo, el misterio del pecado se transforma en misterio de la gracia.

 - 48 Hegel 1770-1831. Neptuno fue descubierto en 1831; Plutón, en 1930.
 - 49 Visión beatífica.
 - 50 Luz de los sentidos.
 - 51 Luz de la razón.
 - 52 Luz de la fe
 - 53 Luz de la gloria
 - 54 Rastros de Dios.
 - 55 Rastros del hombre.
 - 56 Con Cristo, su Hijo, nos bendiga la Virgen María.

-
- 57 Padre de la fe.
 - 58 La Madre cuidará perfectamente y alcanzará la victoria.
 - 59 Dios busca almas que lo amen.
 - 60 Unica es mi paloma, la esposa mía
 - 61 Renovar todo en Cristo.
 - 62 Se me abre una puerta muy grande y con muchas esperanzas.
 - 63 Hija especialísima de la Providencia.
 - 64 Causa última.
 - 65 Causa vital.
 - 66 Mi justo vive de la fe.
 - 67 El fondo o la cumbre del alma.
 - 68 El todo por el todo.
 - 69 Un servidor de María nunca perecerá.
 - 70 En el original, en vez de "Schoenstatt" aparece "Manressa", nombre ficticio para Schoenstatt durante la persecución nazi
 - 71 Heme aquí, envíame.
 - 72 Fe informada por la caridad.
 - 73 La historia maestra de la vida.
 - 74 Un ejército bien constituido